

Historia de

JUANA de ARCO

DICTADA POR ELLA MISMA

ERMANCE DUFAUX

HISTORIA DE JUANA DE ARCO

Dictada por ella misma

RMANCE DUFAUX



**Evocación del espíritu de
Juana de Arco**

Médium Ermance Dufaux

Edad 14 años

HISTORIA de JUANA DE ARCO
Dictada por ella misma
Ermance Dufaux

Médium: Ermance Dufaux
Edad: 14 años

Segunda edición original en francés
PARIS
LEDOYEN, LIBRAIRE- ÉDITEUR - 1860

Título Original:
Evocation des Esprits
Histoire de JEANNE D'ARC
Dictée per elle même
Ermance Dufaux
âgée de 14 ans

Ediciones digitales **Munsan**



ÍNDICE

Consideraciones sobre el libro
MAPA DE FRANCIA
MAPA DEL RECORRIDO DE JDA
Árbol genealógico de los Reyes de Francia

Presentación
Prefacio
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Apéndice
Ilustraciones y Fotos

Consideraciones sobre el libro

Es quizá necesario hacer algunas consideraciones sobre el presente texto, pues no es de ningún modo un libro "común", no se trata de la historia de Juana de Arco, contada por alguien que investigó sobre ella y luego hizo una novela como es el caso de Mark Twain, ni es un ensayo donde se recopilaban datos y se escribió su biografía basada en ellos, este libro tiene la particularidad, *como pocos hay en el mundo*, de que fue escrito por la propia persona que vivió los hechos, pero que los relata después de su muerte física. ¿Pero cómo es esto posible? Para la persona materialista obviamente esto es un contrasentido pues no puede aceptar que exista nada después de la muerte, pero para el espiritualista que sabe que el alma sigue viviendo y que puede comunicarse con los vivos en determinadas circunstancias, la situación es diferente.

La comunicación con el mundo espiritual no es nueva, existe desde que el hombre tuvo conciencia de sí mismo. La Biblia está repleta de comunicaciones con los espíritus, incluso Moisés tiene que prohibir tales comunicaciones por los abusos a los que se entregaba el pueblo, buscando profecías o consejos sobre cosas mundanas. También en el evangelio existen muchas comunicaciones, incluso del mismo Jesús:

Marcos 9:4: 4 Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús...

Lucas 9:30-31: 30 Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías, 31 Que aparecieron en majestad, y hablaban de su salida, la cual había de cumplirse en Jerusalén.

Asimismo existen recomendaciones sobre a qué espíritus se les debe creer:

Juan 4:1: 4 Amados, no creáis a todo espíritu, sino discernid entre los espíritus *para saber* si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido al mundo.

Esta recomendación es válida en la actualidad. Establecida la comunicación, es importante saber qué status moral tiene el espíritu que se comunica y para ello se debe analizar lo que se dice y cómo se dice. Un espíritu realmente superior, jamás usa un léxico vulgar y el contenido de sus expresiones denota siempre su elevación moral.

Otra cosa a tener en cuenta es la idoneidad del médium que sirve de canal al ser que se comunica. Es importante comprobar que la comunicación sea real y pura, es decir que no exista fraude por un lado, ni intervención de la propia inteligencia y conciencia del médium por el otro.

Todos estos requisitos se cumplen en la presente obra. La médium cuando escribió el texto, al dictado del espíritu de Juana de Arco, solo contaba con 14 años, era apenas una niña. La posibilidad de que esta obra le pertenezca es prácticamente nula, no solo por la madurez necesaria para desarrollar ciertos conceptos que se explicitan en el libro, sino por el enorme caudal de datos que no se tenían a la mano en el siglo XIX y que solo eran accesibles a personas de la iglesia y a estudiosos del tema, incluyendo el capítulo donde Juana da los nombres y cargos *¡De cada uno de los jueces y personas que participaron de su juicio!*

La gran capacidad mediúmnica de Ermance Dufaux, fue apreciada y utilizada incluso por el maestro **Allan Kardec**, quien convocó a la niña, junto a otras médiums de similares características para la creación de la monumental obra espiritual llevada a cabo por el sabio en el: "**El Libro de los Espíritus**"

En la presente obra se mencionan muchas ciudades en donde se desarrollaron los hechos. Para aquellas personas que deseen mayores detalles sobre la ubicación geográfica se anexó al final un mapa de Francia.

Todas las referencias a ciudades de Francia mencionadas en el texto tienen un asterisco delante, a diferencia de las notas comunes no lo poseen. Al lado de la ciudad mencionada se colocaron números entre corchetes con un asterisco *[nro.], que se corresponden con Notas al final del libro donde se dan detalles o datos históricos de esas ciudades. Estos datos se tomaron de la edición en portugués: Editora CIP — Brasil — 2003.

Las Notas al pie de página son también de esa edición y se notaron como (N. de E.).

Las *notas al pie del libro original* se diferenciaron poniendo (Nota de la edición francesa).

Las notas de la presente edición se notaron como (N. de E.D).

Las ciudades más importantes en la Historia de Juana de Arco, fueron marcadas en el mapa.

En el **Apéndice** hay tres cartas escritas por el padre de Ermance, en respuesta a distintos cuestionamientos respecto a la mediumnidad de su hija y a la validez de la comunicación con los espíritus.

Al final de la obra se agregaron **ilustraciones y fotos** relativas al contenido del libro y el Mapa de Francia.

Editorial digital Munsan

Presentación

Dado que la epopeya de Juana de Arco, también conocida como la Doncella de Orleans, se sitúa a principios del siglo XIII (Domrémy, 1412 - Ruan, 30 de mayo de 1431) muchas personas consideran que es una leyenda, sin embargo no solo es un hecho histórico, sino quizá uno de los hechos mejores registrados de esa época, con abundancia de actas y testimonios contemporáneos.

En su *juicio de condena* se registraron sus palabras (aunque se supo después que muchas, ex profeso no fueron registradas) y todos los hechos de su vida que pudieron recolectarse. En 1456, es decir poco tiempo después de su muerte, un tribunal inquisitorial autorizado por el papa Calixto III examinó su juicio, *anuló los cargos en su contra, la declaró inocente y la nombró mártir*.

Este nuevo juicio llamado de "*anulación» o de rehabilitación*", en el que se analizaron los testimonios de muchísimos testigos presenciales de su vida y muerte, resultó de los constantes reclamos de su madre y otras muchas personas indignadas por el trato que se le dio a Juana y por el abandono total al que su propio rey la condenó; como resultas de esto Carlos VII, el 15 de febrero de 1450, escribió una carta a Guillaume Bouille, decano de la Cátedra Noyon, ordenando que se iniciaran investigaciones sobre el proceso por el cual sus enemigos, por "*el inmenso odio que abrigaban hacia Jeanne, la mataron injustamente, con refinamientos de crueldad*".

Tras numerosas "gestiones", en junio de 1456, el Gran Inquisidor de Bréhal, con la anuencia del papa, revisó el caso y el 7 de julio, en la Catedral de Rouen, Jean Jouvene de Ursins pronunció su veredicto oficial, diciendo entre otras declaraciones: "*... decretamos y declaramos dicho juicio y sentencia como contaminada de fraude, calumnia, inequidad, contradicciones y errores manifiestos de hecho y de derecho y junto con la abjuración, ejecución y todas sus consecuencias, como nula, sin valor y sin efecto ... Proclamamos que Jeanne no ha contraído ninguna mancha de infamia y que está totalmente limpia de eso ...*"

Para su **Canonización** como santa de la Iglesia católica el 16 de mayo de 1920 por el papa Benedicto XV, se volvieron a investigar las crónicas, los cinco manuscritos originales de su juicio de condena que aparecieron en antiguos archivos durante el siglo XIX, los registros completos de su juicio de rehabilitación, que *contenía testimonios jurados de 115 testigos*, y las notas originales en idioma francés en la transcripción en latín del juicio de condena. También aparecieron varias cartas contemporáneas, tres de las cuales llevaban la firma de trazos inseguros de Juana, propios de alguien que apenas sabía escribir. Esta inusual riqueza de fuentes primarias ha llevado a Kelly DeVries a afirmar que «Ninguna persona de la Edad Media, hombre o mujer, ha sido objeto de más estudios».

Si se cotejan los datos que se tienen sobre el caso con el presente libro, se puede ver fácilmente que éste es un relato acorde con los hechos registrados y que aporta además detalles personales en cada uno de los hechos, lo que refuerza aún más el convencimiento de que este libro fue escrito realmente por *Jeanne D.´Arc*.

Uno de los casos más insólitos de la historia humana

La historia de Juana es algo tan inusual, tan extraordinario que es considerado por muchos como uno de los casos más increíbles de la historia.

Estando Francia en la peor de las situaciones dentro la guerra de los 100 años, con un ejército totalmente debilitado, un aspirante al trono débil y desesperanzado, una Inglaterra que era dueña de extensos territorios dentro de Francia, un gobierno inglés con claras aspiraciones a anexionar Francia como una colonia inglesa y la mayoría de nobles *franceses borgoñeses*, a favor de Inglaterra; aparece una niña, campesina, analfabeta, sin ningún conocimiento sobre la guerra y que ni siquiera sabía montar a caballo y se presenta ante el delfín (futuro rey de Francia Carlos VII) diciéndole que unas voces celestiales le indicaron que ella liberaría a Francia del yugo inglés y *¡que le diera el comando de un ejército!* para liberar Orleans y todas las ciudades que fuera necesario para lograr que él fuera coronado rey de toda Francia y para expulsar a los ingleses del suelo francés y... "*¡el delfín acepta esto!*" dando como resultado lo que la niña le había prometido.

Situación en Francia

La guerra de los Cien Años fue un conflicto armado entre los reinos de Francia e Inglaterra que duró 116 años, del 24 de mayo de 1337 al 19 de octubre de 1453. Los ingleses habían ganado muchas batallas y habían conquistado enormes extensiones de Francia y tenían pretensiones de hacerse con la corona francesa, no solo mediante la usurpación de tierras sino por el matrimonio de Enrique V rey de Inglaterra con Catalina de Valois, la menor de las seis hijas del rey Carlos VI de Francia y la reina Isabel de Baviera.

En la época del nacimiento de Juana, el rey de Francia Carlos VI sufría episodios de locura, por lo que la mayor parte del control del gobierno estaba en manos de su esposa Isabel de Baviera. Ante esta situación otros parientes del rey, se sentían con derecho al trono. Se forman entonces dos facciones los "Armagnac" y los "Borgoñeses". La primera a favor del rey, con una sede importante en la ciudad de Orleans, donde estaba su hermano Luis y la segunda regida por el primo del rey, el borgoñés Juan sin Miedo. Ambos contrincantes serían asesinados por sus rivales, lo que acrecentó el odio entre las dos facciones. Aprovechando estas divisiones internas, el rey de Inglaterra Enrique V, con claras intenciones expansionistas sobre Francia, se alía a los borgoñeses y logran muchísimas victorias sobre los partidarios del rey, ocupando varias ciudades francesas.

Por otro lado la reina desconoce a su propio hijo Carlos, como heredero al trono, cede una de sus hijas para casarse con Enrique V de Inglaterra y firma un tratado insólito con los ingleses, el *Tratado de Troyes* en 1420, donde estipula que a la muerte de su esposo Carlos VI, rey de Francia, le sucederá su nieto inglés, el hijo de Enrique V. De esta forma Francia sería anexada a los territorios de Inglaterra. Ambos reyes morirían poco tiempo después del Tratado, aunque Enrique V tuvo un hijo y quienes regían Inglaterra en su lugar siguieron con los mismos planes de conquista.

Dadas las permanentes victorias de los ingleses, el ejército francés estaba totalmente desmoralizado, al punto que solía decirse que 20 ingleses ponían en huida a 200 franceses.

Cuando Juana inicia su campaña, en el año 1429, habiendo muerto Carlos VI, el delfín Carlos se refugiaba en la ciudad de Chinón en la zona de Burgues, por lo que era conocido en broma como "el rey de Burgues" (porque no tenía ni territorio ni dinero). Era una persona débil y empobrecida tanto a nivel monetario como psicológico, pues pesaba sobre él, el propio abandono y descalificación de su madre. No se consideraba digno ni capaz de ser el rey de Francia y estaba pensando en huir al extranjero, cuando los ingleses se apoderaran completamente de su país.

La aparición de Juana de Arco

Existía una profecía que rezaba: "*...Francia se perderá por una mujer... y se salvará por una virgen proveniente de las márgenes de Lorena*". Muchos vieron en *Isabel de Baviera*, madre de Carlos VII, a la primera mujer y en *Juana de Arco*, oriunda de Domrémy en los límites de Lorena, a la segunda, esto sin duda favoreció la aceptación de Juana, por el pueblo primero y por el rey después.

Juana escuchaba voces desde la temprana edad de 13 años. Al principio no pudo identificarlas, pero luego se convenció de que eran de San Miguel, y de Santa Catalina y Santa Margarita. Al principio solo le decían como debía comportarse, le hablaban sobre la virtud y el honor y es en esta época cuando ella hace la promesa de ofrecer su virginidad a Dios para siempre. Luego las voces le dicen que fue elegida por el cielo para la liberación de Francia. Pese a sus lógicos reparos, las voces le dicen que no debe temer nada, que todo lo que le fue anunciado se cumplirá y que ella liberará las principales ciudades de Francia y llevará al rey a su coronación en Reims (ciudad donde se realizaban históricamente las coronaciones).

Juana, con 16 años, escapa de su casa para cumplir esa tarea, pues sabía que sus padres no le darían permiso y convence de su misión a su tío, mudándose con él. En la ciudad de Vaucouleurs, solicita al comandante de la guarnición, Robert de Baudricourt, una escolta armada para llevarla a la Corte Real francesa en Chinon, donde se encontraba el delfín. Como era esperable el comandante le niega el pedido tratándola de loca. Ella no se desanima y vuelve reiteradas veces, con un enorme convencimiento. Según el testimonio de uno de los dos caballeros que la acompañarían en su viaje a Chinon, Jean de Metz, ella le dijo al comandante *«debo estar al lado del Rey... no habrá ayuda para el Reino salvo la mía. Preferiría haber seguido hilando [lana] al lado de mi madre... sin embargo, debo ir a hacer esto, porque mi Señor quiere que lo haga»*. Aún así no lo convence, pero ella le dice que por su demora en ese mismo momento, en Orleans los franceses estaban perdiendo la batalla, dato que le habían dado sus voces. Dado que las noticias tardaban mucho en llegar, dos semanas después llegó la información de esa batalla y su resultado era el que anticipó Juana. Esto finalmente convence al capitán quien le da ropas de hombre, una espada, un caballo y una

escolta entre la que se encontraban los dos caballeros mencionados. Con esta comitiva y atravesando suelo enemigo lleno de peligros, llega a Chinón para ver al Delfín.

El Delfín Carlos, tal vez para probarla se esconde entre su corte y pone en el trono a otra persona para confundir a la doncella, pero ella lo identifica entre la multitud y se arroja a sus pies diciéndole que el rey del cielo la envió para liberar a Francia. El rey tiene una reunión privada con Juana y ella le dice algo tan secreto y privado que "...solo el rey y Dios conocían...". Este secreto fue motivo de grandes tormentos para Juana en su juicio pues siempre se negó a revelarlo frente a sus captores.

El rey pide que la iglesia examine a la doncella para ver si era realmente una persona que venía de Dios y si era virgen. Ambas cosas fueron confirmadas por los eclesiásticos. Si faltaba algo para el convencimiento del rey, la doncella le dijo que la espada que debía usar, era una espada que tenía gravada en su empuñadura cinco cruces y que estaba enterrada tras el altar de la capilla de Santa Catalina, en Fierbois, según le habían indicado sus voces. Se envió una comitiva a buscar la espada y fue encontrada tal como ella lo predijo.

Ya al comando del ejército, sus capitanes al principio se resistían a obedecerla, pero demostró, tal pericia y valor en el comando del mismo, que terminó siendo una líder excepcional, en un momento excepcional, que guiaba a pura fuerza de convicción a la tropa. De esta manera logra varias victorias entre ellas el término del sitio de Orleans, causa que todos daban por perdida y la batalla de Patay, considerada como una de las más decisivas de la guerra.

Finalmente conduce al futuro rey a Reims donde es coronado. Ella le pide al rey que sin pérdida de tiempo y aprovechando el repliegue del enemigo, se dirijan a Paris y luego a Ruan para liberar esas ciudades principales y las otras más pequeñas, para expulsar definitivamente de suelo francés a todos los ingleses, pero el rey hace algo totalmente inexplicable: un acuerdo con el enemigo para darles una tregua,. Cuando Juana y el ejército tratan de liberar Paris, no lo consiguen pues el enemigo se había atrincherado fuertemente. Luego en una escaramuza en Compiègne, es capturada el 23 de mayo de 1430 por una facción borgoñesa. El rey no hace nada para liberarla y los borgoñeses la venden a los ingleses por 10.000 libras, suma que se pagaba solo por los reyes cautivos y es enviada a Ruan, ciudad bajo el dominio de Inglaterra.

Es enjuiciada por ingleses y borgoñeses, es decir por sus enemigos y es desestimada su petición de que el tribunal se componga de partes iguales de ingleses y de franceses leales al rey. También es desestimado su pedido de que su caso sea enviado al Papa, aún cuando ningún miembro de la iglesia podía desoír esta apelación. Finalmente es procesada por el obispo Pierre Cauchon, que estaba de parte del enemigo.

Durante el juicio mostró no solo un valor insuperable, sino una astucia y memoria prodigiosas. Muchas de las trampas teológicas que le tendían eran desarticuladas de una manera, que los mismos eclesiásticos no podían entender. Cuando le preguntaban ella siempre respondía, que las respuestas se las dictaban sus voces. A modo de ejemplo *se le preguntó si estaba en la gracia de Dios*. Muchos de los jueces protestaron por la pregunta, pues era claramente un ardid que ni aún los teólogos más expertos podrían desarmar.

Era una pregunta trampa porque la doctrina de la iglesia sostenía que nadie podía estar seguro de contar con la gracia de Dios. Si hubiera respondido que sí, habría sido acusada de herejía. Si hubiera respondido que no, entonces habría confesado su propia culpa. El notario del tribunal, Boisguillaume, declaró más tarde, que en el momento en que escucharon su respuesta: "Los que la interrogaban quedaron estupefactos":

"... Si no lo estoy, que Dios me ponga allí; y si lo estoy, que Dios me mantenga así. Sería la criatura más triste del mundo si supiera que no estaba en su gracia..."

Estuvo encarcelada un año, con cadenas en las manos y en los pies, sufriendo el acoso, burlas y gritos de sus centinelas. Aún así cuando se enfrentaba a sus jueces tenía una increíble energía y valentía.

Mantuvo siempre su ropa de hombre, pues temía "...que pudieran vulnerar su pudor...". Fue acusada principalmente por vestir esas ropas entre otras cosas menores y quemada en la hoguera. Al morir tenía 19 años.

Varias personas que participaron de su juicio, se arrepintieron luego, algunos le pidieron perdón mientras era llevada a la hoguera. Es famosa la frase pronunciada por el inglés John Tressart, uno de los secretarios de Enrique VI, que abandonó el cadalso lamentándose y exclamó entre lágrimas: "*¡Estamos todos perdidos, hemos quemado a una santa!*", así como la de Jean Alepée, canónigo de la Catedral, que fue un opositor acérrimo de Jeanne: "Me gustaría que mi alma estuviera donde creo que está la de esta mujer".

Sus cenizas y restos fueron arrojados al río para que no se hiciera culto de cuerpo.

Eventos Posteriores

El sacrificio de Jeanne, no fue en vano; en una época donde todo parecía perdido, donde la gente se preocupaba por sus urgencias cotidianas, sin inquietarse mucho por quien los gobernara, Juana logró despertar el sentimiento patriótico del pueblo francés y así lograr el éxito en la liberación del país.

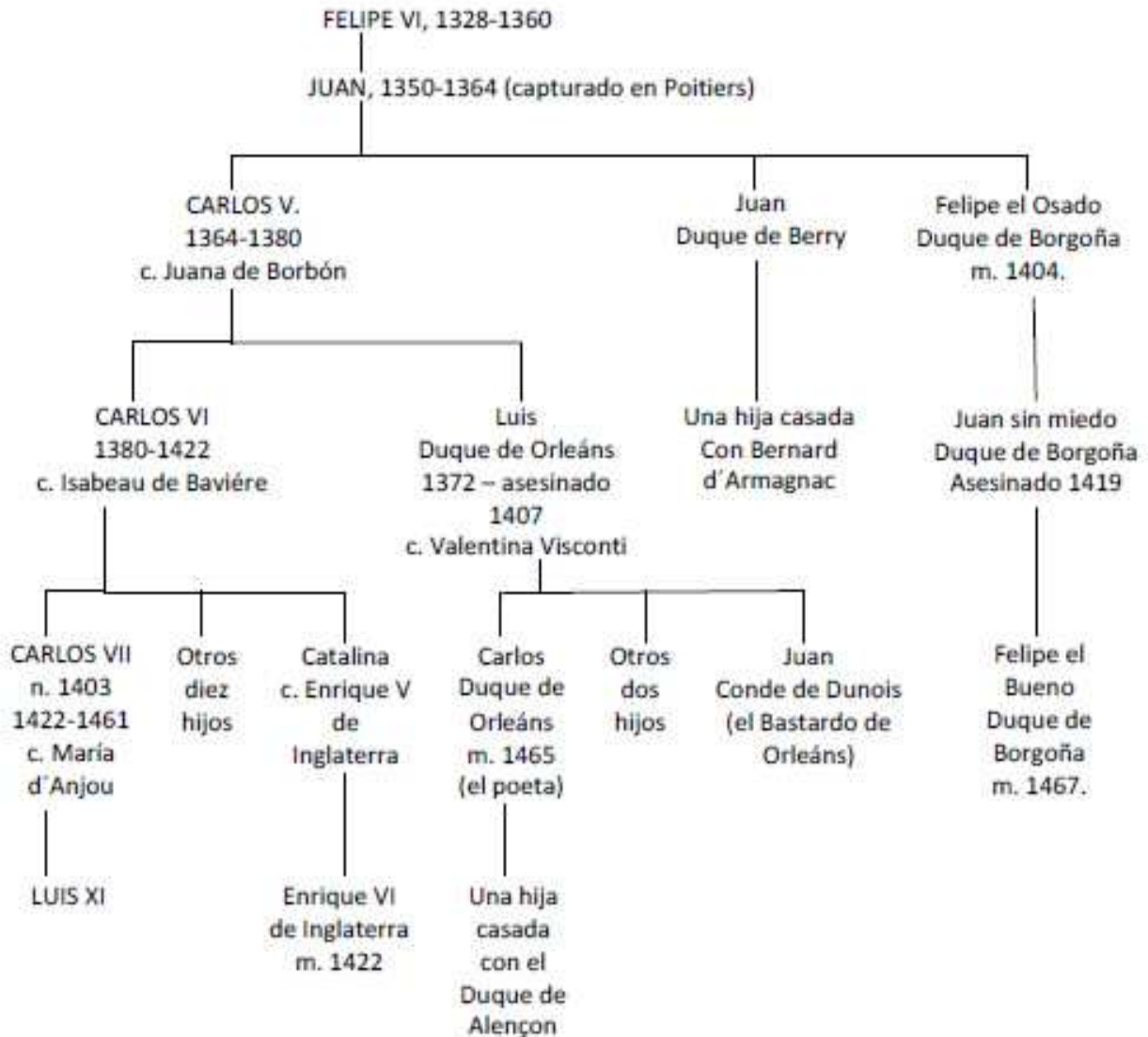
La guerra de los Cien Años duró otros veintidós años más después de la ejecución de Juana. Carlos VII conservó la legitimidad como rey de Francia a pesar de la coronación de su rival, el hijo de Enrique V, un niño que ese día cumplía diez años - Enrique VI de Inglaterra - en la catedral de Notre Dame de París el 16 de diciembre de 1431.

Luego de la muerte de Juana, el rey juntó el coraje que antes le faltó y junto con sus generales liberaron las ciudades que restaban, logrando la liberación total de Francia y la finalización de una guerra que duró más de un siglo.

Juana fue reivindicada en su propia época en el juicio de anulación y convertida en santa en el siglo XX.

Árbol genealógico de los Reyes de Francia

LA CASA DE VALOIS (Reyes de Francia en mayúsculas)



MAPAS





Prefacio

Hija de un simple campesino, mi vida debería haber sido tranquila y pacífica, como el arroyo desconocido que corre por la hierba; pero no fue así: Dios no lo quiso.

No fue la ambición, sino las imperiosas órdenes del cielo las que me sacaron de mi humilde condición. A mis ojos, las flores de los campos eran mil veces más hermosas que todas las joyas de un rey, y pensé que la gloria era como una llama que quema a la mariposa que se atreve a acercarse.

No estoy orgullosa de mi misión, la veo como una gota de rocío que ha caído por casualidad sobre una hoja, de la que pronto correrá para evaporarse con sus compañeras.

En cuanto se me indicó este camino, surgieron mil obstáculos para desanimarme: dudé del cielo y de mí misma, Dios, sin embargo, no me abandonó, nuevas visiones vinieron a fortalecerme; Solo quería mostrarme que sin Él no podría hacer nada; Yo era como las ruedas que mueven el auto hacia adelante, pero son inútiles si una fuerza extraña no las impulsa.

Quería apartar de mi corazón el orgullo que se habría apoderado de mí, si su previsoría solicitud no me hubiera advertido de mi debilidad. Ver a mi país liberado de los vergonzosos lazos que lo mantenían cautivo: ese fue el sueño más dulce de mi joven vida. Una vaga tradición en la casa paterna decía que una mujer cumpliría ese sueño ¹, y el Todopoderoso, a través de un milagro, ¡me informó que esa mujer era yo! ... ¡Yo, humilde virgen de Domremy!

¿Qué persona, por perfecta que fuera, no habría sentido, con esta revelación, su alma rebosante de orgullo? La revelación me angustió; el demonio me atacó; Dios lo venció para protegerme.

Esperaba encontrar un camino ancho y sin problemas que me llevara a mi objetivo a través de miles de flores; puro engaño! Las rocas y los precipicios, a cada paso, me dificultaban el paso.

Cuando todos mis esfuerzos y todos mis intentos resultaron inútiles, Dios me tomó de la mano y me hizo trasponer unos y superar a otros. Reconocí mi fragilidad y aprendí a esperar todo de Él, ¡solo de Él! Encontré espinas donde esperaba flores; y aunque fueron muy dolorosas para mí, sirvieron para proteger mis pasos de los abismos que me rodeaban. A menudo, el viento me doblaba cuando pensaba que era lo suficientemente fuerte para enfrentarlo, pero la mano que me había puesto en la tormenta siempre me impedía romperme.

Para no volverme inútil, por no decir perjudicial para los proyectos del cielo, era necesario una guía segura que me mantuviera en el camino correcto: Dios permitió que sus santos vinieran a mí en formas visibles. Estas visiones eran para mí como el imán que siempre dirige la aguja de la brújula hacia el norte, estaba segura de no desviarme siguiendo su consejo, que siempre he escuchado.

Me convertí (sin saberlo) en el rival de los Dunois, los La Hire, los Xaintrailles, eso me entristeció; la felicidad no se encuentra en los palacios, como los hombres imaginan, sino en

¹Se refiere a una vieja profecía que decía: "Francia se perderá por una mujer (Isabel de Babiera) y se restaurará por una virgen de las fronteras de Lorena" (N de ED)

las chozas y en el corazón de los humildes. Los placeres mundanos son como las flores de lo efímero; pero los placeres del deber son como las flores de la inmortalidad, que nunca se marchitan.

El término del asedio de Orleans, el viaje de la consagración y las victorias conquistadas por los franceses fueron hechos felices para mí, pero no me dieron la misma alegría que sentí cuando estaba en mi cabaña; extraño mis coronas de flores azules y margaritas, así como la rueda que hice girar a la sombra de viejos nogales. Esperaba volver a ver mis alegres montañas... ¡Pobre de mí! Mi misión había terminado, pero tenía que quedarme; la voluntad del rey y de Francia me detuvo... Quizás la mía también.

Oraciones, advertencias, amenazas, mis protectores celestiales, nada escatimaron para salvarme. ¡Pobre de mí! Se diría que una venda ocultó a mi visión el abismo que se suponía que me devoraría. Mi temeridad me dio nuevos derechos a la gloria; con el título de libertadora recibí el de desgraciada; el primero lo gané con el precio de mi felicidad y el segundo con el precio de mi vida. La infelicidad consagra a los héroes, como la sangre consagra a los elegidos del circo; bajo un arbusto espinoso, la gloria, como la violeta, parece más bonita a los ojos de todos; purificada por la infelicidad, parece envuelta en un círculo de fuego al que la serpiente de la envidia no se atreve a acercarse.

Si perdí una felicidad fugaz en la Tierra y la inocencia de mi vida, las cadenas de la prisión y las llamas del fuego me dieron una felicidad que nunca terminará.

CAPÍTULO I

Vine al mundo en Domremy ² [**], una pequeña ciudad pobre, cerca de Vaucouleurs, ³[**] hija de Jacques Darc e Isabela Daix, su esposa. Mi madre solo era conocida en Domremy por el nombre de Romé; déjame explicarte: Jean Romé era un granjero honesto de Domremy.

Un día, cuando iba a recoger ramas en la arboleda de Chesnu, encontró a una niña abandonada que debe haber tenido unos seis años. Sabía por ella, no sin tristeza, que su nombre era Isabela Daix y que los “*Bourguignons*” ⁴ la habían expulsado del pueblo de Macey, después de haber masacrado a sus padres que eran “*Armagnacs*” ⁵. Sin un centavo para el futuro de esta niña y sin poder pensar en dejarla, viendo que el cielo se la había confiado de manera tan obvia, Jean la llevó a casa y la crió como si fuera una de su propia sangre, a pesar de que ya tenía dos hijas: Jeanne y Ameline.

Cuando ella estaba en edad casadera, él la casó con mi padre, que ya estaba obsesionado con Domremy desde hace algún tiempo. Le dio la cabaña donde nací como dote. En ese momento ya tenía tres hermanos: Jacquemain, Jean y Pierre, además de una hermana llamada Isabela, mis padres, pobres y honestos, solo podían darme una educación compatible con su situación. Aprendí a coser y a hilar cuando no estaba cuidando animales con mi hermana.

Desde mi niñez fui educada en importantes sentimientos de devoción y amor por mi legítimo soberano, así como en una inmensa rabia contra los ingleses, rabia que solo aumentó el daño de la guerra, y los comentarios a menudo exagerados, sobre las crueldades que continuamente infligían a todos los que se mantuvieron fieles a su soberano, especialmente a los desgraciados campesinos, siempre las primeras víctimas de la guerra.

² [**] Domremy: ciudad en el distrito de Neufchâteau, departamento de Vosgues, ubicada al suroeste de París. (N. de E.)

³ [**] Vaucouleurs: ciudad en el distrito de Commercy, departamento del Mosa, ubicado al este de París (N. de E.)

⁴Bourguignons: partido del duque de Borgoña, en contra del rey y aliados a los ingleses, enfrentado a los —Armagnacs partidarios del rey y con su sede principal en la ciudad de Orleans .(N. de E.D)

⁵Armagnacs: partido del duque de Orleans. Sus enfrentamientos contra la facción “bourguignon”, desgarraron Francia, en tiempos de Carlos VI y Carlos VII. (N. de E.)

Hombres, mujeres, ancianos, incluso niños, todos comentaban a diario las desgracias del infortunado Carlos VI ⁶, que estábamos lejos de responsabilizar por los males que afligían a Francia, males que atribuíamos principalmente a la culpable Isabela de Baviere ⁷, una desnaturalizada mujer, que supo liberar su corazón de buenos sentimientos que ni los animales más feroces pueden reprimir y que ella dejó de lado, hasta arrancarle de la cabeza a su hijo una corona de la que era legítimo heredero.

Las interminables desgracias que vivieron los franceses no pudieron disminuir su adoración por Carlos VI, ni le hicieron perder el título de “rey amado”, el título más noble que un soberano podía codiciar y que conservó para la eternidad.

No nos cansamos de celebrar las virtudes del joven Delfín Carlos ⁸ y sus grandes cualidades que parecían presagiar un futuro brillante para Francia, si un día ascendía al trono de su padre. Mi familia, mis compañeros y yo en particular, no paramos de enviar fervientes oraciones al cielo para calmar su ira, para obtener la expulsión de los enemigos y la restauración del legítimo soberano.

Un día, cuando tenía 13 años, estaba sentada debajo de un roble en el jardín de mi padre, cuando escuché una voz que me llamaba. Al no ver a nadie, pensé que era un error de mi imaginación; pero la misma voz se escuchó unos segundos después. Entonces vi, en una nube reluciente, a San Miguel acompañado por ángeles del cielo. Me dijo que orara y confiara, que Dios liberaría a Francia y que, en poco tiempo una niña, sin decir su nombre, sería el instrumento que usaría para perseguir a los ingleses y restaurar Francia bajo la autoridad sus reyes legítimos. Con estas palabras se desvanecieron, dejándome en un profundo asombro y muy asustada por tal visión; yo dediqué incontinentemente, mi virginidad a Dios.

Al verme pensativa, mi hermana Isabela, que acababa de llegar, dijo sonriendo:

⁶Carlos VI, le Bien-Aimé (el bien amado): hijo de Carlos V y Juana de Borbón, nacido en París (1368-1422), rey de Francia en 1380. Inicialmente gobernó bajo la tutela de sus tíos que dilapidaron el Tesoro y provocaron, a causa de la recaudación de nuevos impuestos, la revuelta de los Maillotins.

Después de destituir a sus tíos y reemplazarlos con los ex consejeros de su padre, hizo una buena administración que le dio el nombre de "Amado". Fue atacado por la locura durante una expedición contra el duque de Bretaña. A partir de allí, el tío de Carlos, Felipe II, duque de Borgoña asumió la regencia en ese momento, despidiendo a los consejeros de Carlos en el proceso. Este sería el comienzo de una disputa que dividiría a los reyes de Francia y a los duques de Borgoña durante los siguientes 85 años. Luego cobraría protagonismo su esposa Isabeau de Bavière con consecuencias funestas para Francia. (N. de E.)

⁷Isabel de Babiera: De origen alemán se casa con Carlos VI convirtiéndose en Reina de Francia (1371-1435). Dado que su esposo padecía enfermedad mental, se convierte en la regente, pasando en los hechos a gobernar Francia. A consecuencia de la derrota francesa en la batalla de Agincourt, firma el Tratado de Troyes (firmado en 1420, en la ciudad del mismo nombre) casando a su hija Catalina de Valois con Enrique V, rey de Inglaterra y acordando que éste y su descendencia serían en lo sucesivo los reyes de Francia (impidiendo así que su propio hijo Carlos VII fuera el heredero al trono). (N. de E.D)

⁸Delfin Carlos: (1403-1461), hijo de Carlos VI, y posteriormente rey de Francia como Carlos VII. sería conocido como Le Victorieux (El Victorioso) (N. de E.D)

"¿Qué estás haciendo aquí, holgazana?" Mirando el aire ¿No sería mejor seguir con tu costura?

Mi hermana era un poco mayor que yo; estaba dotada de una fuerte personalidad y un raro sentido común. Nunca guardé ningún secreto con ella, así que no dudé en confiarle lo que me acababa de pasar con la firme decisión de seguir su consejo. Después de escucharme, dijo que estaba loca, que probablemente me había quedado dormida con el alma muy preocupada por los problemas de Francia; que esta visión era solamente una creación de mi muy fértil imaginación. Al ver que persistí en negar todas las suposiciones que ella podía hacer para sacudir mi convicción, dijo que me creía de buena fe, pero me aconsejó no contarle a nadie sobre esta aventura. Seguí su consejo, no se habló más de ello, y este caso pronto quedó en el olvido, pero no por mucho tiempo.

Aproximadamente un mes después volví a ver al arcángel y a sus ángeles. Me dio buenos consejos y me contó varias cosas sobre el destino de Francia. Sus visitas se hicieron bastante frecuentes; un día dijo que pronto vería a Santa Catalina y a Santa Margarita. Hija de Dios, añadió, sigue su consejo y haz lo que te dicen; realmente son enviadas por el Rey del cielo para guiarte y dirigirte; obedecelas en todo.

Un poco más tarde vi, a su lado, a dos mujeres jóvenes de radiante belleza. Estaban hermosamente vestidas; llevaban en la cabeza coronas de oro adornadas con piedras preciosas. Me arrodillé y les besé los pies. Una de ellas me dijo que se llamaba Catalina y la otra Margarita. Repitieron lo que San Miguel me había dicho sobre Francia y desaparecieron. San Miguel, los ángeles y ellas, rara vez aparecían, pero siempre escuché sus voces acompañadas de una inmensa claridad.

Un año después, seguía viendo a los tres santos que me decían lo mismo, pero me ordenaron que lo revelara todo durante la noche.

Por la noche, toda la familia y algunos vecinos se reunieron alrededor del sillón de mi abuela; la conversación fue, como de costumbre, sobre las desgracias actuales. Carlos VI había puesto fin, hacía algunos años, a su infeliz existencia; los asuntos en Francia estaban cada vez más desesperados, la pérdida de este desdichado reinado parecía inevitable porque, cada día, cada hora, los ingleses ganaban nuevas ventajas sobre los desanimados franceses. El único remedio para estos males sería la reinstalación de Carlos VII, a quien los enemigos llamaban burlescamente "el rey de Bourges".⁹

Obedecí las órdenes de los santos, que me habían mandado revelar la próxima liberación de Francia; mi padre, al oírme hablar así, me impuso silencio con severidad; mi hermana Isabela, que lo había entendido por sí misma, me apoyó fuertemente, y cada uno, como era tarde, se retiró pensativamente.

⁹Los ingleses aliados con los franceses "Bourguignons", ocupaban una enorme extensión de Francia y el rey se hallaba recluido en castillos de las ciudades que le eran fieles como Chinon en la zona de Bourges, de allí el apodo de "rey de Bourges", broma que destacaba que en realidad no era rey de Francia sino solo de una pequeña porción del país. (N. de E.D)

Unos meses más tarde, mientras cuidaba a los animales, escuché una voz que llamaba mi nombre. Vi, una vez más, a San Miguel, Santa Margarita y Santa Catalina, quienes esta vez dijeron que la chica de la que habían hablado sería yo. Desaparecieron de inmediato, dejándome estática y sin saber qué hacer con una revelación tan inesperada. Regresé a casa decidida a contarle todo a mi padre para recibir sus consejos. Como antes, se mostró incrédulo, pero de repente una voz dijo: "Lo que dice Jeanne, debes creerlo, porque es la verdad".

Uno de mis tíos, llamado Raymond Durand, conocido como Laxart, cuñado de mi madre, al oír esto, dijo que sería necesario dejar actuar a la Providencia; que ella no dejaría de actuar correctamente.

En Domremy había un granjero llamado Conradin de Spinal; era el único "Bourguignon" que residía en este pueblo. Sentía una profunda aversión por él ¹⁰; sin embargo, superé este sentimiento y logré sostener, junto con él, a un niño sobre la pila bautismal, lo que estableció, en ese momento, una especie de parentesco entre padrino y madrina.

Los habitantes de Domremy solo conocían los males de la guerra por lo que escuchaban; pronto supimos que los "bourguignons" habían arrasado los alrededores y avanzaban hacia nuestra ciudad, todos los habitantes huyeron llevándose sus rebaños y sus objetos más valiosos y se refugiaron en Neufchatel ¹¹[**], en la región de Lorena. Mi familia y yo nos hospedamos en la casa de una amable señora, conocida como la Pelirroja, y allí estuvimos cinco días, durante los cuales llevé a pastar los animales de mi padre, junto con mi hermana Isabela; el resto del tiempo, ayudé a nuestra amable anfitriona a ordenar la casa, junto con mi madre y mi hermana.

Fue muy triste ver a Domremy cuando regresamos allí: la iglesia había sido incendiada; el trigo, los granos, habían sido devastados; se talaron los árboles frutales; las viñas fueron arrancadas y las casas saqueadas, en definitiva podríamos decir que un torrente devastador había pasado por este pueblo, hasta entonces tranquilo y pacífico. Fue con el corazón hundido que vi estos lugares amados, una vez tan felices.

La desolación fue aún mayor en el recinto sagrado: los altares fueron profanados, las estatuas de los santos y los crucifijos rotos o bien cubiertos de inmundicia, las imágenes sagradas, ante las cuales siempre encendía velas o ponía flores, habían sido víctimas de las llamas; los muros, ennegrecidos por el humo del fuego, parecían haber sido cubiertos con un sudario de luto y desolación. Un lúgubre silencio reinaba en todos los lugares donde antes se escuchaba el canto de damas y jovencitas, el mugido de los animales y el grito de los pájaros, así como el ruido de los trabajadores.

¹⁰Me acusaron de haber dicho, varias veces, que quería que le cortaran la cabeza, que ese deseo sería demasiado incompatible con mi piedad para haberla formulado; Acabo de decir, en varias oportunidades, que quería que Conradin cambiara de partido. (Nota de la edición francesa)

¹¹ [**] Neufchâtel: actualmente la ciudad de Neufchâteau, ubicada en el departamento de Vosgues, región de Lorena – Francia.(N. de E.)

¡Cuán fervientes fueron mis oraciones ese día! ¡Cuántas veces le supliqué a Dios que me quitara toda mi felicidad, todos los días de mi vida, a cambio de librar a mi país de estas terribles calamidades! Cuando mi padre y mis hermanos regresaron del campo, trajeron la triste certeza de que nuestras cosechas se habían perdido, y que todos los horrores de la miseria castigarían aquellos lugares donde, quince días antes, reinaba la riqueza y la prosperidad.

¡Qué cosa triste es el corazón humano! No contentos con los problemas que se cernían sobre nosotros, cada uno intentó, como una especie de placer, levantar el velo que cubría el futuro para buscar nuevos motivos de alarma, como si Dios no estuviera siempre con nosotros para proveernos de todo.

Un joven de Toul que había venido por negocios a Neufchatel; me vio mientras rezaba en la iglesia; conmovido por mi belleza y mi devoción, concibió el proyecto de casarse conmigo. Reunió información sobre mí y sobre mi familia que solo lo fortalecieron en su decisión. Cuando volvimos a Domremy fue a pedir mi mano a mi padre, quien se la concedió sin más dificultades. El chico era bueno en todos los sentidos y tenía algunas posesiones.

Mi padre no estaba seguro de qué pensar de mis visiones; un sueño que tuvo, en el que me vio partir con los militares, le hizo desear ardientemente mi matrimonio, a pesar de mi corta edad. Como siempre le había obedecido a él, así como a mi madre, con total sumisión, mi padre creía que yo consentiría, sin oposición, en lo que esperaban de mí. Se sorprendió y se enfureció cuando le respondí con sencillez, pero con seguridad, que no quería casarme. Me amenazó con golpearme y encerrarme en mi habitación para que pudiera hacer mis reflexiones, al día siguiente repetí lo mismo; luego recurrió a un medio que consideró efectivo: el de alentar al pretendiente a que me cite ante el juez. Efectivamente hizo esto; pero cuando supe que me habían citado para comparecer ante el tribunal, declaré, ante mi padre y el muchacho, que si alguna vez me casaba, no sería con él; que preferiría labrar la tierra con mis uñas antes que convertirme en su esposa. Mi padre, mi madre, mi familia, mis amigos, todos intervinieron para intentar cambiar mi opinión; su insistencia me irritó, pero fortaleció mi decisión. Cuando me fui a Toul, mi padre dijo que, dado que yo era tan terca, debería deshacerme de este problema lo mejor que pudiera, que él no estaba dispuesto a ayudarme, por nada del mundo. Juré, ante el juez, decir la verdad, y protesté porque no le había hecho ninguna promesa a ese chico, mientras que él mantenía obstinadamente lo contrario.

"¡Está bien!", dije, entonces que muestre su evidencia.

Como no había pruebas, se sintió avergonzado y confesó que nunca le había prometido matrimonio y que, si lo afirmaba, era sólo para obligarme a aceptarlo como esposo.

Durante varios años, mis revelaciones sólo fueron conocidas por mi círculo habitual de amigos. Un día las voces me dijeron: Jeanne, ve a ver al señor de Baudricourt ¹², comandante

¹²Robert de Baudricourt: comandante en la ciudad de Vaucouleurs, con quien Jeanne habló por primera vez sobre su deseo de rescatar a Carlos VII. Después de un tiempo de dudas, finalmente éste le cede una guardia que la acompaña hasta a Chinon, donde Jeanne conoció al rey. (N. de E.D)

de Vaucouleurs; le dirás que te de armas, un caballo y dos nobles para llevarte ante el rey, quien, a su vez, te dará soldados para levantar el sitio de Orleans. Luego lo llevarás a Reims¹³[**] para realizar su consagración. Encontrarás en Santa Catalinade Fierbois¹⁴[**], en la tumba de un intrépido caballero, que está detrás del altar mayor, una espada en cuya hoja hay cinco cruces. Lo que te acabamos de decir, y lo que te hemos revelado antes, lo hemos hecho por orden de Dios, así como de San Luis, el protector de Francia.

Les había preguntado a los santos si debía decirles esto a mis padres, ellos respondieron que debía hacer lo que quisiera, que, sin embargo, lo desaconsejaron por temor a que mis padres pusieran obstáculos en mi viaje. Eso es lo que pensé yo también; la incredulidad de mi padre con respecto a las voces no me animó a decirle que me habían dicho que me fuera; No me atrevía a hablar ni siquiera con mi madre y mis hermanos, pero le dije toda la verdad a Isabela, mi hermana.

Las voces apresuraron mi partida; Ya no podía quedarme donde estaba. Llevaba casi un mes buscando en vano la oportunidad de ir a Vaucouleurs, sin que mis padres lo supieran, cuando entonces mi tío Durand, que vivía en Petit—Burey, un pueblo situado entre Domremy y Vaucouleurs, vino a pasar unos días en nuestra casa. Confié en él, de hecho, él mismo le había declarado formalmente a mi padre que creía en mi misión celestial. Le conté lo que me habían dicho las voces y le rogué que me proporcionara los medios para emprender este viaje. Prometió que vería al señor Robert de Baudricourt y le hablaría de mí.

De hecho, fue a buscarlo; pero monseñor Robert dijo que era extravagante; que sería bueno darme una buena nalgada para curarme de esta locura. Le rogué a mi tío que no le dijera nada a mi padre, que era muy enérgico, como para poner en práctica esta receta.

Algún tiempo después encontré la manera de ir a Vaucouleurs con Pierre, mi hermano menor. Fui a encontrarme con el señor de Baudricourt quien, después de escucharme, se rió de lo que llamó el sueño de una niña. Como se suponía que mi hermano iba a traer algunos recados para mi tío Durand, volví sola a Domremy, bastante consternada por la falta de éxito del viaje.

Cerca de la ciudad había una hermosa fuente que disfrutaba de la sombra de un tilo antiguo; toda la ciudad acudía a ella a buscar agua para sus necesidades.

Me senté al pie de este árbol y comencé a pensar con tristeza en el fracaso de mi reciente visita, dudando un poco de la veracidad de mi misión ya que pensaba que era imposible que

¹³ [**] Reims: ciudad del departamento de Marne, ubicada al noreste de París, donde tradicionalmente se hacía la coronación del rey de Francia. (N. de E.)

¹⁴ [**] Sainte-Catherine de Fierbois, ubicada entre las ciudades de Loches y Chinon, en el actual departamento de Indre-et-Loire, fue, durante el siglo XIV, un lugar muy popular. Su origen, que ciertamente no es más que una leyenda, se atribuye a Charles Martel (688-741), quien después de su victoria en Poitiers - donde, en 732, aniquiló a los sarracenos, comandados por Abd-er-Rahman, salvando así a la Civilización cristiana: habría hecho construir una pequeña capilla en un lugar llamado Fierbois y allí depositó su espada en acción de gracias. Sólo en 1375, después de Jean Godefroy, un burgués de Sainte-Maure, habiendo sanado dentro de la capilla, la peregrinación comenzó de nuevo. En 1516, León X (Jean de Médicis, quien fue papa desde 1513 hasta 1521), erigió Sainte-Catherine de Fierbois como parroquia, iglesia actual, de estilo gótico, aunque construida a finales del siglo XV, con un campanario en forma 'okpiramidal. (N. de E.)

Dios, si realmente me hubiera elegido, me abandonara en este viaje del que dependía el éxito de mi misión.

"¿No habría sido yo, víctima de un sueño o quizás influenciada por espíritus malignos?" Tales fueron las preguntas que me hice por dentro cuando vi de repente a Santa Margarita; era admirablemente hermosa, su cabello rubio caía en grandes rizos sobre sus hombros, tan blancos como el alabastro; la inmaculada blancura de su vestido y la nube brillante que la envolvía añadían poco al resplandor de su deslumbrante belleza. Ella me dijo con una sonrisa angelical:

— Jeanne, ¿por qué estás tan desanimada? ¿Por qué te disgustas por este fracaso? Dios te protege. Ve, vuelve a la casa de tus padres que están preocupados por tu ausencia; la luna con su frente radiante iluminará tu camino.

Realmente, hasta ese momento la oscuridad era grande; pero, ante sus palabras, el astro de la noche la disipó. Luego de la desaparición de la dulce visión, estuve un rato pensativa mirando la luna plateada mirándose en el espejo de la fuente; Luego tomé el camino hacia nuestra cabaña, muy preocupada por la recepción que me iban a dar.

Como esperaba, no fui bienvenida por mis padres que, debido a mi desaparición, se habían hundido en una inquietud mortal.

Mi padre me preguntó de dónde venía y quién me había permitido irme durante tres días sin decírselo a nadie. Respondí que venía de Vaucouleurs, de la casa del señor Robert de Baudricourt, y que me limitaba a obedecer a las voces; ellas me habían ordenado que le explicara mi misión. Debido a que conocía mi terquedad al defender la veracidad de las visiones él creyó mis palabras y no me golpeó. Solo hablamos de este viaje, mi hermana y yo, para lamentar su desagradable resultado.

Fui a Saint—Nicolas, cerca de la ciudad de Nancy ¹⁵[**], en Lorena, una peregrinación muy conocida gracias a los milagros de este santo. El duque de Lorena estaba en ese momento muy enfermo; todos temían por su vida. Avisado sobre la fama de mis visiones, me pidió un remedio que pudiera curarlo. Le dije que su curación dependía de su reconciliación con la duquesa, su esposa, que, aburrida de sus actitudes, se había separado de él. Me puso un anillo lleno de diamantes en el dedo, me dio algo de dinero que ofrecí a los pobres y se despidió de mí, decepcionado por mi respuesta.

Como mis padres me detenían mucho y velaban por mí con gran severidad para evitar que regresara a Vaucouleurs, le rogué a mi tío que les pidiera que me dejaran pasar un par de días en su casa. Mi padre no dudó en aceptar porque sabía que yo estaría tan bien en su casa como en la suya propia.

Solo habían pasado ocho días desde que había llegado a Petit—Burey, cuando mi tío cedió a mis pedidos y me llevó a Vaucouleurs. Nos alojamos en la casa de una señora llamada Catherine, esposa de Henri, un caballero que reparaba carrozas en Vaucouleurs. Durante

¹⁵ [**] Nancy: antigua capital de Lorena, ubicada en el departamento de Meurthe-et-Moselle, 307 kilómetros al este de París. (N. de E.)

varios días no pude comunicarme con el comandante; finalmente consintió en recibirme; pero, después de haberme hecho diferentes preguntas, me despidió enviándome a los “quintos del infierno”. Regresé a su casa después de algún tiempo, esta vez, aburrido por mi insistencia, me envió al cura de Vaucouleurs, creyéndome poseída por el diablo, pero el pobre, después de innumerables oraciones, no pudo curarme. Regresé a Petit—Burey, luego a Domremy, a la casa de mis padres que nada desconfiaban.

Regresé poco después, con mi tío, a la casa del comandante, que pensó que se había deshecho de mí para siempre; no quiso recibirme. Pasé tres semanas en Vaucouleurs, yendo a su casa todo el tiempo. El volvió atrás en su decisión y concedió recibirme. El fracaso de los exorcismos del cura lo había puesto de mal humor.

Antes de ir a visitarlo, les había preguntado a los santos qué haría falta para convencerlo; respondieron que debía decirle que los franceses acababan de perder una batalla en Orleans; que este fracaso sería conocido en la historia con el nombre de “El viaje de los arenques”¹⁶. El comandante, sorprendido por la confianza con la que pronosticaba este contratiempo, me dijo que volvería a llamarme. Poco tiempo después, se supo que era verdad lo que le había dicho; desde entonces no tenía motivos para negarse a enviarme al rey.

Me armó de la cabeza a los pies, me regaló un caballo y dos nobles de la región de Champagne¹⁷[**], llamados Jean de Metz y Bertrand de Poulengy, que solo consintieron en acompañarme después de mucha relucencia, dado que el camino estaba ocupado por los ingleses. Estos dos nobles y otros cinco componían toda mi escolta; estos eran, mi hermano Pierre, Collet de Vienne, un arquero llamado Ricardo y dos caballeros, Jean de Honnecourt y Julien.

La realización de lo que había predicho hizo que la gente, incluso los de mi ciudad, me miraran como si fuera una profetisa inspirada por Dios; Entonces juré que no encontraríamos obstáculos difíciles, para así superar su aversión.

Partimos para ir a Chinon¹⁸[**], la actual residencia del rey. Como dije, no encontramos ningún obstáculo. En el camino, dormimos en iglesias, refugios (lamentablemente a menudo violados) de los desventurados campesinos cuyas humildes chozas habían sido quemadas. También pasamos por Santa Catalina de Fierbois, donde estuvimos tres días. Desde allí escribí a Carlos VII para contarle mi misión, pidiéndole que me respondiera si podía ir a verlo a Chinon. Tras su respuesta afirmativa, continué mi camino y finalmente llegué a Chinon, con todos los que me acompañaban, el 24 de febrero. Inmediatamente envié al Rey las cartas de Monseñor de Baudricourt, en las que le comuniqué a Carlos mi misión y le rogué que me concediera una audiencia, aunque estaba atormentado por tratar de obtener este favor para mí.

¹⁶Journey of Herrings: combate librado por los franceses, el 12 de febrero de 1429, apoderándose de un convoy de arenque (pescado) destinado a los ingleses que asediaban Orleans. (N. de E.)

¹⁷ [**] Champagne: antigua provincia francesa, capital Troyes; se unió a Francia en 1285 por Philippe, le Bel, y dio lugar a los actuales departamentos de Ardennes, Marne, Aube y Haute-Marne. (N. de E.)

¹⁸ [**] Chinon: ciudad del departamento de Indre-et-Loire, ubicada al suroeste de París. (N. de E.)

El rey, siempre rodeado de sus favoritos, era inaccesible y parecía olvidar, en una cobarde indolencia, que tantos valientes caballeros sacrificaron sus fortunas y sus vidas para intentar restablecer su trono.

Me quedé en Chinon durante tres días sin poder hablar con él. Desde el segundo día, él me ordenó que fuera a la casa de Iolande d'Arragon ¹⁹, reina de Sicilia, su suegra, para ser examinada por ella, porque uno de los prejuicios de la época era que una bruja no podía ser virgen; sin embargo, varios ejemplos recientes han demostrado su escaso fundamento. El examen demostró mi inocencia y desde ese día me nombraron Doncella.

Finalmente, después de tres días durante los cuales el concilio vaciló entre el miedo y la curiosidad, esta última triunfó y Carlos VII me llamó a su presencia; después de ser sometida a examen e interrogatorio. De camino a encontrarme con el rey, me encontré con un soldado que, señalándome con el dedo, me preguntó:

"¿Es la Doncella que viene allí?"

"Sí", respondió uno de los que me acompañaban.

Él gritó:

"¡Reniego de Dios, si pasara siquiera una noche con ella, ella no sería doncella!"

Al escucharlo hablar así, me volví y dije:

"¿Cómo puedes negar a Dios cuando estás a punto de morir?"

Se echó a reír ante esta predicción, pero una hora después se cayó al agua y se ahogó.

El rey, para probarme, se disfrazó y se mezcló con la multitud de aduladores; tiempo atrás los retratos vendidos por los buhoneros y su figura marcada en monedas me habían hecho conocerlo sin dificultad, lo distinguí de todos los presentes, diciéndole entre otras cosas:

— Monseñor, Delfín, mi nombre es Juana la Doncella; Soy enviada por Dios para colocar la corona en tu cabeza y expulsar a los ingleses de este reino, al que no tienen derecho.

Carlos y los que le rodeaban no pudieron ocultar la profunda sorpresa que les causó que hubiera podido distinguir al rey sin haberlo visto nunca. Carlos, sin embargo, dijo que no podía creer mis palabras, que le diera una señal de la verdad de lo que estaba diciendo.

Después de hacer que todos se fueran, dije que hacía algún tiempo, había entrado enmascarado en la casa de la duquesa de Borgoña, por razones que la gravedad de la historia no me permiten revelar y que podrían haber tenido consecuencias desastrosas para él. El rey, al oírme hablar de ello, no pudo evitar sonrojarse; y me hizo jurar por mi alma que nunca revelaría este secreto a nadie. En efecto, esta revelación, en cualquier momento que se hiciera, podía provocar las mayores desgracias, haciendo que el duque, que ya no era muy unido a él, se convirtiera en un enemigo mortal.

¹⁹Iolande D'Arragon (1380-1442) se casó con Luis II de Anjou, rey de Sicilia; fue la madre de Marie d'Anjou, esposa de Carlos VII y por lo tanto suegra de éste. Se dice que cuando la propia madre del delfín, Isabel de Babiera lo dejó fuera de la sucesión al trono, Yolanda lo amparó y luego Carlos se casó con su hija María de Anjou, y ambos se convirtieron luego en los reyes de Francia. (N. de ED)

Charles desde ese día estaba convencido de la verdad de mi misión; sin embargo, decidió que me llevarían a Poitiers ²⁰[**], para ser examinada por el parlamento de esa ciudad, y que él mismo iría también. El rey ordenó a Guillaume Bellier, juez de Troyes ²¹[**], su mayordomo, que me hospedara en su casa. La esposa de este oficial, destacada tanto por sus méritos como por sus virtudes, fue la encargada de cuidarme mientras se obtenía información sobre mi vida en Domremy, en Vaucoulers y en Greuse.

Mientras estaba en el palacio del rey, vi entrar a un señor. El rey preguntó, para probarme, quién era. Entonces respondí:

“Amable Delfín, es el duque Jean D’Alençon”. Sin embargo, nunca lo había visto.

El rey había designado comisiones para interrogarme; Me preguntaban todos los días. Esperando que todo estuviera listo para mi partida, el rey se divertía haciéndome correr de vez en cuando con la lanza y cumplía este ejercicio para obtener todos los votos.

Fui a visitar a las duquesas D’Alençon, la madre y esposa del duque, en la abadía de Saint—Florent, cerca de Saumur, donde vivían en ese momento. Me quedé con ellas cuatro días, durante los cuales pude disfrutar de su bondadosa amistad.

En el camino le pregunté a uno de los caballeros que me acompañaban adónde me llevaban; me respondió que íbamos a Poitiers, donde debía someter mi misión al juicio de aquellos a quienes Francia consideraba sabios e ilustrados; No pude evitar decir:

— Tendría motivos para temer; pero con la ayuda de Dios, que me ha conducido hasta ahora, espero triunfar sobre todos los obstáculos que me levanten.

Me quedé en Poitiers, en casa de Jean Rabateau; mi tutela estaba bajo la responsabilidad de su esposa.

Al día siguiente, un gran número de doctores en teología y licenciados vinieron a verme. Cuando los vi, me senté en un banco y les pregunté qué querían. Uno de ellos respondió que venía de parte del rey, para comprobar si realmente podían creer en mis palabras y para demostrarme, por serias razones, que nadie debería creerme. Luego comenzaron a hacer preguntas sobre religión, las preguntas más difíciles que pudieron encontrar; Con la ayuda de Dios y los santos, respondí tan bien que tuvieron que callar. Se fueron preguntándose cómo era posible que una chica de mi edad pudiera resolver formulaciones que hubieran confundido incluso a los más ilustrados de ellos.

Al día siguiente, dos Doctores en Teología (un carmelita y el otro dominicano), también vinieron a verme. El sacerdote de la Orden de los Carmelitas dijo con amargura:

— Jeanne, debes saber muy bien que la Sagrada Escritura prohíbe creer tales absurdos cuando no hay prueba real de ellos. Respondí sin alterarme:

²⁰ [**] Poitiers: capital de la antigua provincia de Poitou y que dio origen a los Departamentos de Deux-Sèvres, de La Vendée y La Vienne, es en esta última donde Poitiers se encuentra a 340 kilómetros al suroeste de París. (N. de E.)

²¹ [**] Troyes: capital de la antigua provincia de Champagne, departamento de Aube; se encuentra a 158 kilómetros al suroeste de París. Troyes fue liberado del dominio inglés por Jeanne d'Arc en 1429. (N. de E.)

“No quiero tentar a Dios; la señal que daré de la verdad de lo que predije será logrado cuando libere a Orleans ²²[**] del estado de sitio en el que se encuentra, y también cuando lleve al delfín a Reims para su consagración.

También le dije que solo tendrían que acompañarme y presenciar estos logros.

Entonces preguntó:

"¿Por qué llamas delfín al rey, nuestro señor?"

Respondí:

“Solo lo llamaré rey cuando haya sido consagrado y coronado en Reims, donde debo llevarlo.

El hermano dominicano empezó en el mismo tono que el primero:

— Jeanne, pides por caballeros militares y dices que es la voluntad de Dios que los ingleses sean expulsados de este reino; sin embargo, si lo que dices es cierto, ¿no sería suficiente la voluntad de Dios? ¿Por qué la necesidad de personal militar?

Yo respondí:

— Los militares lucharán y Dios les dará la victoria sobre sus enemigos.

Después de examinarme detenidamente, los médicos se reunieron y concluyeron que el rey podía ponerme a prueba y que probablemente debería haber sido enviada por Dios, a juzgar por mis respuestas, todas de acuerdo con la más ardiente e iluminada piedad. Se acordó que yo estaría a cargo de llevar a Orleans el convoy de víveres, armas y provisiones de todo tipo, que se estaba preparando en Blois ²³[**]. Fue el responsable de las peticiones de la casa del rey quien me dio la noticia. "Jeanne", dijo. Te encargarás de llevar una caravana a Orleans. Creo que será difícil hacerlo, ya que será necesario superar a los ingleses que son fuertes y poderosos.

"Lo llevaremos sin problema, sin que ningún inglés se atreva a objetar", respondí.

El rey me dio el mejor caballo que podía haber y armas hechas exclusivamente para mí; luego me envió a Tours ²⁴[**].

Les pedí que fueran a buscar la espada que estaba en la iglesia de Santa Catalinade Fierbois; que estaba en la tumba del caballero enterrado, cerca del altar. Era vieja y oxidada; se limpió y se colocó en una funda decorada con flores de lis. Me preguntaron si alguna vez había visto la espada, les respondí que no, pero que los santos me revelaron su existencia y su presencia en esta tumba. Esta fue otra razón para sorprender a todos.

Me dieron un séquito digno del puesto de jefe de guerra; Tenía pajes, escudero y soldados. Entre los primeros, había un señor llamado Louis de Comics, y entre el segundo, un escudero llamado Jean Dolon, ambos fueron designados especialmente por el rey para guiarme y estar

²² [**] Orleans: antigua capital de Orleans, ubicada en el departamento de Loiret, a 116 kilómetros Al sur de París; el sitio de Orleans, por los ingleses, en 1428/1429, se hizo famoso. Fue allí donde Jeanne d'Arc inició la misión para salvar a Francia del dominio inglés. (N. de E.)

²³ [**] Blois: ciudad del departamento de Loir-e t-Cher, ubicado 172 kilómetros al suroeste de París. (N. de E.)

²⁴ [**] Tours: antigua capital de la provincia de Touraine, ubicada a 237 kilómetros al suroeste de París. (N. de E.)

siempre a mi lado; tuve también un capellán. Encomendé a mi hermano Pierre, y a algunas personas en las que confiaba, que lo eligieran entre los sacerdotes más venerados y más conocidos por su devoción y piedad; mi hermano eligió al buen y santo Padre Jean Pasquerel.

Hice fabricar un estandarte blanco, sembrado de flores de lis, en el que estaba representado el Salvador, sentado en su trono en las nubes; sostenía el mundo en su mano izquierda; con su mano derecha parecía bendecir una ramita floreciente de flor de lis que un ángel sostenía en sus manos mientras otro ángel parecía rezar al lado izquierdo de Nuestro Señor. Los nombres de Jesús y María estaban bordados con letras doradas.

Me presenté ante el consejo del rey para discutir cómo expulsar a los ingleses de nuestro reino.

Inspirada por los santos, expuse los medios para lograrlo tan bien que ninguno de los jefes de guerra que estaban presentes, ni siquiera los más famosos, lo habría hecho mejor. El resultado de las frecuentes entrevistas que tuve con el rey y su consejo fue inspirar a todos con plena confianza y sembrar el terror entre los ingleses, para quienes la fama ya había dado a conocer mi nombre, pero exagerando mi mérito.

Finalmente, me despedí del Rey para ir a Blois, donde se estaba preparando el convoy que debía conducir y donde vendrían los soldados que me acompañarían y entrarían conmigo en Orleans para defender esa ciudad; de su salvación dependía el futuro de Francia. Fue en la Iglesia de Saint—Sauveur de Blois donde mi estandarte fue bendecido. A la espera de los que me acompañarían, envié a los ingleses, a través de un heraldo llamado Guyenne, una carta concebida en estos términos:

† Jesús María †

“ A su majestad, el Rey de Inglaterra, al Sr. Duque de Bedford ²⁵, a quien los señores llaman regente del reino de Francia; al Sr. Guillaume de la Pole, Conde de Suffolk; Jean, señor de Talbot ²⁶, y sir Thomas, señor de Scales, a quien llamáis teniente coronel del dicho duque de Bedford, ¡jobedezcan al rey del cielo! Dadle al Rey de Francia las llaves de todas las ciudades que usurpaste al dicho Rey Carlos, único heredero legítimo de la corona francesa. Jeanne La doncella fue enviada por Dios para restablecer en su trono a Carlos, delfín de Viennois, su verdadero dueño. Ella está a punto de concederte la paz, si estás de acuerdo con ella; si, por el contrario, el señor rey de Inglaterra se niega a evacuar el reino, sepa que ella luchará contra sus hombres dondequiera que estén. Si, entre ellos, hay alguno que pida regresar a su país, Jeanne los dejará pasar sin causarles ningún daño. Tenga la seguridad de que la Doncella ha sido enviada por el Rey de reyes para expulsarlo a usted y a su gente del reino de Francia, y que mis hombres llevarán a cabo una masacre tan grande de su ingleses que nunca se habrá oído hablar de tal cosa.

Ella, sin embargo, les ruega piedad para ustedes mismos y para ellos; ¡no se hagan matar! Estén convencidos de que Dios vela por ella y por los suyos; que les dará mayor fuerza solo a ellos y que ustedes nunca la tendrán, ni siquiera con todas las tropas del mundo. En cuanto a ustedes, soldados ingleses que están ante Orleans, ella los convoca, en nombre de Dios, a retirarse a su país; si no obedecen, teman la ira de Dios y los males que ocurrirán a causa de la desobediencia a sus órdenes. Ten la seguridad de que el reino de Francia no es tuyo, que pertenece únicamente a Carlos, delfín de Viennois, hijo único del difunto rey Carlos VI, de buena memoria, legítimo heredero de la corona francesa y que lo tiene como regalo del Rey del Cielo; Sepa que pronto entrará él triunfalmente en París. Si no prestas atención a lo que se te dice, en nombre de Dios, recuerda que, en algún lugar, te encontraremos, y haremos que te arrepientas de esta obstinación, te mostraremos quién tiene el mayor derecho: Carlos o Ustedes. Juana la Doncella los convoca: Guillaume de Poule, Conde de Suffolk; Jean, Lord de Talbot y Thomas, Lord of Scales, Teniente del Duque de Bedford, nombrado Regente de Francia por Enrique VI, Rey de Inglaterra, para responder si quieren conceder la paz a la ciudad de Orleans.

Recuerden, si no lo hacen, se producirá mucho daño. Duque de Bedford, a quien llaman regente del reino de Francia, en nombre de tu sobrino, la Doncella te ruega que no masacres ni siquiera a tu gente. Si no obedecen su súplica, hará tanto, que los franceses llevarán a cabo las batallas más hermosas de las que habrá sido testigo la cristiandad, y que sus hombres los expulsarán de ese reino al que los señores no tienen derecho.

Escrito el martes de Semana Santa, dictado por Jeanne la doncella.

²⁵Bedford: Juan de Lancastre, duque de Bedford. (1389-1435), hermano de Enrique V, rey de Inglaterra, y regente de Francia en nombre de su sobrino Enrique VI después de la batalla de Agincourt, donde, el 24 de octubre de 1415, la armada francesa fue derrotada por los británicos. (N. de E.)

²⁶Talbot: Jean Talbot, conde de Shrewsbury, capitán inglés, nació en 1388 y murió en la Batalla del Castillon (1453). (N. de E.)

Sobre la dirección hice colocar; "Escuchen en el nombre de Dios y la Doncella", seguido de: "Al duque de Bedford, que dice ser regente del reino de Francia en nombre del rey de Inglaterra".

Quería que la caravana pasara por Beauce ²⁷[**], donde el poder de los ingleses era más fuerte; pero los capitanes que iban a llevarlo conmigo a la ciudad de Orleans, de acuerdo con el conde de Duflois, concluyeron que se iría por el Sologne.²⁸ [**]

Sin embargo, no me advirtieron nada y me dejaron creer que seguiríamos el camino hacia Beauce; mientras que en realidad era de Sologne. Los capitanes fueron: Mariscal de Boussac, Gilles de Rhets, Almirante de Culent, Ambroise de Lore y La Hire.²⁹ La escolta estaba formada por aproximadamente seis mil hombres.

Reuní a todos los sacerdotes y religiosos de la ciudad, formé un batallón sagrado que se posicionó frente al convoy, sonando himnos sacros en el aire, que los soldados, arrebatados de alegría y seguros de la victoria, repetían con entusiasmo y fervor. Antes de irme, expulsé a todas las mujeres fáciles, porque siempre hubo un gran número de ellas cerca de las tropas; También hice confesar a todos los soldados, y la Sagrada Comunión ya se había dado la víspera de la partida. Ellos pusieron dificultades para el acto de la confesión, pero los convencí más fácilmente de lo que esperaba.

Al enterarse de nuestra llegada a Orleans, los habitantes de la ciudad enviaron barcos a través del río Loira para recoger alimentos y algunas personas iban a entrar en la ciudad con ellos; pero vinieron a decirme que el viento estaba en contra y que la tropa estaba desanimada por este obstáculo imprevisto. Les dije que tuvieran paciencia; que el clima cambiaría pronto y que todo entraría a la ciudad el mismo día. De hecho, algún tiempo después, vimos que los barcos llegaron a toda vela, ellas habían sido ensambladas por el Conde de Dunois ³⁰ y por las personas más importantes de la ciudad, que no podían controlar la impaciencia que tenían por conocerme, vinieron a mi encuentro para ver de inmediato a quien los habitantes de Orleans ya le habían dado el título de "Libertadora".

El Bastardo de Orleans, tan pronto como el barco hubo anclado, se apresuró a bajar, seguido de los nobles y se acercó a mí diciendo:

— ¿Eres Juana la Doncella, enviada por Dios para liberar la buena ciudad de Orleans, y colocar la diadema en la frente de Carlos de Francia? Sí, le respondí, ¿es usted el conde de Dunois, bastardo de Orleans?

²⁷ [**] Beauce: capital, Charles, departamento de Eure-et-Loir, ubicado a 60 millas al suroeste de París. (N. de E.)

²⁸ Sologne: región que abarca tres departamentos: Loiret, Loir-et-Cher y Cher. (N. de E.)

²⁹ La Hire: Etienne de Vignoles, llamado La Hire, capitán francés, nacido en Vignoles (1390/1444). Acompañó a Juana de Arco al sitio de Orleans e intentó sin éxito, sacarla de la prisión de Rouen,. (N. de E.)

³⁰ Dunois: Jean d'Orléans, Conde de Dunois, hijo natural de Louis d'Orléans, conocido como el Bastardo de Orléans, hermano de Carlos VI, nacido en París (1403-1468). Luchó contra los británicos al lado de Jeanne d'Arc y también después de su muerte. (N. de E.)

"Sí", respondió.

— ¡Muy bien! Entonces, ¿por qué nos hiciste pasar por Sologne, en lugar de guiarnos por Beauce? ¿No dije que los ingleses, con todas sus fuerzas, no se atreverían a atacarnos?

El Conde, desconcertado por esta pregunta, dijo que solo siguió el consejo de todos los capitanes. Y reanudé:

"¿Conde de Dunois, entonces ignora Ud., que yo solo actúo bajo las órdenes de Dios!" ¿Crees que Él es menos sabio que los hombres? Probablemente pensaste que me confundirías y anularías mis promesas, pero con la ayuda de Dios he triunfado sobre todos los obstáculos y te traigo la mejor ayuda que una ciudad sitiada podría esperar.

Pronto entré en Orleans con mi estandarte en la mano, el Bastardo a mi derecha y La Hire a mi izquierda, seguido por mis soldados, nobles de la ciudad y una multitud de habitantes que se empujaban entre sí al pasar, saludándome con gritos de alegría y los vítores más entusiastas. Bajé frente a la casa de Jacques Boucher, tesorero del duque de Orleans. Me desarmé inmediatamente ya que no estaba acostumbrada a usar armas, y me sentía terriblemente incómoda. Se había preparado una cena espléndida, pero solo comí un poco de pan y queso. Después de esta comida fui a la habitación que me habían asignado, la de la hija del tesorero, que siempre la compartió conmigo durante mi estadía en Orleans. Fui a la iglesia para dar gracias a Dios por su protección y, cuando regresé, no tenía nada más urgente que hacer que irme a la cama. Estaba extremadamente cansada por el gran viaje.

A la mañana siguiente, el Bastardo me suplicó que fuera a su casa. Allí encontré a Monsieur de La Hire, Florent D'Illiers, Jean de Gamaches y todos los jefes militares que estaban en Orleans. Mi opinión era que las bastillas inglesas deberían ser atacadas inmediatamente; todos los capitanes, sin embargo, prefirieron esperar a las tropas que se suponía que iban a cruzar del Loira a Blois, refuté esta idea y recordé las consecuencias que había traído el desprecio dado a mi opinión cuando quise pasar por el Beauce. Gamaches, sensibilizado por mis reflexiones y, sobre todo viendo que mis ideas se iban a superponer con las suyas, se arrepintió mucho.

"Ya que ustedes prefieren, caballeros", dijo con tono amargo, la opinión de un charlatán de bajo rango, a la de un noble señor como yo, no diré más, al contrario, pero usaré mi espada en el momento y lugar adecuados. Puede que me maten, pero así lo quiero en nombre del rey y en mi honor; Deshago mi estandarte aquí y me convierto en un simple escudero, prefiriendo servir a un noble militar en lugar de estar al mando de una mujer que era, quizás, quién sabe qué.

Diciendo estas palabras, dobló su estandarte y se lo entregó al Bastardo de Orleans, que estaba bastante molesto por la discordia entre los jefes militares y yo. Todos los buenos franceses que estaban allí intervinieron para reconciliarnos; logramos tomar la iniciativa de abrazarnos, lo que hicimos, apenas tocándonos y en contra de nuestra voluntad. Llegamos a un acuerdo más o menos unánime, esperaríamos a las tropas, pero algunos jefes militares irían a Blois para acelerar su llegada. Estaba furiosa con la decisión, pero tuve que resignarme.

Los ingleses, violando los derechos de las personas, encarcelaron a Guyenne y lo encadenaron. Este Guyenne, como dije antes, era el heraldo a quien le había confiado que

llevara la carta dictada por mí en Blois. El 30 de abril, al día siguiente de mi llegada, de acuerdo con el Conde de Dunois, comandante de Orleans, envié un mensajero para pedir su liberación; era Ambleville, mi segundo heraldo.

El Bastardo le dio a uno de sus heraldos para que lo acompañara, y ordenó a los dos que le dijeran a los enemigos que si rechazaban esta petición y cumplían la amenaza (dijeron que quemarían a Guyenne, como lo harían todos los que creyeran en mis palabras, por ser herejes), tomaría represalias contra todos los prisioneros que tenía en ese momento. Algunas personas, familiares y amigos de este heraldo, fueron testigos de sus aflicciones por su destino, los consolé diciéndoles que lo enviarían de regreso sin haberle hecho ningún daño. De hecho, los ingleses, intimidados por la amenaza del conde, me devolvieron su heraldo y el mío, que era portador de una carta que me habían dirigido los ingleses y que contenía todas las ofensas que podían haber encontrado. Le pregunté a Guyenne qué pensaban de mí los enemigos; él respondió que pensaban que yo era una bruja y que mi nombre los llenaba de terror.

"¿Qué dice Talbot?" Repliqué.

— ¿Qué dijo? Él llena a la señora de injurias y amenaza con quemarla viva si logran, algún día, hacerla prisionera.

Entonces le dije:

“Vuelve con Talbot; te llevarás a tu amigo que estuvo preso, le dirás al general inglés que no me importan ni un poquito sus ofensas; también le dirás que si nos ataca, sabremos recibirlo de tal manera que nunca regrese; que, si logra encarcelarme, hará conmigo lo que le plazca, pero si lo derroto, que levante el asedio y vuelva con su familia, con sus ingleses, para salvarse también de todo mal.

Guyenne me obedeció y tomó a su amigo.

CAPÍTULO II

La Hire maldecía sin cesar, lo que me angustiaba demasiado; Traté de reprimirlo, sin éxito; me hizo hermosas promesas tan pronto olvidadas como hechas; un día, cuando lo reprendí, me dijo:

— ¡Ah! Señora Jeanne, ya debería haberlo entendido; es fácil de decir, pero si te hubieran criado como yo, en el ambiente militar, maldecirías como un demonio; me haces caminar como un niño. Gracias a ti vacié mi vieja bolsa ³¹, sin embargo, por todos los demonios del infierno...

Vio por mi actitud que todavía se le había escapado una falla; y dijo de inmediato:

— ¡Perdóname! No es culpa mía, me sale sin que piense, pero en ese caso, cálmese”, me dijo, al ver que sus explicaciones comenzaban a irritarme, “¡por todos los diablos! Me quedaré mudo como un pez.

— Lo interrumpí impaciente: No tiene que hacerlo, jurar, que no volverá a maldecir; pero ya que Ud. tiene la necesidad absoluta de hacerlo maldiga en nombre de su bastón.

Encontraste una solución, dijo, encantado con este arreglo; eres una chica hábil; te saludo todos los días... pero mi bastón, quiero decir, no creía que estuvieras tan bien informada.

Durante los dos primeros días de mayo llegaron nuevos convoyes y nuevas tropas. Siempre me mantenía al frente de una tropa, entre la ciudad y los enemigos, para evitar que invadieran y proteger la entrada de gente y soldados, pero no tenía nada que hacer, los ingleses no se movían y seguían dejándonos pasar tranquilamente, mirándonos desde lo alto de sus fuertes.

Tan pronto como los víveres entraron a la ciudad conmigo, los capitanes se separaron para regresar a Blois, donde pedirían consejo al arzobispo de Reims, canciller de Francia y otras figuras importantes, para ver qué debíamos hacer.

Enviaron convoyes cada día, como dije antes, preparando uno, aún más grande que la de los capitanes que me habían acompañado, decidieron traerlos para quedarse conmigo en la defensa de Orleans.

Les dije que pasaran por Beauce, lo que evitaría el problema de los barcos y los obstáculos imprevistos que siempre plantea ese transporte. Esta vez me escucharon y vinieron por este camino que estaba defendido por la mayor fortaleza que tenían los ingleses en ese asedio; la fortaleza lleva el nombre de Londres. El convoy llegó a Orleans el 3 de mayo, por la noche, sin haber encontrado ningún obstáculo; sin embargo, a pesar de saber que los ingleses no se moverían, fui a su encuentro con el conde de Dunois y algunas tropas. Varias palabras, que el conde de Dunois dejó escapar, me hicieron sospechar que estaban escondiendo algo importante; Pensé que era hora de la llegada de Fastol, el jefe inglés que debía llevar refuerzos a los sitiadores; Le dije con fuerza al bastardo:

"Bastardo, te pido, en nombre de Dios, que me avises la hora exacta de la llegada de Fastol, porque si eso pasa sin mi conocimiento, te cortaré la cabeza".

³¹Conseguí que confesara (Nota a la edición francesa).

Esta amenaza, que yo no habría cumplido, fue necesaria para domar la insubordinación de los jefes que actuaron según sus caprichos, comprometiendo muchas veces, con esta actitud, los intereses del rey y de Francia. Resultó en imponerme al Bastardo, ya que los capitanes, desde entonces, me tuvieron más deferencia.

Al día siguiente, los capitanes que habían llegado el día 3 se fueron por la noche sin avisarme. Atacaron la bastilla de Saint—Loup, que el señor de Talbot, tenía bien provista de soldados y comida, y que estaba fuertemente fortificada. Yo, postrada por el cansancio de los días anteriores, estaba dormida en ese momento cuando Santa Catalina me despertó y dijo:

— Jeanne, ármate rápidamente y ve al Fuerte de Saint—Loup, que los franceses atacaron de forma inoportuna; reciben en ese momento el castigo de su imprudencia; algunos de ellos ya están heridos de muerte; ve a su encuentro y los traerás triunfantes. También me indicó el camino que debía seguir.

Solo estaban la hija de los lores y mi paje en la casa. Lo llamé, pero consideré oportuno no contestarme, prefiriendo que su compañero viniera a servirme. Impaciente por no verlo, decidí ir a buscarlo, imagina el terror que mi presencia en la habitación causó a la hija de Louis y Jacques Boucher: ella se escondió y él balbuceó algunas excusas que no escuché durante mucho tiempo; le dije que fuera rápidamente a ensillar mi caballo y me lo trajera. Después de intentar en vano llevar mi armadura, decidí llamar a Charlotte (la hija del tesorero) para que me ayudara en esta tarea tan importante, porque de la forma en que se hacía, a menudo dependía la vida de quien la llevaba. Al ver que ella era más torpe que yo, y que así nunca terminaríamos, la impaciencia comenzó a apoderarse de mí cuando Louis, que traía mi caballo, vino en mi ayuda, devolviéndome también el buen humor.

Monté de inmediato y comencé a galopar, siguiendo la dirección indicada por Santa Catalina. Llegué ostentando el estandarte ante los franceses que, al verme, se llenaron de nuevo coraje. Pronto nos enfocamos en que los ingleses del fuerte se retiraran al campanario, contra el cual inmediatamente lanzamos el ataque.

Talbot trajo a un gran número de ingleses de otros fuertes para ayudar a Saint—Loup, pero los jefes militares que se habían quedado en la ciudad velaban por nosotros y viendo el peligro que corríamos, partieron de Orleans inmediatamente con varias tropas que se pusieron en posición de batalla. Talbot, viendo que estábamos listos para recibirlo, hizo retornar a sus ingleses y abandonó la bastilla que, en menos de tres horas, estaba enteramente en nuestro poder.

Algunos de nuestros enemigos, que se retiraron al campanario, al ver que ya no podían defenderse, tomaron ropa de sacerdotes y religiosos, esperando que les sirviera de salvación contra la furia de los enemigos que querían matarlos; pero los salvé, demostrando así a los franceses que sería mejor mantenerlos prisioneros. Ciento setenta y cuatro perecieron en este ataque; doscientos fueron arrestados.

Todos los franceses, tan pronto como el Fuerte fue conquistado, comenzaron a demolerlo; no quedó piedra sin remover. Le prendimos fuego justo después de retirar la comida y todo lo que pensamos que podría sernos útil. Encontramos mucha comida. Talbot la había proporcionado en abundancia unos días antes. En triunfo lo llevamos todo a Orleans; fuimos directamente a la iglesia para dar gracias a Dios por este brillante éxito; las campanas, con sus

alegres sonidos, también celebraron esta victoria y terminaron por traer más desánimo a los corazones de los ingleses, consternados por esta pérdida. Al día siguiente, 5 de mayo, día de la Ascensión, los líderes militares realizaron un consejo en el que participé. De regreso a la ciudad, dicté una segunda carta así concebida:

“A los ingleses: por parte del Dios verdadero, les ordeno que dejen sus fuertes y vuelvan a sus hogares. Recuerden que no tienen ningún derecho al reino de Francia y que Jeanne la Doncella hará que se arrepientan de esta imprudencia, si desobedecen sus órdenes. Enviaré mis cartas de una forma más conveniente, si detienen a los heraldos llevándolos prisioneros, lo que me obliga a usar una flecha para la realización de este servicio”.

Me respondieron con insultos; Envié una tercera carta de la misma manera; ella no tuvo mayor éxito. Dije, unas líneas más arriba, que los jefes militares se reunieron en un consejo en el que yo participé. Discutimos extensamente si debíamos atacar a Fastol, que aportó considerables refuerzos a los enemigos, antes de unirse a la armada inglesa, que estaba muy debilitada en ese momento por la retirada del duque de Borgoña. La mayoría quería que atacáramos el fuerte; prevaleció esta opinión, que también era la mía. Quería que fuéramos con todas las fuerzas que teníamos, a la bastilla de Saint—Laurent, donde estaban Monsieur de Talbot, los principales jefes militares y toda su élite; sin embargo, los jefes militares, lejos de seguir mi consejo, no quisieron hacer nada ese día por su santidad: era la fiesta de la ascensión.

A pesar de haberles asegurado nuestra victoria y haberles dicho que era el momento adecuado para tomar este fuerte, decidieron que comenzaríamos a atacar los fuertes que defendían a Sologne, para poder recibir alimentos de Berri ³²[**] y otras regiones sin dificultad. Al mismo tiempo terminaron la reunión.

Regresé a casa muy descontenta con su actitud y con lo poco que prestaron atención a mi opinión. Ese día fui a desafiar a los ingleses que estaban en el fuerte de Tourelles; hacía tiempo que deseaba convocarlos para que pusieran fin al sitio de Orleans y regresaran a sus hogares; me contestaron con insultos, los más groseros, que me hicieron estallar en lágrimas, pero que sirvieron para estimular aún más mi coraje.

El viernes 6 de mayo crucé el Loira a la cabeza de 400 franceses, frente a Glacidas, que comandaba el fuerte de Tourelles. Esta fortaleza estaba siendo defendida por 500 hombres, la élite de las tropas inglesas. Inmediatamente retiró sus tropas del fuerte de San Juan—le—Blanc y fueron a sumarse a la guarnición que protegía la bastilla de los Agustinos. Para evitar que lo volvieran a tomar, hice quemar el Fuerte San Juan le Blanc.

Aunque la mayoría de mis soldados aún no habían cruzado el río, no fui directamente al fuerte de los Agustinos y, con la ayuda de los que me acompañaban, logré plantar mi estandarte

³² [**] Berry: antigua provincia francesa; en 1100 fue comprada por Felipe I, quien la adjuntó a la corona. Berry formó los actuales Departamentos de Cher e Indre. (N. de E.)

sobre esta bastilla. Los ingleses del fuerte gritaron tanto que fueron escuchados por los soldados del Fuerte de Saint—Prive, y partieron en gran número para acudir en su ayuda. Todos los enemigos que venían del Fuerte de Saint—Prive gritaron para alertar a los Agustinos. Mis soldados, aterrorizados por estos gritos, pronto huyeron. Concentrándome en seguirlos, formé la retaguardia.

Percibiendo que abandonábamos el ataque, los ingleses aparecieron numerosos para perseguirnos, lo hicieron gritando y cubriéndome de heridas de todo tipo. De repente me di la vuelta con algunos de mis soldados, los más valientes de la tropa, y fui directo a los ingleses, atacándolos con fuerza. Aterrorizados al ver que estaba tomando las riendas de la situación, huyeron. Finalmente logré reunir a todos mis franceses que, avergonzados de haber huido por miedo a tan poco, persiguieron furiosamente a los ingleses hasta el fuerte Agustín, donde se refugiaron lo mejor que pudieron.

Planté mi estandarte sobre los fosos; animé a mis soldados a cumplir con su deber y a borrar, con coraje y tomando el fuerte, la vergüenza con la que acababan de cubrirse. Después de luchar durante mucho tiempo, y sin el menor éxito, se habló de la retirada, pero logré que se quedaran y, después de una pelea sangrienta, invadimos todo el fuerte. Fui herida en el pie por una trampa. Los ingleses eran numerosos en este fuerte; todos fueron masacrados, a pesar de mis órdenes y mis oraciones. Encontramos en el lugar gran cantidad de alimento y riqueza de varias especies; cogimos todo para llevarlo a Orleans y prendimos fuego a la bastilla de los agustinos.

En el lado de Sologne, sólo quedaba el "bulevar" y el fuerte de Tourelles, que protegía la entrada al puente construido sobre el río Loira en este lugar; Envié a la mayoría de mis soldados allí para formar el sitio y regresé de mala gana a Orleans; Me hubiera gustado unirme a mis soldados de Tourelles para compartir el peligro con ellos y animarlos. Los capitanes, sin embargo, se opusieron a esta idea.

Nada más llegar al alojamiento les pedí que me pusieran un vendaje en la herida que, por cierto, era superficial. Preocupada por mis soldados que se quedaron en Tourelles, no pude cerrar los ojos en toda esta noche, durante la cual los ingleses, que estaban en el "bulevar" de Saint Prive, cruzaron el Loira en sus barcos, después de incendiar el fuerte que habían abandonado, fueron a la bastilla de Saint—Laurent. La luz brillante que emanaba del fuego en el Fuerte de Saint—Prive aumentó aún más mis alarmas; temí que los ingleses en este "bulevar" atacaran a los franceses en Tourelles.

Tan pronto como hube vendado mi herida, los jefes militares de Orleans, y todos los que estaban en esta ciudad, por mandato del rey, vinieron a mí para deliberar sobre lo que debía hacerse. Aquellos que vinieron a instancias del rey solo lo hicieron porque pensaron que no podían hacer otra cosa; porque seguían muy molestos por las ideas de una mujer, prefiriendo las suyas a las mías. Mi opinión era atacar el fuerte de Tourelles al día siguiente, al amanecer, y cruzar el río Loira con todos los soldados que pudiéramos reunir: los capitanes de Orleans aplaudieron con entusiasmo este proyecto; sin embargo, los capitanes del rey lo consideraron mal, como de costumbre. A medianoche, me levanté para dar mis órdenes. Mientras me

preparaba para montar a caballo, Jacques Boucher, mi anfitrión, vino a decirme que acababa de comprar un alose³³ y me invitó a comerlo con él y su familia.

Yo le respondí:

“Maestro Jacques, solo lo comeremos en la cena a la que regresaré por el puente; herida, es cierto, pero victoriosa sobre los ingleses y... Madame de Tourelles; nosotros traeremos un “goddam”³⁴ que se comerá su parte. Durante la noche los burgueses de Orleans habían hecho los preparativos necesarios para el ataque que yo había imaginado, y dieron órdenes de que los que me iban a acompañar estuvieran listos para partir en cuanto saliera el sol. Finalmente, me puse al mando de las tropas, segura de la victoria que les había prometido. Detrás de nosotros venía un cuerpo de tropas cargando tablones, planchas de madera, en fin, todo lo que pensé que podría sernos útil, tanto para reparar rápidamente el puente, para poder cruzar el río Loira, como para formar el asedio alrededor de la ciudad. Tenía 500 franceses a mis órdenes.

Atacamos vigorosamente a los ingleses y ellos se defendieron de la misma manera. Peleamos hasta 16 horas sin que el más mínimo acierto nos animara. El Bastardo de Orleans y los capitanes, viendo que no avanzábamos y que era demasiado tarde, decidieron que debíamos retirarnos con la artillería, a la ciudad, hasta el día siguiente. En ese momento una flecha vino a herirme gravemente la garganta, inmediatamente me retiré a un rincón, me desarmé y detuve la sangre que fluía abundantemente de mi herida; de repente vi a Santa Catalina que me dijo:

— Jeanne, los franceses han luchado sin éxito hasta ahora, ¡pero coraje! Hoy conquistarán el “bulevar” y el fuerte, y regresarán victoriosos a Orleans.

De inmediato monté el caballo y fui a pedirle al Bastardo de Orleans la gracia de quedarnos unas horas más, asegurándole nuestra victoria, luego corrí a la base del fuerte y allí planté mi estandarte gritando:

— ¡Ánimo, franceses, son nuestros!

Escuchándome hablar así, redoblaron sus esfuerzos. Los ingleses, presos de un pánico terrible, abandonaron el “bulevar” y se retiraron a Tourelles, pero pronto nos apoderamos de todo.

Glacidas, otros jefes ingleses, y todos los que no fueron muertos ni hechos prisioneros, quisieron retirarse a sus fuertes, pero el puente levadizo cayó al río Loira y se tragó a todos los enemigos en sus aguas. De los 500 ingleses, 300 fueron muertos y 200 encarcelados. Este importante logro resultó en la liberación del cruce de Sologne y la consternación de los corazones ingleses. Dueña de Tourelles, hice que le prendieran fuego a la ciudad y que repararan el puente de inmediato para poder cruzar el Loira con facilidad. Regresamos triunfantes a Orleans a las 6 de la tarde. La alegría de los ciudadanos no se puede imaginar; acudieron en masa a mi hotel, bañándome con agradecimiento y acciones de gracias.

Tan pronto como llegué; Me hice desarmar y tratar la herida que, afortunadamente, no era peligrosa aunque era grave. Solo tomé un sorbo de vino y me fui a la cama, habiendo

³³Alose: nombre con el que se nombran varios tipos de peces marinos, incluidas las sardinas. (N. de E.)

³⁴Goddaml: apodo que se le dio a los ingleses. (N. de E.)

ordenado que el cuerpo de Glacidas, el inglés que más me maldijo, fuera sacado del Loira y entregado a sus compatriotas.

Los ingleses, durante la noche del 7 al 8, mantuvieron una gran reunión para deliberar si debían quedarse o levantar el asedio, prevaleciendo esta última opinión. El domingo 8 de mayo salieron de sus bastillas con los prisioneros que habían tomado y tomaron una posición de batalla en el lado de Beauce. De acuerdo con el Bastardo de Orleans, con los capitanes y con los jefes de guerra, nuestras tropas salieron y emprendieron la batalla en el mismo orden que las tropas inglesas. No esperaban que los atacáramos; entraron precipitadamente, una parte hacia Jargeau y el resto hacia Meung sur Loire, abandonando a sus heridos, sus provisiones, su artillería, etc. Los líderes militares querían perseguirlos, pero yo tenía horror de esparcir sangre humana inútilmente, lo que me hizo prohibir la persecución y querer que los dejáramos libres durante todo ese día. Así Orleans fue liberada el 8 de mayo de 1429. Los británicos perdieron, en 3 días, de 6000 a 8000 soldados.

Tan pronto como se fueron, envié a Étienne, señor de Vignolles, llamado La Hire, y a Ambroise, señor de Lore, acompañados de unos 120 lanceros para observar que hacían, a fin de contarle todo al rey.

Los siguieron durante tres leguas y regresaron a la ciudad para decirme que los enemigos se habían refugiado en Jargeau; en Meung sur Loire, en Beaugency y en todas las ciudades que todavía poseían en el lado del Loira.

El conde de Suffolk envió correspondencia para advertir a Jean, duque de Bedford, de lo que acababa de suceder. El duque estaba entonces en París, temiendo que la noticia de las victorias conquistadas por los franceses llevara a los parisinos a volver a la obediencia del rey y a levantarse contra los ingleses, abandonó París de inmediato y se dirigió al bosque de Vincennes, donde inmediatamente convocó a soldados de varios lugares; vinieron pocos, porque los "picards"³⁵ y otros que eran del partido de los ingleses, los abandonaron.

Como no quedaba nada que temer de los ingleses, todos los habitantes de Orleans abandonaron la ciudad y se dirigieron a las bastillas fortificadas que habían sido abandonadas e incendiadas, y también a las fortificaciones.

Encontramos mucha comida y riquezas de todo tipo, principalmente artillería y munición de guerra, que tuve que transportar a la ciudad. Las bastillas y los bulevares fueron incendiados con gritos de alegría.

Los ingleses habían encarcelado a un capitán llamado Bourg le Bar; el señor de Talbot había confiado su custodia a un agustino, su confesor, inglés de nacimiento; este último quería llevarlo a la fuerza inglesa, pero Bourg le Bar no estuvo de acuerdo; aprovechando una oportunidad cuando estaba a solas con el monje, le propuso que lo llevara a Orleans en sus hombros. El buen monje no apreció mucho esta fantasía, sin embargo, viendo que no podía resistir sus insistentes peticiones y menos sus puños, decidió obedecer y lo cargó sobre sus hombros.

³⁵“Picards”: persona de la región de Picardie. (N. de E.)

Recibí correctamente al capitán, que llegó en su montura de especie única, y arresté al agustino, quien nos fue muy útil después, revelándonos importantes secretos.

Carlos VII, durante este feliz cambio de fortuna, se había quedado en Loches, en su habitual indolencia.

Él estaba además retenido por Agnes Sorel ³⁶ y sus protegidos a quienes yo incomodaba sobremanera. Después de unos días de descanso, me fui a Orleans, a pesar de que mis anfitriones querían detenerme. Mi herida aún no había sanado, pero el 13 de mayo me puse en camino, acompañada por el Bastardo de Orleans, por Etienne de Vignoll conocido como La Hire, y por todos los jefes militares, para ir a Loches a informar a la rey Carlos del éxito de nuestras empresas.

Recibí una espléndida recepción en la corte. Me hubiera gustado irme de inmediato para sacar a los ingleses de los lugares que invadieron y llevar al rey a Reims, donde debería ser consagrado. Hasta entonces, el éxito siempre había coronado mis actividades y todas mis promesas se habían hecho realidad; sin embargo, el rey y su consejo todavía dudaban en ir a Reims. Esta duda estaba de alguna manera justificada por la temeridad de la empresa: pues para llegar a la capital de Champagne, entonces en manos de enemigos, sería necesario atravesar un país lleno de ingleses, teniendo nosotros una fuerza poco considerable.

El rey reunió varios consejos en Tours; el resultado final de estas conferencias fue convocar a nobles y militares de todas las localidades. El mando de estas tropas fue entregado al duque Jean d'Alençon ³⁷, de común acuerdo conmigo. Teníamos órdenes de expulsar a los ingleses que estaban a orillas del río Loira.

Después de la clausura de los consejos, el rey me llamó a una audiencia privada; me habló durante mucho tiempo sobre la guerra y el futuro de Francia, elogiando, en sus propias palabras, mis grandes logros. Observé su postura incómoda; adiviné fácilmente el motivo de la audiencia privada, era en ese entonces una muestra de estima muy inusual, pero tuve cuidado de no apresurarlo para que se explicara, ni de no dejar de aprovechar esta ocasión cuando, durante aproximadamente 2 horas, estuve a solas con él.

Antes de la salida, los capitanes se despidieron del rey y yo los acompañé, a pesar de todo lo que hizo Agnes Sorel para evitar que el rey tuviera una nueva audiencia conmigo, algo que ella temía sobre todo.

El duque de Alençon estaba a punto de montar a caballo cuando llegó la duquesa, su esposa, bañada en lágrimas, para arrojarse a sus brazos, rogándole que no se fuera; la tranquilicé asegurándole que traería a su esposo sano y salvo.

³⁶Agnès Sorel: nacida en Touraine (1422-1450), llamada la Sra. de Beauté, debido al feudo que Carlos VII le había dado, Beauté-sur-Mame, cerca de Vincennes. Agnes Sorel fue la favorita de Carlos VII, ejerció una gran influencia sobre él y le dio cuatro hijos. Fue la primera concubina reconocida públicamente por un rey de Francia (N. de E.)

³⁷Jean d'Alençon: creemos que es Jean V (1409-1476), aunque todo el mundo los llamaba La Poule. (Nota de la edición francesa)

Nos dirigimos a Jargeau; con nuestra compañía, porque había sido tomada esta ciudad. Llegamos el sábado 22 de mayo de 1429, alrededor de la 1 de la mañana y comenzamos el asedio de inmediato. A nuestro encuentro vinieron el conde de Dunois, el señor de Boussac, mariscal de Francia, el señor de Gravelle, jefe de arqueros, el señor de Culant, almirante de Francia; Ambroise, señor del Lore, Etienne de Vignolles, llamado La Hire, Gauthier de Boussac y otros capitanes. Había en la ciudad entre 700 y 800 ingleses al mando de Guillaume de la Poule ³⁸, duque de Suffolk y sus dos hermanos: Jean y Alexander. Transcurrieron ocho días con grandes escaramuzas, que no llegaron a nada, durante las cuales sucedió algo que creo que debo comentar y que aumentó aún más mi reputación.

Un día, el duque de Alençon estaba en la ciudad dando órdenes; Vine corriendo para decirte: — Duque de Alençon, retírate de este lugar donde estás, será fatal para tí, porque esa máquina, (le mostré con el dedo una bombardas ³⁹ que estaba en la pared), te matará. Nadie te puede negar nada, me dijo riendo, ¡vamos! es preciso obedecer. Tan pronto como se fue, una bala enemiga alcanzó y mató a un caballero de Anjou, que se encontraba en el mismo lugar que anteriormente ocupaba el duque. Cuando se enteró de que el otro estaba muerto, prometió siempre tomar en cuenta mis advertencias, todas las veces que tuvieran relación con él.

Había una especie de gigante en la plaza, llamado Guillaume el inglés, fuente de terror entre mis franceses, a quienes mataba sin piedad. Mandé que un hombre, Jean el artillero, le disparara. Jean respondió:

—Ya lo he hecho, pero hasta ahora ha sido en vano; es invulnerable.

Esta fue también la opinión de las tropas.

— Lo sé, le respondí, pero esta vez, ¡lo lograrás!

De hecho, la cabeza del terrible gigante rodó hasta los pies del duque de Suffolk, que excitaba a sus hombres.

Le rogué al duque, que estaba cerca de mí, que llamara a La Hire, que estaba tratando de parlamentar con el comandante de la ciudad. Tan pronto como se cumplió su orden, le dije:

"¡Adelante, duque de Alean!" ¡Vayamos todos al ataque!

Los cañones, que habían sido posicionados durante varios días, hicieron posible la entrada. Subí al lugar y logré plantar mi estandarte; pero los enemigos me cubrieron con flechas, una de las cuales rompió mi bandera, destrozó mi casco y me hizo caer al foso. Al instante, una multitud de caballeros formaron una barrera con sus propios cuerpos y me ayudaron a ponerme de pie. Aparecí de inmediato en la entrada, ante los ojos consternados de los ingleses; la violencia del golpe que recibí, les hizo creer que no los atormentaría más en esta tierra. Les grité a mis soldados.

³⁸Guillaume de la Paule: el verdadero nombre de este señor de La Pole, aunque todos lo llamaban de La Paule. (Nota de la edición francesa) William de La Pole, duque de Suffolk, nació en Colón (1396-1450) capitán inglés, obligado por Juana de Arco a levantar el asedio de la ciudad de Orleans. (N. de E.)

³⁹Bombarda: antigua máquina de guerra, una especie de cañón que, en la Edad Media, se utilizaba para lanzar piedras grandes. (N. de E.)

— ¡Ánimo, compañeros! ¡La ciudad es nuestra!

De hecho, poco después la invadimos. Había 1200 soldados ingleses en este sitio, 800 de los cuales murieron, así como Alexandre de la Poule, el más joven de los hermanos de Suffolk; 400 fueron hechos prisioneros, entre ellos Guillaume y Jean de la Poule. Así fue tomada la ciudad de Jargeau el 30 de mayo; esa ciudad fue saqueada y la iglesia, que poseía una inmensa riqueza, corrió la misma suerte.

Luego nos dirigimos a la ciudad de Orleans. Los franceses, olvidando su generosidad rutinaria, masacraron a todos los prisioneros en el camino; Fue difícil que el duque de Alençon y yo pudiéramos salvar la vida del duque de Suffolk y otros grandes señores.

Nos quedamos en esta ciudad unos días, durante los cuales enviamos correo al rey para avisarle de esta conquista. Allí los señores de Retz, de Chauvigny, de Laval y algunos otros nos trajeron refuerzos.

En ese momento, Arthur de Richemont⁴⁰, alguacil de Francia, hermano del duque de Bretaña, molesto por la inacción que había vivido durante algún tiempo en Parthenay, llegó a Blois, con 1200 soldados, para ofrecer sus servicios al rey que, influenciado por la Tremouille, enemigo del alguacil, los rechazó y les ordenó retirarse.

Durante nuestra estancia en Orleans, construimos máquinas adecuadas para los asedios de Meun y Beaugency. Los señores de Scales y Talbot, que estaban [en] Beaugency, conscientes de estos preparativos, enviaron hombres de todas partes para reforzar las guarniciones de estas dos ciudades.

Se ordenó a los ingleses de la ciudad de Ferte—Hubert que fueran a Beaugency. En su retirada prendieron fuego al castillo; nuestros hombres pudieron, sin embargo, salvar algo. Una contraorden les hizo partir antes que Fastol, que debía salir de París ese mismo día, con un convoy escoltado por un gran número de ingleses.

El miércoles 15 de junio fui a Orleans acompañado del duque de Alençon, teniente general de la Armada del Rey, algunos nobles señores, barones y nobles, así como un gran número de plebeyos. Fuimos a Beaugency. Paramos en el puente de Meun, que los británicos remodelaron para defenderse mejor; sin embargo, después de un intenso combate que duró nada menos que un día, los derrotamos e impusimos nuestra propia guarnición en este lugar.

Al día siguiente fuimos a Beaugency, que acababan de dejar los señores de Scales y Talbot, retirándonos a Yenville, donde Fastol, aterrizado por la captura de Jargeau, vino a recibirlos después de dejar el convoy que conducía en Etampes. Al vernos, los ingleses abandonaron la ciudad de Beaugency para esconderse en el castillo y en el puente. Inmediatamente tomamos el control de la ciudad, formando un cerco alrededor del castillo y el puente al lado del río Beauce.

⁴⁰(W) Richemont: Arthur de Bretagne, Conde de Richemont, (1393-1458) Condestable de Francia, luego duque Arturo III de Bretaña. (Constable era el jefe supremo del ejército). (N. de E.)

Al día siguiente de nuestra llegada a Beaugency, el conde de Richemont vino a recibirnos, acompañado de varios nobles, entre ellos Jacques de Divian, hermano del señor de Chateaubriand, el señor de Beaumont y el conde de Perdriac.

El rey, sabiendo que el alguacil, a pesar de sus órdenes, siempre avanzaba, prohibió al duque de Alençon que lo recibiera, lo que nos puso a ambos en una posición incómoda. Corría el rumor de una posible traición del conde, de la que La Trémoune ⁴¹ se había aprovechado hábilmente para confundir al rey. Entre nosotros, algunos como La Hire y el Bastardo de Orleans querían su ayuda; otros, que eran la mayoría, querían servir al rey. Estuve de acuerdo con el primer grupo, pero el segundo, por su mayor número, ganó. De acuerdo con el duque, quien finalmente compartió mi opinión, tomé la decisión de recibir al alguacil; temía las desastrosas consecuencias que este tipo de división nos causaría a todos. Los rumores que surgieron de todos lados me llevaron a reunir a todos los capitanes; que terminaron estando de acuerdo conmigo, prometiendo emplear su mediación entre el rey y el conde. Este último sacrificó una parte de su arrogancia, y el rey, ante nuestra insistencia y a pesar de la oposición de Tremouille, accedió a recibir los servicios de Richemont, que pudo unir sus tropas a las nuestras. Cuando el alguacil se acercó a mí, dijo:

— Jeanne, parece que quieres medir fuerzas conmigo; No sé quién eres, ni quién te envió, si Dios o el diablo; si es Dios, no temo, porque él conoce mis intenciones tan bien como las tuyas; si es el diablo, te temo aún menos.

Le aseguré mi devoción mientras él fuera fiel al rey. Se estableció que el alguacil formaría el sitio en el lado de Sologne. A la mañana siguiente, viernes 17 de junio, el magistrado de Évreux, que estaba en Beaugency, pidió hablar conmigo, se trataba de un tratado a deliberar. Convoqué rápidamente el consejo y al mediodía se firmó el tratado. Los artículos principales eran: que nos devolverían el castillo y el puente; que salvarían la vida; que saldrían al amanecer del día siguiente, dejando sus caballos, comida, ropa, etc. en el castillo; que ninguno de ellos podía llevar muebles por encima del valor de un marco de un franco; que podían ir a donde quisieran, pero que no podían luchar contra los franceses antes del plazo de diez días. El sábado 18 de junio, al amanecer, se fueron todos los ingleses, que eran 500 en total.

Una noche, Monsieur de Talbot, Monsieur de Scales y Fastol, pensando que nos harían salir de Beaugency, atacaron el puente de Meun. Pero lo hicieron tardíamente, porque al día siguiente, 18 de junio, después de la partida de los ingleses, nuestra vanguardia rescató a los de Meun; los demás nos siguieron y tomamos posición de batalla frente a la ciudad; los ingleses, sin embargo, abandonaron rápidamente la ciudad y sus posesiones, huyendo al lado de Beauce.

Me fui pronto, acompañada por el duque de Alençon, por el conde de Vendome, por el señor de Saint—Sévere, por Boussac, mariscal de Francia, por Luis de Culant, almirante de Francia; por los señores de Albret, Laval, Lohéac, Chavigny, etc. Perseguimos ferozmente a los

⁴¹La Trémouille: creemos que es Georges la Trémouille, favorito del rey Carlos VII (1382- 1446) contribuyó a crear la anarquía al comienzo del reinado (N. da E.)

enemigos, que encontramos cerca de Patay ⁴²[**], en un lugar llamado Cognées. El duque de Alençon me dijo tan pronto como los vio:

— Jeanne, aquí están los ingleses en posición de batalla; ¿Lucharán contra nosotros?

Entonces le pregunté, sin responder a su pregunta:

"¿Tienes buenas espuelas?"

"¿Cómo," interrumpió, dando un paso atrás, tenemos que huir?

—No, le contesté, es para perseguirlos, porque pronto los venceremos sin tener que lamentar demasiadas pérdidas.

La vanguardia avanzó sin miedo sobre los enemigos que no esperaban en absoluto este ataque; poco tiempo después, los ingleses, que no habían tenido tiempo de ponerse en posición de batalla, fueron completamente exterminados. Sus pérdidas se estimaron en 2200 soldados; otros 5.000 fueron hechos prisioneros, así como los señores de Talbot, de Scales, el señor Thomas Rameston, Hugues Foie y muchos otros nobles ingleses, que sería demasiado largo mencionar.

Los forajidos fueron perseguidos hasta el fuerte de Yenville, desde donde los aldeanos cerraron las puertas y luego treparon los muros protectores de la ciudad, disparando contra los ingleses. El capitán que comandaba el castillo corrió a su defensa con la mayor parte de su contingente, dejando el castillo con su escudero, teniente y pocos soldados. Cuando el teniente se enteró de la derrota de los suyos, entregó el castillo y juró ser un francés bueno y leal durante toda su vida.

Los habitantes de Yenville inmediatamente abrieron las puertas de su ciudad, donde encontramos una inmensa cantidad de artillería y las más diversas riquezas. Un francés había hecho varios prisioneros, uno de los cuales no pudo seguirlo por una herida que había recibido y que apenas le permitía estar de pie. Su conductor, incapaz de hacerlo ir más rápido, lo golpeó en la cabeza con un tocón de madera, con tanta violencia que el infortunado cautivo cayó casi inanimado. Muy indignada, salté de mi caballo, me detuve y castigué al francés; Corrí hacia el inglés para tratar de reanimarlo, pero al ver que se estaba muriendo, llamé a un sacerdote, quien lo puso en condiciones de comparecer ante el juez superior, justo después de su último aliento en mis brazos, bañándome de bendiciones. Ordené que los presos fueran tratados con humanidad, amenazando con penas severas a todos los que no lo hicieran. La Hire vino a decirme que a pesar de mis reiteradas prohibiciones, algunas mujeres desafortunadas lograron ingresar al campo. Inmediatamente fui a donde estaban y las perseguí golpeándolas con todas mis fuerzas en sus espaldas y hombros con el dorso de mi espada; Estaba tan exaltada que la quebré en pedazos; por suerte no fue la espada de Santa Catalina de Fierbois, sino otra que tomé de un bourguignon.

Sabiendo de la derrota de los británicos, la guarnición francesa en el puente de Meun entró en la ciudad y la saqueó. Messire Jean Fastol y otros que estaban allí después de la derrota de Patay, huyeron nuevamente, yendo a Corbeil. Los enemigos también abandonaron los lugares

⁴² [**] Patay: en esta ciudad, del departamento de Loiret, Juana de Arco derrotó a los ingleses en 1429. Es considerada una de sus mayores conquistas, junto con el levantamiento del sitio de Orleans.

que habían ocupado cerca de Beauce y los incendiaron. De esta manera, la Batalla de Patay terminó gloriosamente nuestra campaña.

Toda la armada regresó el mismo día, 18 de junio, a Orleans. Los burgueses de estas ciudades habían revestido las paredes con ricos tapices. Banderas, con el nombre de *Joana la Doncella*, o *A Nuestra Libertadora*, estaban presentes en cada ventana; cúpulas y guirnaldas de flores ocultaban el azul del cielo a nuestros ojos fascinados; las calles estaban llenas de flores y plantas; es muy cierto que se esperaba la visita del rey, que no pudo venir ya que Agnes Sorel lo retenía en Sully.⁴³[**]

Carlos, en la víspera de mi llegada, que ocurrió el 20 de junio, me obsequió con un espléndido vestido de damasco blanco, sembrado de flores de lis en diamantes; una armadura ligera de mujer (yo solo tenía armadura masculina), un casco adornado con seis plumas blancas; un pañuelo, de la misma tela que el vestido, y un fascinante pura sangre blanco, envuelto en terciopelo celeste sembrado de flores de lis en oro. El efecto que produje con este traje se describe en este extracto de una carta del duque de Alençon al rey:⁴⁴

“... En cuanto a nuestra hermosa inspiradora, Su Majestad no puede imaginar la admiración que provocó durante nuestro viaje. La dama lució el rico vestido que le ofreció Su Majestad; su cabello castaño caía en grandes rizos sobre sus hombros; nuestro sol primaveral, rara vez galante, no se atrevía a insultar la belleza de su rostro lleno de gracia; su armadura apenas ocultaba su corte tan elegante y flexible. Llevaba en la mano el estandarte que a menudo inspiraba nuestro valor y nos guiaba por el camino de la gloria. Las plumas blancas de su casco y su hermoso cabello, levemente agitado por el viento, todo parecía finalmente formar una gloriosa pluma en el aire.

Cuando la vi tan hermosa, tan graciosa; cuando su dulce mirada se volvió hacia mí, una agitación desconocida penetró en mi alma, quedé inmobilizado, incapaz de moverme; Incluso me olvidé de ofrecerle mi mano para montar en su palafrén⁴⁵. “¿Qué tienes, duque de Alençon?” me dijo, mostrándome dos hileras de perlas, “¡parece que me hallaste fea!”, agregó con tono irónico. No respondí y rápido monté en el caballo y me coloqué a su lado. Le ruego, señor, enséñele esta misiva a mi bella duquesa, porque, antes de mi partida, parecía temer que los hermosos ojos de Jeanne me convirtieran en un marido infiel...”

El pueblo apareció en multitud, ante nosotros, con sus ropas festivas; todo el clero vestía traje formal, pancartas levantadas, todos vinieron a recibirnos a las puertas de la ciudad. Al mediodía, fuimos a la iglesia donde cantamos una canción de acción de gracias.

Luego fui a la casa del maestro Jacques Boucher, mi antiguo anfitrión, donde solo pasé una noche, a la una de la madrugada ya estaba camino a Sully. El rey estaba allí; logré

⁴³ [**] Sully-sur-Loire, ubicado en el departamento de Loiret. (N. de E.)

⁴⁴Fue solo después de mucha insistencia de nuestra parte que hizo una descripción de su baño y belleza. (Nota de la edición francesa)

⁴⁵Palfrem: caballo destinado al desfile de reyes y nobles en la Edad Media (N. da E.)

convencerlo para que viniera al castillo de Neuf—sur—Loire. Todos los capitanes y jefes militares se unieron a él. Se llevaron a cabo varios consejos después de los cuales regresó a Sully.

Luego de su partida, regresé a Orleans, de donde retiré las tropas, las municiones de guerra y todo lo que fuera inútil para los moradores. Envié todo a Gien ⁴⁶[**] y fui con ellos. El rey se unió a nosotros con sus tropas.

También envié heraldos para advertir a los comandantes de las ciudades y fortalezas de Bonny, de Cosne y de la Charité que debían rendirse sin resistencia, pero se negaron.

Después de haber tomado posiciones a orillas del río Loira, el alguacil Arthur de Richemont se quedó en Beaugency con la orden de no comparecer ante el rey. El alguacil, a pesar de sentir visiblemente los ultrajes que incesantemente recibía, supo, inspirado por el verdadero amor a su país, sacrificar su resentimiento por la libertad de Francia.

Cuando me fui, les aseguré a él y a todos los militares principales que fácilmente podríamos revocar esa orden. Sin embargo, habíamos emprendido una tarea difícil, ya que Carlos, a pesar de su débil personalidad, no se retractaba de sus palabras. Sabiendo la influencia que tenía sobre él, fui a verlo solas; me arrodillé y le rogué que recibiera al alguacil, a lo que él se negó.

Los grandes jefes juntos le mostraron que estas continuas negativas podrían representar la caída de su trono ya debilitado. Efectivamente, el duque de Bretaña, molesto por los insultos que ininterrumpidamente había hecho a su hermano Richemont, podría buscar venganza, rompiendo la frágil neutralidad que había mantenido hasta entonces, y formar una alianza con los ingleses.

Se podría decir que, en cierto modo, que la moderación de Richemont salvó a Francia por segunda vez. Triunfamos sobre la obstinación del rey; el alguacil pudo regresar para asistir al tribunal, pero fue objeto de nuevos insultos, como veremos en un momento.

El rey fue a Gien para deliberar si debían seguir mi opinión. Hacía algún tiempo que había estado instando a Carlos a ir a Reims, a ser consagrado, una empresa imprudente en el mejor de los casos, pero ¿cuánto era posible gracias a la magia de mi nombre? Todos esos consejeros orgullosos, tan vanidosos y tan celosos de sus orígenes y su autoridad, tuvieron que coincidir con la opinión de una joven de 17 años.

El Rey envió a Luis de Culant, Almirante de Francia, con un gran número de soldados, para formar el sitio de Bonny que fue entregado después de los acuerdos. La Reina vino a Gien, para acompañar al Rey a Reims y compartir los honores de la consagración con él. Reunió a su consejo para deliberar si ella debería unirse a él o no. Las molestias que se causarían a las damas de su cortejo y los peligros a los que se las sometería hicieron prevalecer el voto negativo; de hecho, el rey no se molestó con ella. Se decidió que ella iría a Bourges.

⁴⁶ [**] Gien: ciudad ubicada en el departamento de Loiret. (N. de E.)

Nada más parecía oponerse a nuestro viaje a Reims cuando surgió una nueva dificultad: era el alguacil, a quien La Trémoille quiso despóticamente excluir del viaje. Celebramos concilios, cuyo resultado fue que Richemont no acompañaría al rey a Reims, y que durante ese tiempo viajaría con sus hombres a Orleans y Le Maine para evitar el ataque de los ingleses a esas provincias. Se eliminaron todos los obstáculos y nos pusimos en camino.

El día de nuestra partida, se unieron a nosotros el duque de Alençon, el conde de Vendome, el señor de Laval, los señores de Lohéac, de Retz, de Albret y algunos más. Mi nombre difundió tal confianza entre los franceses que algunos nobles, incapaces de equiparse correctamente según su clase social, nos acompañaron como meros arqueros, con el objetivo, decían, de poder participar en la liberación de su reino.

CAPÍTULO III

Auxerre ⁴⁷[**] se rehusó a abrir sus puertas al rey; aún recordando su desafortunado consejo. La Trémoille y yo pensamos que no sería apropiado sitiarse este lugar, que perteneció al duque de Borgoña, temiendo, tal vez, sin razón, que esta actitud le irritaría y que se uniría aún más a los ingleses. Todos los comandantes y nobles, extremadamente descontentos con la conducta de La Trémoille hacia el alguacil, estaban molestos porque prevalecía nuestra opinión. Quedamos satisfechos con las provisiones que nos donó Auxerre, en pequeñas cantidades, es cierto, pero que nos resultaron muy útiles. También prometió que seguiría el ejemplo de otras ciudades. Estuvimos acampados durante tres días frente a esta plaza. Luego fuimos a Saint—Florentin, donde los vecinos se sometieron por completo, no nos quedamos mucho tiempo allí.

Luego nos dirigimos hacia Troyes, que actuó como Auxerre. El rey envió un mensaje a los aldeanos para que se rindieran, lo que se negaron, como dije antes. Unos días después, les envié una carta así concebida:

† *Jesús María* †

“Queridos y buenos amigos, señores, burgueses y residentes de Troyes. Juana la Doncella les convoca, a instancias del Rey del Cielo, su Señor Soberano, en cuyo servicio se esfuerza todos los días, para obedecer y reconocer al Rey de Francia, que pronto estará en posesión, con la ayuda del Rey Jesús, de Reims, de París y de todas sus buenas ciudades, que ahora tienen sus enemigos.

Leales franceses, comparezcan ante el rey Carlos, sin que ninguno de nosotros falte, para honrarlo con su presencia y sus bienes.

Si no lo hacen, les prometo y certifico sobre sus vidas que, con la ayuda de Dios, entraremos en todas las ciudades del reino, a pesar de nuestros enemigos. Dios, guárdalos en tu santa guarda.

Pronta respuesta. Escrito en Saint—Gale, frente a la ciudad de Troyes, martes 14 de julio”.

Sobre la dirección, puse: "A la nobleza de la ciudad de Troyes".

Esta carta se leyó públicamente y los aldeanos enviaron copias a algunas personas en Reims. Esta ciudad, en ese momento, estaba excesivamente fortificada; la guarnición, formada por la élite de soldados ingleses y “bourguignons”, estaba formada por 600 soldados. En cuanto a nosotros, no teníamos ni comida ni artillería. El consejo del que yo no formaba parte esta vez, se reunió de nuevo. Algunos querían seguir adelante, otros, en mayor número, querían volver a Orleans, ninguna de estas opciones era viable.

Mientras tanto, los tres santos se me aparecieron, me mostraron el camino a seguir y me aseguraron la rendición de Troyes en menos de cinco días. Cuando me presenté ante el rey, y después de haberle explicado todo, pregunté si la gente me daría crédito. Él respondió que no

⁴⁷ [**] Auxerre: ciudad situada en el departamento de l'Yvonne, al sureste de París. (N. de E.)

sabía, que si lo que dije era razonable, con mucho gusto me creería. Le volví a preguntar lo mismo, me respondió con las mismas palabras que acababa de decir. Entonces le dije:

“Señor, en menos de tres días la ciudad se someterá a sus órdenes, si permanece aquí unos días.

El canciller me interrumpió diciendo:

“Jeanne, estaríamos felices de invadir incluso seis ciudades, sin embargo, no creo en tus palabras. Entonces todos empezaron a hacerme mil objeciones. Reiteré mi promesa, muy apenada al ver que nadie me creía, y me fui de inmediato. Al verme regresar de mal humor, mi escudero dijo:

Vamos, señora. Jeanne, veo que no le creyeron.

No respondí nada y fui a mi tienda.

Después de que me fui, reanudaron la presentación al consejo: que el hambre era esparcido en la tropa real; que habíamos estado de pie ante Troyes durante cinco o seis días, durante los cuales la poderosa escaramuza que había tenido lugar había demostrado que los ingleses estaban decididos a defenderse; que no teníamos ni la artillería ni el material necesario para emprender el asedio y, finalmente, que sólo podíamos recibir ayuda de la ciudad de Gien, ubicada a treinta leguas de este lugar.

Un ex consejero del rey, llamado Robert le Masson, señor de Treves, se levantó y dijo que habíamos emprendido este viaje gracias a mí; que siempre habíamos estado protegidos siguiendo mis consejos, que él pensaba que lo mejor cosa para hacer era, una vez más, seguir mi consejo. Su opinión prevaleció.

Tan pronto como escuché el resultado, monté mi caballo, estandarte en mano, para comenzar los preparativos para el intento de toma de la ciudad, todo listo para hacerlo y bajo mi mando. Los habitantes de la ciudad y mis soldados vieron, a mi alrededor y de mi estandarte, innumerables mariposas blancas que revoloteaban, haciendo, según ellos, maravillosos conciertos que no tuve la gracia de escuchar resonar en el aire.

Lo preparé todo con una habilidad que sorprendió a todos los jefes militares, en ese momento el obispo, los nobles de la ciudad y otras personas vinieron a pedir audiencia con el rey, propuesta que fue aceptada, como se suponía. Para explicar esta sumisión imprevista es necesario retroceder un tiempo atrás: la maravillosa visión de las mariposas blancas había recordado a los vecinos y, sobre todo, a los ingleses, la toma de la ciudad de Orleans, así como la constante alegría de nuestros soldados. Estas consideraciones los llevaron a reflexionar sobre si debían defenderse o, por el contrario, someterse. Todos eligieron la segunda opción; los ingleses y los propios “bourguignons”, aterrorizados al oír mi nombre, aconsejaron la sumisión. Se permitió a las tropas retirarse con sus prisioneros. Cuando me enteré de este artículo del tratado, fui a la puerta de la ciudad por donde tendrían que pasar.

Tan pronto como los vi dije:

“¡Por Dios, no tomarás a estos prisioneros!” Actué con tanta firmeza que ni siquiera recibieron el rescate que les correspondía.

Los aldeanos, advertidos contra mí, enviaron al padre Ricardo, el célebre predicador, a decirme que dudaban de que yo fuera realmente enviada por Dios. El sacerdote, que temía enfrentarse a una mujer poseída por el mal, se me acercó haciendo la señal de la Cruz y vertiéndome agua bendita. Al ver su actitud, dijo sonriendo:

— Acércate sin miedo, no volaré.

Entré a las 8 de la mañana en Troyes; Coloqué a los arqueros a lo largo de las calles por donde se suponía que pasaba el rey. Carlos entró a las nueve de la mañana, acompañado de señores y jefes militares, con gran pompa. Troyes nos ofreció varios víveres en abundancia. El rey llenó esta ciudad con algunos oficiales para reemplazar a los ingleses. Los aldeanos hicieron un juramento de fidelidad al rey y partimos hacia Chalons, en la región de Champagne.

Cuando los habitantes de esa ciudad se enteraron de nuestra llegada, enviaron al obispo y a un gran número de nobles a prometerle al rey plena y total obediencia.

En esta ciudad encontré a mi padrino Jean Morel, Conradin de Spinal y varios vecinos de Domremy. Me dieron noticias de mi pequeño pueblo y me colmaron de preguntas; Entre otras cosas, me preguntaron si temía morir durante los combates:

— No, respondí, lo que temo es la traición.

Cenaron conmigo, y cuando los dejé, le di mis ropas rojas usadas a mi padrino.

Esa noche nos quedamos en Chalons. Al día siguiente, tan pronto como el rey hubo designado a los oficiales que permanecerían en la ciudad, como en Troyes, nos dirigimos a Reims. Nos detuvimos a cuatro leguas de Reims, en un castillo del arzobispo de esa ciudad.

La rendición de Reims era el objetivo más importante y más difícil de nuestra empresa; la guarnición estaba formada por 600 hombres de élite, bajo el mando de Saveuse y Chatillon. El rey no pudo formar el sitio. Tan pronto como los dos comandantes se enteraron de la rendición de Troyes y Chalons, reunieron a los hombres eminentes de la ciudad y les preguntaron si tenían la firme voluntad de defenderse.

"¿Eres lo suficientemente fuerte para ayudarnos?" preguntaron los residentes.

— No, respondieron los comandantes, pero si pueden aguantar durante seis semanas, traeremos refuerzos importantes del duque de Bedford o del duque de Borgoña.

Con el consentimiento de estos vecinos, aparentemente fueron a buscar a Socorro. Cuando se fueron, los hombres eminentes de la ciudad dijeron que sería necesario someterse al rey; la gente aplaudió con entusiasmo esta propuesta; Entonces se decidió que los nobles, clérigos y laicos serían delegados para presentar la llave de la ciudad al rey.

El arzobispo entró a la ciudad el sábado 16 de julio, por la mañana, yo recién llegué a noche con el rey y los nobles. Los duques de Bar y Lorena, así como el donzel ⁴⁸ de Commercy, vinieron acompañados de varios soldados para ofrecer sus servicios a Carlos.

Se estableció que el rey sería consagrado ⁴⁹ al día siguiente, domingo 17 de julio; Toda la noche y la madrugada se dedicaron a los preparativos necesarios, con miras a dar a esta

⁴⁸Donzel: se llamaba, en la Edad Media, el joven que aún no había sido nombrado caballero. (N. de E)

ceremonia el mayor esplendor y magnificencia posible. El rey, el día anterior, presentó armas en la catedral.

Tan pronto como llegamos a Reims, el arzobispo mandó construir un estrado ricamente decorado. Allí acudió el rey, acompañado de sus pares que eran: los duques de Borgoña, Normandía y Aquitania, representados por el duque de Alençon; el conde de Clermont, hijo del duque de Borbón, y el conde de Vendome; los condes de Flandre, Toulouse y Champagne, representados por los Sres. La Tremoille, de Laval y Beaumanoir. Las parejas eclesiásticas fueron: el arzobispo de Reims y los obispos de Chalons, Orleans, Sééz, Troyes y Bourges. Según la tradición, mostraron al rey al pueblo declarando:

— Aquí, su rey, nosotros, los pares de Francia, rey coronado y señor soberano; si hay alguien entre ustedes que se opone a esto, estamos aquí para hacer justicia, de lo contrario Carlos, aquí presente, hijo legítimo del rey Carlos, de buena memoria, será consagrado mañana por la gracia del Espíritu Santo. Entonces la gente gritó: ¡Noel!⁵⁰ la aclamación que en esta circunstancia marcó su consentimiento y su alegría.

Al día siguiente, antes del amanecer, le escribí al duque de Borgoña:

† *Jesús María* †

“Destacado y temido príncipe, duque de Borgoña, Juana la Doncella, te convoca, por parte del Rey del Cielo, nuestro justo y soberano señor, a hacer con el Rey de Francia una paz buena y sincera, que dure mucho tiempo. Perdónense los unos a los otros, desde el fondo de su corazón y totalmente, como deben hacer los verdaderos cristianos, y si les agrada hacer la guerra, vayan y ataquen a los sarracenos.

Príncipe de Borgoña, te lo ruego, te lo suplico y te convoco, tan humildemente como sea posible, que no hagas más guerra contra el reino de Francia, que tus hombres sean sacados sin demora de las ciudades y fortalezas del reino de Francia. El amable rey de Francia está dispuesto a hacer las paces contigo, salvo que atentes contra su honor o en caso de que no pueda confiar plenamente en ti. Hago saber en nombre del Rey del Cielo, mi justo y soberano señor, por tu bien, por tu honor y por su vida, que no ganarás la batalla contra los leales franceses y que todos los que hacen la guerra al santo reino de Francia, luchan contra el Rey Jesús, Rey del Cielo y del mundo entero, mi justo y soberano Señor.

Te lo ruego, suplico y convoco, con las manos juntas: no pelees esta batalla, no pelees contra nosotros con tus nobles y vasallos. Ten la seguridad de que, sea cual sea el número de personas que traigas contra nosotros, no ganarás la batalla, será lamentable ver derramada la sangre de los que serán enviados contra nosotros.

⁴⁹Consagración: ceremonia de origen hebreo y que se remonta al primer rey de Israel, Saúl, quien fue consagrado por Samuel. A través de esta ceremonia, el rey tenía su autoridad revestida de un carácter religioso y así se convertía en rey por derecho divino. La ciudad de Reims tuvo el privilegio de hacer, en la catedral de Saint-Remi, la consagración de los reyes de Francia, Carlos VII fue consagrado allí el 17 de julio de 1429. (N. de E)

⁵⁰Noël: un grito que, en el pasado, exhortaba al pueblo con motivo de todo acontecimiento político feliz. (N. de E)

Hace tres semanas les aconsejé, a través de un heraldo, que asistieran a la consagración del rey, que se realizará en la ciudad de Reims, hoy, domingo, diecisiete del presente mes de julio; pero desde entonces no he recibido respuesta ni noticias del citado heraldo. Te encomiendo a Dios y le pido que te tenga en Su Santa guarda, si ese es Su deseo. Le ruego a Dios que restaure la paz entre el rey y usted. Escrito en el citado lugar de Reims, al séptimo día de julio.

Sobre la dirección escribí: Para el duque de Borgoña".

A las 5 de la mañana, los mariscales de Retz⁵¹ y de Boussac, el maestro de arqueros, Graville y el almirante de Culant, que había sido designado por el rey responsable de la Santa Ampola⁵², se dirigieron a la abadía de Saint—Remy de Reims para prestar juramento de hábito antes de la consagración. Luego el abad, vestido con ropas ceremoniales, acompañado de sus religiosos, condujo la Santa Ampola hasta la catedral, cubierta con un dosel de terciopelo y seda, sostenida por cuatro religiosos. El Arzobispo la recibió en la puerta y la colocó respetuosamente en el altar mayor.

Asistí, con mi estandarte en la mano, ocupando un lugar de honor, a todas las ceremonias habituales de la consagración. Cuando terminaron, me arrojé a los pies del Rey y le rogué que me permitiera regresar a Domremy con mi padre, mi madre y mis parientes, que habían venido a verme a Reims; amablemente me levantó pero no dijo nada positivo.

Después de la ceremonia, regresé a la casa de mi anfitriona, quien me mostró un gran cariño.

— Vamos, Jeanne, amiga mía, me dijo, este es un hermoso día para ti y para nosotros. Creo que te gustaría comer un poco, de todos modos, ya he preparado la cena.

Después de la cena, fui a mi habitación, pero cuál fue mi sorpresa cuando la vi inundada de luz pura, tan hermosa que solo puedo compararla con esta luminosidad que me rodea hoy. Sentí que me había liberado de mi envoltorio terrenal; Vi, en ese momento, a los tres santos, quienes me dijeron:

— Jeanne, has cumplido la misión que Dios te ha confiado, vuelve a Domremy para buscar, en el seno de tu familia y en una feliz oscuridad, una felicidad que solo encontrarás en este lugar.

Cuando ya no los vi, me dejé caer en una silla, profundamente desanimada, sabía que el rey no me dejaría salir porque mi sola presencia hacía invencibles a sus soldados, y por eso también ellos se creían invencibles. Hay que decir que esta vida agitada y llena de aventuras agradaba a mi naturaleza vivaz e impetuosa; tal vez solo la dejase si fuera forzada a ello. Junto con estos pensamientos estaban los alegres recuerdos de mi antigua felicidad. Desde que una aureola de gloria cubría mi nombre, ya no me sentía realmente feliz.

⁵¹Este mariscal de Retz no era otro que aquel a quien el asesinato de sus siete mujeres proporcionó una celebridad tan extraña y que todavía hoy subsiste en una de las leyendas de Perrault: "Barba Azul". (Nota de la edición francesa)

⁵²Santa Ampolla: pequeño frasco de vidrio, conservado en el pasado en la abadía de Saint-Remi de Reims (catedral de Reims) que contiene aceite que se utilizó para la unción de los reyes de Francia en la ceremonia de consagración. Cuenta la leyenda que la Santa Ampolla se remonta al 496, cuando Saint-Remi bautizó a Clovis I en esa catedral. (N. de E.)

De repente, un leve ruido me sacó bruscamente de estas cavilaciones; era una Caja de “buis”,⁵³ regalo de mi padrino el día de mi bautismo; Lo había colocado sobre la mesa momentos antes, uno de mis movimientos probablemente lo había hecho caer, o era más bien una advertencia del cielo. La abrí mecánicamente y encontré sólo uno de esos anillos de cuero, bendecido, a los que la superstición de aquellos tiempos y la ingenua credulidad de la gente atribuían la felicidad eterna. Me recordó un episodio de mi vida cuando era niña, un hecho que a menudo me había asombrado y aterrorizado.

Un día, tenía entonces 12 años, en un hermoso y caluroso día de julio, estaba ocupada con mis compañeros y mi hermana, tejiendo guirnaldas de “bleuets”⁵⁴ y margaritas, que íbamos a poner en las ramas de un viejo tilo. , en cuyo viejo tronco nudoso había una estatua de la virgen toscamente tallada. De repente, una anciana, horrible a la vista, sin duda atraída por nuestro canto, vino, con su espantosa apariencia, a congelarnos de pavor. Sostenía una varita hecha de avellana⁵⁵ cubierta de jeroglíficos rojizos y despojada de su mango, a excepción de una pieza que, en nuestro miedo, pensamos que era una serpiente enroscada. Su extraño atuendo y su cabello gris, que caía sobre sus hombros, le daba el aspecto de una mujer enfurecida que había escapado del infierno. Imagina mi pánico cuando la vi caminar hacia mí. Me agaché junto a la rústica Madonna, esperando protegerme allí; Quien me viera se imaginaría que era una paloma palpitante en las garras de un buitre. Ella tomó mi mano y la abrió, luego un velo funerario cubrió mis ojos, solo vi la varita terrible, siguiendo el contorno de las líneas de mi mano; Escuché a la anciana murmurar, con voz cruel, palabras que parecían dirigirse a mí, y de las que solo retengo:

— Francia... Dios ... sangre ... guerreros ... victorias ... prisión ... llamas ... ingratitude ...

De repente me sacudió fuertemente y habló en voz alta, lo que me sacó de un tipo de letargo:

— Hija, una gloria mortal envuelve tu nombre, no te dejes seducir por ella; tan pronto como tu deber ya no te retenga, vuelve al anonimato.

Luego reanudó su extraño discurso en el que prisión y llamas, fueron las únicas palabras que pude retener, pues se repetían sin cesar. Finalmente me dio el alias ya mencionado, diciendo: "Recuerda la giralda, la gitana y sus palabras".

Desapareció poco después hacia el bosque, dejando en mi corazón una perpetua inquietud. Infelizmente, como casi todas las personas cuya existencia difiere de las multitudes, y que

⁵³“Buis”: boj, árbol pequeño, originario de Europa y Asia, con flores blancas y madera útil para trabajos de marquertería, instrumentos musicales, dibujo, etc. (N. de E.)

⁵⁴Bleuets!: planta ornamental del género aciano, con flores azules, muy común en Francia. (N. de E.)

⁵⁵Avellano: arbolito, de la familia de las betuláceas, que produce la avellana. (N. de E.)

Dios advierte de formas que parecen imposibles, tuve por esta predicción un descuido por el que sentí, más tarde, las desastrosas consecuencias. Habló de mi cautiverio y mi trágica muerte, que habría evitado si hubiera seguido su consejo.

Este recuerdo, y la amenaza que creí haber visto en la advertencia de los santos, me llevó a pedirle al rey, una vez más, permiso para salir. Estaba sentado a la mesa y yo me puse de pie, bañada en lágrimas, rogándole que me dejara volver a Domremy, con mis padres y mi hermana. Al verme en este estado, casi todos los presentes no reprimieron las lágrimas; incluso el rey, con dificultad para contener la suya, me educó amablemente y dijo que mi solicitud lo angustiaba mucho, pero que debería examinar con sus consejeros si sería posible conceder tal solicitud.

La respuesta fue rápida: era una orden de quedarse. Las consideraciones que lo llevaron a decidir tal cosa fueron, primero, que mi presencia y mis palabras decidieron los hechos y la convicción que tenían los soldados de que serían invencibles mientras me tuvieran con ellos, haciéndolo todo más fácil. La consternación que mi presencia suscitó entre los enemigos nos aseguró la victoria sin derramamiento de sangre: esa fue la segunda razón.

Pero cuál fue mi sorpresa cuando, al regresar a casa, vi a los tres santos que me esperaban. Santa Catalina, a quien sentí como mi protectora personal, me dijo con tristeza:

— La audiencia que tendrás con el rey (me había dicho que fuera a verlo a la mañana siguiente) tendrá las consecuencias más desastrosas para ti si no sigues nuestros consejos. El rey ha concebido por ti una pasión criminal que debes rechazar. Ella es tan efímera que tu ausencia la hace eclipsar. En cuanto a sus intenciones, podría engañarte. Recuerda que el título de muchacha virtuosa es más noble y más digno de deseo que el de amante de un rey.

Entonces desaparecieron. Lo que me había dicho era verdad; el rey había insinuado sutilmente una promesa de matrimonio tan ilusoria como es habitual en tales circunstancias. Rechacé sus propuestas, indignada, salí furiosa por haber despertado en su corazón tan solo sentimientos de culpa, en lugar de la estima y la amistad que mis servicios me habrían permitido pretender. Entonces, no sin lamentar, tomé la decisión de regresar a mi ciudad. Estuvimos varios días en Reims y el cuarto día en Corbeny.

Cuando era muy joven, hubo una especie de epidemia en mi pueblo que diezmó a muchos niños de entre dos y tres años. Esta enfermedad produjo una especie de catalepsia y, en este caso, se acudió a consultar a las brujas que, por su desconocimiento, declararon la muerte real del niño. Golpeada por este mal, casi tuve la misma suerte que las desafortunadas víctimas de la credulidad de esa época, cuando, de repente, una dama desconocida, al ver la desesperación de mi madre, le preguntó qué sentía.

— Buena madre, le lanzaron hechizos a mi hija, respondió ella.

"Eso es lo que la hace morir..." interrumpió la extraña con voz ronca.

Ella me examinó un rato y le dijo que la acompañara, luego de unas horas de caminata finalmente llegaron a una cueva por donde entró la desconocida y luego salió con una antorcha encendida. Le pidió a mi madre que la siguiera. Después de media hora de caminar por túneles subterráneos, la bruja (porque realmente lo era) abrió la puerta de una pequeña cueva donde se podía ver una confusión de animales empalados, herramientas con formas desconocidas y todos los pertrechos de las brujas en ese momento. Una antorcha de resina, que iluminaba tenuemente el laboratorio, daba, con su siniestra luz, un aspecto espantoso a todos los objetos. Mi madre estaba en medio del miedo; pero su amor maternal la sostuvo y la animó.

La desconocida me colocó sobre una mesa cubierta con carteles mágicos y abrió un libro. Leyó algunas páginas y me examinó de nuevo. Un grito de asombro escapó de su pecho, y volviéndose hacia mi madre dijo, con los ojos fijos en el libro que parecía describir los siguientes hechos frente a ella:

— Ya veo: la paloma yace para correr al leopardo... Vuela por los aires... ¡Temeraria, vas demasiado lejos! ... Como el fénix, levanta su fogata... Como él, renacerá, sin embargo, en su verdadera patria...

Ante estas palabras, se dejó caer sobre un banco, luciendo extremadamente consternada; finalmente se levantó y aplastó algunas hierbas y, dándole a mi madre el polvo que estaba dentro de una caja, dijo:

— Tomarás la mitad de este polvo, y lo disolverás en un vaso de agua proveniente de la fuente de Féés—de—Notre—Seigneur (era la que estaba cerca de la ciudad y de la que ya he hablado), entonces harás que tu hija lo beba; en cuanto a la otra parte, se la darás después de que tu hija te haya dejado para ir a hacer algo extraordinario.

Mi madre cumplió sus órdenes y así me devolvió la vida. Me dio la caja después de mi primer regreso de Vaucouleurs y me recomendó que la llevara siempre conmigo.

El día antes de mi partida, mi anfitriona entró en mi habitación. Como se veía muy triste, le pregunté qué tenía. Ella respondió que su sobrina había perdido a su hijo, a la edad de dos años; luego me explicó la enfermedad del niño hasta el más mínimo detalle. Reconocí la enfermedad de la que hablé anteriormente. Inmediatamente pensé en el polvo y le dije a mi anfitriona que fuera a buscar un vaso de agua en el que disolví una pizca de la medicina. Pedí ver al niño y, con la ayuda de su madre, le hice beber la pócima, a pesar de las burlas de los vecinos a quienes la catalepsia había sugerido una muerte real y les hizo pensar que era muy divertido darles medicina a los de otro mundo.

El niño, como predije, volvió a la vida para la gran alegría de sus padres y la gran sorpresa de sus madrinas. No dejaron de atribuirme la resurrección de los muertos.

Según la tradición, el rey fue a Corbeny, el tercer día después de la consagración, para rezar sobre la tumba de Saint—Marcoul y tocar la escrófula ⁵⁶ diciendo:

— El rey te toca; Dios te sana.

Después de hacer sus oraciones y ofrendas, nos dirigimos a Vailly, una pequeña fortaleza que perteneció al arzobispo de Reims, situada a cuatro leguas de Laon y Soissons. ⁵⁷[**]

Tan pronto como llegamos, Carlos envió a algunas personas a Laon, convocando a todos los aldeanos a reconocerlo, lo que hicieron con gran regocijo. La misma escena se repitió en Soissons. Salimos al día siguiente de Vailly a la ciudad de Laon donde nos quedamos tres días. Durante el período, las ciudades de Chateau—Thierry, ⁵⁸ [**] Provins, Coulommiers, Crécy en Brie, ⁵⁹[**] etc., delegaron a algunos de sus nobles para que vinieran y presentaran a Carlos su sumisión. Nombró a algunos como sus oficiales, lo que agradó mucho a los habitantes.

Después de una breve estancia en Soissons, fuimos a Chateau—Thierry donde estuvimos un rato, luego a Provins.

Los rumores de estos éxitos pronto llegaron a París y consternaron a los grandes señores de Inglaterra que residían allí. El duque de Bedford dijo claramente que lucharía contra nosotros. El duque de Borgoña, presionado por el duque de Bedford, llegó a París donde se celebraron varias reuniones. El duque de Bedford, temiendo que los parisinos se rebelaran a favor de Carlos, sonó en los púlpitos con declaraciones y ultrajes contra los "Armañacs" (este era el título dado a los partidarios del rey). El tratado entre el delfín, que se convirtió en rey, y el duque de Borgoña, así como el asesinato de Montreau ⁶⁰[**], se plantearon para hacer que los parisinos odiaran a Carlos.

En asamblea numerosa, el duque de Borgoña renovó sus agravios y protestas que provocaron diferentes murmuraciones entre los asistentes. El duque de Bedford tomó la palabra e impuso silencio. Preguntó a la gente si estaban decididos a perseverar en su apego al rey de Inglaterra, en su obediencia al duque de Bedford, regente de Francia, y en su dedicación al duque de Borgoña. Instaron a los asistentes a levantar la mano como símbolo de afirmación, lo que

⁵⁶Escrófula: tina Eruculosis linfática y, a veces, ósea y articular con supuración y fistulización. Tocar la escrófula en un ritual que consistía en la curación de la escrófula mediante la imposición de las manos del rey. Los reyes serían poseedores del "toque curativo". (N. de E.)

⁵⁷ [**] Soissons, Laon y Vailly, ciudades ubicadas en el departamento de Aisne, al noreste de París. (N. de E.)

⁵⁸ [**] Château-Thierry: ubicado en el departamento de Aisne, a 41 kilómetros de París. (N. de E.)

⁵⁹ [**] Provins, Coulommiers y Crécy-en-Brie: ciudades ubicadas en el departamento de Seine-et-Marne. (N. de E.)

⁶⁰ [**] Montreau (en el original francés): creemos que es Montereau-Faut-Yonne o Montereau, ubicado en el Departamento de Seine-et-Marne. En Montereau, Jean-sans-Peur, duque de Borgoña, llamado Juan sin Miedo era jefe del partido Bourguignons, habría sido asesinado por TanneguyDuchâtel, uno de los líderes del partido Armagnacs, en 1419.(N. de E.)

hicieron en su mayor parte a regañadientes. El duque de Borgoña se dirigió inmediatamente a Flandes, prometiendo llevar tropas en ayuda de los ingleses.

Un tiempo atrás se había publicado una cruzada contra los “husitas”⁶¹ de Bohemia. La opinión más probable era que Martín V, que estaba entonces en el trono pontificio, solo había publicado esta cruzada para favorecer al partido de Carlos a través de esta digresión. El duque de Glocester se opuso radicalmente, usando todo su poder, y la razón que daba era el bien del estado; sin embargo, estaba enojado con el Papa, que había declarado la nulidad de su matrimonio con Jacquelin de Hainault. El crédito del Cardenal de Winchester prevaleció; El Parlamento dio su consentimiento a esta cruzada, a pesar de ciertas condiciones. Los cruzados, en total 5000, comandados por el cardenal de Winchester llegaron a París para servir, hasta el mes de diciembre, a las órdenes del duque de Bedford, por quien esta ayuda nos permitiría combatirnos sin retirar contingentes de otras ciudades.

El duque de Bedford estableció su campo entre Corbeil y Melun. Después de esta noticia dejamos Provins y fuimos con las tropas al campamento cerca de un castillo llamado Motte—Nangis, cerca de Brie. A nuestra llegada, se nos ordenó mantener a las tropas en posición de batalla. Lo hicimos con maravillosa prisa, pensando que el duque Bedford vendría a atacarnos pronto. De hecho, recibíamos constantemente noticias de su aproximación. Pasábamos el día entero armados; el duque, sin embargo, cambió de opinión y volvimos a París, a pesar de tener tantos soldados como nosotros, es decir 12.000 hombres.

Algunos aduladores cobardes y tímidos insinuaron al rey que debíamos volver a las orillas del río Loira. Carlos los escuchó y nos ordenaron caminar hasta Bray—en—Champagne para cruzar el Sena por el seguro y cómodo puente de esa ciudad. Le habían asegurado que los aldeanos estarían encantados de someterse; sin embargo, la noche del mismo día, cuando íbamos a pasar, llegó un buen número de ingleses y los habitantes, felices o no, les abrieron las puertas. No nos avisaron de nada y así, sin miedo alguno, nos acercamos. Algunas de las tropas reales se adelantaron, pero los británicos vinieron a atacarlas y casi todas fueron asesinadas o encarceladas. Los duques de Alençon, de Bar y todos los capitanes aprovecharon esta oportunidad para pedirle al Rey que se echara atrás. Luego fuimos a Dom Martin. La gente se acurrucó frente a nosotros gritando Noel y entonando cánticos religiosos. Conmovido hasta las lágrimas por esta alegría, le dije al Conde de Dunois, que estaba a mi lado:

— Son gente buena y religiosa, estaría muy feliz de morir en esta región.

El canciller me preguntó:

"¿Sabes dónde y cuándo vas a morir?"

Respondí:

— ¡No! sucederá según la voluntad de Dios; Cumpliré su designio, que era liberar la ciudad de Orleans y llevar al Rey a Reims. Ojalá me dejaran volver con mi padre y mi madre, para cuidar el rebaño junto con mi hermana, porque temo, agregué, que me pase algo malo.

⁶¹Husita: partidario de las doctrinas religiosas de Jean Hus (o Huss), 1369-1415, reformador checo, nacido en Bohemia, excomulgado por Alejandro V y luego quemado vivo, condenado por el Concilio de Constanza (N. de E.)

Tan pronto como el regente se enteró de que estábamos en Dammartin ⁶² [**], salió de París con sus hombres y se acercó a nosotros para la batalla en una posición más ventajosa. También posicionamos nuestras tropas y esperamos el ataque. El rey envió a La Hire a reconocer su posición; hubo peleas durante la mayor parte del día, pero no tuvieron resultado. El duque de Bedford, temiendo la impetuosidad de los franceses y, sobre todo, perdiendo la situación que le daba tanta ventaja sobre nosotros, no salió de sus trincheras. A primera hora de la mañana nos sorprendimos porque no vimos a nadie más: habían regresado a París.

Partimos hacia Crécy en la región de Valois, desde donde el rey había enviado heraldos a Compiègne ⁶³ [**] y Beauvais. La primera de estas ciudades respondió que reconocían a Carlos como su señor soberano; el segundo dio la misma respuesta y persiguió a su obispo y señor, Pierre Cauchon ⁶⁴, tan indigno del mérito de sacerdote como de francés. El rey decidió que iría a Compiègne; estábamos alojados en Barron, un pueblo cerca de Senlis ⁶⁵ [**], una ciudad perteneciente a los ingleses.

Una mañana vinieron apresuradamente a decirle al rey que el duque de Bedford avanzaba para luchar contra nosotros e interceptar nuestro camino. El rey envió a Ambroise de Lore y al señor de Xaintrailles ⁶⁶ para conocer la verdadera intención de los enemigos. Los dos, acompañados sólo por veinte hombres bien montados, pronto verían nubes de polvo que se elevaban hacia Senlis. Juzgando razonablemente que eran los enemigos, enviaron a uno de sus hombres al rey para advertirle de sus suposiciones. Tan pronto como comprobaron que estos supuestos estaban bien fundamentados, enviaron otro mensajero para advertirnos. Inmediatamente cruzamos el río que pasa cerca de Barron y nos dirigimos hacia Montpilloi.

Pronto los señores de Xaintrailles y Lore vinieron a decir que los ingleses comenzaban a cruzar el pequeño río. El pasaje era tan estrecho que solo podían pasar dos caballos a la vez. El rey desplegó sus tropas para la batalla y marchamos directamente hacia el enemigo al que esperábamos sorprender. Todos se habían ido. Pronto los dos ejércitos quedaron separados

⁶² [**] Dammartin-in-Goële: ubicado en el departamento de Seine-et-Marne. (N. de E.)

⁶³ [**] Compiègne: ubicado en el departamento de Oise, al norte de París. (N. de E.)

⁶⁴ Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, murió en 1442. Rector de la Universidad de París, abrazó el partido de los "bourguignons" y adquirió una triste celebridad por el papel que tomó el proceso y condena de Juana de Arco. (N. de E.)

⁶⁵ [**] Sentis: ubicado en Oise. (N. de E.)

⁶⁶ Xaintrailles: Jean Poton de Xaintrailles o Saintrailles, noble gascón (de Gascuña, ex ducado Francés) valiente capitán de Carlos VII, amigo de La Hire y compañero de Juana de Arco. Murió en 1461. (N. de E.)

por sólo tres cuartos de legua ⁶⁷. Todo ese día lo pasamos en escaramuzas en las que no tuvimos muchas bajas. Al atardecer, los enemigos se retiraron a la cabecera del río y nos dirigimos al campamento de Montpilloi.

Al amanecer del día siguiente, el rey dividió su ejército en tres batallones principales. Los comandantes de los batallones eran el duque de Alençon y el conde de Vendome; los de la derecha, los duques de Bar y Lorena, y finalmente los de la izquierda, los mariscales de Boussac y Retz. Yo estaba bajo la dirección de un destacamento encargado de decidir la batalla, junto a De Albret, el Bastardo de Orleans, La Hire y Xaintrilles.

Los comandantes de los arqueros eran M. de Graville, maestro de arqueros de Francia, y Jean Foucault, caballero de Limousin. El rey, acompañado de La Trémoille y sus guardias, recorrió las filas con una audacia y un coraje dignos de su nombre y de su clase, animando a los soldados.

Pronto llegaron los ingleses y se dispusieron en posición de batalla según su costumbre, es decir, se atrincheraron detrás de las empalizadas. El rey, de acuerdo con los señores, quiso atacar a los enemigos que habían pasado la noche reforzando el campo situado a su favor; pero todos los capitanes demostraron la imprudencia de esta actitud, lo que lo incitó a la decisión de esperar a los enemigos. Sin embargo, nos acercamos a ellos a unos cien pasos de distancia. Según su costumbre, las tropas inglesas no salían de las trincheras y solo hubo escaramuzas menores, sin embargo, al atardecer, hubo una batalla más seria que se prolongó hasta la noche, luego de esa batalla regresamos a Montpilloi y los ingleses a París.

A la mañana siguiente fuimos a Crécy, en Valois, y de allí a Compiègne, donde nos recibieron con gran alegría. El rey nombró como gobernador de esa ciudad a Guillaume de Flavy, un noble “picard”.⁶⁸

Los habitantes de Beauvais, Senlis, Saint—Denis, etc., sometieron sus ciudades a la obediencia del rey. La fuerza real salió de Compiègne y yo estaba montando a caballo cuando un mensajero de Juan IV, conde de Armagnac, me entregó una carta de su señor; aquí está su contenido:

“Mi muy querida señora, humildemente me encomiendo a usted y le suplico, en nombre de Dios, que me ilumine sobre la división que reina actualmente en la Santa Iglesia universal, sobre los papas; porque hay tres pontífices soberanos que reclaman el papado. Uno está en Roma y se llama Martín V, y todos los reyes cristianos le obedecen; el otro está en Paniscole, en el reino de Valencia y se llama Papa Clemente XII; el tercero, no sé dónde vive, tiene con él al cardenal de Saint—Etienne y algunas personas; se llama a sí mismo Papa Benoit XIV. El primero, que se hace llamar Papa Martín, fue elegido en Constanza con el consentimiento de todas las naciones cristianas; el que se hace llamar Clemente fue elegido en Paniscole, después de la muerte del Papa Benoit XIII, por tres cardenales; el tercero, que se nombra a sí mismo Papa Benoit XIV, fue elegido en secreto por el cardenal de Saint—Etienne.

⁶⁷Legua: medida equivalente a 6600 metros; 3 cuartos de legua corresponden aproximadamente a 5 kilómetros (4950 metros). (N. de E.)

⁶⁸“Picard”: nacido en Picardie. (N. de E.)

Por favor, mi queridísima y honorable señora, suplica a nuestro bendito Señor Jesucristo para que, en su infinita misericordia, nos indique a través de ti cuál de los tres Papas nombrados arriba es el verdadero, y cuál de ellos quiere que obedezcamos. ¿Si es la que se dice Martin, el que se dice Clément, o finalmente el que se dice Benoit? ¿En cuál de los tres debemos creer? Porque estamos listos para cumplir la voluntad del Bendito Señor Jesucristo. También imploro, muy querida y honorable señora, que me aclare lo que debo pensar sobre el hecho de que ciertos profetas afirman estar inspirados por el espíritu de Dios. Vuestro súbdito Conde de Armagnac ”.

Inmediatamente dicté la siguiente respuesta:

† Jesús María †

“Conde de Armagnac, muy querido y buen amigo, yo, Juana la Doncella, acuso recibo del mensaje, que me enviaste para saber de mí, por consejo de mis voces, en cuál de los tres papas, de acuerdo a lo que me mandó por escrito, debes creer y obedecer. No puedo decirlo ahora. En cuanto a lo que me preguntaste sobre los profetas que dicen estar inspirados por el espíritu de Dios, te responderé cuando esté en París o en otro lugar, en reposo, con el permiso del bendito Rey Jesús, Rey del Cielo y del mundo entero, mi justo y soberano señor. Así es, te encomiendo a Nuestro Señor y le imploro que te tenga en su santa guardia, si así lo desea. Escrito en Comitene, el día 22 de este mes de agosto”.

Fuimos a quedarnos en Senlis.

A finales de agosto, el duque de Bedford salió de París con sus tropas, para ir a Normandía, temía nuestro ataque; porque corría el rumor de que el mismo rey iba allí. Quizás fue influenciado por Richemont, a fin de aprovechar el pavor que esta noticia no dejaría de causar. Richemont entró en Normandía, sorprendió a Evreux y recorrió una parte de la provincia. Con esta noticia, el duque de Bedford apresuró su marcha, pero cuando llegó ya era demasiado tarde: sabiendo de su llegada, el alguacil se había marchado.

El duque de Bedford, antes de ir a París, nombró como gobernador a Luis de Luxemburgo, obispo de Thérouanne, canciller de Francia, para los británicos.

Reunimos en el palacio cortes soberanas, miembros universitarios, la mayoría de los vicarios, los responsables de las casas religiosas y los burgueses más importantes. El propósito de esta numerosa asamblea fue la renovación del juramento al Tratado de Troyes.

La víspera de nuestra partida de Senlis, el rey convocó al consejo para deliberar sobre lo que deberíamos hacer. La mayoría de los asesores votaron por el ataque de París. Se decidió que iríamos a Saint—Denis a prepararnos allí.

El rey distribuyó las tropas en tres lugares: Montmart Aubervilliers ⁶⁹[**] y La Chapelle, un pueblo a medio camino entre París y Saint-Denis ⁷⁰. En este último lugar me quedé con los duques de Alençon y Borbón, los condes de Vendome y de Laval, los señores de Retz y de Boussac y otros, ya que la lista es bastante larga.

Los generales, con base en informes falsos, esperaban que al intentar invadir la capital convertiríamos a los residentes a nuestro favor.⁷¹

Programaron el ataque para el domingo 8 de septiembre, día del nacimiento de Nuestra Señora. Ese día, las tropas comandadas por el duque de Alençon, el conde de Cremont y el señor de Montmorency, se acercaron a la puerta de Saint-Denis para hacer creer a los ingleses que estaba previsto atacarlos desde ese lado.

En ese momento, un destacamento, encabezado por los mariscales de Retz y de Boussac, vetó un ataque a la puerta de Saint-Honoré. Los enemigos habían construido una trinchera frente al muro del mercado de cerdos (barrio de Butte-Saint-Roch) y lo tomamos en breve. El obispo de Thérouanne, l'Isle-Adam, Créquy y Bonneval vinieron a luchar contra nosotros.

Creíamos, como mencioné anteriormente, que los hombres del rey sublevarían al pueblo en el momento del ataque, muerta esta esperanza se habló de retirada. Acostumbrada a ganar, me negué obstinadamente a retirarme. Les gritaba que trajeran haces de leña para tapar las zanjás, cuya profundidad ignoraba por completo, para que pudiéramos tapizar la pared; de repente una flecha me golpeó en el muslo. Obligada por el dolor y la sangre que estaba perdiendo, me fui a acostar detrás de una pequeña loma. Algunos miembros de nuestra tropa sabían que era imposible llenar el vacío; sin embargo, ya sea por celos o por cualquier otra razón, no pensaron en avisarme.

Me quedé mucho tiempo donde estaba, casi sola, sin que nadie se preocupara por mí. Había caído la noche y, al no verme regresar, el duque de Alençon ordenó que vinieran por mí, no quería irme para nada. El duque vino a avisarme del peligro que corría y me condujo personalmente, con todas nuestras tropas, a La Chapelle.

Al día siguiente fui con el duque de Alençon a Saint-Denis, ⁷²[**] donde estaba el rey.

⁶⁹ [**] Aubervilliers: ubicado en Seine, cerca de Saint-Denis

La Chapelle-la-Reine: ubicado en Seine-et-Marne. (N. de E.)

⁷⁰ Algunas personas me acusaron de ser la causa de esta imprudente acción; pero, desde la consagración, yo tenía la firme convicción de que mi misión estaba cumplida, lo que me hizo, desde ese momento, no discutir las opiniones y decisiones de la junta como antes. Además, otras razones me detuvieron; los servicios que había prestado al rey, y la consideración mostrada hacia mí, incentivó la envidia de muchos. Decidí no dar más ideas y me limité a animar al ejército real con mis palabras y actitudes. (Nota de la edición francesa).

⁷¹ Cismáticos: los que siguieron el cisma, movimiento de separación (Gran Cisma occidental) que existió en la Iglesia Católica, desde 1378 hasta 1429, durante el cual hubo varios papas al mismo tiempo: algunos con sede en Roma, otros en Aviñón, en el sur de Francia. (N. de E.)

⁷² [**] Saint-Denis: ubicado en el norte de París. (N. de E.)

CAPÍTULO IV

El cielo me dio una nueva advertencia; el desenfreno de los soldados me causaba tal indignación que siempre me sacaban de mi habitual dulzura. En Saint—Denis, vi a los militares y a una chica que cedían a los excesos. Presa de la indignación contra esta infortunada mujer, la expulsé del campo, golpeándola a ella y a sus compañeros con el lomo de mi espada. Desde el incidente de Patay, me había encargado de equiparme, para estas ocasiones, con una porra que era más adecuada para este propósito, pero esta vez no tuve tiempo de ir a buscarla y rompí mi querida espada de Santa Catalina de Fierbois en dos piezas... El rey la envió a un especialista en armas pero no pudo hacer nada. Esta pérdida me angustió mucho y entendí ver la mano de Dios en esta advertencia. Ese pensamiento, y el abandono en el que me encontraba, me llevó a pedir nuevamente permiso para retirarme. Desde el cumplimiento de mi misión, cuando necesitaba hablar con los santos, me ponía en oración, y pronto ellos se me aparecían o me hablaban. Sus apariciones eran cada vez más constantes y siempre me pedían que me alejara del rey. Siempre en vano.

Ofrecí mi ropa de guerra a los clérigos de Saint—Denis, que con ellas erigieron un monumento frente al santuario del apóstol de Francia.

La reina María de Anjou ⁷³ vivía mal con el rey. A menudo me quejé con Carlos de su frialdad con esta princesa amable y virtuosa y me esforcé por reconciliarlos. La reina se enteró de que pasaría por la región de Berry en su camino a Chinon y fue a reunirse con él en la ciudad de Selles. Tan pronto como lo vio, fue a buscarlo. El rey, molesto al ver a su joven y noble esposa, parecía dispuesto a darle una bienvenida ingrata, pero yo insistí tanto que él la disimuló y consintió en recibirla, así como ir con ella a Bourges ⁷⁴[**]. Feliz con esta noticia, yo misma quería ir a contárselo a la reina María, quien me contó de su gran felicidad. Esta reconciliación me causó tanta alegría como descontento con Agnes Sorel y La Tremouille, a quienes no les agradaba la joven reina.

Dejé Bourges con el señor de Albret y los militares. El objetivo de nuestra campaña era conquistar Charil y Saint Pierre le Moütier. Cruzamos el río Sena, por la ciudad de Bray ⁷⁵[**], que se entregó, y el río Yonne, por la ciudad de Sens, que también nos abrió sus puertas.

⁷³María de Anjou: hija de Luis II, duque de Anjou (1404-1463), casada con Carlos VII, Reina de Francia. (N. de E.)

⁷⁴ [**] Bourges: antigua capital de Berry, departamento de Cher. (N. de E.)

⁷⁵ [**] Bray: esto es Bray-sur-Seine, ciudad de Provins, ubicada en el Departamento de Seine-et-Marne
Sens: ciudad ubicada en el departamento de Yonne, al sureste de París. (N. de E.)

De allí fuimos a la región del Loira, luego a Saint Pierre le Moûtier, ciudad fortificada, ubicada en Nivernais ⁷⁶[**], entre el río Loira y el río Allier.

Pronto formamos el asedio y pronto se practicó la brecha. Animé a los militares con palabras y con mi ejemplo; los enemigos, sin embargo, se defendieron vigorosamente y nos expulsaron. Sin embargo, no pude abandonar el ataque. Jean Dolo, quien, como mencioné al principio de esta historia, había sido especialmente comisionado por el Rey, así como por Louis de Comtas, para protegerme, vino a pedirme que regresara al campamento.

Tenía seis soldados a mi alrededor, que no querían abandonarme, les respondí que no dejaría mi puesto sin haber terminado la conquista. Luego, Jean fue a llevar esta noticia al campamento, donde inflamó a las tropas con renovado coraje, ya sea agitando su orgullo o haciéndoles temer una reprimenda por haberme abandonado. Los enemigos no esperaban este segundo ataque y tomamos la ciudad, después de una débil resistencia.

Los capitanes que me acompañaban querían atacar Charité sur Loire ⁷⁷[**]

Fui con ellos pero fracasamos totalmente, los ingleses de la guarnición de Melun ⁷⁸[**] se habían ido para ir a saquear los pueblos vecinos. Cuando regresaron, encontrando las puertas cerradas, se dirigieron a Corbeil y, llamando en su ayuda a las guarniciones de los pueblos cercanos, se presentaron ante las murallas de Melun. Fui allí para defenderlo y ayudé a Jean Foucault, ya otros capitanes que estaban allí, a expulsar a los ingleses. Estaba en el foso cuando aparecieron los santos y dijeron:

— Jeanne, antes del día de San Juan, caerás en poder de tus enemigos; pero sométete a la voluntad de Dios, él te ayudará en las pruebas que te esperan.

Les rogué que obtengan de Dios permiso para morir antes de caer en poder de los ingleses, para evitar los tormentos de una larga prisión; ellos simplemente respondieron:

— Tener paciencia; Dios te ayudará.

Me reiteraban esta advertencia casi todos los días; sin embargo, no le dije nada a nadie para no desanimar a los hombres leales al rey y yo me resigné.

Fui a Lagny sur Marne, ⁷⁹[**] constantemente amenazada por los británicos. Tan pronto como llegamos, supe que cuatrocientos ingleses estaban cruzando la Ile de France. Fui a

⁷⁶ [**] Nivernais: antigua capital del departamento de Nièvre, ahora Nevers. Región de Netsa, entre el río Loira y el río Allier, se encuentra la ciudad de Saint-Pierre-le-Moûtier. (N. de E.)

⁷⁷ [**] Charité-sur-Loire o La Charité: ciudad ubicada en el departamento de Nièvre. (N. de E.)

⁷⁸ [**] Melun: ciudad ubicada en el departamento de Seine-et-Marne, 40 kilómetros al suroeste de París. (N. de E.)

⁷⁹ [**] Lagny-sur-Marne: ciudad ubicada en el departamento de Seine-et-Marne.

Île-de-France: región de la antigua Francia, constituida como provincia en el siglo XV y que comprende los actuales Departamentos de Aisne, Oise, Seine, Seine-et-Oise, Seine-et-Marne y parte de Somme. (N. de E.)

encontrarme con ellos con Jean Foucault, Geoffroy de Saint—Aubin, etc. Pronto los encontramos y se produjo una batalla. Casi todos murieron o fueron hechos prisioneros; luego regresamos a Lagny.

El jefe enemigo contra el que habíamos combatido era Franquet d'Arras, celebrado tanto por su saqueo como por su crueldad; él estaba entre nuestros prisioneros; el bailío⁸⁰ de Senlis y los jueces de Lagny pidieron su liberación para que pudiera ser entregado a los rigores de la ley. Como quería cambiarlo por un parisino, al principio me negué, pero, al saber de la muerte del parisino, cedí a la instancia del alguacil y le entregué a Franquet que, tras un juicio de 15 días, recibió una pena igual a las infracciones cometidas.

Cierto día, mientras estaba en la iglesia de Lagny, trajeron un niño muerto, las niñas de la ciudad vinieron a rezar ante la imagen de Nuestra Señora, para que tuviera piedad del niño y suplicara a Dios que le concediera un poco más de vida. Fui a encontrarme con ellas y cuando me acerqué al niño, noté algunas señales de vida y les dije a todos que en realidad no estaba muerto, que lo podían bautizar.

El rey, que estaba en Bourges, recomendó a mi familia para convertirlos en nobles como recompensa por mis servicios. Las cartas de nobleza que nos dio cubrían tanto a hombres como a mujeres. Mi familia tomó el nombre de Dulys y las siguientes armas: azul profundo, con una espada plateada colocada sobre ornamentos amigos, la punta hacia arriba, empuñadura y copas de oro, teniendo, a cada lado, una flor de lis en oro, y, en la punta de la espada, una corona del mismo metal.

La toma de Compiègne fue de gran importancia para los ingleses. El duque de Borgoña tomó todas las medidas para tener la ciudad rodeada por todos lados al mismo tiempo. A pesar del misterio que envuelve estas decisiones, fuimos advertidos y entramos en esta ciudad junto con Xaintrailles.

Los ingleses llegaron pronto. El duque de Borgoña estaba destinado en Condin, situado a una legua de Comigne; Jean de Luxembourg, conde de Ligny, en Clarey; Baudo de Noailles en Marigny, en el terraplén del río, y Montgomery en el lado opuesto.

Contando con aprovechar el desorden inseparable de una llegada, hice una salida al frente de 600 hombres y fui a atacar Marigny⁸¹ [***], donde estaban Luxemburgo y otros generales. Inicialmente luchamos con ventaja, pero las tropas inglesas acudieron en ayuda de Baudo de Noailles. Pensamos en la retirada. Como siempre, formaba la retaguardia; a veces iba a la línea del frente y los enemigos huían aterrorizados. Al llegar cerca de la barrera, la encontré cerrada y un arquero inglés, más fuerte que los demás, me agarró y tiró de mi caballo.

⁸⁰Bailio: ex magistrado provincial. (N. de E.)

⁸¹ [***] Marigny: suponemos que es Margny-lès-Compiègne, una ciudad situada en Oise, cerca de Compiègne. (N. de E.)

Inmediatamente Lyonnel, el Bastardo de Vendome, corrió hacia mí; sin poder defenderme, me entregué a él. Acusaron a Flavy de haber sido el responsable de mi detención, cuando ordenó el cierre de la barrera; sin ser totalmente inocente, no era del todo culpable.

Poco después de la llegada de los franceses pudo cerrar las barreras, sin saber si yo había entrado o no. Pronto llegaron los soldados a decirle que yo estaba en manos del enemigo, pidiéndole permiso para abrir la barrera, a lo que él se negó, temiendo que los “bourguignons” y los ingleses se aprovecharan de ella para invadir la ciudad.

Todos los franceses regresaron a Compiègne lamentando su derrota y mi encarcelamiento. Los enemigos tuvieron más alegría de la que gané en esta batalla debido a mi reputación de bruja, ampliamente publicitada entre ellos. Los soldados se abrazaron y se felicitaron por tan hermosa captura. Mientras tanto, Lyonnel me desarmó brutalmente y me llevó a Marigny, donde confió mi guardia a un gran número de soldados. No era preciso tanto; cercada por un batallón, no podría escapar fácilmente. Es cierto que también quería protegerme de la furia de sus soldados, que me habrían hecho pedazos. Los militares vinieron de todas partes a verme, no quedaban encantados conmigo, yo no era bonita en ese momento; Me había cortado el pelo después del asedio de Orleans, y desde entonces lo llevaba redondeado a la altura de los hombros, como todos los hombres de la época, y como no dedicara al menos quince minutos a peinarlo, me caía muy poco agradadamente en la espalda, tanto que parecía una loca. Ese día usaba una túnica de terciopelo rojo debajo de mi armadura.

El duque de Borgoña vino a verme y habló durante mucho tiempo sobre diferentes temas; luego se retiró con sus hombres.

Lyonnel me entregó inmediatamente a Jean de Luxembourg, conde de Ligny, a cambio de una tarifa.

Dos días después de mi arresto, el jueves 25 de mayo de 1430, Luis de Luxemburgo, obispo de Thérouanne, canciller de Francia ante el rey de Inglaterra, recibió una carta de su hermano, el conde de Ligny, informándole que yo era su prisionera. El obispo, muy feliz, hizo celebrar un “Te Deum” a Nuestra Señora. Se enviaron cartas a todas las ciudades bajo mando inglés notificándoles de mi detención. El hermano Martin, vicario general de la Inquisición en Francia, escribió al duque de Borgoña pidiéndole que me entregara a la Inquisición, diciendo que yo era sospechosa de crímenes de herejía y que debería ser juzgada por su tribunal; pero no prestaron atención a esta carta. Poco tiempo después, Jean de Luxembourg me envió al Castillo de Beaulieu ⁸²[**]

Tan pronto como estuve sola en mi prisión, caí en la silla y lloré convulsivamente. Pronto la celda se inundó de luz; Levanté la cabeza, que estaba entre mis manos, y vi a Santa Catalina mirándome con su dulce sonrisa, tomó cariñosamente mi mano derecha y dijo:

— Jeanne, ten coraje, Dios te ayudará.

Al escucharla, me arrodillé y besé sus pies en un gesto de respeto (olvidé decir que siempre lo hacía, cada vez que veía a uno de mis protectores celestiales) y le pregunté si me liberarían.

⁸² [**] Beaulieu: ubicado en Loches, Departamento de Indre-et-Loire, al suroeste de París. (N. de E.)

Ella me dijo que lo sería a través de una gran victoria. Luego me dijo que sufriera pacientemente mi martirio y me sometiera plenamente a la voluntad de Dios, asegurándome que si lo hacía, iría con ella al cielo. Desapareció poco después, repitiendo:

— Jeanne, ten coraje, Dios te ayudará.

Cuando no la volví a ver, me arrodillé para agradecer a Dios por la certeza que me dio de mi próxima liberación; no entendiendo esa predicción, que era bastante clara, estaba convencida de que pronto sería liberada, incluso si se necesitaba un milagro para tal logro. Mi ignorancia de mi destino fue una prueba real de la bondad divina; si preveía mi muerte, mi valor me abandonaría y habría vivido los pocos meses que me quedaban, en una angustia indecible.

Como era tarde, me fui a la cama enseguida y dormí profundamente. Soñé, como todos los presos, que era libre. Parecía que había regresado a mi humilde pueblo; Vi la vieja iglesia donde Dios me había recibido entre el número de sus hijos. Vi la modesta choza donde vivía bastante feliz e incógnita. Padre, madre, parientes, amigos, todos se apresuraban para verme; mi madre me abrazó llorando de alegría. La alegría más viva y la amistad más sincera estaban presentes en todos los rostros que me rodeaban, pero ¡qué lástima! los gritos de un centinela, que custodiaba la torre, ahuyentaron esos sueños felices así como el sueño que les había dado.

Me senté y lloré, pero había algo de consuelo en la amargura de las lágrimas; Levanté mis pensamientos a Dios en ferviente oración y me sentí más tranquila. Me levanté y caminé hacia la ventana estrecha que despejaba mi celda. Al llegar el día, vi que el entorno cobraba vida y los campesinos comenzaban a moverse en su pacífico trabajo; Esta visión me entristeció, recordándome los días felices de mi niñez, todo ese día lo pasé en estas agitaciones. Un fuerte deseo me hizo olvidar un poco de mis dolores y miedos: recuperar mi libertad. Mi ardiente imaginación no tardó en proporcionarme los medios: una pared de madera, con tablas sueltas unidas, me separaba de un pasaje poco frecuentado, que conducía al bosque. Después de mucho esfuerzo logré separarme algunas tablas más pequeñas. Era el momento en que el guardia me traía mi comida diaria, que consistía en un poco de agua y pan “bis”.⁸³ Volví a colocar las tablas en su lugar para que no se diera cuenta y decidí esperar a la noche para intentar escapar. Cuando llegó el momento deseado, me disponía a salir de la habitación donde estaba presa, le rogué a Dios que bendijera mi acción, cuando aparecieron mis dos protectores celestiales:

— Jeanne, ¿qué vas a hacer? Debes ver al rey de los ingleses.

Pronto desaparecieron, sin dejar tiempo para objetarlos.

Continué mi acción sin preocuparme por el honor de ver al rey infante. La abertura que había hecho era estrecha; pero como era naturalmente flaca y estaba muy delgada, logré sin mucho esfuerzo atravesar la puerta de salida que, por suerte, estaba cerrada a mi costado. Estaba a punto de cerrar la puerta, encerrando así a los guardias de la torre, cuando Dios envió al portero del castillo por ese mismo lado. Este hombre, bastante sorprendido, me preguntó qué hacía allí. Sin responderle, traté de escapar, corriendo con todas mis energías hacia el campo,

⁸³Pan “bis”: así se llamaba al pan de calidad inferior, de color grisáceo. (N. de E.)

pero él me agarró del brazo y dio la alarma. Vinieron a rescatarlo y, a pesar de mis esfuerzos, me obligaron a volver a la cárcel. Vi, sin desanimarme, mi tentativa fallar, pensando que el momento no era ahora. Me dije, con resignación, que no era del agrado de Dios que yo pudiera escapar esta vez, y que era necesario que yo viera al Rey de los ingleses, como me habían dicho las voces.

Incluso antes de que el Conde de Ligny se enterara de este intento de evasión, ya había decidido enviarme al castillo de Beaurevoir en Picardie, ubicado a cuatro leguas al sur de Cambrai. Aparte de los motivos políticos que le hacían temer mi presencia con los franceses, y los consejos que le sugería la prudencia, mi juventud, belleza, inocencia e infelicidad, le inspiraban un vivo interés que era como un deber: ponerme en un lugar donde no tuviese que temer los ataques de enemigos rudos que se burlaban cruelmente de mi modestia.

Madame de Beaurevoir, su esposa, y Madame de Luxembourg, su hermana, estaban allí. Me recibieron como a una querida hermana. Nada más llegar tome un baño, me dieron ropa nueva y me llevaron a la habitación que serviría de prisión; me habían preparado todo lo que pudiera aliviar mi situación, con el tacto que sólo poseen en alto grado las almas sensibles y delicadas. Ellas casi no me dejaban; a veces una de ellas pasaba la noche conmigo. Me brindaron todo el consuelo que fue posible recibir en esa situación; me regalaron bordados e hilo, ocupaciones que me recordaron los humildes trabajos de mi niñez y ayudaron a ocupar mi mente. Para compensarme un poco por los paseos que me estaban prohibidos, traían flores del campo o pajaritos que quitaban de sus desoladas madres. Todas estas atenciones trajeron lágrimas a mis ojos al recordarme la felicidad de ser libre, y les rogué que devolvieran a esos seres a los nidos que los habían visto nacer. Imaginé la dulce imagen de la felicidad y alegría de sus padres al ver a sus queridos hijitos.

De vez en cuando me pedían (con mucha sutileza para no lastimarme) que me pusiera ropa de mujer, sabiendo que ese era el principal cargo y hasta el único que existía en mi contra. Sin embargo, mis protectores, cuya solicitud no me había sido denegada en ningún momento, me impidieron cumplir con esta solicitud. Mis nobles anfitrionas me regalaron inútilmente ropas de mi sexo, que creían que eran las más adecuadas para complacerme. Insistieron y hasta me dieron telas para que las confeccionara, pensando que la ropa que me habían dado no era de mi gusto; Me negué con ternura y firmeza, diciéndoles que no dejaría de usar ropa de hombre sin el permiso de Dios que me había hecho usarla para correr menos riesgo entre los hombres rudos y corruptos que me habían rodeado durante tanto tiempo desde que había salido de la casa de mis padres.

El conde de Ligny había autorizado a su esposa y hermana a rodearme de cuidados. A veces enviaba, para distraerme, al caballero Raymond, señor de Macy; este señor, sin embargo, me hería, deseándolo o no, en los instintos más sagrados de la naturaleza; su conversación y sus gestos rudos, por no decir indecentes, me desagradaron mucho.

Durante los 4 meses de mi estancia en Beaurevoir, disfruté de todas las comodidades que no estaban reñidas con mi situación de prisionera de guerra.

Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, era el enemigo mortal de Carlos VII y de los "Armagnacs", el nombre dado a los monárquicos. Su odio por mí era aún más violento. Me vio como la causa principal de su partida y de la pérdida de sus ingresos, que Carlos VII había retenido en ese momento. Me reclamaba como si hubiera sido atrapada en su territorio. ¡Falso! Estaba en la diócesis de Soissons⁸⁴[**], fronteriza con Beauvais. Escribió al rey de Inglaterra e hizo todo para que fuese citada en su tribunal.

La Universidad de París, enteramente devota de los ingleses, no desaprovechó la oportunidad de mostrar su celo; escribió varias veces al duque de Borgoña para que me remitiera a la Inquisición para que me juzgara por haber usado magia y hechizos. Sus cartas estaban llenas de hiel contra mí; pero no obtuvieron respuesta. La facultad también escribió al conde de Ligny, felicitándolo por haber actuado como un caballero leal, usando su poder para arrestar a una mujer que, alegando ser virgen, había herido tan gravemente la majestad de Dios y deshonrado a la Iglesia con sus idolatrías, errores y malas doctrinas. También decía que mi liberación ofendería las leyes divinas de la manera más grave. La cita de las cartas sería larga; Baste decir que todos expresaron el odio más envenenado.

La actitud de la Universidad y, sobre todo, la opinión transmitida de que todo cristiano estaba obligado a obedecer a la Inquisición y al obispo de Beauvais, en lo que a mí respecta, llevó a este último a aliarse con el conde de Ligny, duque de Borgoña y el Rey de Inglaterra. El consejo real consintió en pagar a los dos primeros mi rescate siempre que me pusieran en sus manos. El obispo también escribió, en su propio nombre, al duque de Borgogne y a Jean de Luxembourg.

Puede ser de ayuda transcribir esta curiosa carta:

“Esto es lo que el Obispo de Beauvais participa a Monseñor Duque de Borgoña, Monseñor Jean de Luxembourg y el Bastardo de Vendome, en nombre del rey, nuestro maestro, y en nombre del duque de Beauvais. Que se envíe a cierta prisionera, llamada Juana la Doncella, para entregarla a la Iglesia, que deberá procesarla, como sospechosa de haber cometido diversos delitos, hechizos, idolatrías, invocaciones de demonios, y otras cosas respecto a nuestra santa fe y en contra ella.

Que no debería ser prisionera de guerra, como parece ser, por las razones expuestas anteriormente. Sin embargo, queriendo agradecer a quienes la arrestaron y detuvieron, el rey consiente generosamente en darles hasta la suma de 6000 francos. En cuanto al llamado Bastardo, consiente en darte 200 o 300 libras de ingresos anuales.

Dicho obispo intima, en su nombre, a las personas mencionadas para que le entreguen a dicha mujer que estuvo presa en su diócesis y bajo su jurisdicción espiritual, para que pueda procesarla según la costumbre; para ello está dispuesto a solicitar la asistencia del

⁸⁴ [**] Soissons se encuentra en el departamento de Aisne, al noreste de París, y Beauvais, en el Departamento de Oise, más al norte de la capital francesa. (N. de E.)

Inquisidor de la Fe, de ser necesario, la de Doctores en Teología, Derecho Civil y otros notables personajes "expertos" en la acción de la justicia, según lo requiera el asunto, para que sea considerado y debidamente hecho en la exaltación de la fe y con el conocimiento de quienes fueron, en este asunto, escandalizados y ofendidos, en esa ocasión, por la mujer. En caso de que los citados anteriormente quieran repetir lo que acabo de decir, a pesar de que el encarcelamiento de esta mujer no es comparable a la de un rey, príncipe o gran señor, que podría ser redimido por un pago de 10.000 francos, según los usos y costumbres francesas, el obispo designado convoca, en nombre del rey, a los súbditos para que le envíen la Doncella, asegurándoles la suma de 10.000 francos. Finalmente, dicho obispo, de acuerdo con la forma y la ley, exhorta al ya nombrado duque de Borgoña, el conde de Ligny y el bastardo de Vendome, a que le envíe a dicha mujer como se explicó anteriormente".

Esta negociación no tardó en desvanecerse; por un lado, el conde Ligny no pudo decidir entregarme a mis enemigos ya los quemadores de la Inquisición; por otro lado, Carlos VII actuó con el duque de Borgoña para que le aceptaran pagar mi rescate.

Este retraso aumentó el odio de mis enemigos, que intentaron aplastar a todos los que se interesaron por mí, y también a todos los que guardaron un prudente silencio. Una británica llamada Pierrone fue quemada por asegurar que yo era amable y que actuaba en nombre de Dios. Afirmaron castigarla, al parecer con justicia, por haber blasfemado sobre que Dios se le apareció vestido con una larga túnica blanca y con una túnica roja. Incluso si la hubieran sorprendido en el acto de mentir, habrían tenido que ponerla en un hospicio, nunca en una prisión.

El Conde de Ligny, comenzó a involucrarse, solo se contuvo por las peticiones de su esposa, quien se arrojó a sus pies rogándole que no me entregara a la muerte. A pesar del cuidado que tuvieron mis nobles anfitrionas para ocultarme esta noticia, lo sabía todo.

Lo que más me entristeció fue verme incapaz de salvar Compiègne. El deseo de levantar su sitio fue una de las principales razones de mi intento de evadir el castillo de Beaulieu. Mis enemigos se divertían con mis aflicciones; los guardias me dieron noticias falsas que anunciaban la derrota de los franceses o nuevos desastres sobre ellos. Al ver lo preocupada que estaba, uno de ellos incluso me dijo que todos los hombres de Compiègne, a partir de los 7 años, serían masacrados, esta noticia me causó tanto dolor que casi me volví loca. Con frecuencia gritaba con agitación y preocupación:

— ¿Cómo Dios deja perecer a los buenos de Compiègne, que fueron tan fieles a su Señor?

La noticia de que me habían vendido a los ingleses resultó ser totalmente desconcertante. Decidí intentarlo todo antes de caer en manos enemigas, lo que me quitaría toda esperanza de salvar Compiègne. Mis santos patronos intentaron, en vano, calmar mi exaltación. También

había una sola e imprudente salida para mí, arrojarme desde lo alto de la torre donde estaba presa. Ella medía treinta metros de altura, aunque no pensé que pudiera matarme o lastimarme. Ejecutar este proyecto era difícil para mí, visto como estaba. San Miguel, Santa Margarita y Santa Catalina, en particular, hicieron todo lo posible para disuadirme de esta idea.

Santa Catalina decía casi todos los días que no saltara, que Dios me ayudaría tanto a mí como a la gente de Compiègne. Le dije que dado que Dios vendría en su ayuda, yo quería estar allí.

— Jeanne, repitió, debes soportar pacientemente lo que sucederá; no serás liberada antes de ver al infante de Inglaterra.

— ¿Verdad? Le respondí, no quiero verlo, ni que me pongan en manos de los ingleses.

Tan pronto como llegó el momento oportuno, me recomendé a Dios y a la virgen, cerré los ojos y me lancé. Primero sentí que estaba cruzando el espacio rápidamente; luego pareció que mi carrera se estaba ralentizando, como si unos los brazos me hubieran sujetado. Sin embargo, cuando toqué la tierra, mi cabeza golpeó fuerte una piedra y, con el dolor que sentía, me desmayé.

Los guardias corrieron; al verme inmóvil, pensaron que estaba muerta. Luego volví en mí misma y pregunté qué había pasado, sorprendida de estar allí. Dijeron que me había tirado de la torre y perdí el conocimiento de lo sucedido.

Mientras me desesperaba por no poder correr en ayuda de los habitantes de Compiègne, escuché la voz de Santa Catalina que decía:

— ¡Jeanne ten coraje! Sanarás y los de Compiègne se salvarán.

Esta promesa, sin embargo, no me convenció del destino de los habitantes de esta fiel ciudad; Estaba tan triste por mi impotencia que no toqué mi comida durante tres días.

Mi desobediencia a las prohibiciones de los santos me costó mucho dolor. Santa Catalina, al ver que deploraba amargamente mis errores, me dijo que fuera a confesarme y pidiera perdón a Dios. Obedecí y pronto me aseguró que Dios me bendeciría y que salvaría a los habitantes de Compiègne en el día invernal de Saint—Martin.

Mis buenos amigos no me abandonaron, me atendieron regularmente y pronto me curé. Me esperaba una nueva prueba: era necesario dejar a la señora de Beaurevoir ya la señorita de Luxemburgo, esas muy queridas amigas que Dios me había dado en mi desgracia.

Las despedidas fueron tristes; A los tres nos pareció que era la última vez que nos veríamos aquí abajo; un sentimiento vago me hizo prever problemas mayores, sin embargo, la religión me ayudaba y los dejé, llevando la esperanza de volver a verlas en otra vida.

Me llevaron a Arras, ⁸⁵[**] donde los oficiales designados por el Consejo del Infante rey deberían venir a buscarme y pronto me llevaron al castillo de Crotoy ⁸⁶[**] en Picardie. Allí fui tratada con más rigor y sin embargo en Beaurevoir, la amistad también allí me consoló: un sacerdote según Dios, un hombre lleno de virtudes y méritos, fue encarcelado en la misma prisión que yo, Nicolás Quenville, canciller de la iglesia de Amiens. ⁸⁷[**] Doctor en Derecho Canónico y Civil. Casi todos los días celebraba la Santa Misa en una sala de la torre destinada a este uso, ya que yo era una persona muy devota, asistía y recibía, casi siempre el augusto sacramento de la Eucaristía.

Siempre se me aparecían santos, especialmente San Miguel. Él había hecho varias predicciones sobre Francia, y yo repetí a Carlos VII las que se referían particularmente a él; todas pronto tuvieron lugar. Los santos me hicieron grandes revelaciones sobre el duque Carlos de Orleans, prisionero de Inglaterra en ese momento, dijeron, entre otras cosas, que su único hijo, que nació pocos años después de mi muerte, ascendería al trono después del nieto de Carlos VII, y que su memoria sería apreciada y venerada entre los franceses. En este momento se me hicieron otras revelaciones importantes, pero al repetirlas sólo haría una digresión inútil y tediosa.

Mientras languidecía, resignada, en una triste prisión, las promesas de mis protectores celestiales se habían cumplido: los franceses habían obtenido algunas victorias y Compiègne había sido liberada; Gournay sur Aronde . Pont—Sainte—Maxence, Longueuil ⁸⁸[**] y otras ciudades volvieron a estar bajo el dominio francés. Mis enemigos me ocultaron cuidadosamente esta noticia, pero los santos me lo revelaron todo y yo estaba tan feliz como si hubieran anunciado mi libertad. Poton de Xaintrailles y sus valientes compañeros terminaron mi trabajo con dignidad, gracias a su valentía y a la protección del cielo; pero los ingleses vieron en mí la única razón de sus derrotas, y su ira contra mí, creció. Todos, hasta el soldado más humilde, querían mi muerte. A pesar de que estaba entre rejas, me tenían tanto miedo que se negaban a hacer expediciones, pensando que mientras yo estuviera viva tendrían derrotas y problemas.

⁸⁵ [**] Arras: ubicado en el departamento de Pas-de-Calais, antigua capital de Artois, a 175 kilómetros de al norte de París. En esta ciudad, en 1435, se firmó el célebre Tratado de Arras, reconciliando a Carlos VII y Felipe el bueno de Borgoña, esto terminó el largo enfrenamiento entre los armagnacs y los borgoñeses, quienes luego, unidos echaron a los ingleses de Francia. (N. de E.D)

⁸⁶ [**] Crotoy: ubicado en Abbeville, Departamento de Somme, al norte de París (N. de E.)

⁸⁷ [**] Amiens: capital de la antigua provincia de Picardie. De una parte de Picardie, el departamento de Somme, donde Amiens se encuentra 130 kilómetros al norte de París. (N. de E.)

⁸⁸ [**] **Gournay-sur-Aronde** (en el original francés): creemos que es Gournay-em-Bray, ubicado en el Departamento de Sena Marítimo, al noroeste de París.

Pont-Sainte-Maxence: ubicado en el departamento de Oise, al norte de París.

Longueuil (en el original francés): creemos que es Longueau, ubicado en el Departamento de Somme, al lado de Amiens. (N. de E.)

Todos los ingleses tiranizaron a los franceses que llevaban con impaciencia este yugo. Robaron a las mujeres de sus maridos ya las hijas de sus padres; a menudo robaban a los infelices jefes de familia los frutos de su trabajo para disiparlos en orgías. Nada se comparaba con la horrible miseria de los franceses; muchos consideraban el suicidio como un remedio para problemas más terribles que la muerte, pero la mayoría se convertía en dóciles esclavos y cobardes aduladores de sus crueles perseguidores.

La Universidad de París, que tantas veces había dado ejemplos de sabiduría, estaba entonces compuesta casi en su totalidad por ingleses. Escribió dos cartas, una el 2 de noviembre, dirigida a Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, en las que se quejaba de su indolencia. Dijo que si hubiera actuado con la diligencia necesaria, mi proceso ya se habría realizado y que ya ni siquiera estaría en sus manos. Terminó pidiendo venir, para que me juzgaran en París.

La otra misiva estaba dirigida al Infante Rey, es decir, a su consejo, con el objetivo de convencerlo de que me entregara al obispo de Beauvais ya la Inquisición. El duque de Bedford y los gobernantes ingleses esperaban que estas actitudes arrojarían sobre Francia el deshonor de una muerte útil a sus intereses.

Nuevos problemas agravaron mi situación, aumentando el terror y la superstición de los enemigos. Pensaron en trasladarme a Rouen ⁸⁹[**], donde estaban el Infante y su consejo. Durante nuestro viaje de Crotoy a la capital de Normandía, hicimos algunas paradas. En el último, mientras me disponía a montar a caballo, un inglés que estaba cerca de mí, pensando que subía demasiado lento, me cortó con su lanza las partes del cuerpo que descansaban sobre la silla. Aunque no muy profunda, la herida me provocó un dolor intolerable.

Me encerraron en la gran torre del castillo de Rouen. Me hicieron una especie de jaula de hierro, en la que estaba presa. Yo estaba muy enojada; tenía una cadena muy gruesa en el cuello, una en la cintura, otra en los pies y en dos las manos. Habría sucumbido a esta terrible angustia si Dios y mis santos patronos no me hubieran consolado. El ángel Gabriel, el mismo que anunció su misión divina a la Virgen Madre, vino a visitarme varias veces. Nada puede describir su sincera solicitud y las inestimables comodidades que me brindó. Hambrienta, a medio vestir, rodeada de suciedad y herida por las cadenas, busqué en la religión el valor para perdonar a mis verdugos.

La duquesa de Bedford, hermana del duque de Borgoña, sabía cómo me trataban; con profunda lástima quiso ayudarme, le pidió al duque, su esposo, que me trasladara a un lugar más amplio, con claridad y con vista al campo.

Mi pena fue amenizada un poco. Durante el día solo tenía hierros en los pies; eran suficientemente largos y me permitían dar algunos pasos en la cárcel. Por la noche, me ataban por los pies a un par de hierros sujetos a una cadena fuertemente anclada en un grueso trozo de madera; tenía otra cadena alrededor de mi cintura, lo que me impedía caminar. Cinco ingleses elegidos entre el populacho iban a velar por mí. Tres dormían en mi habitación y los

⁸⁹ [**] Rouen: antigua capital de Normandía. De una parte de Normandía (Caux y Bray) se formó el Departamento de Seine-Maritime donde se encuentra Rouen. (N. de E.)

otros dos miraban la puerta. Me cubrieron con las injurias más graves; se divertían despertándome en medio de la noche diciendo que me iba a morir y que habían venido a buscarme para el fuego. Podían intentar cualquier cosa, yo no podía creer que los ingleses quisieran matarme, ya que no había cometido ningún delito que exigiera la pena capital. Pensé que me devolverían por dinero y que si aún no estaba libre era porque Carlos VII no había completado las negociaciones para el pago del rescate.

Era extremadamente casta, pero esta virtud fue una fuente de tormento para mí; los guardias, sabiendo que siempre estaba en contra de los malos hábitos, disfrutaban cantando canciones obscenas y haciendo propuestas indecentes. No satisfechos con las palabras, intentaron varias veces violarme; lo hicieron tanto por ellos como para satisfacer al obispo que les había prometido una buena recompensa si lograban quitarme la virginidad. Si tenían éxito, Cauchon fácilmente podría condenarme como bruja.

Se cree casi universalmente en el mundo cristiano que la salvación del género humano salió de una virgen; que Satanás sentía una gran aversión y respeto por toda mujer inmaculada, lo que hacía que esta cualidad fuera incompatible con la magia y la brujería. Una vez mis guardias llegaron tan lejos que si el conde de Warwick, atraído por mis gritos, no me hubiera rescatado, me habría perdido. Gracias a este señor tuve nuevos guardias que me respetaron más. Los peligros de este tipo, que había corrido desde que salí del castillo de Beauveroir, me imbuyeron de un extremo reconocimiento de mis santas patronas: ya que en la ropa de hombre estaba menos expuesta a los ultrajes. Si hubiera cedido a las instancias de señoras de Beaurevoir, habiendo perdido la seguridad que tenía cuando estaba en su casa, hubiera sido imposible recuperar aquella que me daban mis ropas de hombre.

Varias personas lograron visitarme, pero este favor apenas me fue otorgado, lo cual fue una alegría para mí, ya que las preguntas de algunos, los lamentos de otros, la curiosidad de todos, junto con la mayor indiferencia, me fueron sumamente difíciles.

En las grandes desgracias, el aislamiento es un bien que todos los infortunados saben apreciar; al menos se puede llorar a voluntad, sin temer las miradas indiscretas de los indiferentes.

CAPÍTULO V

Mi proceso le costó mucho dinero a los ingleses; Además de la enorme suma que dieron para conseguirme, pagaron todos los gastos del proceso y también dieron considerables propinas a todos los que los ayudaron.

El obispo no podía ejercer su jurisdicción en la diócesis de Rouen sin el consentimiento del cabildo⁹⁰ que estaba investido con autoridad arzobispal, la sede de Rouen no estaba completa. Le pidió permiso y pronto lo obtuvo; inmediatamente se emitieron las cartas otorgándole territorio y jurisdicción para llevar a cabo mi proceso en toda la diócesis.

Pronto aparecieron las cartas del rey infante; el consejo autorizó en su nombre que yo fuera a juicio. Concediendo al obispo de Beauvais la facultad de instruir, conjuntamente con la inquisición, dejando entender que me liberaban para la justicia eclesiástica con cierta repugnancia, y el consejo se reservaba siempre en nombre del joven rey Henri, de devolverme, en el caso de que no fuera condenada a muerte; desde entonces, para mí, no había posibilidad de salvación.

Cauchon empleó todo su esmero en seguir escrupulosamente las formas que utilizaba la Inquisición en sus juicios, para que el que iba a presidir tuviera la infalible vigencia de los que él pretendía⁹¹. Pensó que la presencia del Inquisidor era necesaria para esto, así que hizo todo lo posible para que viniera. Sin embargo, si deseaba ardientemente verlo entre los jueces, el hermano Jacques Graverand deseaba no menos ardientemente no participar en este proceso; regalos, promesas, amenazas de muerte, nada se escatimó para vencer sus escrúpulos; de buena gana o no, tenía que participar en mi proceso. El delegó por la diócesis de Rouen, a Jean le Maistre, hermano predicador. La misión que le fue encomendada no le agradó mucho; presentó mil dificultades y logró que se le confiara solo el papel de testigo y "docteur consulté"⁹²

Más tarde, sin embargo, tuvo que aceptar el papel de juez.

El obispo de Beauvais tuvo una reunión con la presencia de ocho médicos licenciados y maestros en artes, para combinar los primeros pasos a dar, Jean le Maistre no compareció, pero figuró como juez en el juicio oral de esa sección, durante el cual se les dieron los detalles necesarios sobre mi persona, mi arresto y mis presuntos delitos. En esa ocasión leyeron todos los actos relacionados con mi proceso como las cartas de patente que lo autorizan y las cartas territoriales entregadas al obispo de Beauvais.

⁹⁰Cabido: corporación de canónigos (sacerdotes) de una catedral (N. da E.)

⁹¹Cabido: corporación de canónigos (sacerdotes) de una catedral (N. da E.)

⁹²Intentar: (legal), proponer en el tribunal. (N. de E.)

Tras describir los motivos de la consulta, el obispo instruyó a sus compañeros con la información que ya había conocido sobre mí y, de común acuerdo, decidieron que buscarían información más amplia y precisa. Se procedió a la elección de los funcionarios judiciales y todos los actos preliminares del proceso.

Casi todos los médicos quisieron trasladarme, según la costumbre, a cárceles eclesiásticas; el obispo, sin embargo, se mantuvo firme y dijo que no sería responsable de mi traslado desde el castillo de Rouen. Esta respuesta provocó murmullos; Cauchon, sin embargo, no tuvo en cuenta el descontento de los médicos consultados, ni mis quejas.

En una segunda sesión celebrada en su casa, el obispo leyó el expediente verbal de la asamblea anterior y luego comunicó a los consejeros o jueces asistentes la información que había obtenido sobre mí, tanto en Domremy como en Vaucouleurs y en otros lugares a los que había asistido.

Le dijeron que yo era una buena chica, casta, modesta, paciente, moderada, prudente, muy dulce, trabajadora, temerosa de Dios y que me gustaba cuidar a los pobres enfermos; que fui educada según mi entorno, tenía buenos hábitos, tenía una conversación honesta y tranquila, que nunca maldijo, que obedecía a mis padres y que buscaba la amistad de las damas y niñas más virtuosas; que cuando terminaba las labores del hogar, que me habían ocupado desde la edad de la discreción hasta que salí del país, en lugar de vagar sin rumbo por las calles o bailar con las otras chicas, me arrodillaba en la iglesia para rezar con concentración y fervor; que era tan tímida que cualquier palabra me desconcertaba; tan caritativa que a menudo compartía mi pan con los pobres; y finalmente, tan hospitalaria que varias veces mi padre tuvo que usar su autoridad para evitar que yo diera mi cama a los pobres sin hogar; que asistía a los servicios con regularidad y me acercaba a los sacramentos con frecuencia con la disposición de una buena cristiana; mis ocupaciones, se decía, eran las mismas que las de otros niños de la ciudad: el trabajo de cosechar con los campesinos y los de la casa con mi hermana y mi madre.

En cuanto a mis diversiones, eran tan inocentes como mis quehaceres. De vez en cuando hacía peregrinaciones y encendía velas frente a las imágenes de Nuestra Señora y los santos. En verano, entrelazaba guirnaldas de flores con mis compañeros para decorar las capillas campestres. A menudo iba con mis colegas, cantando bajo el árbol de hadas; que era una gran haya⁹³, de notable belleza, que estaba cerca de una fuente; Ya hablé de ella al principio de la historia. Sirvió como lugar de encuentro para toda la ciudad; las niñas y los niños venían a bailar a su alrededor, acompañados de sus padres; allí comíamos comidas campestres, que los trovadores errantes o incluso las damas de la ciudad alegraban con sus narraciones. Los nobles de Domremy no desdeñaban verse envueltos en estas diversiones; Catalina de la Roche, amante de Jean de Boulermont, aparecía a menudo allí con sus hijas. Durante las procesiones, las ramas del árbol venerado, repletas de flores, se convirtieron en un santuario florido en el que fue depositado el Salvador del mundo.

⁹³En el original —docteur consulté! creemos que es —Docteur Consulteur! que significa, en el caso, doctor de la Iglesia (Docteur de l'Eglise), teólogo de gran autoridad y consultor (Consulteur) del Santo Oficio. En los procesos de la Inquisición, el Papa le encargó dar su opinión, su voto, en cuestiones de fe, de disciplina. (N. de E.)

No había nada reprehensible en todo lo hallado, por lo que Cauchon consideró útil falsificar los testimonios de los que habían hecho la investigación y rindió cuentas a la asamblea como quiso. Los asesores decidieron que se escribirían artículos con toda la información tomada sobre mí y las notas que contuviera lo que la opinión pública dijera sobre mí, para que la cuestión de mi inocencia o mi culpa fuera más fácil de resolver. El obispo hizo algunas objeciones a esta decisión, pero al ver que sus compañeros estaban de acuerdo, se resignó a la opinión de la asamblea, queriendo, sin embargo, influir en quienes serían los encargados de redactar los artículos.

Estaba tan seguro del resultado de sus maniobras como de su información, que fue aceptada sin contradicción, a pesar de ser una cruda mezcla de verdad y mentira. El proceso verbal, incluso el de la primera sesión, se había alterado singularmente; sin embargo, los jueces no habían testificado en absoluto, por miedo a los obispos y a los ingleses. Esta deferencia, con la que no contaba, lo animó hasta el punto de que ya no se molestó en observar la forma que tanto le molestaba.

En una tercera audiencia, los asistentes dijeron que el obispo había dado información preparatoria; esto es lo que lo llevó a esta extraordinaria solicitud, como leímos arriba. A un hombre llamado Nicolas Bailly se le había encomendado la tarea de obtener la información. Llevó toda la verdad al obispo, quien la aprovechó como ya hemos visto. Bailly tuvo la oportunidad de hablar con uno de los asesores, quien le informó sobre la investigación que había realizado; La sorpresa de Bailly al escuchar cosas tan contrarias a las que conocía se comprende fácilmente, pronto llegaron a una conclusión. El asistente, indignado, llevó a la audiencia la conversación que tuvo con el Sr. Bailly. Uno puede imaginarse el odio de Cauchon; acusó a Bailly de traidor y mentiroso, alegando que había hecho un informe completamente diferente, y concluyó que la información era falsa y que no había venido a mi región. Los asesores fingieron contentarse con esta respuesta, intuyendo lo peligrosas que eran sus posiciones; por eso decidieron que se tomaría información preparatoria.

El obispo estaba en tremendas dificultades: no quería obtener nueva información ni recopilar los rumores que se difundían sobre mí, ambos favorables para mí. Tenía la intención de usar el testimonio de Bailly para hacerme preguntas importantes, pero para lograr su objetivo, tenía que tener alguna información que pudiera confirmar con orgullo.

Nicolas l'Oyseleur, uno de sus familiares, propuso una solución. Diría que venía de mi región y que entraría en prisión como prisionero de guerra. El obispo, encantado, aceptó y no tardó en ponerlo en práctica.

Hicieron un agujero en el muro de la prisión y lo camuflaron para que se oyera el sonido de la voz. Trajeron a dos sacerdotes, Guillaume Manchon y Guillaume Colics, conocidos como Boys—Guillaume, encargados de escribir lo que escucharon. Les habían explicado a los dos, de antemano, que querían estar seguros de mis mentiras por mi propia boca, y que por eso Nicolas l'Oyseleur debía entrar en prisión, vestido con ropas cortas, haciéndose pasar por "armagnac", nacido en Domremy y prisionero de guerra para hacerme hablar.

Poco antes de su llegada, se me aparecieron Santa Catalina y Santa Margarita:

— Jeanne, dijo Santa Margarita, presta atención a tus palabras, no te fíes de la persona que llegará porque la serpiente esconde su veneno debajo de las flores.

Sentada en la cama, estaba pensando en el significado de esas palabras mientras la puerta se abría lentamente; entró un hombre de mal aspecto y me habló respetuosamente; llegó con el conde de Warwick, quien indicó a los guardias que lo siguieran.

Cuando se cerró la puerta, L'Oyseleur miró atentamente a nuestro alrededor, como para asegurarse de que estábamos solos. ¡Oh, Jeanne! dijo, bendito sea Dios por este inmenso consuelo que me da: ¡el de poder verla! los dos somos de la misma región. ¿Usted? Respondí sorprendida, ¿y cómo te llamas?

— Nicolás l'Oyseleur

— ¿Cómo?

— Nicolás l'Oyseleur

Pensé por un momento y dije:

— No conozco ese apellido.

— Dejé la región hace mucho tiempo, dijo, y no volví hasta después de tu partida.

Dio noticias de mi familia, amigos, negocios de Francia, todo falso.

Logró, sin dificultad, ganarse mi confianza y giró la conversación hacia las visiones; y le dije todo, excepto el secreto del rey y las revelaciones que las voces me prohibieron repetir. Fingió creer y habló durante mucho tiempo de la bondad de Dios.

Sabiendo cuánto amaba a los franceses, había hablado con expresiones del más sincero amor por el país. Cuando se fue, lloré, creyendo que nunca lo volvería a ver, a pesar de su promesa de regresar.

Todo este tiempo, el obispo de Beauvais, el conde de Warwick y los dos notarios habían estado en la habitación contigua, escuchando lo que decía. El obispo ordenó a Manchon y Boys—Guillaume que escribieran lo que habían escuchado, pero ambos se negaron, diciendo que sería ilegal iniciar un caso de esa manera; pero si repetía esas mismas palabras en la corte, las registrarían sin problema. Si el obispo no alcanzó su objetivo, al menos no fracasó del todo, mis palabras precipitadas se convirtieron, en sus manos, en las peligrosas armas que usaría hábilmente contra mí.

No contento con engañarme indignamente, l'Oyseleur quiso leer hasta lo más secreto de mi alma, confesándome. En su tercera visita a mí, me dijo que era sacerdote. No pude ocultar mi sorpresa por lo que me había ocultado mientras yo estaba dispuesta a hablar sobre mis secretos. Dijo que, como prisionero de guerra, tuvo que ocultar su posición por temor a ser juzgado por haber tomado las armas para combatir a los "armañacs".

Siendo incapaz de engañar, pensé que ese era el caso para todas las personas, por lo que era muy fácil engañarme. Encantado con lo que acababa de saber, le rogué que escuchara mi confesión. Lo cual, por supuesto, no rechazó ya que ese era el objetivo de sus esfuerzos. Tan pronto como se fue, repitió todo lo que había oído para el obispo de Beauvais. Afortunadamente, las voces me prohibieron revelar el secreto del rey; de hecho, el juramento que Carlos VII me había hecho jurar fue suficiente para evitar que lo revelara, incluso bajo el secreto de la confesión.

Jean le Maistre, inquisidor adjunto de la diócesis de Rouen, se negó a participar en el procedimiento; Cauchon quería a toda costa que no se quedara fuera, con la esperanza de hacer de su presencia una salvaguardia para el futuro. En una nueva sesión, explicó a sus asesores lo útil que podría ser la presencia de Jean le Maistre y les pidió que lo llamaran. Consintieron, de común acuerdo, y la asamblea se dispersó para reunirse algunas horas más tarde.

El inquisidor adjunto acudió, a pesar de su disgusto, a presentar sus cartas credenciales y pidió ser eximido de participar en el procedimiento, ya que no podía, ya que sus facultades no se extendían hasta el punto de testificar en un caso perteneciente a la diócesis de Beauvais, a pesar de haber sido instruido en Rouen. El obispo terminó la sesión para averiguar qué pensaban los demás de esta dificultad.

En una nueva reunión, Cauchon dijo que las personas que habían sido consultadas le habían asegurado que el inquisidor adjunto podía trabajar con él; pero sería necesario, sin embargo, que él, obispo de Beauvais, escribiera al inquisidor Jacques Graverand para pedirle que viniera a trabajar en el proceso, o al menos que nombrara a alguien en su lugar. Jean le Maistre respondió que consintió en que el obispo instruyera sin él, ya que no podía actuar sin autorización previa, lo que significaba que durante ese tiempo había estado presente en mi juicio como juez asistente. Con la asamblea liberada, el obispo decidió que definitivamente abríamos el proceso el lunes 21 de febrero.

Antes de entrar en la narración de mi caso, creo que debo mencionar los nombres de los oficiales que integraron el tribunal y decir que la mayoría aceptaba, por temor a los ingleses, que los amenazaban, a los más recalcitrantes con ahogarlos o encarcelarlos. . Casi todo el mundo actuó impulsado por el miedo; a menudo era necesario arrastrarlos a sus lugares, como si fueran los acusados; no hubo amenazas que Cauchon no utilizara para convertirlos en instrumentos dóciles; sin embargo, un pequeño grupo tuvo el valor de tomar mi defensa con orgullo.

Aquí están los nombres y sus funciones:

Jueces:

Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, licenciado en Derecho; Jean le Maistre, hermano predicador, licenciado en teología y vice inquisidor;
Comisionado asesor examinador: Jean de Fontaine, licenciado en Derecho Canónico.

*Promotor*⁹⁴ Guillaume d'Estivet, llamado Bénécité,⁹⁵ canon de Beauvais y Bayeux, promotor de la diócesis de Beauvais.

Empleados notables:

Guillaume Manchon y Guillaume Colles, conocidos como Boys—Guillaume; Nicolas Tasquel, notarios públicos y tribunal del arzobispo de Rouen.

Oficial de justicia, portero del tribunal eclesiástico: Jean Massieu.

Asesores o jueces asesores:

Ricardo des Saussaies, graduado de la Facultad de Derecho; Jean Beaupere, doctor en teología, canónigo de París y Besaron; Pasquier des Vallées, doctor en derecho canónico, canónigo de París y Rouen; Geoffroy de Crotoy, licenciado en Derecho Civil y Canónico; Evard Ermangarde, doctor en teología; Jean de Castillon, doctor en teología, arcediano y canónigo de Rouen; Canon Everarol des Vallées; Nicolas l'Oyseleur, maestro de artes, licenciado en teología, canónigo de Rouen y Chartres; Laurent du Busc, egresado de la Facultad de Derecho; Denis de Saberveras, doctor en teología; Gérard Feuillet, doctor en teología; Pierre Castel, Master of Arts y Licenciado en Derecho Civil; Jean Carpentier, doctor en teología; Gilles des Camps se graduó en la Facultad de Derecho; Lambert de la Pierre, hermano predicador, licenciado en teología; Thomas de Courcelles, doctor en teología; Gilles de Duremont, abad de Fécamp, doctor en teología; Guillaume l'Hermite, abad, Licenciado en Derecho; Jean Rosai, vicario; Nicolás de Vanderes, archidiácono de Rouen, licenciado en Derecho Canónico; Jean Bosset, graduado de la Facultad de Derecho; Jean Roy, canónigo de Rouen; Nicolás Laval, licenciado en Derecho Civil; Raoul Roussel, Ph.D. en la Facultad de Derecho y Tesorero de la Iglesia de Rouen; Jean Tavernier, graduado de la Facultad de Derecho; Jean Geroult, abad de los Petits—Prés, prior en Saint—Leu; Guillaume, abad de Salute—Catherine, doctor en teología; Martin l'Advenu, hermano predicador; Raoul Saulvaige, Licenciado en Teología; Nicolás Copequesque, Licenciado en Teología; Guillaume du Lin, licenciado en Derecho Civil; Jacques Guesdon, doctor en teología; Nicolas Midi, doctor en teología; Jean Tiphine, Ph.D. en la Facultad de Medicina; Pierre Moinier, Licenciado en Teología; Nicolas le Gaigneur, Licenciado en Teología; Raoul Augay, egresado de la Facultad de Derecho; Ricardo du Pré, doctor en teología; Guillaume Brelhester; Jean Colombeau, licenciado en Derecho Canónico; Jean de l'Espée, licenciado en Derecho Canónico, capilla del Infante—Rey; Jean Frabry, de la Orden de los Hermanos Ermitaños, Doctor en Teología, fue más tarde obispo de Demetriad; Pierre Miger, Prior de Longueville, Doctor en Teología; Guillaume, abad de Cormeilles; Guillaume Boucher, doctor en teología; Maurice de Quesnay, doctor en teología; Ricardo Gronchet, Licenciado en Teología; Burel de Corneilles, egresado de la Facultad de Derecho; Jean Pigache, Licenciado en Teología; Guillaume des Jardins, doctor de la Facultad de Medicina; Jean Sucrin, Ph.D. en la Facultad de Derecho; Jean Mahomet; Bertrand du Chesne, Ph.D. en la Facultad de Derecho; Ledoux, licenciado en Derecho Civil y Canónico; Pierre Carré, egresado de la Facultad de Derecho; Guillaume Erar, doctor en teología; Guillaume Thouroude Abad de Mortemer, Doctor en Teología; Jean Brullol, graduado de la Facultad de Derecho y canónigo de la Iglesia de Nour; Guillaume Hayton, Licenciado en Teología; Guillaume le Mesle, abad de Saint—Ouen; Nicolas Médices,

⁹⁴Promotor : Este oficial ocupaba las funciones de fiscal. (Nota de la edición francesa)

⁹⁵Bénécité: oración que los católicos rezaban antes de las comidas (N. da E.)

italiano, licenciado en teología; Jean Pichon, licenciado en Derecho, arcediano de Josas y canónigo de París; Jean Tonnelier; Jean Guérin, doctor en teología; Robert Barbier, graduado de la Facultad de Derecho y Canon de la Iglesia de Rouen; Eustache Cauteleur; Guillaume, abad de Compiègne, doctor en derecho; Robert Morel, canónigo de la Iglesia de Rouen, Jean de Quesmin, graduado de la Facultad de Derecho; Jean Maugier, doctor en teología; Jean-Nicolas le Roux, abad de Jumieges, doctor de la Facultad de Derecho; Aubert Morel, licenciado en Derecho Canónico; Pierre Houdent, doctor en teología; Denys Gatinel, licenciada en Derecho Civil y Canónico; Renault, el joven; Guillaume de la Chambre, egresado de la Facultad de Medicina; el abad de Saint-Georges; Nicolas Houpeville; Jean de Wibot, doctor en teología; Jean Bonesque. Doctor en Teología, capilla de la Abadía de Fécamp; Guillaume le Grant; Guillaume de Baudrebois, Licenciado en Teología; Gérard de Fay; Jean le Vautier; Guillaume du Desert, canon de Rouen; Jean Boucher, Ph.D. en la Facultad de Derecho; Laurent le Doux; Jacques de Touraine, doctor en teología, Guillaume le Maistre; Nicolas Maulin; Nicolas de Séville; Jean de Faro.

Órgano consultivo del Santo Oficio:

La Universidad de Paris. El capítulo de los canónigos de la Catedral de Rouen.

Los prelados consultores del Santo Oficio:

Philibert, obispo de Lisieux; Dominique, obispo de Coutances; Jean, obispo de Avranches.

Además de estos, otros tres prelados estuvieron en el pronunciamiento de las sentencias: Henri Beaufort, hermano natural de Enrique IV, rey de Inglaterra; era cardenal de Saint-Euzebe, más conocido con el nombre de cardenal de Winchester o de Inglaterra; Jean de Mally, obispo de Noyon; Luis de Luxemburgo, obispo de Boulogne-sur-Mer.

La capilla real de Saint-Romain, ubicada en el castillo de Rou fue el primer teatro de mis interrogatorios.

El 21 de febrero, alrededor de las 5:00 de la mañana, entró en mi celda Nicolas L'Oyselleur; parecía profundamente conmovido; le pregunté, inquieto, qué había pasado tan mal.

— Jeanne, me dijo, los ingleses me han hecho pasar una dura prueba.

— "¿Que te hicieron?" Pregunté ansiosamente.

— ¡Ah! ¡Maldito el día en que nací!

— ¿Qué paso?

—La muerte, dijo, sería menos desastrosa para mí.

— "¿Puedes explicarte?" Le dije angustiada. Los ingleses quieren que me sienta entre los jueces, querida hermana, y que ese sea el precio de mi libertad. Me amenazaron de muerte si me niego; Vengo a verte por última vez porque estoy decidido a dejarme matar, en lugar de ser parte de este malvado negocio.

Conmovida hasta las lágrimas por sus palabras, dichas con apariencia de sinceridad y franqueza, dije:

— Maestro Nicolás, me demuestra que es un verdadero amigo, pero no puedo aceptar su generoso sacrificio. Siéntese entre mis jueces; hable contra mí, si es necesario, sabré que su corazón desmiente las palabras que dice tu boca.

— ¡No, prefiero morir!

— De verdad, eres irrazonable, quieres privarme del único amigo que tengo cerca de mí; un juez más o menos, ¿Qué me hará eso? de hecho, en lugar de ser tan dañino como crees, puedes serme útil, hablando por mí.

— En ese caso, no pido nada mejor, sin embargo, juro que preferiría morir antes que causarte el más mínimo disgusto.

Luego dijo que sabía más o menos las preguntas que me iban a hacer y las repitió dictando las respuestas que debía dar. Fueron concebidas en tales términos que, sin despertar sospechas, ofrecieran un asunto para la malicia de mis jueces. Cuando pensó que lo había dicho todo, me recordó la intimación hecha en la víspera de comparecer al tribunal y se fue rogándome que siguiera cada punto de su consejo.

A pesar de toda la confianza que tenía en él, no dejé de llamar a las voces para que me ayudaran. No fueron indiferentes a mi solicitud y me dijeron que respondiera con valentía, no lo que L'Oyseleur me había aconsejado, sino lo que Dios me inspiró a hacer.

A las 8 de la mañana, el obispo de Beauvais, el fiscal, los notarios Manchon y Boys—Guillaume, el portero del Tribunal Eclesiástico y cuarenta jueces asistentes, se dirigieron a la capilla real del castillo. El obispo hizo que se leyeran las cartas reales y las del capítulo de Rouen. Entonces el fiscal de Estivet les dijo a los ayudantes que me habían citado para comparecer ante ellos a esa hora, para responder a las preguntas que me iban a hacer; luego leyó las cartas de citación del obispo en relación al significado de las mismas.

“Pierre, por la divina misericordia, obispo de Beauvais, teniendo como área la ciudad y la diócesis de Rouen, según el venerable capítulo de la Iglesia de Rouen, en ausencia de la sede arquiepiscopal, nos prestó para deducir y finalizar el asunto aquí descrito, para el decano de la cristiandad de Rouen (Jean Massieu), así como para todos los sacerdotes constituidos en la ciudad de Rouen, a quienes enviará las presentes cartas, cuyo contenido sigue, saluda a nuestro Señor Jesucristo como el autor y consumidor de la fe. Como cierta mujer, comúnmente llamada la Doncella, encarcelada en nuestra diócesis de Beauvais, por el muy cristiano y sereno príncipe nuestro señor y el rey de Francia e Inglaterra, como vehementemente sospechosa de herejía, que deberíamos entablar un caso contra ella en la cuestión de la fe, fue vendida y enviada a nosotros, conducida y entregada; y nosotros, vista la fama de sus actos y hechos, en daño a nuestra fe, no solo al reino de Francia, sino aún más a toda la cristiandad, famosa por su difusión, después de haber sido diligentemente instruidos por la información y ayuda de los consejos de las personas habilitadas; queriendo proceder con madurez en este asunto, ordenamos que la llamada Juana sea convocada, citada y escuchada sobre los artículos que pesan en su contra y los interrogatorios que se le hagan sobre su fe.

Por este motivo, le pedimos a usted y a cada uno en particular, que uno no espere al otro, para citar en términos perentorios ante nosotros, en la capilla real del castillo de Rouen, el miércoles, día veintiuno de este febrero, por la mañana, la llamada Jeanne, de la que sospechamos vehementemente de herejía, para que ella sea obligada a responder la verdad sobre esos artículos, y otros puntos sobre los que la tenemos bajo sospecha, y para ser hecho por nosotros, lo que será sea justo y conforme a la razón, con intimación la excomulgaremos si no se presenta ante nosotros ese día.

Le pedimos que informe fielmente por escrito lo que hará usted y en su presencia con motivo de la ejecución de nuestras órdenes. Hecho en Rouen, bajo nuestro sello, el año del Señor 1930, el martes veinte de febrero. Así firmado: G. Boys—Guillaume. G. Manchon”.

Aquí está el relato de la ejecución de esta orden dirigida a Jean Massieu, obispo de Beauvais: “Al Reverendo Padre y Señor en Jesucristo, Mestre Pierre, por la misericordia divina, obispo de Beauvais, que tiene territorio en nombre del venerable capítulo de la iglesia de Rouen, el asiento disponible para usted en préstamo para deducir y terminar el asunto aquí descrito, su humilde Jean Massieu, sacerdote decano del cristianismo de Rouen : pronta obediencia a tus órdenes, con toda reverencia y honor.

Que vuestra reverenda paternidad sepa que, en virtud de la orden que me ha presentado, a la que se adjunta esta narración mía, ya he citado perentoriamente ante usted, en la capilla real del castillo de Rouen, el miércoles veintiuno. del presente, en el mes de febrero, a las ocho de la mañana, cierta mujer comúnmente llamada la Doncella, detenida personalmente por mí dentro de los confines del castillo de Rouen antes mencionado, que es vehementemente sospechosa de herejía, de modo que ella responderá la verdad, etc., con la citación contenida en sus cartas referidas.

La Jeanne en cuestión me dijo que se presentaría voluntariamente y respondería la verdad sobre todas las preguntas que se le hicieran, pero que pidió que, en este caso, tendrías la amabilidad de convocar a los eclesiásticos de Francia de la misma manera, como a los de Inglaterra y además de eso; ruega a su Reverenda Paternidad que le permita mañana, antes de que yo comparezca ante su Reverenda Paternidad, pueda asistir a misa y yo le declarase eso a usted, lo que acabo de hacer. Luego de lo dicho arriba por mí, comunico vuestra reverenda paternidad, a través de este, mi sello y mi firma manuscrita, sellada y firmada. Entregado en el año del Señor, 1430 el martes anterior al miércoles mencionado. Así firmada, Jean”

Después de leer estos hechos, el fiscal inmediatamente me pidió que ingresara al tribunal, como se me había pedido, para responder algunas preguntas sobre la fe. Después de la respuesta afirmativa del obispo, Jean Massieu salió y vino a buscarme; yo estaba lista desde hacía algún tiempo.

Al verme, Cauchon expuso la asamblea que le había pedido en varias ocasiones para asistir a la Santa Misa, pero que pensaba que no podía concederme ese favor, dados los crímenes de los que se me acusaba y también la deformidad de la ropa que persistía en llevar. , a pesar de las amistosas exhortaciones que se me hicieron varias veces. Iba a atender mi solicitud de jueces del partido francés cuando entre con Massieu. Temía verse obligado a aceptar esta justa solicitud, por lo que abandonó el asunto. Volvió a empezar con un gran discurso, en el que recapituló todo lo ocurrido desde mi arresto. Me habló con una dulzura afectada que, sin embargo, no me engañó; Comenzó pidiéndome que jurara, por el Evangelio, que diría la verdad sobre todo lo que me pediste.

— No sé qué me vas a preguntar; tal vez me haga preguntas que no podré contestar.
— Juras decir la verdad sobre lo que se te pedirá, en cuanto a la fe. ¿Dirás lo que sabes?
No le dejé tiempo para hablar más.

—“Sobre mi padre, mi madre y lo que he hecho en Francia desde mi llegada, lo juro con mucho gusto. En cuanto a mis revelaciones y ciertos hechos, nunca los dije y nunca los diré, solo si fuese a mi rey, incluso si me cortaran la cabeza. Mi consejo, es decir, mis voces me prohibieron revelarlos, sin embargo, en 8 días podré pedir permiso para hacerlo.

Me hizo varias preguntas, todas iguales de fondo, pero que modificó de forma para intentar engañarme. Yo repetía, las mismas respuestas con tanta firmeza que luego cambió la pregunta.

— ¿No quieres al menos jurar decir la verdad sobre asuntos relacionados con nuestra fe que conoces?

Consentí sin imaginar que pudiera ser una trampa, me arrodillé y puse ambas manos sobre un misal, diciendo:

— Juro decir toda la verdad sobre lo que se me pide sobre nuestra Santa Fe; sin embargo, me abstengo de contestar cualquier cosa relacionada con las revelaciones por las cuales prometí silencio.

El obispo vio que no podía sacar nada de mí y dejó el tema del juramento en este punto, pero tuvo cuidado de poner en el proceso verbal que yo no había mencionado la condición que había querido poner al principio, es decir, no revelar nada de lo que aprendí a través de las voces.

Cauchon continuó interrogándome:

— ¿Cuál es tu nombre, apellido y apellido? Me llamaron Jeannette, en mi región, y Jeanne desde que entré en Francia; sobre mis apodos no sé lo que dices.

— ¿No sería el de la doncella?

— Sí.

— Pasas por una virgen, en el espíritu de los Armagnacs; ¿lo eres realmente?

— Sí.

— Para poder creer, necesitamos otro testimonio.

— ¿Realmente no lo cree? ¡Pues bien! envíe algunas damas para confirmarlo. Pero que sean responsables y honestas; eso es todo lo que pido.

El obispo deliberó con sus colegas si deberían aceptar mi propuesta. La afirmativa fue unánime; decidieron, sin embargo, preguntar primero al duque de Bedford; el obispo consideró mejor consultarle, dada la importancia de mi virginidad. He dicho el motivo varias veces, no es necesario repetirlo.

— ¿Donde naciste?

— En la localidad de Domremy, en Greux, donde se encuentra la iglesia principal.

— ¿Cuáles son los nombres de tus padres?

— Mi padre se llama Jacques d'Arc y mi madre Isabela.

- ¿Qué hacen?
- Mi padre es agricultor, cultiva sus campos con mis hermanos y mi madre hace los deberes de una buena madre de familia. En cuanto a su reputación, ve a Domremy; todos dirán que ni Dios ni el rey tienen mejores servidores.
- ¿Cómo se ocupan de los deberes religiosos?
- Como todos los buenos cristianos están llamados a hacer.
- ¿Usan mandrágoras? ⁹⁶
- No, eso es cosa del diablo.
- ¿Cómo te criaron?
- En el temor de Dios y el amor al prójimo.
- ¿Te hicieron alguna recomendación en particular?
- Si uno.
- ¿Cuál fue?

- Que fuera buena, dulce y humilde; que haga el bien, que evita el mal, que respete a los mayores, que ame a mis amigos, que siempre ayude a todos; que proteja a los niños y a los enfermos que, finalmente, amara a mi prójimo como a mí misma, según la máxima de nuestro Señor Jesucristo.
- ¿Los obedeciste y seguiste sus consejos?
- Sí, tanto como pude.
- ¿Dónde fuiste bautizada? En la iglesia de Domremy, que está cerca de nuestra casa.
- ¿Quiénes eran tus padrinos?
- 'Una de mis madrinas se llamaba Agnes, la otra Jeanne y la otra Sybille, uno de mis padrinos fue Jean Lingue, el otro Jean Barrey. Escuché a mi madre decir que yo tenía varios padrinos y madrinas.⁹⁷

- ¿Qué sacerdote te bautizó?
- Creo que fue Jean Minet.
- ¿Todavía vive?
- No sé.
- ¿Está muerto?
- Dije que no lo sé.
- ¿Vivía cuando te arrestaron?
- Creo que sí, pero déjame en paz, eso no tiene nada que ver con de tu proceso.
- ¿Cuál es tu edad?
- Creo que tengo diecinueve años.

⁹⁶Mandragora: planta del género de las solanáceas, con hojas grandes, que tienen sabor y olor. desagradable, muy utilizado en hechicería en la antigüedad y la Edad Media. (N. de E.)

⁹⁷Por miedo a comprometerlos, no hablé de Jean Morei, Béatrix-Felicité, esposa de Estellin le Clerc, Jeannette, esposa de Tiestelin du Veau, y Jeannette de Roye, esposa de Etienne Thevelin. (Nota de Edición francesa)

- ¿Qué sabes de tu religión?
- Mi madre me enseñó el Padre Nuestro y el Credo; fue de ella que recibí todo lo que sé sobre la fe.
- Ya que conoces el Padrenuestro, debes recitarlo ante nosotros
- Escúchame en confesión y lo recitaré.
- ¿Entonces te niegas a recitarlo?
- No, pero escúchalo en confesión.
- ¿Te niegas a recitar el Padre Nuestro?
- Sí, si no aceptas mi solicitud.

Si Cauchon aceptaba, ya no podría ser mi juez; Lo sabía, pero pensaba que si le contaba, como mi confesor, las revelaciones que me habían hecho, él estaría convencido de mi inocencia y podría juzgarme sin que mis revelaciones corrieran peligro. Capturó mis intenciones y cambió el tema de las preguntas:

- Si trajera a algunos notarios de habla francesa, ¿rezaría el Padre Nuestro?
- Sí, por si me escuchan en confesión.

Él me dijo:

- Te prohíbo salir, sin mi permiso, de las cárceles del Castillo de Rouen, bajo pena de ser declarado culpable del crimen de herejía.

Respondí con confianza:

- No acepto esta prohibición y si escapo, nadie podrá acusarme de haber violado mi palabra porque no prometí nada.

Como me había quejado de estar encadenada en la cárcel, dijo:

- Hace un tiempo, y varias veces, trataste de escapar de la cárcel; por eso estás encadenada con cadenas de hierro, para estar bien custodiada.

- Es cierto que quería y quiero escapar, eso es lícito para todo preso.

Se acercaba el momento del final de la sesión; el obispo llamó a Jean Gris, escudero de la guarnición del infante rey, a Jean Werwik y a Guillaume Talbot, y les confió mi guardia, pidiéndoles que me vigilaran, prohibiendo que cualquiera me hablara sin permiso, lo que juraron sobre los Evangelios.

Luego se volvió hacia mí y dijo:

Jeanne, te convoco a comparecer mañana jueves en la Cámara de los Preparativos, en este mismo castillo.

CAPÍTULO VI

Los asistentes siempre se atrevieron a interrumpir al obispo para hacerme preguntas sobre asuntos distintos a los del orden del día. Como estaban hablando al mismo tiempo, no sabía a quién responder. En vano les pedí que hablaran uno por uno; en vano les pedí que se compadecieran de mí; no se entendieron, lo que aminoró los interrogatorios mismos, que es lo único que quiero informar; las repeticiones y las preguntas superfluas consumieron mucho tiempo.

En esa primera sesión me interrogaron sobre las apariciones, lo cual no fue hecho por el obispo, sino por los médicos. Como todos hablaban al mismo tiempo y cada uno hacía una pregunta diferente, no respondí ninguna, les dejé discutir la importancia de cada pregunta y decidir cuál debería responder primero; cada uno eligió la suya. El obispo, que no tenía intención de interrogarme ese día sobre este tema, pidió silencio y sólo con gran dificultad logró poner fin al tumulto.

Tan pronto como liberó a la asamblea, fue a hablar con los consejeros del Infante Rey. Les presentó, en presencia del duque de Bedford, la solicitud que yo había hecho para ser examinada. Tras la decisión de llevarlo a cabo, Cauchon señaló que el resultado debería ser un secreto si fuera bueno para mí. La duquesa de Bedford estaba encargada de nombrar a las parteras que me examinarían, recibirían su informe y se ocuparían de todo.

Se eligieron tres examinadores: Anne y Jeanne Bavon, seguidos de Clarisse Jacquemine. Lo que voy a informar todavía no dará una idea amplia sobre las costumbres de la época. Mientras las — parteras— me examinaban, el duque de Bedford se escondía en la habitación contigua y miraba todo, posando sobre mí, quien estaba destinada a ser torturada, sus ojos curiosos a través del agujero que el obispo había hecho en la pared en el momento en el que quería obtener una declaración mía a través de Oyseleur. Afortunadamente, este infame ultraje se me ocultó; eso me hubiera causado mucho sufrimiento. Cuando la duquesa de Bedford se enteró de este hecho, tuvo un ataque de rabia indescriptible, hizo una escena violenta con su marido, acusándolo sin consideración, por su infame curiosidad.

Aquí está el informe de las parteras:

— La muy alta, muy poderosa e ilustre Dama, Duquesa de Bedford, Anne Bavon, Jeanne Bavon y Clarisse Jacquemine, sus muy humildes sirvientes, exponen lo siguiente: por orden de la muy alta, muy poderosa e ilustre dama nombrados arriba, los sirvientes antes mencionados fueron a visitar a cierta mujer llamada Jean conocida como la Doncella, para ver si era digna de tal título; a la que han inspeccionado cuidadosamente, con su consentimiento, todo lo que es secreto en una mujer, tal como se usa en tales circunstancias; a consecuencia de lo cual, después de un juicioso examen, en presencia de Dios, de su bendita madre, la Santísima Virgen María, y de todos los santos y santas del paraíso, las ya mencionadas Anne Bavon, Jeanne Bavon y Clarisse Jacquemine, declaran que la así llamada Jeanne, conocida como la Doncella, es virgen y entera, pura de toda inmundicia y corrupción.

Estas damas antes mencionadas se someten a perder sus almas y convertirse en víctimas del enemigo (Satanás), si el presente informe no se ajusta a la verdad más estricta.

Dirigieron esta declaración a la duquesa, quien la envió al obispo de Beauvais.

Después de enterarse del informe, viendo que iba en contra de sus objetivos, lo rompió en pedazos y amenazó a las parteras con el peso de su odio si se lo revelaban a alguien. Esto no impidió que Anne Bavon comentara con algunas personas, incluido el notario Boys—Guillaume.

Varias razones dieron lugar al traslado del tribunal a la sala de preparación; El acceso a la Capilla Real era fácil, y el obispo temía que extraños, incluso jueces asistentes no convocados, se colaran y supieran cosas que Cauchon estaba tan ansioso por ocultar. Aunque estaba seguro de la discreción y complicidad de los asesores, solo los llamaba de acuerdo con las preguntas que se suponía que debía hacerme. Como no estaba obligado a reunirlos al mismo tiempo, tenía la facilidad de convocar a estas criaturas, cuando lo que yo tenía era la necesidad de jueces imparciales.

Guillaume Manchon y Boys—Guillaume, a pesar de las peticiones y amenazas del obispo, habían grabado mis respuestas, tratando de acercarme lo más posible a la verdad; sin embargo, se introdujeron muchos errores y fallas en el acta, algunos tan graves que tuvieron que cortar ciertos pasajes donde estaban. Estos fracasos vinieron tanto de las repeticiones del obispo, alterando la verdad, como del tumulto de la asamblea de la que se quejaron de todo corazón y que les impidió registrar muchas de mis respuestas que ni siquiera escucharon.

Cauchon, irritado por su obstinación en seguir la justicia, decidió reunir algunos secretarios con los que podía contar para corregir sus informes contra los de ellos y así poder acusarlos de error. L'Oyseleur se encargó de dictarles las respuestas que falsificaría con su habilidad habitual. Sin embargo, era necesario que yo no notara nada para que pudiera seguir desempeñando su papel en mi prisión. Cauchon recurrió a un expediente que resolvió la dificultad: colocó a los secretarios y l'Oyseleur en un tramo de ventana y extendió entre ellos y la asamblea una larga cortina de sarga, está a pocos metros del palacio de justicia donde estaba el obispo y junto a ellos Manchon, Boys—Guillaume y Jean Monnet, secretario del juez adjunto Jean Beaupere.

Justo antes de las 8 en punto, L'Oyseleur viene a verme:

— Jeanne, nuestro Reverendo Padre, el Obispo, te va a interrogar sobre las apariciones, ¿qué dirás? Los santos me dijeron que hablara sin miedo.

Al escucharme hablar así, negó con la cabeza y me dijo cuánto sufriría si seguía ese consejo.

— Entonces, ¿qué quieres que haga? Pregunté un poco impaciente.

— ¿Hablarás también de las apariciones?

— ¡Yo, negarlas?! Incluso si tuviera que morir, no las negaría.

— ¿Pero estás seguro de haber visto lo que dices? Esta pregunta es muy desagradable.

— ¿Crees que estoy loca? Pregunté.

— No dije eso para contrariarte, pero tienes una gran imaginación, una cabeza exaltada...

Como se dio cuenta de que lo miraba de reojo, pensó que era prudente cambiar de tema. Como el día anterior, me había hecho una serie de preguntas, dándole a cada una la respuesta que se suponía que debía dar. Cuando terminó le dije:

— ¿Crees que voy a decir eso?

— ¿Por qué no?

— ¿De verdad crees que voy a decir algo que no es verdad? Además, agradezco tus buenas intenciones; Pero no te enojés, seguiré mejores consejos que los tuyos.

Como sonaron las 8 en punto, dijo:

— Te dejo, cuídate, volveré mañana.

Se fue cuando llegó Jean Massieu para llevarme a la corte. Tan pronto como entré, el obispo me ordenó que hiciera un juramento para decir la verdad sobre todo.

— Ya presté juramento ayer; eso debería bastar.

— Te pido que lo hagas; nadie, ni siquiera un príncipe, puede negarse a prestar el juramento requerido en materia de fe.

Tuve que ceder y pronuncié mi juramento en los mismos términos que el día anterior. Jean Beaupere, a quien el obispo había encargado que me interrogara en su lugar, me instó a que respondiera a las preguntas que me haría como había jurado. Sin embargo, prometí renovar la restricción impuesta, y agregué que si realmente se informaron a mi respecto, deberían desear que yo estuviera lejos de sus manos, ya que solo actué de acuerdo con las revelaciones. Comenzó a interrogarme en estos términos:

— ¿Qué edad tenías cuando saliste de la casa de tus padres?

— No sabría cómo decirlo.

— ¿Aprendiste algún trabajo en tu juventud?

— Sí, bordando e hilando cáñamo, creo que no hay mujer en Rouen que borde e hile como yo.

— Antes de salir de la casa de tus padres, por orden de las voces, ¿nunca habías salido de Domremy?

— Fui a Neuchâtel, en la región de Lorena ⁹⁸ [***], acompañada de mis padres y habitantes de la ciudad temerosos de los bourguignons.

— ¿Durante cuantos días?

— Cinco.

— ¿Dónde te quedaste esos días?

En casa de una buena y valiente dama llamada La Rousse.

— ¿Cuáles fueron tus ocupaciones durante esta estancia?

Ayudé a la buena dama a limpiar la casa y sacar los caballos a buscar agua.

— ¿Cuáles eran tus ocupaciones en la casa de sus padres?

— Durante mi niñez cuidé cabras y otros animales; sin embargo, a partir de los 14 o 15 años ya no los llevaba a pastar, estaba ocupada cuidando la casa.

⁹⁸ [***] Lorena: región ubicada en el noreste de Francia. (N. de E.)

En ese momento me interrumpieron para hacer muchas preguntas que no respondí. Cuando se restableció el silencio, Jean Beaupere me dijo:

— ¿A quién confesaste tus pecados?

— A mi cura o cuando estaba ocupado, a algún sacerdote con su permiso. Durante mi estadía en Neufchatel, me confesé dos o tres veces religiosos mendicantes.

— ¿Cuándo recibiste el Sacramento de la Eucaristía?

— En la Pascua.

— ¿También lo recibiste en alguna otra ceremonia?

— Páselo, por favor.

Entonces comenzó la confusión. Mientras los médicos me interrogaban todos al mismo tiempo les dije:

— Queridos señores, hablen uno a la vez, por favor.

No prestaron atención. Y a las diversas preguntas que me hicieron, respondí:

— A la edad de 13 años, escuché una voz de Dios que decía que me ayudaría a llevar mi vida.

La primera vez estaba aterrorizada.

— ¿Dónde, cuándo y a qué hora escuchaste esas voces?

— En el jardín de la casa de mi padre, en verano, hacia el mediodía.

— ¿Habías ayunado el día anterior?

— No.

— ¿De qué lado vino la voz?

A la derecha, del lado de la iglesia de Domremy.

— ¿Qué señal viste cuando escuchaste esa voz?

— Una gran luz, casi siempre; cuando vine a Francia ⁹⁹, a menudo oía esa voz.

— ¿Cómo puedes ver la luz si viene de un lado?

— ¿Cómo te las arreglas para ver el brillo de una lámpara si la miras?

— ¿Qué te pareció esa voz?

— Pensé que era una voz digna y creí firmemente que fue enviada por Dios. Después de escucharla tres veces, supe que era de un ángel. De hecho, esta voz siempre me ha aconsejado muy bien y comprendo claramente lo que me anunció.

— ¿Qué enseñanzas te dio ella para la salvación de tu alma?

— Me recomendó que siempre me portara bien y asistiera a la iglesia.

— ¿No te ha dicho nada más?

— Sí.

— ¿Qué?

— Que era necesario que yo viniera a Francia.

— ¿En qué forma aparecieron estas voces?

— Eso no lo sabrás de mí, por ahora no puedo decírtelo.

— ¿Escuchaste esa voz a menudo?

⁹⁹La región que constituía el territorio real en sí se llamaba Francia; el resto fue designado como Reino de Francia. Los residentes eran considerados franceses y llevaban ese título. Por eso es que dije que venía de Francia. (Nota de la edición francesa)

— Ella me decía, dos o tres veces por semana, que tenía que irme y venir a Francia.

— ¿Tu padre había sido notificado de tu partida?

— No, él no sabía nada.

— ¿Por qué?

La voz me instó a alejarme; No podía seguir donde estaba y temía que mi padre se opusiera a mi partida.

— ¿Qué dijo esa voz?

— Que liberaría la ciudad de Orleans y llevaría a mi rey a Reims para que fuera consagrado.

— ¿Qué dijo la voz en lo que se refiere a la ejecución de tu misión?

— Me dijo que fuera a Vaucouleurs, junto con Robert de Baudricourt, capitán en esa ciudad y que me daría soldados para llevarme ante el rey; Le respondí que era una niña pobre que no sabría montar ni dirigir una tropa.

— Sin embargo, ¿obedeciste la voz?

'Sí, apresurada por ella, fui a ver a mi tío y le dije que me gustaría pasar un tiempo en su casa. Me quedé con él durante aproximadamente ocho días; así que le dije que tendría que ir a Vaucouleurs y le pedí que me llevara. Cuando llegué reconocí a Robert de Baudricourt, sin haberlo visto nunca, porque la voz me dijo quién era. Baudricourt preguntó qué quería; Le dije que necesitaba ir a Francia. Me repelió varias veces; pero, en el último intento, me recibió y me concedió los militares; las voces habían predicho que todo sucedería de esa manera.

— ¿No hiciste una peregrinación a Saint—Nicolas, en Lorena?

— Sí, una vez.

— ¿Viste a algún noble allí?

Sí, el duque de Lorena pidió que me condujeran hasta él; fui y le dije que quería ir a Francia. Me hizo preguntas sobre su salud, le respondí que no sabía nada al respecto. Revelé poco sobre mi viaje; sin embargo, le pedí que su hijo y sus soldados me llevaran a Francia. Le dije también que le pediría a Dios por su salud. Había ido a la presencia del duque con un salvoconducto y regresé de inmediato a Vaucouleurs.

— ¿Dejaste a Vaucouleurs vestida de hombre?

Es cierto que salí de esa ciudad vestida de hombre y portando una espada que me había dado Robert de Baudricourt. Estaba acompañada de un caballero, un escudero y cuatro sirvientes. Llegué a Saint—Urbain y pasé la noche en la abadía. Continuando mi viaje, pasé por Auxerre, donde asistí a misa en la iglesia principal. Entonces fui visitada con frecuencia por las voces.

— ¿Con qué consejo tomaste la ropa de hombre?

— No fue el consejo de ningún hombre. Pásalo adelante.

— ¿Por qué te vestiste de esa manera?

— Páselo, por favor.— No puedo ni quiero decirlo.

Los auditores comenzaron a cambiar el interrogatorio; Respondí varias preguntas sin importancia. Leyeron las copias de las cartas que envié desde Orleans a los ingleses. El obispo las había falsificado para extraer un motivo de acusación; Gracias a mi excelente memoria, inmediatamente distinguí las frases que se habían introducido y las modificaciones realizadas.

Me hicieron varias preguntas sobre el viaje de Vaucouleurs a Chinon, pero no tenían importancia. Jean Beaupere me preguntó cómo había reconocido a Carlos VII.

— Las voces me lo señalaron, y cuando entré a la habitación en la que estaba, lo reconocí entre todos los demás. Siguiendo el consejo de las voces, le dije que quería ir a la guerra contra los ingleses.

— Esta vez, cuando las voces te mostraron al rey, ¿había alguna luz en este lugar?

— Pásalo, adelante.

— ¿Viste un ángel en la cabeza del rey?

— Por favor páselo; antes de ponerme en acción, mi rey tuvo muchas revelaciones y buenas señales.

— ¿Qué señales y revelaciones tuvo tu rey? No lo diré; No es conveniente que hable de ello, sin embargo, manda preguntar al rey, te responderá si quiere.

— ¿De dónde pensaba la gente de su partido que procedían estas voces?

— Mi partido creía firmemente que me las había enviado Dios. Ellos vieron y conocieron esa voz; estoy segura. El rey, Carlos de Borbón, y otros dos o tres que estaban allí, escucharon las voces que se acercaban a mí. No hay día en que no las escuche; porque tengo necesidad de ellas.

— ¿No le pediste algo a esa voz en privado?

— Solo pedí la salvación de mi alma.

Me dijo que me quedara en Saint—Denis, Francia; Me hubiera gustado quedarme allí, pero, en contra de mi voluntad, me llevaron a otro lugar. Sin embargo, si no me hubiera lesionado en los fosos de París, adonde fui después de Saint—Denis, nunca me hubiera ido allá. Me curé en 5 días.

— ¿Ha hecho un intento en la capital?

— Sí, hice una escaramuza frente a la ciudad de París.

— ¿Fue un día de fiesta?

— Creo que sí.

— ¿Crees que fue una buena acción?

— Pásalo adelante.

Al final de esta larga sesión, el obispo convocó a la asamblea al día siguiente a la misma hora. Por la noche compararon las minutas. Las que hicieron los dos secretarios, según l'Oyseleur, eran totalmente distintas a las que habían hecho los dos notarios, ellos afirmaban con tanta firmeza la fidelidad de sus actas que el obispo se vio forzado a desistir, a los pocos días, a obtener, de esta manera, una forma de condenarme. Tuvo que recurrir al único medio que le quedaba: prohibirles que anotaran de mis respuestas las que no le gustaban; sin embargo, logró introducir un gran número de fraudes en la redacción de las otras.

El 22 de febrero Cauchon abrió la sesión convocándome a jurar, sin restricciones ni condiciones, a decir la verdad sobre todo lo que se cuestionara. Persistí en mi negativa y pedí permiso para hablar; lo que me fue concedido.

—Ud. puede preguntarme ciertas cosas que no responderé, (viendo que estaban a punto de interrumpirme, continué apresuradamente) es posible que, sobre algunas cosas, no pueda decirles la verdad, especialmente en lo que respecta a las revelaciones; me obligarías a perjurar, diciendo cosas que juré no decir, y eso no puedes desearlo.

Para ti, seguí dirigiéndome al obispo de Beauvais, que dices llamarte mi juez, reflexiona detenidamente sobre esto, porque lo digo en verdad, eres mi enemigo personal y sufrirás si me juzgas según tus sentimientos.

— El rey me ha ordenado que haga tu proceso y lo haré, dijo el obispo.

Él quiso todavía exigirme el juramento.

— Ya he jurado dos veces frente al tribunal, me parece más que suficiente.

— ¿Simplemente quieres jurar?

— ¡Detente! Ya he jurado dos veces; ningún clérigo de París o de Rouen podría condenarme. Además, voluntariamente diré la verdad sobre mi vida, pero no todo, el período de ocho días no sería suficiente.

— Tendrás el consejo de los asistentes sobre si debes jurar o no.

— Contaré la verdad sobre mi vida, nada más; es inútil seguir insistiendo.

— Te convertirás en sospechosa si continúas negándote a jurar decir la verdad.

Di la misma respuesta.

— ¡Jura! ¡Simplemente!

— Con mucho gusto les diré lo que sé, pero no todo; de hecho, vengo de Dios y no tengo nada que hacer aquí; déjame al juicio del que me envió, solo a él debo cuenta de mi conducta.

— Te convoco y te aconsejo que jures, de lo contrario serás declarada culpable de todo lo que se le acusa.

Pásalo adelante.

Este debate se prolongó durante mucho tiempo; al final hubo que ceder, sin embargo, me reservé el derecho de hablar o callar, como quisiera.

Jean Beaupere inició inmediatamente el interrogatorio.

— ¿A qué hora bebiste y comiste por última vez?

— No he comido ni bebido nada desde ayer al mediodía.

— ¿Desde qué hora escuchas la voz que te llega?

— Lo escuché ayer y hoy.

— ¿A qué hora lo escuchaste ayer?

- Tres veces: una por la mañana, una durante las vísperas ¹⁰⁰ y la última cuando tocaba el Ángelus ¹⁰¹, por la noche; Las escucho mucho más a menudo de lo que voy a decir.
- ¿Qué estabas haciendo ayer por la mañana cuando te llegó la voz?
- Dormía, ella me despertó.
- ¿Tocando tu brazo?
- No, ella me despertó sin tocarme.
- ¿Estaba la voz en tu habitación?
- Sí.

— ¿Le diste las gracias y te arrodillaste?

Agradecí poniéndome de pie y uniendo mis manos.

— ¿Por qué vino ella?

— Porque le pedí ayuda.

— ¿Qué te dijo la voz?

— Que yo respondiera sin miedo.

— ¿Qué te dijo cuando te despertó?

— Me llamó por mi nombre; luego le rogué su consejo sobre qué responder, pidiéndole que le preguntara a Dios, y la voz me dijo que respondiera con valentía que Dios me ayudaría.

— ¿La voz dijo algunas palabras antes de tu pedido?

— Ella me dijo algo, pero no entendí todo.

Te digo — seguí dirigiéndome al obispo — te digo, a instancias de las voces: ¡presta atención a lo que haces! Te llamas a ti mismo mi juez; ¡ten cuidado! ¡Porque, en realidad, soy enviada por Dios, y tú te pones en gran peligro!

Estas palabras tuvieron tal efecto en el prelado que dejó escapar un gesto de terror, pero, recobrando el control sobre sí mismo, ahogó el grito de su conciencia e hizo una seña a Jean Beupere para que continuara.

— ¿Esa voz no varía sus consejos?

— Nunca vi la menor contradicción en sus palabras; Esa misma noche la escuché decirme que hablara sin miedo.

— ¿La voz te prohibió responder a lo que te preguntaran?

¹⁰⁰**Vísperas:** este es el nombre en la liturgia católica de la hora canónica, aproximadamente a las 18 hs. Las horas canónicas eran:

Maitines: antes del amanecer.

Laudes: al amanecer

Prima: primera hora después del amanecer, sobre las 6:00 de la mañana

Tercia: tercera hora después de amanecer, sobre las 9:00

Sexta: mediodía, a las 12:00 después del Ángelus en tiempo ordinario o el **Regina Coeli** en pascua. ^{nota 1}

Nona: sobre las 15:00, Hora de la Misericordia.

Vísperas: tras la puesta del sol, habitualmente sobre las 18

Completas: antes del descanso nocturno, las 21:00. (N. de E.D)

¹⁰¹Ángelus: primera palabra de la oración que se hace al amanecer, al mediodía y al atardecer en honor la Virgen María. Repique de campanas que indica el momento de la oración. (N. de E.)

— No responderé sobre eso; en lo que respecta al Rey, tengo revelaciones que no puedo hacer.
— ¿La voz lo prohibió? No lo puedo decir, dame 15 días y puedo obtener una respuesta según sus consejos. Sin embargo, si la voz me lo hubiera prohibido, ¿qué concluirías?
— ¿Esto está prohibido para ti?
— No responderé hoy; No sé si debería hacerlo.
— ¿Crees que estas voces provienen de Dios?
— Sí, mi certeza de esto es tan firme como mi fe cristiana, y no dudo de la voluntad de Dios, que nos libró de los dolores del infierno.
— Esta voz, que dices que aparece, ¿es la de un ángel, o es una voz directamente de Dios, de un santo o de una santa?

— Esta voz viene a instancias de Dios; No digo todo claramente porque tengo más miedo de caer en una mala conducta grave, al revelar algo que no le agrada a esa voz, que a responderte. En cuanto a lo que preguntaste, dame tiempo para responder, si es posible.
— ¿Crees que desagrada a Dios al decir la verdad?
— Las voces me dijeron que le hablara ciertas cosas al rey y no a ti. Esta noche me hicieron varias revelaciones sobre él, me gustaría que él las conociera, aunque yo tuviera que beber agua desde hoy hasta Pascua, si él las supiera estaría más feliz esta noche en su cena.

— ¿No podrías decirle a la voz que llevara la noticia al Rey?
— Si le agrada a Dios, podría revelarle todo a mi rey y yo estaría muy feliz con eso.
Esta pregunta camuflaba una trampa de la que pronto me di cuenta.
— ¿Por qué esta voz ya no le habla a tu rey, como lo hacía cuando estabas en su presencia?
— No sé si esta es la voluntad de Dios; si no fuera por la gracia de Dios; No sabría cómo actuar yo misma.
— ¿Su consejo reveló si escaparías de la prisión?
— ¿De verdad crees que te diría eso?
— ¿La voz te aconsejó y advirtió sobre qué responder?
— Si lo hizo, no lo entendí. .
— Durante los últimos dos días, cuando escuchaste la voz, ¿había luz por todas partes?
— Sí.
— Cuando los ve, ¿ve algo más con ellas?
— No te lo diré todo; de hecho, mi juramento no incluye esto; esta voz es buena y digna. Pido que me den por escrito las preguntas que no respondí.
— ¿Esta voz, a la que le pides consejo, tiene rostro, ojos?
— Eso no lo sabrás de mí, no me he olvidado de lo que se les dice a los niños: que a veces se ahorcaba a la gente solo por decir la verdad.
— ¿Sabes si estás bajo la gracia de Dios?
— Páselo, por favor.
— Exigimos que nos respondas si estás bajo la gracia de Dios.
— No es fácil responder a esta pregunta.

Se me repitió la misma pregunta varias veces, di diferentes respuestas que, sin determinar nada, fueron, sin embargo, suficientes. Jean Fabry, indignado por la forma en que me presionaron para que respondiera tal pregunta, no pudo evitar exclamar:

¡Esto es demasiado! Todos los interrogadores dijeron con una sola voz:

— ¡Cállate!

Continuó valientemente:

— Esta es una pregunta muy difícil; la acusada no está obligada a responder.

— Sería mejor que permaneciera en silencio, dijo Cauchon enojado.

Al ver que si continuaba, estaría perdido sin salvarme, Jean Fabry se resignó a permanecer en silencio. En ese momento dejaron de lado la cuestión, que, sin embargo, fue retomada al final de la sesión. Jean Beaupere me dijo:

— Janne, ¿crees que estás en pecado mortal?

— Si estuviera en pecado mortal, creo que la voz no vendría a visitarme de nuevo. Ojalá todos pudieran escucharla a ella tan bien como a mí. Me parece que tenía unos 13 años cuando se me apareció la voz por primera vez.

— ¿Durante tu infancia ibas a jugar o caminar por el campo con otras niñas?

— Fui varias veces, pero no sabía a qué edad.

— Los habitantes de Domremy son — bourguignons—, o tienden a la parte contraria.

— No creo que haya más de un 'bourguignon' en Domremy, me gustaría mucho que él cambiara de bando.

— ¿En el pueblo de Mercey eran 'bourguignons'?

Sí, todos.

— Cuando era pequeña, la voz te decía que odiaras a los— bourguignons

— Desde que entendí que las voces estaban a favor del Rey de Francia, ya no me gustaron los —bourguignons—. Si no hacen lo que deben, tendrán guerra; Lo sé por las voces.

— ¿En tu infancia, tuviste la revelación, a través de las voces, de que los ingleses debían llegar a Francia?

— Los ingleses ya llevaban algún tiempo en Franga cuando las voces empezaron a visitarme.

— ¿Nunca fuiste con los jóvenes a pelear por tu los de tu partido?

— No, si mal no recuerdo; pero vi a algunos de esos jóvenes de Domremy, que habían luchado contra la gente de Mercey, regresar heridos y sangrando.

— ¿Tenías, cuando eras pequeña, la intención de destruir a los bourguignons?

— Deseaba fervientemente que mi rey tuviera su reinado.

— ¿Te hubiera gustado ser un hombre cuando tenías que venir a Francia?

— Desde que Dios me había dado a luz como mujer, estaba feliz, porque lo que Él hace está bien hecho.

— ¿Llevabas a los animales a pastar?

— Ya lo he respondido antes.

— Está bien.

— Cuando crecí y llegué a la edad de la discreción, ya no los guardaba, pero a veces, por culpa de los militares, ayudé a llevarlos al prado y también al castillo que se llama la Isla.

— ¿Qué es el árbol maravilloso que está cerca de tu ciudad?

Esa fue una pregunta muy delicada; lo que sabía lo había aprendido de las damas de mi pueblo que, imbuidas de supersticiones, agregaban lo maravilloso a las cosas más simples;

Solo pude responder de acuerdo con lo que había escuchado de ellas, lo que me puso en gran riesgo. Me recomendé a Dios, desde el fondo de mi corazón, y dije:

Este árbol está cerca de Domremy, al lado de una fuente, algunos lo llaman el árbol de las damas y otros, árbol de las hadas. Escuché que los enfermos con fiebre bebían su agua para recuperar la salud, yo mismo vi a algunas personas ir allí; También escuché que los enfermos, tan pronto como pueden levantarse, van a caminar debajo de ese árbol. Es una haya que también llaman Bela—Maio. Pertenece a un caballero, el Sr. Pierre de Bourlemont. A veces, cuando salía a pasear con mis compañeros, hacía ramos y guirnaldas debajo de este árbol para poner delante de la imagen de Sainte—Marie de Domremy. Escuché, varias veces, de personas mayores, que no eran de mi familia, que las hadas iban a este lugar para hablar. Recuerdo a mi madrina, Jeanne Aubry, diciendo que las había visto allí. No sé si es verdad o no, en cuanto a mí, nunca he visto hadas debajo de ese árbol ni en ningún otro lugar. Vi a chicas colocar ramos de flores en sus ramas, yo mismo lo hice. A veces los dejaban allí, a veces los llevaban a casa. Cuando supe que debía ir a Francia, jugué y me divertí muy poco allí. No he bailado bajo este árbol después de la edad de la discreción. He bailado varias veces antes con otras chicas; pero canté más de lo que bailé. Hay un bosque llamado Chesnu, que se ve desde la casa de mi padre, y que debe estar a media legua de distancia; Nunca escuché que las hadas fueran allí. Cuando vine a ver a mi rey, algunas personas me preguntaron si no había una arboleda llamada Chesnu en mi región, porque ciertas profecías anunciaban que una niña predestinada a hacer cosas maravillosas vendría de cerca de esa arboleda; sin embargo no creía nada de eso.

— ¿Te gustaría tener un atuendo femenino?

Consígueme uno y lo usaré, pero solo a condición de que me sienta bien.

— ¿Sabes si estás bajo la gracia de Dios?

— Pásalo adelante. Eso ya lo he respondido muchas veces.

— No lo hiciste de una manera positiva.

Obligada a responder, dije:

— ¡En el caso de que no lo esté, Dios me ponga en ella! Y si lo soy, que Dios me mantenga en ella. Sería la persona más miserable del mundo si supiera que estoy fuera de la gracia y el amor de Dios; ¡Prefiero morir a tener esa certeza!

Esta respuesta tuvo tal efecto en la asamblea que los médicos se miraron con sorpresa, el obispo de Beauvais pensó que era mejor suspender la sesión, programando una nueva asamblea para el martes 27 de febrero.

Esa noche consultaron a un médico famoso llamado Jean Lohier sobre mi proceso. Francamente dijo que la demanda no era válida y dio las razones que le hacían condenarla. Entre otras porque, contrario a la costumbre de la Inquisición, el proceso se desarrolló en un lugar cerrado, donde los asistentes no podían actuar ni dar su opinión en plena libertad, y además porque no tenían información sobre mí, también me dejaron a mí, menor de edad, sin consejo de ningún tipo, obligándome a atender a tantos sabios e ilustres médicos; finalmente, que este proceso estaba relacionado con el honor de Carlos VII, y que sería urgente convocarlo a él o al menos a algunos de su partido.

Cauchon se opuso con vehemencia a este médico y lo obligó a salir de la ciudad, con miedo a ser ahogado, como lo habían amenazado.

CAPÍTULO VII

En esta nueva asamblea, el obispo empezando de nuevo a exigirme el juramento, surgió entre nosotros un nuevo debate que no repetiré.

Beaupere hizo la primera pregunta:

- ¿Cómo has estado desde el sábado pasado?
 - El señor lo está viendo, estoy lo mejor que puedo.
 - ¿Ayunaste todos los días de la cuaresma?
 - ¿Está esto relacionado con el proceso?
- Ciertamente, esto es importante.
- Bueno, sí, ayuné.
 - Desde el sábado, ¿has vuelto a escuchar la voz?
 - Sí varias veces.
 - ¿La escuchaste el sábado, en esta habitación, mientras te interrogaban?
 - Esto no es parte del proceso.
 - Sigue hablando.
 - Sí, la escuché.
 - ¿Qué dijo ella?
 - No entendí bien, no escuché nada lo suficientemente claro como para repetir, hasta el regreso a mi habitación.
 - ¿Qué dijo ella entonces?
 - Le pregunté qué debía hacer, me dijo que respondiera sin miedo. Con mucho gusto diré lo que Dios me permita revelar, sin embargo, en cuanto a las revelaciones hechas sobre el Rey de Francia, no puedo decir nada sin permiso.
 - ¿Te prohibió la voz decir toda la verdad?
 - Eso es lo que no entendí del todo; le pedí consejo sobre algunas de las preguntas que me hicieron...
 - ¿Y qué te aconsejó?
- Que podría hablar de algunos puntos, pero de otros no debería hablar sin permiso, porque si lo hiciera, no tendría la protección de los santos, sin embargo, cuando tuviera el permiso de Dios, no debería tener miedo de hablar, teniendo su buena garantía.
- ¿Es la voz de un ángel, un santo, un santa o Dios sin intermediario?
 - Esas voces son de Santa Catalina y Santa Margarita. Sus cabezas están coronadas con hermosas coronas, ricas y preciosas; a este respecto tengo el permiso de Dios para revelarlo. Si duda de lo que estoy hablando, manden a preguntar a Poitiers donde me interrogaron.
- ¿Cómo sabes que hay dos santas? ¿Distinguís bien una de la otra?
 - Sé quiénes son y las distingo perfectamente.
 - ¿Cómo?
 - Las reconozco porque dicen sus nombres; me han estado guiando durante mucho tiempo.
 - ¿Ellas se visten con el mismo tejido?
 - No puedo decir nada hoy; no tengo permiso; si no lo cree, mande a preguntar a Poitiers; Repito, hay revelaciones dirigidas al Rey de Francia y no a los que me interrogan.
- ¿Estos santos son de tu edad?
 - No se me permite decir.
 - ¿Hablan al mismo tiempo o uno tras otro?

— No se me permite decir; sin embargo, siempre tuve sus consejos.

¿Cuál de ellas apareció primero?

— No las conocí de inmediato; habría podido decírtelo antes, pero hoy lo olvidé. Esto está escrito en Poitiers en un registro, también tuve la ayuda de San Miguel.

— ¿Cuál de los personajes que se te aparecen vinieron primero?

— San Miguel.

— ¿Ha pasado mucho tiempo desde que escuchaste por primera vez la voz de San Miguel?

— No dije 'la voz de San Miguel', simplemente hablé de una gran ayuda.

— ¿Cuál es la primera voz que escuchaste cuando tenías unos trece años?

— Fue a San Miguel a quien vi ante mis ojos; no estaba solo, estaba acompañado por ángeles del cielo. Solo vine a Francia por orden de Dios.

— Viste a San Miguel y sus ángeles en cuerpos reales.

— Los vi con mis ojos corporales, tal como te veo a ti; cuando se alejaron de mí lloré, desearía que me hubieran llevado con ellos.

— ¿Cómo es el rostro de San Miguel?

— No puedo responder, no tengo permiso.

— ¿Qué te dijo San Miguel la primera vez?

— Hoy no tendrás esa respuesta; Me gustaría que tuvieras una copia del libro de respuestas que se encuentra en Poitiers, espero que sea la voluntad de Dios.

— ¿Te ordenaron las voces que no hablaras sin permiso?

— No puedo responder ahora mismo.

— ¿Qué señal tienes de que las revelaciones vienen de Dios y que Santa Margarita y Santa Catalina son las que hablan?

— He dicho muchas veces que son Santa Catalina y Santa Margarita, lo creas o no, respondí con impaciencia.

— ¿Tienes prohibido hablar?

— No entendí bien si puedo decir algo sobre eso o no.

— ¿Cómo sabes distinguir entre los puntos que puedes responder y los que no?

— Pedí permiso para contestar en algunos puntos y tuve el consentimiento, en otros, no; Prefiero que mi cuerpo sea masacrado por caballos ha haber venido a Francia sin el permiso de Dios.

— ¿Te ordenó Dios que usaras ropa de hombre?

— Usar ropa de hombre no es nada, solo lo hice por el consentimiento de Dios y sus ángeles y no por el consejo de ningún hombre en la tierra.

— ¿Le parece lícita esta orden?

— Todo lo que hice fue por la voluntad de Dios, y si me dijera que me pusiera otro atuendo, lo usaría porque sería su orden.

— ¿Fue por orden de Robert de Baudricourt que te vistieras como un hombre?

— No.

— ¿Crees que estás haciendo lo correcto al vestirse así?

— Todo lo que hice fue por orden de Dios, creo que hice bien al hacerlo; espero una garantía y una buena ayuda.

— En este caso único, que es el tuyo, ¿crees que actuaste correctamente?

— Nunca he hecho nada sin el consentimiento de Dios.

— Cuando viste esa voz, que te llegó, ¿había luz?

— Sí, mucha luz, en todas partes y eso es bastante natural; de lo contrario, todo eso no vendría de las voces.

- ¿Había un ángel en la cabeza de tu rey cuando lo viste por primera vez?
- No sé, si hubo alguno, no los vi.
- ¿Había luz?
- Había más de trescientos caballeros y cincuenta antorchas, sin contar la luz espiritual; Rara vez tengo revelaciones que no vayan acompañadas de una luminosidad.
- ¿Cómo creyó tu rey tus palabras?
- Tenía buena información para creerme a mí y al clero.
- ¿Qué revelación tuvo tu rey?
- No lo sabrás este año.
- ¿Has sido interrogado por el clero?
- Sí, en Poitiers y Chinon durante tres semanas.
- ¿Cómo pudo creerte tu rey?
- Tuvo una señal de mis hechos antes de querer creer.
- ¿Cuál era la opinión de los eclesiásticos de su partido sobre usted?
- Su opinión fue que no vieron nada que no fuera bueno en mis acciones.
- ¿Fuiste a Santa Catalina de Fierbois?

- Sí, fui allí a asistir a tres misas diarias y de ahí salí para ir a Chinon. Envié cartas al rey preguntando si debía entrar a la ciudad donde él estaba y para decir que había viajado ciento cincuenta leguas para estar a su lado y ayudarlo. Parece que también escribí que podría reconocerlo entre otras personas.
- ¿No tenías una espada?
- Sí, uno que tome en Vaucouleurs.
- ¿Mandaste a buscar una espada de Santa Catalina de Fierbois?
- 'Sí, mientras estaba en Tours o Chinon, mandé por la espada que estaba en la iglesia de Santa Catalina de Fierbois, detrás del altar, pronto se encontró toda cubierta de óxido.

- ¿Cómo supiste que la espada estaba allí?
- Ella estaba debajo de la tierra, en una tumba, y oxidada; había cinco cruces en la parte superior. Supe de su existencia a través de las voces. No conocía al hombre que fue a buscarla. Escribí a los eclesiásticos de Fierbois para pedirles que enviaran a alguien a buscarla. Me lo enviaron. No estaba enterrada muy detrás del altar, me parece, pero no recuerdo exactamente si estaba detrás o delante del altar, pero creo que escribí que estaba detrás. En cuanto la encontraron, los eclesiásticos de Fierbois la limpiaron, y si lo que dicen es cierto, la herrumbre cayó incontinentemente y sin esfuerzo. Fue un armero de Tours quien la recogió.
- Los eclesiásticos de Fierbois me dieron una vaina para la espada y los de Tours otra. Hicieron dos, una de terciopelo rojo y la otra de tela dorada, y les pedí que hicieran una tercera de cuero muy resistente.
- ¿Tenías esa espada cuando te arrestaron? —No.
- ¿Siempre estuviste con ella?
- Sí, casi siempre, desde mi partida de Saint-Denis tras el ataque de París.
- ¿Estaba con ella en Patay?
- No.
- ¿Cuál fue la espada que rompiste golpeando a las mujeres de la mala vida?
- La espada de un bourguignon.
- ¿No crees que cometiste un acto reprobable al comportarte con tanta violencia?
- No, ellas eran dignas de ese castigo.
- ¿Crees que actuaste de acuerdo con la voluntad de Dios?
- Sí.
- Sin embargo, esta actitud se opone a los consejos que nos da Nuestro Señor.

— ¿No persiguió a los vendedores del templo con azotes?
— ¿Qué bendición has hecho o has mandado hacer con la espada Santa Catalina de Fierbois?
— Nunca hice bendiciones y no sabría cómo hacerlas yo misma.
— ¿Te gustó esa espada?
— Sí, porque la encontraron en la iglesia de Santa Catalina, a quien le tengo mucho cariño.

— ¿Has estado alguna vez en Coulanges la Vigneuser? ¹⁰²[**]
— No sé.

— ¿Alguna vez has puesto tu espada sobre el altar?
Hasta donde yo sé, no, al menos nunca la he puesto para que sea más afortunada.
— ¿Nunca has rezado para que ella tuviera más suerte?
— ¡Eso es bueno que se diga!— Ojalá todas nuestras armas fueran felices.
— ¿Tenías esa espada cuando te arrestaron?
— Dije que no, que estaba con una que había sido tomada de 'bourguignon'.
— ¿Dónde está esa espada? ¿En qué ciudad?

— Ofrecí una espada a Saint—Denis, junto con otras armas, pero no creo que fuera esa. Tenía esa espada en Lagny desde Lagny yo la usaba, hasta Compiègne. Pero decir dónde dejé la otra no cambia mi proceso. Mis hermanos tienen mis objetos, mis caballos y una de mis espadas, creo; también tienen varios objetos; todo eso junto puede valer unos doce o trece mil escudos.
¹⁰³

— Cuando llegaste a Orleans, ¿tenías un estandarte o una bandera? ¿De qué color?
— «Tenía un estandarte cuyo campo estaba sembrado de flores de lis. Había un mundo diseñado con dos ángeles a cada lado. Era de seda o lino blanco y puro; estas palabras: Jesús, María, me parece, estaban escritas en la parte superior; estaba adornado con una franja de seda.
— Esas palabras: Jesús, María, ¿estaban escritas arriba, abajo o al costado?
— Pienso que a un lado.
— ¿Que preferías? ¿Tu estandarte o tu espada?
— Me gustaba mucho más mi estandarte, cuarenta veces más que mi espada.
— ¿Por qué mandaste pintar ese diseño en tu estandarte?
— He dicho muchas veces que no hice nada que no fuera mandado por Dios.
— ¿Por qué tenías un estandarte?
— Lo llevaba yo misma cuando atacaba a los enemigos para evitar matar a alguien. Nunca maté a nadie.

Jean de Touraine, un fraile menor, me preguntó si había estado alguna vez en los lugares donde masacraban a los ingleses. Respondí:

Sí, como tú.

— Estás equivocada.

— ¡Ve despacio! ¿Por qué no dejaron Francia y se fueron a sus países?

¹⁰² [**] Coulanges-la-Vigneuse: se encuentra en el departamento de Yonne, al noreste de París y pertenece a al Distrito de Auxerre. (N. de E.)

¹⁰³Escudos: (ecus, en original francés), moneda de plata antigua por valor de tres libras, en su valor más alto simple, porque también estaba el escudo de seis libras. (N. de E.)

Un importante señor de Inglaterra, que no era otro que el propio duque de Bedford, no pudo evitar decir en voz baja:

— ¡Realmente es una gran mujer! ... ¡Ah! ¡Si fuera inglesa!

— ¿Qué batalla te dio el rey cuando te puso en acción?

— Me confió entre diez y doce mil hombres. Para acabar con el asedio de Orleans, comencé con la bastilla de Saint—Loup y terminé con el puente.

— ¿Delante de qué bastilla hiciste retirar a tus hombres?

— No me acuerdo.

— ¿Pensaste que podrías levantar el sitio de la ciudad de Orleans?

— Estaba segura, a través de la revelación que se me había hecho, de que levantaría el sitio, y le conté todo al Rey antes de ir allí.

— No les dijiste a tus soldados en el momento del ataque que recibirías flechas, dardos y piedras de los cañones.

— ¡No! Un centenar de hombres resultaron heridos; pero les dije a mis soldados que no temieran nada y que liberarían la ciudad. En el ataque realizado a la bastilla en el puente, fui herida en el cuello con una flecha, pero conté con la ayuda de Santa Catalina y me curé en 15 días. A pesar de esta lesión, no dejé de montar a caballo y actuar con normalidad.

— ¿Sabías que serías herida?

— Sí, lo sabía y se lo había dicho a mi rey, añadiendo que a pesar de ello no dejaría de luchar; todo me había sido revelado por las voces de los dos santos, la bendita Catalina y Margarita. Fui yo quien colocó la primera escalera para el ataque al puente de la bastilla, y cuando estaba subiendo estas escaleras fui, como expliqué, herida en el cuello.

¿Por qué no admitir que llamaste al capitán Jargeau? ¹⁰⁴

— Los líderes de mi grupo respondieron a los ingleses que no tendrían los quince días que habían pedido y que se fueran inmediatamente con sus caballos. En cuanto a mí, les dije a los hombres de Jargeau que se fueran con la vida garantizada, en — robes— ¹⁰⁵ o — grippons— ¹⁰⁶ si querían, o serían atacados.

— ¿Deliberaste esto con tu consejo, es decir, con las voces para saber si tendrían o no la fecha límite?

— No recuerdo esto.

El obispo terminó la sesión, que había sido demasiado larga; Me citaron para el jueves siguiente. Cuando me llevaba de regreso a la cárcel, Jean Massieu fue abordado por un sacerdote inglés llamado Eustache Anquetil, cantante de la capilla del infante rey; le preguntó, sin prestarme atención.

— ¿Qué piensas de sus respuestas? ¿Será quemada? ¿Qué sucederá?

¹⁰⁴Capitán de Jargeau: es el conde de Suffolk (nota de la edición francesa) -Jargeau: ciudad ubicada en el Departamento de Loiret, Distrito de Orleans. (N. de E.)

¹⁰⁵Túnica: prenda larga y ancha que llevaban jueces, abogados, profesores, etc. en el ejercicio de sus funciones. (N. de E.)

¹⁰⁶“Gripon” o “griffon”: era un animal fabuloso, utilizado a veces como pieza heráldica. Tenía cuerpo de león, cabeza y alas de águila y orejas de caballo. Suele desempeñar el papel de guardián mientras se duerme. El “gripon” o “griffon” era el símbolo general del poder divino, en resumen, un guardián, y era cocido en las prendas utilizadas en ese momento. (N. de E., con agradecimiento a la colaboración de Luciano dos Anjos)

— Hasta ahora—, respondió Massieu, todo está de su lado; Jeanne me parece una mujer honesta y digna, pero no sé cómo terminará todo esto; ¡Dios sabe!

Anquetil fue a ver al obispo de Beauvais y también al conde de Warwick para acusar a Jean Massieu de protegerme. Habló tanto que el Conde concibió vivo descontento con Jean Massieu. Este buen sacerdote tuvo dificultades para salir de este peligro; Cauchon lo llamó esa misma noche y lo regañó severamente. Cuando se despidió, le dijo que si volvía a empezar le — haría beber—, es decir que sería ahogado. Guillaume Manchon se esforzó por él y lo disculpó, lo que no hizo que Jean Massieu fuera menos generoso conmigo.

En mi posición, tan devotamente educada como había sido, me resultaba doloroso verme alejada de los lugares santos, como excomulgada. Al ver la amabilidad con la que me trataba Jean Massieu, me atreví a preguntarle un día si, en nuestro camino, no había un santuario o iglesia donde estuviera el cuerpo de Nuestro Señor. Tuvo la amabilidad de llevarme personalmente a la capilla real del castillo, situada en un patio que cruzamos para ir a la corte; me dio permiso para rezar unos minutos, una bondad que le costaría caro. Mis enemigos envidiaron incluso este último consuelo; varios miembros del tribunal, entre otros el fiscal d'Estivet, reprendieron a Massieu; el fiscal amenazó con colocarlo en una torre donde no vería ni el día ni la noche durante un mes; pero el amable sacerdote, lleno de compasión por mi destino, que constantemente trató de suavizar, no se dejó intimidar. Varias veces d'Estivet se acercó a la puerta de la capilla para evitar que me detuviera allí, y luego fue a denunciar a Jean Massieu ante el obispo, que le había prohibido expresamente que me detuviera frente a la capilla. Soporté con resignación y dulzura esta prueba, que sin embargo fue muy dolorosa para mí.

Mi nuevo interrogatorio empezó como los anteriores; el obispo exigió otro juramento que al principio me negué a prestar, pero luego cedí y lo hice en los mismos términos que antes.

Jean Beaupere continuó con sus funciones.

— ¿Qué opinas del monseñor papa? ¿Y cuál crees que es el verdadero Papa?

— ¿Es que existen dos?

— ¿No ha recibido ninguna carta del Conde de Armañac, preguntando a cuál de los tres soberanos pontífices se debe obedecer?

— Este Conde me hizo, sobre este tema, algunas preguntas a las que respondí, entre otras cosas que, cuando estuviera en París o en otro lugar, en reposo, le contestaría; quería cabalgar cuando escribí esta respuesta.

Luego leyeron las cartas del Conde y las mías; en seguida me preguntaron si la copia de mis respuestas coincidía con los originales.

— Creo que he dado esa respuesta en parte, no en su totalidad.

— ¿Dijiste que sabías, por consejo del Rey de reyes, lo que dicho Conde debe creer? ¿No es así?

— ¿Tenías dudas sobre cuál de los tres pontífices debería obedecer el Conde?

— No sabía qué decirle ni a quién debía obedecer cuando el Conde preguntó a quién Dios quería que obedeciera, sin embargo, en cuanto a mí, creo que le debemos obediencia a nuestro Papa que está en Roma. Dije algo más, que no está en estas cartas, al enviado del conde. Sin embargo, si este mensajero no se marchaba inmediatamente, sería arrojado por la borda, no por mí. En cuanto a lo que quería saber, a quién Dios le ordenó obedecer al Conde, le respondí que no lo sabía; pero dijo varias cosas que no estaban escritas. En cuanto a mí, creo en Monseñor, el Papa que está en Roma.

— ¿Por qué escribiste que darías otra respuesta sobre este tema, si creías en la de Roma?

- La respuesta que le di fue sobre otro asunto y no sobre los tres pontífices. Y al respecto reafirmo, bajo juramento, que no he escrito nada ni lo tengo escrito.
- ¿Tenías la costumbre de poner estos nombres en tus cartas: Jesús, María y una cruz?
- Los colocaba en algunas y en otras no.— A veces ponía una cruz, lo que significaba que los de mi partido, a los que escribía, no hacían lo que les pedía.

Luego leyeron las cartas que había enviado al rey de Inglaterra, al duque de Bedford y a otros generales ingleses.

- ¿Reconoces estas letras?
- Sí, con la excepción de tres pasajes: el que dice — encuentro con la Doncella— en lugar de — encuentro con el rey—; en otro se lee — soy un líder militar—; y el tercero donde se colocó — cuerpo a cuerpo—, estas palabras no existían en las cartas que envié.
- ¿Quién te dictó estas cartas?
- Ningún noble de mi partido las dictó, yo misma las hice; sin embargo, es cierto que se las he mostrado a algunas personas de mi grupo.

Me hicieron mil preguntas sobre las predicciones que contenían las cartas, pero no respondí; sin embargo, luego de callar les dije a la asamblea, con la voz solemne que el momento exigía:

- Dentro de siete años, los ingleses habrán abandonado muchas más riquezas de las dejadas en Orleans y perderán toda posesión de Francia; experimentarán la mayor pérdida que jamás hayan tenido en este país, y será a través de una gran victoria que Dios enviará a los franceses.

- ¿Como sabes eso?
- Lo sé por la revelación que se me ha dado; esto sucederá antes de los siete años y me irrita que deba demorar tanto. Lo sé por una revelación; lo sé tanto, como segura estoy de los que veo ahora ante mí.

- ¿Qué día pasará esto?
- No sé el día ni la hora.
- ¿Qué año?

Eso no lo sabrás hoy; Sin embargo, quería que fuera antes de San Juan.

- ¿No dijiste que esto sucedería antes del invierno de San Martín?
- Dije que antes del invierno San Martín veríamos muchas cosas y que quizás serían los ingleses los que se postrarían en el suelo.

- ¿Qué le dijiste a Joao Gris, tu carcelero, sobre la fiesta de San Martín?
- Ya te lo dije.—

- ¿A través de quién te enteraste de este evento futuro?
- Por Santa Catalina y Santa Margarita.
- ¿San Gabriel acompañó a San Miguel cuando vino a visitarte?

- No me acuerdo.
- ¿Has visto a Santa Catalina o a Santa Margarita después del martes pasado?
- Sí, no sé a qué hora.

- ¿En qué día?
- Ayer y hoy; no pasa un día sin que las escuche.
- ¿Las ves siempre con la misma ropa?
- Siempre las veo de la misma forma. Sus cabezas están ricamente coronadas. No hablaré del resto de sus vestidos; No sé nada de sus túnicas.

- ¿Cómo sabes que lo que se te aparece es hombre o mujer?
- Lo sé bien; los reconozco por el sonido de sus voces y también por la revelación que hacen. Todo lo que sé es a través de las revelaciones y por orden de Dios.

- ¿Qué figura ves?
- Veo una cara.

- ¿Los santos que se te aparecen tienen cabello?
- ¡Qué gran importancia!
- ¿Hay espacio entre tus coronas y su cabello?
- No.
- ¿Ese pelo es largo y caído?
- No sé.
- ¿Tienen armas?
- No sé.
- ¿Cómo hablan?
- Hablan muy bien, con un lenguaje hermoso; los entiendo perfectamente.
- ¿Cómo pueden hablar si no tienen miembros?
- Solo Dios podía responder.
- ¿Cómo es la voz?
- Esa voz es hermosa, dulce y humilde.
- ¿Cómo hablan las santas?

- Hablan en francés
- ¿Santa Margarita habla inglés?
- Dije que habla francés; de hecho, ¡cómo podría hablar en inglés si ella no está a favor de los ingleses y, además, está dirigiéndose a una francesa!
- ¿Estas cabezas de las que hablas, que están coronadas, tienen anillos en las orejas o en otra parte?
- No sé.
- ¿Tienes un anillo?
- Tu tienes un anillo mío, devuélvemelo. Los — bourguignons— tienen otro; si lo tienes enséñamelo.
- ¿Quién te dio ese anillo?
- Mi padre o mi madre.
- ¿Qué está escrito en él?
- Me parece que es Jesús, María.

- ¿Quién ordenó que se escribiera esto?
- No sé.
- ¿Tiene una piedra?
- Creo que no.
- ¿Dónde lo recibiste?
- En Domremy.
- Fui al obispo y le dije:
- Mi hermano, me dio el otro anillo; le encargo donarlo a la iglesia.
- ¿Curaste a través de tus anillos?
- Nunca curé a nadie.
- ¿Santa Catalina y Santa Margarita han venido a hablar contigo bajo el árbol de hadas?
- No sé.
- ¿Ellas conversaron contigo al lado de la fuente que está próxima a ese árbol?
- No sé.
- ¿Qué te prometieron en este y otros lugares?
- No me hicieron promesas sin el permiso de Dios.
- ¿Qué promesa hicieron?
- Eso no se trata del proceso en absoluto.
- ¿Qué te prometieron?
- ¿Se trata del proceso?

— Sí, claro.
— Entre otras cosas, me dijeron que mi rey recuperaría su reino, les guste o no a sus oponentes. Prometieron llevarme al paraíso, como les pedí, si era amable y gentil.
— ¿Te hicieron alguna otra promesa?
— Hay otra, pero no diré nada porque no se relaciona con el proceso. — Estás llamada a decirlo.
— En tres días, si me lo permiten, hablaré.
— ¿Te dijeron las voces que estarías libre al cabo de tres meses?
— Esto no concierne al proceso, sin embargo, no sé cuándo seré liberada; aquellos que quieren hacerme dejar este mundo probablemente puedan dejarlo antes que yo.
— ¿Dijo tu consejo que saldrías de la prisión donde te encuentras hoy?
— Dímelo en tres meses y te responderé si puedo. Pregunte a los asistentes, bajo juramento, si esto se refiere al proceso.
Respondieron unánimemente que sí.
— Siempre les dije que ustedes, caballeros, no lo sabrían todo. Es necesario que me liberen. Quisiera permiso para responder, por eso precisamente pido un plazo.

— ¿Te prohibieron las voces decir la verdad?
— ¿Quieres que te cuente cosas referentes al rey de Francia? Sé muchas cosas que no se relacionan con el proceso. Sé que el rey ganará todo el reino de Francia; y conozco tan bien como los veo a ustedes, ante mí, en este tribunal. Ya habría muerto, sin la revelación que me consuela todos los días.
— ¿Qué has hecho con tu mandrágora?

— No tengo una y nunca tuve una. Escuché que había una cerca de mi ciudad; pero nunca la vi. También escuché que era peligrosa y de mal augurio; no sé para qué podría ser.
— ¿Dónde está esa mandrágora?
— Escuché que estaba en el suelo, junto al árbol mencionado anteriormente, pero no conozco el lugar. También escuché que había un —"coril"¹⁰⁷ sobre ella.
— ¿Para qué escuchaste, que serviría esta mandrágora?
— Para atraer dinero; pero no lo creo. Las voces nunca dijeron nada al respecto.
— ¿Bajo qué imagen apareció San Miguel?
— No vi una corona.— No sé nada de tu ropa.
— ¿Estaba desnudo?
— ¿Crees que Dios no tiene forma de vestirle?
— ¿Tiene pelo?
— ¿Por qué le habrían cortado su cabello? No he visto a San Miguel desde que dejé el castillo de Crotoy. No sé si tiene pelo o no.
— ¿Tenía una balanza en la mano?¹⁰⁸
— No lo sé, me siento muy feliz cuando lo veo, y no creo que en esa ocasión esté en pecado mortal.
— ¿Santa Margarita y Santa Catalina te hicieron realizar algunos actos religiosos?
'De vez en cuando me hacen confesar, una a la vez.
— ¿Crees que estás en pecado mortal?

¹⁰⁷“Coril” (en francés original): creemos que es “couri”, diablillo, duende. (N. de E., con agradecimiento a la colaboración de Luciano dos Anjos)

¹⁰⁸Ese era uno de los atributos de ese santo; se creía que pesaba las almas en una balanza. (Nota de la edición francesa)

— No sé si alguna vez he estado en pecado mortal; no creo que haya hecho nada de eso. Quiera Dios que nunca haya hecho nada que comprometa mi alma.
— ¿Qué señales le diste al rey para probar que estabas a instancias de Dios?

— Siempre te he dicho que no sabrías nada de eso por mi boca; ve a preguntarle a él.
— ¿Juraste no revelar lo que te preguntarían concerniente al proceso?
— Ya he dicho que no revelaría lo que concierne a nuestro rey; lo que atañe a él, no lo diré.
— ¿No sabrías tú misma qué señal le diste al rey?
— No lo sabrán de mí.
— Esto se refiere al proceso, estás obligada a responder.
— Ya he dicho que prometí secreto al respecto, no diré nada. Hice tal promesa en lugar y forma, que no podría responder sin caer en pecado.
— ¿A quién le hiciste esta promesa?

A Santa Catalina, Santa Margarita y a alguien más que no mencionaré. Hice la promesa por mi propia voluntad sin que las dos santas me pidieran nada; le juré a una persona que no revelaría este secreto y temía que me lo arrebataran sutilmente.

— Cuando le mostraste esta señal al rey, ¿estaba acompañado?
— No lo creo, a pesar de tener varias personas cerca del lugar.
— ¿Viste una corona en la cabeza del rey cuando le mostraste la señal?
— No puedo decirlo, de lo contrario cometería perjurio.
— ¿Qué corona tenía cuando estaba en Reims?
— Creo que el rey tomó con distinción la que encontró en Reims; pero una corona muy rica, y que le fue traída, llegó después de su partida. Actuó de esta manera para acelerar el evento, por consideración a los habitantes de Reims, para quienes una larga estadía de los militares habría sido demasiado costosa. Si hubiera esperado, habría tenido una corona mil veces más rica.
— ¿Has visto esta corona tan valiosa?
— No puedo decirte nada sin perjurio, si no la he visto, al menos he oído que, por la gracia de Dios, es rica y opulenta.

Dos días después, el sábado, 39 asesores no asistieron a la sesión. Jean le Maistre, inquisidor adjunto, estaba entre ellos y lamentó, como la mayoría de los médicos, ser parte de un proceso del que no ignoraban la iniquidad. La sesión comenzó como de costumbre y, tras prestar mi juramento habitual, Jean Beaupere me preguntó:

— ¿San Miguel tenía alas?
Ya te he dicho lo que sé; no responderé más. Vi tan bien, a San Miguel y a esas santas, que sé que son santos del paraíso.

— ¿Has visto sus caras?
— He dicho lo que pude.— En cuanto a revelarte todo lo que sé, preferiría que me cortaran el cuello; lo que sé sobre el proceso lo diré voluntariamente.

— ¿Crees que San Miguel y San Gabriel tienen rostros naturales?
Los he visto con mis propios ojos y creo tan firmemente que son ellos como creo que Dios existe.

— ¿Crees que Dios los creó de la misma manera que los viste?
— Sí.
— ¿Crees que, desde el principio, Dios los creó así?
— No obtendrás ahora, nada más que lo que ya he respondido.
— ¿Sabes, por revelaciones, si escaparás?
— Eso no se trata del proceso; ¿quieres que vaya contra mi misma?
— ¿Tus voces no dijeron nada?

- Esto no es parte del proceso; me reporto a Dios; si todo tuviera que ver, lo diría todo; no sé ni el día ni la hora en que escaparé.
- ¿Tus voces no dijeron nada? Si realmente; Me dijeron que sería liberada y que valientemente me mostrara serena.
- Cuando apareciste por primera vez ante tu rey, ¿te preguntó si fue por la revelación que te cambiaste de ropa?
- Ya he respondido sobre este tema; sin embargo, no recuerdo si me lo pidieron; por lo demás, todo está registrado en la ciudad de Poitiers.
- ¿Recuerdas si los médicos que te examinaron en la otra obediencia ¹⁰⁹, algunos durante un mes, otros durante tres semanas, te preguntaron por tu cambio de ropa?
- Ya no me acuerdo, sin embargo, me preguntaron de dónde saqué estas, les respondí que había sido en Vaucouleurs.
- ¿Te preguntaron estos médicos si fue de acuerdo con tus voces que decidiste usarlas?
- No me acuerdo.
- ¿Tu reina, cuando la visitaste por primera vez, te preguntó algo sobre esto?
- No me acuerdo.
- ¿Alguna vez tu rey, tu reina u otras personas de tu grupo te han pedido que renuncies a esa prenda varonil?
- Esto no se refiere al proceso.
- ¿No te pidieron que hicieras esto en el Chateau de Beaurevoir?
- Sí, de hecho, y le respondí que no las dejaría sin el permiso de Dios.
- ¿Madame de Beaurevoir y Mademoiselle de Luxembourg no te ofrecieron ropa de mujer?
- Sí, me ofrecieron ropa y me ofrecieron tela para hacerlas, rogándome que me las pusiera, pero les respondí que no tenía el permiso de Dios y que aún no era el momento.
- Monseñor Jean Pressy y otros no te ofrecieron ropa de mujer en Arras.
- Él y otros me han pedido varias veces que no use ropa de hombre.
- ¿Crees que podrías tener la culpa o cometer un pecado mortal si usaras ropa de mujer?
- Lo mejor que puedo hacer es obedecer a Dios, mi señor soberano; si hubiera tenido que renunciar a esta prenda, lo habría hecho gracias a estas dos damas y por ninguna otra dama francesa excepto mi reina.
- Cuando Dios te ordenó que te despojaras de la ropa de tu sexo, ¿fue a través de San Miguel, Santa Catalina o Santa Margarita?
- No diré nada ahora.
- Cuando el rey te puso en acción y te dio un estandarte, ¿los militares también ordenaron hacer otros iguales?
- ¡Que importa!— Los nobles señores conservaron sus armas; algunos de mis compañeros de guerra, según su propia voluntad, lo ordenaron, otros no.
- ¿De qué tela estaban hechos los estándares? ¿De algodón o en lino?
- En satén blanco; algunos tenían la flor de lis. Algunos soldados tenían estandartes como los míos; era para reconocer a los de mi tropa.
- En tiempos de guerra, ¿los renovaste?
- No sé; cuando se rompieron las lanzas, hicimos otras nuevas.
- ¿No dijiste que los estándares iguales a los tuyos eran los más afortunados?
- Dije: entren con valentía entre los ingleses, y yo iría con ellos personalmente.
- ¿No les dijiste que sostuvieran el estandarte sin miedo, que les traería suerte?
- Les dije lo que debía pasar y lo que pasaría.

¹⁰⁹Obediencia: es un término eclesiástico; el nombre dado a ciertas casas religiosas, dependientes de otra principal y de la que están muy alejados. (N. de E.)

- ¿No vertiste agua bendita sobre los estandartes antes de usarlos por primera vez?
- Si lo hicieron, no fue bajo mis órdenes.
- ¿Los viste chorreando agua?
- Eso no es parte del proceso, y si los he visto jugar no diré nada ahora.
- ¿Tus compañeros de guerra no pusieron los nombres de Jesús y María en sus estandartes?
- No se nada.
- ¿No hiciste que llevaran lienzos en procesión alrededor de las iglesias y luego hicieran estandartes?
- No, nunca los vi hacer eso.
- Cuando te paraste frente a Jargeau lo que usabas detrás de tu casco. ¿Había algo redondo allí?
- No había nada.

Me habían golpeado, bajo los muros de esa ciudad, con un terrible golpe en la cabeza, pero sin resultados graves para mí, eso hizo pensar a los ingleses que usé algún amuleto para conjurar los golpes.

- ¿Conoces al hermano Ricardo?
- Lo conocí en Troyes.
- ¿Qué recepción te dio el hermano Ricardo?

Creo que todos en Troyes lo enviaron a verme; me dijo, a su vez, que todos crían que venía por mandato de Dios, y cuando estuvo muy cerca, hizo la señal de la cruz y me arrojó agua bendita. Al ver esto le dije: — acércate sin miedo, no voy a volar.

- ¿Hiciste que alguien pintara tu retrato o has visto tus pinturas?
- Un escocés me mostró una en Arras; en el cuadro tenía mis armas, arrodillada sobre una rodilla y entregando una carta al rey. Nunca vi otro retrato mío y nunca hice pintar uno.
- ¿Qué significaba una cierto cuadro que estaba con tu anfitriona, donde se veía a tres mujeres y esas palabras: justicia, paz, unión?
- No sé de nada.

Querían que mostrara mi orgullo, a través de mi propia boca, reconociendo que este cuadro me representaba entre Santa Catalina y Santa Margarita y que así me rendían la veneración del pueblo entre los dos beatos.

- ¿Podrías saber si las personas de tu partido celebraron misas u oraciones por ti?
- No sé, si lo hicieron, no fue mi orden. De hecho, si han orado por mí, me parece que no has hecho nada malo.
- ¿Creen que eres enviada por Dios?
- Creo que sí; de lo contrario, no me pondrían en acción.
- ¿No crees que se equivocaron al creer que fuiste enviado por Dios?
- Si creen eso no se equivocan.
- ¿Sabes con qué intención la gente de tu grupo besó tu ropa y tus pies?
- Mucha gente vino a verme voluntariamente y me besó las manos, los pies y la ropa, fue en contra de mi voluntad; estos pobres vinieron a mí porque los defendí con todas mis fuerzas.
- ¿Qué testimonio de respeto te dieron los habitantes de Troyes cuando entraste en esa ciudad?
- Ninguno. Creo que el hermano Ricardo vino con nosotros, pero no recuerdo haberlo visto en la entrada del pueblo.
- ¿No te dio un sermón a tu llegada?
- Nunca me detuvo en Troyes y nunca dormí allí; en cuanto al sermón, no sé nada.
- ¿Cuántos días pasaste en Reims?

Creo que pasamos cuatro o cinco días.

- No sostenías a los niños sobre la pila bautismal.

— Bauticé uno en Troyes y dos en Saint—Denis, en cuanto a Reims y Chateau Thierry, no lo recuerdo. Daba espontáneamente el nombre de Carlos a los niños, en honor al Rey y Juana para las niñas, o el nombre elegido por las madres.

— ¿Las amables damas de la ciudad tocaron tus anillos?

— Algunas mujeres tocaron mis anillos; Sin embargo, no sé cuál era la intención.

— ¿Qué hiciste con los guantes que recibiste en Reims?

— Hubo reparto de guantes a los señores y nobles, uno de ellos los perdió; pero no dije que los haría encontrar.

— ¿Qué hiciste con tu estandarte en Reims?

— Lo puse en la iglesia, cerca del altar; Lo sostuve yo misma durante la consagración del rey, no sé si el hermano Ricardo lo sostuvo también.

— Cuando viajabas, ¿te ibas a confesar y comulgabas cuando entrabas a un Ciudad?

— Sí, todas las veces.

— ¿Recibiste los sacramentos vestida de hombre?

— Sí, pero no recuerdo haberlos recibido armada.

— Por qué tomaste juramento del obispo de Senlis.

— El fue comprado por 200 "saluts" ¹¹⁰. No sé si los recibió; pero había una nota escrita asegurándole que le habían pagado. Le escribí diciéndole que podía recogerlo cuando quisiera; que no quería estar con él porque no servía para soportar el cansancio.

— ¿Qué edad tenía la niña de Lagny?

— Tenía tres días y fue llevada a la iglesia; las doncellas de la ciudad rezaron ante la imagen de Nuestra Señora para que le devolviera algo de vida, para que pudiera recibir el bautismo; Estaba en la iglesia y oré con ellos. Noté enseguida que el niño estaba dando señales de vida; bostezó tres veces y tomó un poco de color. Fue bautizado y, como murió poco después, lo enterraron en tierra santa. Habían pasado dos o tres días desde que había dado señales de vida, estaba tan negro como la malla de mi armadura.

— ¿No se dice en la ciudad que Dios le ha devuelto la vida gracias a tu oración?

— No me enteré de eso.

— Oh, señora, ¿no crees que Dios lo resucitó gracias a ti?

— Creo que Dios se conmovió con las oraciones de la Virgen y que aceptó, gracias a ella, a la niña en el paraíso.

— ¿Has visto y conocido a Catherine de la Rochelle?

Sí, en Jargeau y en Montfaucon, en Berry.

— ¿Te mostró a una dama vestida de blanco que dijo que se le aparecería algunas veces?

— No.

— ¿Qué fue lo que ella dijo?

— Me contó que una bella dama, vestida con telas de oro, venía a verla a menudo y decía que pasaba por las buenas ciudades; que el rey le daría heraldos y trompetas, para que clamara a cualquiera que tuviera oro, plata o tesoros escondidos para traerlos de inmediato; que ella conocía bien quién tenía tesoros escondidos y sabría encontrarlos, diciendo que esto sería para el pago de mis soldados. Dijo que debería volver a la casa de su marido para limpiar y cuidar a sus hijos. Hablé de ello con Santa Catalina y Santa Margarita, quienes me dijeron que estas visiones eran locura y mentira. Le escribí al rey diciéndole lo que debía hacer, y cuando

¹¹⁰Salutsl o —salut d'orl: moneda antigua que lucía la efigie de la Virgen recibiendo el saludo angelical y que fue lanzado en Francia bajo Carlos VI y luego en Inglaterra bajo Enrique VI. (N. de E., con agradecimiento a la colaboración de Luciano dos Anjos)

estuve con él le dije que las visiones de Catalina de la Rochelle eran mentiras y locura. Sin embargo, el hermano Ricardo quería ponerlo en práctica, él estaba, al igual que Catalina, bastante molesto conmigo.

— No le dijiste a Catherine de la Rochelle que ibas a Charite ¹¹¹[**]

Catalina no me aconsejó eso, ya que hacía mucho frío; me dijo que, en mi lugar, no haría tal cosa, y como quería ir a hablar con el duque de Borgoña para hacer las paces, le dije que solo lo conseguiríamos por la punta de las lanzas. Le pregunté si la bella dama venía a verla todas las noches y quería acostarme con ella para verla. Así lo hicimos y velé hasta la medianoche, luego nos quedamos dormidas. A la mañana siguiente le pregunté si había venido. Ella dijo que sí, que me había quedado dormida y que no podía despertarme.

Luego le pregunté si vendría de nuevo, Catherine dijo que sí; dormía durante el día para velar por la noche; Me acosté con Catherine, pero no vi a nadie, a pesar de preguntarle todo el tiempo si la dama blanca vendría, ella me respondía: — sí, pronto—.

— ¿Qué has hecho con los fosos de Charité?

— Hice un ataque, pero no salpique agua bendita.

— ¿Por qué no entraste, ya que tenías la orden de Dios de hacerlo?

— ¿Quién te dijo que tenía órdenes de entrar?

— ¿No obtuviste ese consejo de tus voces?

— Quería venir a Francia ¹¹², pero los militares me dijeron que era mejor presentarme primero ante la Charité.

— ¿Has estado en la Torre de Beaurevoir durante mucho tiempo?

— Aproximadamente cuatro meses. Cuando supe que había sido vendida a los ingleses, me sentí muy angustiada; sin embargo, mis voces, varias veces, me prohibieron saltar y, finalmente, por miedo a los ingleses, salté, a pesar de los consejos, recomendándome a Dios y a la Virgen; me lastimé, pero escuché la voz de Santa Catalina diciéndome que tuviera coraje y que la gente de Compiègne sería ayudada. Siempre he rezado junto con mi consejo para los habitantes de esta ciudad.

— ¿Qué se dijo cuando saltaste?

— Algunos dijeron que estaba muerta, y tan pronto como los Bourguignon vieron que había sobrevivido, me dijeron que había saltado de la torre.

— ¿No dijiste que sería mejor morir que encontrarse en manos inglesas?

— Prefiero entregar mi alma a Dios que estar en manos inglesas.

— ¿No perdiste el control o blasfemaste contra Dios?

— Nunca tomé el nombre de Dios o de sus santos en vano, y no blasfemo.

— Cuando el capitán de Soissons regresó a la ciudad, ¿no dijiste, negando a Dios, que si lo tomabas lo cortarías en cuatro pedazos?

— Nunca he negado a Dios ni a sus santos; los que dijeron eso, no dijeron la verdad o no entendieron.

Me llevaron de nuevo a la cárcel, pero antes de que terminara la sesión, el obispo dijo que tenía la intención de encomendar a algunos médicos, expertos en la ley divina y humana, que recogieran algunas de mis confesiones que consideraran oportunas; También dijo que, para no cansar incansablemente a un número tan grande de asesores, tenía la intención de instruir

¹¹¹ [**] Charité: La Charité, ubicada en el departamento de Nièvre. (N. de E.)

¹¹² Francia: es decir, en la Isla de Francia. (Nota de la edición francesa)

especialmente a algunos de ellos para que asistieran a los interrogatorios. Liberó a la asamblea prohibiendo a todos sus miembros salir de Rouen antes de que terminara el proceso, sin su permiso. Al admitir sólo a dos o tres consejeros en mis interrogatorios, el obispo podía elegirlos entre sus partidarios y engañar tan fácilmente al resto de la asamblea; él había reconocido que ese era el único camino que nos podía llevar: a él a su meta y a mí al fuego.

CAPÍTULO VIII

El 10 de marzo, el obispo vino a la prisión para continuar los interrogatorios, lo acompañaba Jean de Fontaine, que iba a reemplazar ver a Jean Beaupere en sus funciones de interrogador. Dos asesores, Nicolas Midy y Gérard Feuillet, abogado, Jean Fécard y el bedel ¹¹³ Jean Massieu, que iban a ser testigos, componían toda la asamblea. El obispo prestó mi juramento como de costumbre, y tuve que hacerlo de la misma manera.

— ¡Por el juramento que acabas de hacer, di la verdad!— ¿Cuándo llegaste por primera vez a Compiègne, de qué ciudad venías?

— De Crespy, en Valois.¹¹⁴[**]

— ¿Te quedaste en la ciudad de Compiègne durante varios días antes de salir a la calle?

— Llegué de madrugada y entré a la ciudad sin que los enemigos me vieran, por lo menos eso creo y ese mismo día, por la noche, hice la salida durante la cual me detuvieron.

— Cuando saliste, ¿sonaron las campanas?

— Si las tocaron, no fue bajo mis órdenes, no lo sabía, ni lo pensaba, y no recuerdo haber ordenado tal cosa.

— ¿Hiciste esta salida bajo el mando de tus voces?

— Durante la última semana de Pascua, estaba en los pozos de Melun cuando Santa Catalina y Santa Margarita me dijeron que sería presa antes de San Juan, que eso no me horrorizara; que Dios me ayudaría si me sometía a su santa voluntad.

— Después de Melun, ¿dijeron tus voces que te arrestarían?

— Sí.

— ¿Varias veces?

— Sí, casi todos los días; y les pedí que muriera tan pronto como me arrestaran, para no sufrir en un largo cautiverio. Me dijeron que me resignara a todo. El tiempo se me ocultó, a pesar de mis persistentes preguntas; si lo hubiera sabido, tal vez no hubiera salido.

— Si las voces te hubieran ordenado que te fueras, diciendo que te arrestarían, ¿habrías obedecido?

— Si supiese el momento del mi arresto, no iría voluntariamente; pero habría obedecido sus órdenes, sin importar lo que sucediera.

— Cuando saliste ¿las voces te habían ordenado algo?

— Ese día no me dijeron que me arrestarían, no me ordenaron que saliera, pero siempre me dijeron que era necesario que fuese presa.

— Cuando te fuiste, ¿pasaste el puente de Compiègne?

— Pasé el puente y por el — boulevard —; Luego fui, con mi batallón, a luchar contra los soldados del señor de Luxemburgo. Los empujé dos veces hasta el campo de los bourguignon y la tercera vez hasta la mitad del camino. Fue en este momento cuando los ingleses, que no estaban lejos, nos cortaron el paso; tuvimos que volver para salir por el — boulevard —, cerca del cual fui apresada. El río estaba entre Compiègne y este lugar.

— ¿Por qué llevaste tu estandarte?

— Ya respondí sobre eso.

¹¹³ Bedel: alguacil. (N. de E.)

¹¹⁴ [**] Crespy en Valois (en el original en francés): esto es Crépy-in-Valois, ubicado en el Departamento de Oise. (N. de E.)

- ¿Estabas con él cuando te arrestaron?
- Sí, pero no sé qué le pasó.
- ¿En él estaban pintados el mundo, dos ángeles y las palabras de Jesús y María?
- Sí, solo tenía uno y lo renové cuando estaba viejo o roto.
- Cuando tenías dos ángeles y Dios sosteniendo el mundo pintado, ¿qué significado pretendías darle a esa alegoría?
- Santa Catalina y Santa Margarita me dijeron que pintara al Rey del Cielo sobre él y que lo usara sin miedo. Se lo dije a mi rey, aunque no era mi voluntad y porque él lo exigiera. En cuanto al significado, no sé nada.
- ¿Tenías un escudo y armas?
- Nunca tuve; pero el rey se lo concedió a mis hermanos. Sus armas están sobre un fondo azul con una espada plateada colocada en visera, la empuñadura está cruzada y adornada al final con oro, con una flor dorada de lis a cada lado y una corona de oro encima. El rey se las dio a mis hermanos sin que yo se lo pidiera y sin decirme nada.

- ¿Tenías un caballo cuando te arrestaron? ¿Era un corcel o un burro? ¹¹⁵
- Estaba montando un medio caballo cuando me arrestaron.
- ¿Quién te lo dio?
- El rey, los militares lo compraron con el dinero que les había dado para tal fin. Tenía cinco corceles que él también me había dado y más de siete trotadores.
- ¿El rey no te dio nada más que estos caballos?
- Nunca le pedí nada más que buenas armas, buenos caballos y dinero para pagar a mis soldados.
- ¿No tenías un tesoro?
- Los diez o doce mil escudos que tenía no son un gran tesoro; en tiempos de guerra es muy poco. Creo que están con mis hermanos y el dinero que tengo es de mi rey.
- ¿Qué señal le diste a tu rey?
- Una buena y bonita señal.
- ¿Por qué no quieres revelarlo o mostrarlo, siendo que existe tener una señal de Catherine de la Rochelle para creer en sus palabras?

Se sabe lo importante que era el secreto que le había contado al Rey, como señal de mi misión, si lo hubiera revelado, Francia estaría perdida. Como estaba sola contra decenas de médicos sabios, temí que me lo arrancaran sutilmente. Si me negaba a responder las preguntas relacionadas con la señal, solo habría aumentado la curiosidad de los jueces, que harían cualquier cosa para que yo hablara, a pesar de mi negativa. Miré este secreto como si no existiera y así hablé. Lo que le había dicho al rey frente al duque de Alençon, de La Tremoille, y tantos otros, acerca de mi misión, me dio el tema de la alegoría que di a cambio a mis perseguidores.

Lo que vamos a leer sólo debe considerarse como una ficción poética, que se impuso al obispo y a los asesores, sin que ellos puedan entender nada.

— Sí, la señal de Catherine, respondí, se había mostrado tan bien como la mía, a clérigos notables y a grandes señores como Charles de Borbón, duque de Clermont, Jean D'Alençon y Monsieur de la Tremoille, que vieron y comprendieron la mía, así como escucho a todos los que me hablan ahora; nunca hubiera pedido ver la señal de Catherine; pero sabía, de antemano, por Santa Catalina y Santa Margarita, que el caso de Catherine de la Rochelle era nulo.

— ¿Todavía existe la señal?

— ¡Que pregunta! Se guarda en la tesorería del rey; durará más de mil años.

¹¹⁵Charger: caballo de batalla, corredor largo. (N. de E.)

- ¿La señal es de plata, oro, piedras preciosas o una corona?
- No lo diré; pero nadie puede imaginar algo tan precioso como esa señal; sin embargo, la señal que necesitas es que Dios me libere de tus manos, y es la más correcta que podría enviar. En el momento en que fui al rey, las voces me lo dijeron. — Ve con valentía; tendrás buenas señales para que te crean y te reciban.
- ¿La señal viene de Dios? Cuando lo vio, ¿qué testimonio de respeto le diste?
- Agradecí a Nuestro Señor de lo que me había librado y también de los clérigos de mi partido que me habían calumniado. Un ángel, viniendo de Dios y no de otro, le dio una señal a mi rey y yo le agradecí a Nuestro Señor mil veces. Tan pronto como escucharon esto, los sacerdotes de mi grupo me dejaron sola.
- ¿Los clérigos vieron esa señal?
- Cuando mi rey y los presentes vieron esta señal y el ángel que la portaba, le pregunté a Carlos VII si estaba contento; El dijo que sí. Así que salí de allí y fui a una pequeña capilla cercana a ese lugar. Sé que más de 300 personas vieron esa señal. Para cumplir sus deseos, y para que yo pudiera actuar, Dios permitió que varias personas y eclesiásticos presentes lo vieran.
- ¿Tu rey y tu hicieron señales respetuosas al ángel cuando trajo la señal?
- Sí, me arrodillé y me quité el sombrero.

El lunes 12 de marzo me volvieron a interrogar en la habitación que me servía de prisión; Presté juramento y Jean de Fontaine continuó con sus funciones.

- ¿El ángel que trajo la señal, habló?
- Sí, le dijo al rey que me pusiera en acción, asegurándose de que el país pronto sería liberado.
- El ángel que trajo la señal, ¿es el ángel que se te apareció a ti u otro?
- Siempre fue el mismo, nunca me abandonó.
- ¿El ángel no te abandonó visto que fuiste hecha prisionera?
- Yo creo, ya que Dios lo quiso de esa manera, que fue lo mejor que me pudo pasar.
- Dentro de la bondad de la gracia de Dios, ¿el ángel nunca la abandonó?
- ¿Cómo pudo haberme abandonado si todos los días me consuela y anima, a través de Santa Catalina y Santa Margarita?
- ¿Ellas vienen sin que las llames?
- Vienen a menudo sin que las llame; sin embargo, a veces, cuando no llegan tan rápido como me gustaría, le pido a Dios que me las envíe.
- ¿Alguna vez las llamaste sin que vinieran?
- Nunca dejaron de ayudarme cuando lo necesitaba.
- ¿Se te ha aparecido Saint—Denis?¹¹⁶
- No que yo sepa.
- Cuando le prometiste a Dios que le dedicarías tu virginidad, ¿fue con él mismo con quien hablaste? Bastaba con prometer a sus representantes, a saber, Santa Catalina y Santa Margarita.
- ¿Por qué citaste a un hombre en Toul¹¹⁷[**] por causa de una boda?

¹¹⁶ San Dionisio de París, también llamado el 'apóstol de las Galias', el Santo Sin Cabeza o simplemente San Denis, fue el primer obispo de París donde fue martirizado junto con sus dos compañeros Rústico y Eleuterio, durante una persecución anterior a la de Diocleciano. Wikipedia

¹¹⁷ [**] Toul: ubicado en el departamento de Meurthe-et-Moselle, que consiste en una parte del antiguo Región de Lorena. Toul está al este de París. (N. de E.)

—No fui yo quien lo hice comparecer ante un juez, todo lo contrario. Yo comparecí frente al tribunal y juré decir la verdad; Dije que no había prometido nada. La primera vez que se me apareció la voz, dediqué mi virginidad a Dios; tenía unos trece años. Antes de comparecer ante el tribunal, las voces me dijeron que ganaría el caso.

— ¿No le dijiste a tu cura o a algún sacerdote de tus visiones?

—No, solo Robert de Baudricourt y a mi rey.

Mientras tanto, le había dicho a mi padre lo que me revelaron las voces, pero pensé que debía esconderle que me ordenaron que fuera a Vaucouleurs, temiendo que me lo impidiese.

Solo hablé con él y algunos amigos de la familia; pero escondí varios secretos; temiendo que los — bourguignons— me impidieran hablar con el rey.

— ¿Crees que hiciste bien al irte sin decírselo a tus padres? ¿Sabes que debemos honrar al padre y a la madre?

— Siempre les obedecí a los dos, excepto esta vez, pero desde mi partida les he escrito y me han perdonado.

— Cuando dejaste tu casa paterna, ¿pensaste que estabas cometiendo un pecado?

— Como era Dios quien me mandaba, tenía que hacerse, y aunque yo fuera la hija del rey, aunque tuviera cien padres y cien madres, me habría ido.

— ¿Pediste permiso a tus voces para contarles a tus padres sobre tu partida?

— Se alegrarían si se lo contara a mis padres, en caso de que no hubieran previsto los obstáculos que resultarían en mi viaje; en cuanto a mí, ¡nunca lo diría por nada del mundo! Las voces, sin embargo, me dejaron libre para decirlo o no a mis padres.

— Cuando viste a San Miguel y a los ángeles, ¿les diste señales de respeto?

— Sí, y cuando desaparecieron besé el suelo que pisaron.

— ¿Se quedaron mucho tiempo?

— Lo habitual.

— ¿Solo vienen para verte?

— A menudo vienen entre los cristianos sin que ellos lo sepan, yo misma los vi sin que los demás los vieran.

— ¿Tienes una carta de San Miguel y de las voces?

— No se me permite decir; dame ocho días y si Dios lo permite te diré lo que sé.

— ¿No la llamaron las voces hija de Dios, hija de la Iglesia o del gran corazón?

— Antes de que terminar con el asedio de Orleans, y desde entonces, a veces me llaman Hija de Dios, o Juana la Doncella, pero casi siempre me dicen simplemente Juana.

— Ya que eres hija de Dios, ¿por qué no rezas voluntariamente el Padre Nuestro?

— Lo diré voluntariamente, y si primero me negué, fue para que Monseñor de Beauvais pudiera oírme en confesión.

Finalizó el octavo interrogatorio, el noveno se llevó a cabo en la tarde de ese mismo día.

— ¿Tu padre no tuvo sueños de tu partida a Vaucouleurs?

— Mientras estaba en la casa de mi padre, mi madre me dijo varias veces que mi padre había soñado que me iría con los militares. Por eso me custodiaban con extrema dependencia. Les obedecí en todo excepto cuando querían casarme con el joven de Toul.

Escuché a mi madre decir que mi padre les estaba diciendo a mis hermanos que si supiera que su sueño se haría realidad, preferiría que me ahogaran y que si no lo hicieran, lo haría él mismo. Casi se volvió loco cuando se enteró de que fui a Vaucouleurs.

— ¿Estos pensamientos o sueños llegaron a tu padre cuando tuviste las visiones?

— Sí, mucho tiempo después.

- ¿Fue el señor Robert de Baudricourt quien te dijo que usaras ropa de hombre o fue por voluntad propia?
- Ya lo he respondido antes.
- ¡Eso no significa nada!
- Lo hice por mi propia voluntad, y no por el consejo de ningún hombre en este mundo.
- ¿La voz te ordenó usar ropa de hombre?
- Todo lo que hice para el bien fue por orden de mis voces; en cuanto a la ropa, otro día te contestaré, no sé si hoy puedo hacerlo; mañana tal vez pueda responder.
- ¿Crees que hiciste mal disfrazándote de hombre?
- Ya he dicho que no, e incluso ahora, si estuviera entre los militares de mi grupo y vistiera ropa de hombre, me parece que este sería uno de los grandes bienes de Francia: actuar como lo hice antes de ser capturado.
- ¿Cómo liberarías al duque de Orleans?
- Arrestaría a varios ingleses para hacer el intercambio o, si no lo consiguiera, cruzaría el mar con los soldados de mi partido para traerlo de Inglaterra.
- ¿Santa Catalina y Santa Margarita han revelado, con absoluta certeza, que arrestarías a muchos ingleses para liberar al duque de Orleans, que está en Inglaterra, o que de lo contrario tendrías que cruzar el mar para restaurar su libertad y traerlo a tu patria?
- Sólo me dijeron que el duque Carlos recuperaría su libertad. Si hubiera tenido tres años para actuar, sin obstáculos, creo que lo habría dejado en libertad.
Explicáte ahora, con más claridad que esta mañana, sobre la señal que se le dio al rey Carlos VII.
- No puedo responder; Le pediré consejo a Sainte—Catherine.

Antes del final de la sesión, el obispo se dirigió a Jean le Maistre, que hasta entonces solo había participado en el proceso como asesor. Dijo en su presencia que el Inquisidor de Francia, tras recibir sus cartas, le dio a él Jean Le Maistre, una orden para actuar como juez en el caso; Cauchon pidió al inquisidor adjunto que se lo comunicara a la asamblea. El inquisidor había declarado, entre otras cosas, que, estando legítimamente prohibido ir a Rouen, delegaba esta tarea en Jean le Maistre. Al día siguiente, el inquisidor adjunto asumió sus funciones de juez, a pesar de su disgusto. Podría haberme sido muy útil si su miedo al obispo de Beauvais y a los ingleses no hubiera debilitado sus buenos sentimientos. Confirmó lo que había hecho Cauchon y nombró a algunas personas para que velaran por mí en nombre de la Inquisición.

El martes siguiente tuvo lugar una nueva sesión; Presté juramento y Jean de Fontaine continuó el interrogatorio.

— Explicáte sobre la señal que se le dio al rey.

El inquisidor adjunto me preguntó si le había prometido y jurado a Santa Catalina que no diría nada sobre la señal.

— Prometí y juré por mí misma que nunca hablaría de ello con ningún hombre.

Dando como una señal, mi recepción en Chinon, me di cuenta de que di nuevos temas para preguntas engañosas y me prometí callar. Por eso declaré que había prometido no hablar nada con ningún hombre.

El obispo de Beauvais recurrió a una amenaza que ya me había hecho hablar cuando no quería; dijo que si me negaba a responder sobre la señal que se le había dado al rey, sería considerada autora de los crímenes de los que se me acusaba. Así advertida, mi negativa habría acabado con el proceso y me habría llevado al camino del fuego.

Tanto para evitar que me amenazara, como por las razones expuestas anteriormente, traté de enmascarar la verdad bajo oscuras alegorías, que serían difíciles de explicar y que, sobre todo, no serían de gran interés.

El ángel del que hablo era San Miguel, o mejor aún, era yo. No fue por vanidad que me di este nombre, pero supe, gracias a los sacerdotes, que significaba — el enviado—, y realmente fui enviada por Dios, San Miguel y los santos. Cuando el obispo notó que dudé en responder, me recordó su mandato.

— La señal, dije al fin, era que el ángel le dijo al rey, dándole una corona, que tendría todo el reino de Francia, con la ayuda de Dios y a través de mis obras; que sería necesario que él me pusiera en acción y me diera soldados, y finalmente que sería coronado y consagrado.

— Desde ayer, ¿ha hablado con Santa Catalina?

— Sí, la escuché, me dijo que respondiera sin miedo a mis jueces sobre todo lo que tuviera que ver con el caso.

— ¿Cómo trajo el ángel la corona y la colocó sobre la cabeza del rey?

— Se la dio al arzobispo, creo que de Reims; y, en presencia del rey, como al parecer, el arzobispo la recibió y la entregó frente a mí.

— ¿Dónde fue colocado?

— Junto al tesoro real.

— ¿Dónde fue llevada?

— Al dormitorio del rey en el castillo de Chinon.

— ¿Qué día y hora? No sé; era el mes de abril o marzo, este mes o el próximo tendrá dos años; fue después de Pascua.

— El primer día que vio la señal, ¿su rey también lo vio?

— Sí.

— ¿De qué metal era la corona?

— ¡Qué interesa! Era de oro fino y tan rico que no pude especificar cuánto; la corona significaba que tendría el reino de Francia.

— ¿Contenía piedras preciosas?

— Te dije lo que sabía.

— ¿La tocaste y la besaste?

— No.

— ¿El ángel que trajo la corona descendió del cielo o vino por la tierra?

— Vino del cielo, y por eso entendí que venía por orden de Nuestro Señor; entró por la puerta del dormitorio.

— ¿El ángel vino por tierra y pasó por la puerta del dormitorio?

— Cuando estuvo ante el rey, hizo una reverencia y dijo las palabras que ya le había dicho, y le recordó la paciencia con la que soportó las pruebas y tribulaciones enviadas por Dios; luego, desde la puerta, caminó por tierra.

— ¿Cuál era el espacio entre la puerta y el rey?

— Creo que es igual a la longitud de una lanza; él se fue por donde había venido. Cuando llegó el ángel, yo lo acompañé y fui con él a la habitación del rey. Él entró primero, lo seguí y le dije al rey: Señor, aquí está la señal, tómala.

— ¿Dónde se te apareció?

— Casi siempre estaba en oración para que Dios enviara la señal al rey, como lo había prometido; estaba en mi habitación, en la casa de una amable dama que vive cerca del castillo de Chinon. Cuando llegó, fuimos juntos a la casa del rey, acompañados de varios ángeles del

cielo, a quienes solo yo vi. Creo que fue por compasión hacia mí que Dios permitió que varias personas que estaban allí vieran al ángel.

— ¿Todos los que estaban allí lo vieron?

Creo que lo vieron el arzobispo de Reims, el duque de Alençon, el señor de La Trémoille y Carlos de Borbón. En cuanto a la corona, varios eclesiásticos y otros la vieron, aunque no vieron al ángel que la llevaba.

— ¿Cuál era la imagen del ángel y qué tan alto era?

— Quizás mañana pueda responder sobre eso.

— ¿Los otros ángeles que también vinieron tenían la misma imagen?

— Algunos se parecían otros no, algunos tenían alas, otros coronas. Santa Catalina y Santa Margarita estaban con ellos; Fueron, como los demás, siguiendo al ángel a la habitación del rey, pero solo yo los vi.

— ¿Cómo se separó el ángel de ti?

— Se separó de mí dentro de una pequeña capilla; estaba muy afligida y lloré; tenía muchas ganas de ir con él.

— Cuando el ángel se fue, ¿estabas contenta o angustiada y asustada?

— No me dejó ni aterrorizado, ni angustiado, pero su partida me conmovió.

— ¿Fue por tus méritos que Dios envió a tu ángel?

El venía por las grandes causas, para que el Rey creyera en mí, para que dejara de dudar y de hablar de mí, en fin, para socorrer a la buena gente de Orleans, gracias a los méritos del Rey y del bondadoso Duque de Orleans.

— ¿Por qué Dios te eligió a ti y no a otra persona?

Fue un placer para Dios usar una simple doncella para defenderse de los adversarios del rey.

— ¿Sabes dónde tomó el ángel la corona?

— La trajo de parte de Dios y no hay orfebre en el mundo que sepa hacer una corona tan hermosa y tan preciosa. En cuanto al lugar de origen, no sé nada más.

— ¿Esa corona era fragante y brillante?

— No lo recuerdo, pero lo pensaré; siempre fue y será fragante, pero debe conservarse como debe ser.

— ¿Cómo se hizo?

— Como una corona.

— ¿El ángel te escribió las cartas?

— No.

— ¿Qué señal tuvieron, el rey, la gente que estaba con él y tu para saber que en realidad era un ángel?

— El rey creyó, confirmado por los clérigos presentes y mediante la señal de la corona.

— ¿Cómo se aseguraron los sacerdotes de que fuera un ángel?

— Por su ciencia y porque son sacerdotes.

— ¿No le hablaron de un sacerdote concubino y no le preguntaron sobre una taza perdida?

— No sé nada al respecto y nunca escuché de ello.

— Cuando fuiste a París, ¿fue a través de una revelación?

— No; fue a petición de varios nobles que querían hacer una escaramuza y que pretendían entrar en la capital.

— ¿Fue a través de una revelación que fuiste a Charite?

— No, pero a pedido de los militares, como dije antes.

— ¿Y en Pont—l'Évêque tuviste alguna revelación? ¹¹⁸ [**]

¹¹⁸ [**] Pont l'Évêque: c edad ubicada en el Departamento de Calvados, que se forma a partir de una parte del Normandía, al noroeste de París. (N. de E.)

Desde que se me reveló en Melun que iba a ser capturada, me sometí a la opinión de los capitanes sobre la guerra, pero nunca les dije que se me reveló que me arrestarían.

— ¿Crees que hiciste bien en atacar París el día del nacimiento de Nuestra Señora?

— Me parece que las fiestas de Nuestra Señora se celebran de un día hasta el otro.

— ¿No dijiste frente a París: 'Dame la ciudad, a instancias de Jesús'?

— No, pero dije: 'Entréguensela al rey de Francia'.

En ese momento, el obispo terminó la sesión llamándome para el día siguiente. A partir de ese día, Pierre Tasquel, designado por el inquisidor adjunto, se incorporó a los notarios Guillaume Manchon y Boys—Guillaume. Después de prestar juramento, Jean de Fontaine preguntó:

— ¿Por qué saltaste desde la torre de Beaurevoir?

— Por dos razones: la primera es que quería ir a ayudar a la gente de Compiègne, porque, según me habían dicho, todos los mayores de siete años iban a ser masacrados, y preferiría morir antes que vivir después de tal destrucción de personas honestas; la segunda razón es que sabía que me habían vendido a los ingleses y caer en sus manos era, para mí, peor que la muerte.

— ¿Saltaste a instancias de sus voces?

— Ya respondí sobre eso.

— No importa; responde.

— Santa Catalina me dijo que no brincara; que Dios me ayudaría tanto a mí como a la gente de Compiègne. Luego entonces dije que, viendo que Dios ayudaría a los residentes de Compiègne, me gustaría estar entre ellos. Ella dijo que debía soportarlo todo, con paciencia, y que no me liberarían hasta que no hubiera visto al Rey de los Ingleses, le respondí: — Realmente no quiero verlo, prefiero morir antes que ser entregada a los ingleses.

— Le dijiste a Santa Catalina y a Santa Margarita: '¿Dejará Dios que la gente amable de Compiègne, que es tan fiel a su amo, perezca tan cruelmente?'

— No dije 'cruelmente', simplemente dije, '¿Cómo permitirá Dios que perezca la amable gente de Compiègne que es tan fiel a su amo?' Después de mi salto, pasé dos o tres días sin querer comer ni beber. Santa Catalina me animó y consoló; me dijo que me confesara y me disculpara con Dios por saltar, y me aseguró que los habitantes de Compiègne recibirían ayuda antes del invierno de San Martín.

— Cuando saltaste, ¿estaba pensando en suicidarse?

— No; Me recomendé a Dios y a Nuestra Señora, y salté pensando que podía escapar y no ser entregada en manos inglesas.

— Cuando recuperaste el habla, ¿blasfemaste contra Dios y sus santos, como contaron los testigos?

— Nunca he blasfemado el nombre de Dios o de sus santos, ni en ese lugar ni en ningún otro, no necesito confesarlo porque nunca lo he hecho.

— ¿No te importan las palabras de los testigos o la información dada o por proporcionar?

— Me preocupo por Dios, por nadie más.

— ¿Tus voces piden un plazo para responderte?

— Santa Catalina siempre me responde y si no recibo su respuesta de inmediato, es por mis guardias. Cuando le pregunto algo a Santa Catalina o a Santa Margarita, se vuelven a Nuestro Señor y me responden por orden suya.

— Cuando vienen, ¿hay luz con ellos? ¿Ves la luz cuando escuchas las voces sin ver a los santos?

— No hay un día en que no vengan a este castillo, y casi siempre es con luz; escuché la voz varias veces sin que aparecieran los santos, pero no recuerdo si vi la luz. Le pedí a mis voces tres cosas: primero, el éxito de mi expedición; el segundo, que Dios ayude a los franceses y preserve sus ciudades; el tercero, la salvación de mi alma. Les pedí que, si me llevaban a París

¹¹⁹, me dieran una copia de las preguntas que se habían hecho y las respuestas, para que pudiera dárselas a la gente de París diciendo:

—Así es como me interrogaron en Rouen; de esa forma ya no tendría que responder a tantas preguntas.

— ¿Por qué dijiste que monseñor de Beauvais se estaba poniendo en gran peligro al llevarte a juicio? ¿Y qué peligro puede correr más que otro?

Le dije, y le repito a monseñor de Beauvais: «Dijiste que eres mi juez, no creo que lo seas; sin embargo, en cualquier caso, reflexiona bien sobre lo que dices; eres mi enemigo personal, y si piensas que estoy equivocada y de acuerdo con tus ideas, te pondrás en un gran peligro y te arrepentirás de tus acciones; Te lo advierto para que si Dios te castiga, no tenga nada de qué arrepentirme.

— ¿Cuál es este peligro?

— El peligro al que se lanza todo juez parcial e injusto.

— ¿Es este castigo en el alma o en el cuerpo?

— En el alma o en el cuerpo, según la orden de Dios, y a veces en ambos; porque les digo que, en realidad, es una gran responsabilidad ser llamado a juzgar a los hombres.

— ¿Crees que Dios permitiría que se condenara a un inocente?

— Dios no dirige a los malvados, pero recompensa cien veces más a los condenados injustamente.

— ¿Crees que Dios es justo al dejar morir a inocentes?

— Todo lo que hace está bien hecho.

— En este caso particular, ¿crees que es así?

— Si los hombres se atreven a criticar es, en mi opinión, porque su espíritu es demasiado limitado para poder emitir un juicio justo; de hecho, Dios está muy por encima de nosotros para condescender o incluso para mostrar sus deseos y designios a nuestra debilidad; alguien sería condenado si una muerte injusta no abriera las puertas del paraíso, y me parece que perder la vida es muy poco comparado con la felicidad que se disfruta con los ángeles.

— Si es así, asumiendo que eres inocente, ¿por qué no te dejas condenar sin intentar justificarte?

— Dios no pide lo imposible, y además debo iluminar a mis jueces tanto como pueda, de lo contrario seré culpable del crimen que cometerían dándome una sentencia injusta.

— Si tus jueces te condenaran injustamente, a pesar de todo lo que puedas hacer para mostrarles la verdad, ¿qué podría pasar?

— Serían condenados si tuvieran conocimiento de los hechos, o absueltos si fueran inocentes.

— Si los jueces te condenan, aunque estés convencido de tu inocencia, ¿acusarías a Providencia?

— No, pensaría que ese sería el castigo por mis pecados y la cruz que Dios había puesto sobre mí.

— ¿No crees que la cruz sería demasiado pesada?

— No, creo que ella es bastante ligera, viendo mi indignidad.

— ¿No te quejarías de tus jueces?

— No, creería que no son más que instrumentos de la voluntad de Dios y los perdonaría con todo mi corazón.

— ¿Incluso si te hicieran morir?

— Sí, porque Nuestro Señor, que era inocente, ha perdonado a sus verdugos y estoy obligada a seguir su ejemplo, ya que le debo todo y no soy más que una pecadora.

— ¿Crees que has ofendido seriamente a Dios?

¹¹⁹Hablaron en mi presencia que me enviarían a esa ciudad. (Nota de la edición francesa)

- Si le he ofendido, le pido mi más profundo perdón, si no lo he hecho lo agradeceré como la mayor gracia que Él concibió para mí, después de ser cristiano.
- ¿Qué opinas de los cismáticos? ¹²⁰ ¿Están en el buen o en el mal camino?
- ¿Esto se refiere a su proceso?
- Sí, sin duda, eso es parte del proceso.
- Si esto se refiere al proceso, no es de mi incumbencia.
- Te pedimos que expliques si los cismáticos van por buen camino o no.
- Me entrego a Dios.
- ¿No crees que Dios haría bien, afligiendo a los infieles, a los cismáticos, a los herejes y a los excomulgados con toda clase de males?
- Dado que Él no lo hace será porque tiene buenas razones para ello, en cambio, ¿corresponde a las criaturas el derecho de comentar las obras del Creador y juzgarlas?
- ¿Tus voces dijeron que serías liberada de la prisión?
- Santa Catalina dijo que me liberarían; No sé si se refería a la salida de la cárcel o a algunos problemas que, durante el juicio, pudieran ocurrir y por eso me liberarían; Creo que será una u otra opción, porque ella me dijo, con confianza, al igual que Santa Margarita que me liberaría con una gran victoria y me orientan a sobrellevarlo todo con paciencia: — no te preocupes por tu martirio —, me dicen, — finalmente entrarás en el paraíso —. Lo que las voces me dicen tan simplemente sucede siempre, infaliblemente. A los castigos y dolores que sufro en la cárcel les llaman martirio; No sé si tendré que soportar grandes sufrimientos, me entrego por completo a Nuestro Señor.
- Desde que las voces te dijeron que irás al cielo, ¿Ya te consideras salvada y crees que no serás excomulgada?
- Creo firmemente en lo que dicen mis voces, lo creo con tanta confianza como si ya estuviera en el paraíso
- Esta respuesta tuvo un gran impacto y continué:
También tengo esta esperanza como un tesoro preciado.
- ¿Crees, después de esta revelación, que podrías cometer un pecado mortal?
- No sé nada, me entrego, en todo, a Nuestro Señor.
- Por la tarde continuó el interrogatorio.
- Si violaras el juramento de Dios de darle tu virginidad, ¿estarías cometiendo un pecado mortal?
- Creo que debo cumplir el juramento hecho a Nuestro Señor y preservar mi virginidad en cuerpo y alma.
- ¿En qué estado agrada más a Dios una mujer? ¿Virginidad o casada?
- Esto no se refiere al proceso.
- Esto es parte del proceso y estás obligada a responder.
- En el que Dios la designa.
- ¿Cómo puede una mujer, en ese caso, conocer la voluntad de Dios?

— Consultando su vocación y a personas capaces de esclarecerla. — ¿Crees que es necesario confesarte, ya que crees en las revelaciones de tus voces que te dijeron que serías absuelta?

¹²⁰Cismáticos: los que siguieron el cisma, movimiento de separación (Gran Cisma occidental) que existió en la Iglesia Católica, desde 1378 hasta 1429, durante el cual hubo varios papas al mismo tiempo: algunos con sede en Roma, otros en Aviñón, en el sur de Francia. (N. de E.)

— No sé si he pecado hasta la muerte, pero creo que si estuviera en estado de pecado mortal, Santa Catalina y Santa Margarita dejarían de visitarme. Para responder a su pregunta, creo que nunca es demasiado, respecto a lavar nuestra conciencia.

— Desde que estás en prisión, ¿alguna vez has negado a Dios y lo has blasfemado?

— No, nunca, lo recibí todo con extrema paciencia; los que dijeron lo contrario no informaron la verdad.

— ¿Secuestrar a un hombre y dejarlo morir prisionero es un pecado mortal?

— Yo no hice esto.

— ¿No hiciste torturar a Franquet d'Arras en Lagny?

— Consentí que lo mataran, si lo merecía, porque había confesado que era un asesino, un ladrón y un traidor; su proceso duró 15 días; fue el alguacil de Senlis y fueron los jueces de Lagny quienes lo ejecutaron. Quería cambiarlo por un parisino llamado Monsieur de Lours: cuando supe que este señor había muerto, le dije al alguacil de Senlis, que siempre me representó, que no estaría actuando correctamente si liberaba a Franquet, ya que el que sería intercambiado por un muerto; — Haz con este hombre lo que debas, conforme a la justicia, le dije.

— ¿Le diste o hiciste dar dinero a la persona que encarceló a Franquet?

— No soy ni fabricante de monedas ni un tesorero francés para dar dinero.

Durante el final de la sesión, repitieron preguntas que ya había respondido y que no voy a mencionar aquí. Al día siguiente, el obispo de Beauvar no se presentó al interrogatorio; delegó en su lugar a Jean de Fontaine. Se me hicieron amonestaciones y peticiones para que me rindiera al juicio de la Iglesia, si había realizado acciones contrarias a la fe.

Que mis respuestas, dije, sean vistas y examinadas por los clérigos, y luego que digan, si hay algo contrario a la fe, yo lo diré a mi consejo y les daré las respuestas. Sin embargo, si hay respuestas contrarias a la fe que enseñó Nuestro Señor, no las apoyaré y me entristeceré por haberme descarriado.

— Crees en la Iglesia triunfante y en la Iglesia militante.

— No entiendo lo que quieres decir con eso.

Ni siquiera los médicos lo sabían. Esto dio lugar a una gran discusión, que ocupó toda la sesión; nos volvimos a encontrar en la tarde de ese mismo día.

— Cuéntanos cómo casi lograste escapar del castillo de Beaurevoir, entre dos habitaciones de madera.

— Nunca me he quedado atrapada sin intentar escapar. En el castillo de Beaurevoir, habría despistado a los guardias de la torre, si Dios no hubiera enviado al portero que me envió de regreso. Pensé que Dios no quería que me escapara esta vez y que fuera necesario ver al Rey de los Ingleses, como me decían las voces.

— ¿Las voces te dieron permiso para escapar cuando quisieras?

— Pedí permiso varias veces pero no lo recibí.

— ¿Ahora escaparías si tuvieras la oportunidad?

— Si veo la puerta abierta, huiría.

— ¿Crees que tiene el permiso de Dios para hacerlo?

— Creo firmemente que si viese la puerta abierta y a mis guardias y los ingleses impedidos de sujetarme, esa sería la señal que Dios me daría; sin embargo, sin este permiso, no me iría. Sin embargo, haré todo lo posible para recuperar mi libertad; porque si Dios lo quiere, mis mejores intentos fracasarán, así como pueden obrar los más débiles, si esa es Su voluntad. Creo que debo hacer todo lo que esté a mi alcance ya que se dice: Sírrete a ti mismo y Dios te

ayudará. Digo esto porque, si me voy, no podrás decir que fue en contra de la voluntad de Dios.

— Ya que pediste escuchar la Santa Misa, ¿por qué te niegas a asistir?

— Porque no quieren que use ropa de hombre, como si fuera a cambiar mi sexo.

— Me parece que sería más conveniente y honesto si usaras ropa de mujer. ¿Qué prefieres, vestirte de mujer y escuchar misa, o seguir con ropa de hombre y no escucharla?

— Dame la certeza de que podré asistir y te responderé.

— Te garantizo que asistirás a misa, pero vístete con ropa de mujer.

— ¿Qué dirías si te hubiera prometido y jurado renunciar a la ropa que uso? Hazme un vestido largo, largo hasta el suelo, sin cola, lo usaré para ir a misa, pero luego volveré otra vez a usar mi ropa.

— ¿Te negarías a usar ropa de mujer para asistir a misa y a usarla siempre?

— Me aconsejaré sobre eso; no puedo responder ahora mismo. Les ruego, por el amor de Dios y de la Virgen, que me permitan ir a misa en esta buena ciudad.

— Vístete con ropa de mujer, sin reservas ni condiciones.

— Dame ropa de hija de burgueses, es decir, una — houppelande—¹²¹, me la pondré y hasta el sombrero de mujer para ir a misa; Les pido amablemente que me permitan asistir a misa sin cambiarme de ropa. Ya conocemos, bastante, las razones que me llevaron, no es necesario volver a exponerlas.

— En todo lo que dijiste e hiciste, ¿no quieres someterte y entregarte a la determinación de la iglesia?

— Todo lo que hice fue por mandato de Dios y les aseguro que no me gustaría decir ni hacer nada en contra de la fe cristiana; si yo hiciera o dijera algo en su contra, lejos de apoyarlo, lo negaría y lo rechazaría.

— ¿No quieres someterte a lo que la Iglesia ordenará?

Pensé que mis jueces entendían la Iglesia como su tribunal privado, investido, según ellos, de sus poderes, y l'Oyseleur hizo mucho para inculcarme esta idea. Dije entonces:

— No responderé más hoy; pero envíame al clérigo el sábado, si no quieres venir, él escribirá lo que respondo, con la ayuda de Dios.¹²²

— Cuando vienen las voces, ¿haces gestos de respeto, como un santo o santa?

— Sí, y si alguna vez lo olvido, le pido perdón desde entonces. Les muestro los mayores gestos de respeto que puedo; porque creo seguramente que son San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita.

— Se hace voluntariamente a los felices del paraíso, ofrenda de velas y otras cosas; ¿Hiciste lo mismo por los santos que vinieron a ti? ¿Encendiste velas frente a sus imágenes o les encomendaste misas?

— No, sin embargo ofrecí velas en la misa, a través de las manos del sacerdote, en honor a Santa Catalina; creo que es una de las santas que se me aparecen, no encendí tantas como quería para honrar a Santa Catalina y a Santa Margarita.

— Cuando colocaste velas frente a la Imagen de Santa Catalina, ¿fue en honor a la que se te apareció?

— Fue en honor de Dios, Nuestra Señora y a Santa Catalina que está en el cielo; Sin embargo, no hago ninguna diferencia entre la que se me aparece y la que está en el paraíso.

¹²¹Houppelandel: especie de abrigo largo femenino. (N. de E.)

¹²²El notario, Guillaume Manchon (nota de la edición francesa)

- ¿Colocarías las velas en honor de quien se te aparece?
- ¡Ahí está! ¡Más de tres veces la misma pregunta!
- Sigue respondiendo.
- ¡Pues bien! Sí, porque no hago ninguna diferencia entre la que está en el cielo y la que se me aparece.
- ¿Siempre has hecho y cumplido lo que mandaban las voces?
- Sí, cumplí con todas mis energías las órdenes del Señor que las voces, con su permiso, me transmitían.
- En lo que respecta a la guerra, ¿siempre has seguido las órdenes de sus voces?
- Ya he respondido sobre todo; lea atentamente sus registros y lo encontrará. Sin embargo, a petición de los militares, hice una escaramuza frente a París y la Charité; sin embargo, no recibí órdenes de mis voces.
- ¿Nunca has hecho nada más en contra del orden y la voluntad de las voces?
- Lo que me ordenaron, lo hice lo mejor que pude; en cuanto al salto de torreón ¹²³del castillo de Beaurevoir, sufrí las consecuencias de este acto y casi muero; pero cuando los santos me vieron en peligro, me ayudaron y evitaron que me matara; todo lo que he hecho siempre me han ayudado, señal de que son buenos espíritus.
- ¿No tendrías otras señales de que son buenos espíritus?
- San Miguel ya se aseguró de eso, incluso antes de que las voces me visitaran.
- ¿Cómo supiste que era San Miguel?
- Los ángeles me lo dijeron; por su lenguaje creo firmemente que eran ángeles; Lo creí casi de inmediato y siempre quiero creer en él. Cuando San Miguel vino a mí, dijo que se me aparecerían Santa Catalina y Santa Margarita; me recomendó seguir sus consejos y agregó que fueron enviados para guiarme y orientarme en lo que tuviera que hacer; que creyera todo lo que me dijeran; que eran enviadas por Nuestro Señor.
- Si Satanás se transformara en un ángel de luz, ¿lo reconocerías?
- Reconocería perfectamente a San Miguel y sus ángeles de los espíritus malignos. La primera vez que lo vi estaba muy asustada, y dudaba que fuera San Miguel, lo vi varias veces antes de estar segura de que era él.
- ¿Cómo supiste que era él si solo creíste en sus palabras después de un tiempo, en lugar de creerle la primera vez que lo viste?
- La primera vez, era una chica sencilla y tenía miedo; desde entonces él se presentó varias veces y me enseñó tan bien que creí sin recelos que era él.
- ¿Qué doctrina te enseñó?
- Primero que nada, me dijo que fuera buena, que Dios me ayudaría; me animó a ayudar al rey de Francia. Mucho de lo que el ángel me enseñó está en sus registros; a menudo me hablaba sobre los males del reino de Francia y así podía juzgar por mí misma todo lo que me permitía mi edad.
- ¿De qué grandeza y estatura era el arcángel?
- El sábado responderé; mientras voy a hablar del otro tema, si es la voluntad de Dios.
- ¿Crees que estarías cometiendo un gran pecado si disgustaras a Santa Catalina y Santa Margarita actuando en contra de sus órdenes?
- Sí, y si realmente les disgusté fue cuando salté de la torre de Beaurevoir, pero ya les he pedido perdón, así como por otras ofensas que pueda haber cometido contra ellos.
- ¿Santa Catalina y Santa Margarita tomarían venganza física?
- No sé; Yo nunca pregunté.

¹²³Torreta: torre ancha, generalmente de forma cuadrangular, aislada o adyacente a un castillo, recortado en la parte superior con almenas, es decir, partes rectangulares salientes separadas por intervalos iguales. (N. de E.)

— Dijiste antes que la gente era ahorcada por decir la verdad; ¿habrías cometido algunos delitos y errores que justifiquen un castigo o incluso la muerte?
— No.

Dos días después, me sometí a otro interrogatorio.

— ¿Cómo era de grande y de estatura San Miguel?

— No sé.

— ¿Cómo estaba vestido y qué aspecto tenía?

— Era joven y guapo; su ropa y su exterior eran dignos de él; en cuanto a la ropa y el resto, no sé nada más.

— ¿Cómo eran los ángeles? ¿Estás segura de que los viste?

— En cuanto a los ángeles, los vi con mis ojos, como te veo a ti; ahora no sabrán nada de mí.

— ¿Le creíste al arcángel?

— Creo tanto en lo que me dijo San Miguel como creo que Nuestro Señor Jesucristo sufrió pasión y muerte por nosotros; lo que fortaleció mi convicción fueron los buenos consejos, los consuelos y la buena doctrina que me dieron.

— ¿No quieres entregarte al juicio de nuestra madre, la Santa Iglesia? Amo a la Iglesia con todo mi corazón y quisiera ayudarla con todas mis fuerzas, por nuestra santa fe; no es a mí a quien se le debería impedir ir a la iglesia o asistir a misa; En cuanto a las buenas obras que he hecho y para mi futuro, debo entregarme al Rey del Cielo, que me envió a Carlos VII, hijo de Carlos, Rey de Francia y que pronto será rey de todo el reino de Francia. Verá que pronto los franceses ganarán una gran batalla, que someterá a casi todo el reino de Francia al rey Carlos; Digo esto para que cuando llegue el momento, todos recuerden mis palabras.

— ¿En qué época sucederá esto?

— Me entrego a Dios.

— Díganos si se entrega al juicio de la Iglesia.

— Me entrego a Nuestro Señor, a Nuestra Señora y a todos los santos y santas del paraíso, porque creo que Nuestro Señor y la Iglesia triunfante en el cielo son uno; Me parece que no hay dificultad en creer eso.

— ¿Quieres entregarte, en cuanto a tus acciones y palabras, a la Iglesia militante?

— No sé lo que eso significa.

Entonces me dijeron que la Iglesia triunfante es aquella en la que Dios está con sus santos, ángeles y almas salvadas y que la Iglesia militante está formada por nuestro Santo Padre, el Papa, Vicario de Dios en la tierra, cardenales, preladados, etc. que bien unidos no se pueden dividir, y que está gobernada por el Espíritu Santo. Se dio esta explicación y se me repitió la pregunta que la originó. Nicolás l'Oyseleur, que venía a verme casi todos los días, ya me había dicho:

— Jeanne, no le creas a esta gente de la Iglesia, porque si lo haces, morirás.

— Vine al Rey de Francia, en nombre de Dios, la Virgen María, los santos y santas del paraíso, por orden de la Iglesia victoriosa de arriba, a la que someto todas mis acciones y palabras; en cuanto a someterme a la Iglesia militante, no responderé hoy.

— ¿Qué pasa con la ropa de mujer que te ofrecen para que puedas ir a misa?

— En cuanto a la ropa de mujer, solo podré usarla cuando Nuestro Señor lo desee; en caso de tener que desnudarme durante el juicio, pido a los señores de la Iglesia que me concedan la gracia de regalarme un camisón de mujer y una gorra; Prefiero morir antes que revocar lo que el Señor me pidió que hiciera. Creo firmemente que nunca me dejará degradar más y estoy segura de que pronto vendrá en mi ayuda con un milagro.

- Ya que dijiste que usas ropa de hombre por orden de Dios, ¿por qué pediste un camisón en caso de muerte?
- Basta con que sea largo.
- ¿Tu madrina, que vio a las hadas, tiene fama de ser una mujer buena y sensata?
- Es considerada una mujer amable y virtuosa, no es hechicera ni bruja.
- Dijiste que usarías ropa de mujer si te dejamos ir; ¿Le agradaría eso a Dios?
- Si me enviaran con ropa de mujer, volvería a usar ropa de hombre, si esa fuera la voluntad de Dios.
- ¿Cuántos años tienes y qué ropa visten Santa Catalina y Santa Margarita?
- Ya he respondido lo más posible, no diré nada más al respecto.
- ¿Pensaste que las hadas eran espíritus malignos?
- No sabía nada.
- ¿Sabrías si a Santa Catalina y a Santa Margarita les gustan los ingleses?
- Aman lo que Dios ama y odian lo que Él odia.
- ¿Dios odia a los ingleses?
- No conozco el amor ni el odio de Dios por las almas de los ingleses, pero sí sé que serán expulsados de Francia, salvarán a los que mueran en nuestro suelo, y que Dios enviará la victoria a los franceses.
- ¿Estaba Dios a favor de los ingleses cuando prosperaron en Francia?
- No sé si odiaba a los franceses, pero creo que si permitió que fueran derrotados fue por sus pecados.
- ¿Qué garantía y qué recompensa espera de Nuestro Señor por haber llevado ropa de hombre?
- Por todo lo que he hecho y por llevar ropa de hombre, no espero de Dios nada a no ser la salvación de mi alma.
- ¿Qué armas le ofreciste a Saint—Denis?
- 'Un arnés militar blanco y una espada que había ganado en los días de París.
- ¿Por qué hiciste esta donación?
- Por devoción y por seguir la costumbre de los militares que actuaban así cuando eran heridos; Me había lastimado frente a París, y se los ofrecí a Saint—Denis pues ¡Montjoie Saint—Denis!—, es el grito de guerra de Francia.¹²⁴
- ¿Se suponía que debíamos venerarlos?
- No.
- ¿Para qué eran las cinco cruces de la espada de Santa Catalina de Fierbois?
- No se nada.
- ¿Por qué mandaste pintar ángeles con brazos, pies, piernas y ropa en tu estandarte?
- Ya respondí sobre eso.
- ¿Los pintaste como se te aparecieron?
- Los hice pintar como están en las iglesias.
- ¿Los viste como eran en la pintura?
- No diré más.
- ¿Por qué no mandaste pintar la claridad que viene con los ángeles y las voces cuando se te presentan?
- Eso no me fue indicado.

¹²⁴Montjoie Saint-Denis!: Grito de guerra de los reyes de Francia devotos de la abadía de Saint-Denis. (N. de E.)

Por la tarde asistió a la sesión el obispo de Beauvais, que no lo hacía desde hacía dos o tres días.

— ¿Los ángeles pintados en tu estandarte representan a San Miguel y San Gabriel?

— Solo estaban allí para honrar a Nuestro Señor, quien fue pintado sosteniendo el mundo.

— ¿Eran esos dos ángeles los que protegían al mundo? ¿Por qué no viste a otros ya que Nuestro Señor te había dicho que usaras tal estandarte?

— Todo el estandarte fue designado por Nuestro Señor. Santa Catalina y Santa Margarita me dijeron: — por orden del Rey del cielo, usa el estandarte—; por eso hice pintar sobre él a Nuestro Señor y dos ángeles, según la orden de Santa Catalina y Santa Margarita.

— ¿Les preguntaste si, gracias a tu estandarte, ganarías batallas y obtendrías grandes victorias?

— Me dijeron que lo usara con valentía y que Dios me ayudaría.

— ¿Quién ayudó más: la dama al estandarte o el estandarte a la dama?

— Me entrego a Nuestro Señor.

— ¿La esperanza de ganar la victoria se basó en el estandarte o en la dama?

— Fundada en Dios Nuestro Señor y nada más.

— Si alguien más se lo hubiera llevado, ¿habría tenido tanta suerte como tú?

— No sé nada, me entrego a Dios.

— Si alguien de tu grupo te hubiera dado ese estandarte, ¿lo habrías dirigido con tanta confianza como la que Dios te había dado?

— Habría aceptado más voluntariamente lo que Dios me confiara, pero me entrego a Él para esa respuesta.

— ¿De qué servía la señal que colocabas en tus cartas: Jesús, María?

— Las personas que las escribieron se las pusieron y algunos decían que yo tenía que poner a Jesús, María.

— ¿Alguien te ha revelado que si perdías tu virginidad, perderías tu felicidad y las voces te abandonarían?

— Eso no me fue revelado.

— Si estuvieras casada, ¿crees que las voces seguirían llegando?

— No lo sé, me dirijo a Dios en busca de esa respuesta.

— ¿De verdad crees y crees que tu rey actuó correctamente al matar o hacer que mataran al duque de Borgoña?

— Este hecho provocó graves problemas para el reino de Francia; pero quienesquiera que fueran, Dios me envió para ayudar al rey de Francia.

— Le dijiste al señor de Beauvais que responderías, tanto a él como a sus comisarios, como si estuvieras ante nuestro Santo Padre, el Papa, pero hay preguntas que te niegas a responder. Si estuvieras ante nuestro Santo Padre, el Papa, ¿responderías más plenamente que ante monseñor de Beauvais?

— Respondí de la manera más sincera y amplia que pude; si supiera algo que no dije, lo revelaría voluntariamente, con el permiso de las voces.

— ¿Qué edad tenía el ángel que trajo la señal de tu rey? ¿Qué tan alto era y cómo te vestías?

— ¡Pásalo!

— ¡Responde!

Te dije lo que sabía; nuestro Santo Padre, el Papa, no podría hablar más que eso.

— ¿Crees que podrías negarte a decirle eso si te interroga?

— Llévame con él y le responderé con el permiso de las voces.

— ¿Crees que deberías responder de manera amplia y veraz a nuestro Santo Padre, el Papa, Vicario de Dios en la Tierra, a cualquier cosa que te pregunte sobre la fe y tu conciencia?

— Te ruego que me lleves con él, responderé en tu presencia todo lo que deba responder.

Este apelo al Papa habría bastado para anular el proceso; aunque había sido conforme a la justicia y las formas habituales, tampoco mis jueces le hicieron caso y el obispo de Beauvais consiguió el silencio del pequeño grupo de personas presentes a su alrededor, ya sea con dinero o con amenazas.

— ¿Qué metal era ese anillo tuyo que contenía la inscripción Jesús, María?

— No sé, si era oro, no era oro puro, creo que tenía tres cruces y la inscripción Jesús, María, no sé nada más.

— ¿Por qué siempre lo mirabas antes de que se fuera a la guerra? ¹²⁵

— Porque me recordaba a mi padre y a mi madre y porque cuando lo estaba usando toque a Santa Catalina.

— ¿Qué parte?

— No lo sabrán.

— ¿Besaste a Santa Catalina y Santa Margarita?

— Si a ambas.

— ¿Tenían cierto olor?

— ¡Que pregunta! ¡Por supuesto!

— Cuando las besaste, ¿sentiste calor o alguna otra cosa?

— No podría besarlos sin sentirlos y tocarlos.

— ¿En qué parte de tu cuerpo los besaste? Parte superior o inferior.

— El respeto, ordena que sea la inferior, les besé los pies.

— ¿Les ofreciste coronas de flores?

— Sí, frente a sus imágenes, en las iglesias, pero no recuerdo haberlas ofrecido cuando aparecieron.

— Cuando colocaste las guirnaldas en las ramas del árbol de las hadas, ¿las colocaste en honor a ellas?

— No.

— ¿Entonces para qué?

— Para decorar el árbol, que nos dio a mis amigos y a mí sombra y frescor durante el calor.

— Cuando los santos vinieron a hablar contigo, ¿les diste muestras de respeto, como arrodillarse o inclinarse?

— Sí, lo más posible, porque sé que están en el paraíso.

— ¿No sabes nada sobre la gente que habla con las hadas?

— Nunca supe, escuché decir que iban allí los jueves. No creo lo que dicen, creo que esto es brujería y algo malo.

— ¿Pasaste el estandarte alrededor de la cabeza del rey?

— No.

— ¿Por qué fue llevado a la Iglesia de Reims ante los estandartes de otros capitanes?

— Había sufrido riesgos, se merecía ese honor.

El 18 y 19 de marzo, los consejeros y el vice inquisidor se reunieron en la casa del obispo de Beauvais; organizaron varios asuntos y, el sábado 24, llegaron al penal mis dos jueces, los asesores y el fiscal. La intención era que reconociera como verdaderas algunas de mis respuestas que escribieron en francés en un cuaderno. Antes de leerlos, el fiscal se ofreció a certificar que esta copia estaba de acuerdo con el original, en caso de que negara cualquier pregunta o respuesta; como estaban casi totalmente de acuerdo con la verdad, no me opuse.

¹²⁵Durante mucho tiempo, antes de mi arresto, los ingleses tenían espías que les describían mis más pequeños gestos. (Nota de la edición francesa)

Le pedí humildemente al obispo que me permitiera asistir a misa el domingo, le pedí que me dejara confesar y tomar la comunión en Pascua.

Tenía una vaga sospecha sobre l'Oyseleur que no podía definir y reprimía con todas mis fuerzas; su insistencia en que negara las apariciones hizo que cayera en descrédito, en mi opinión, como confesor. Toleraba sus consejos como si fueran de un amigo, pero como venían de un sacerdote, pensé que eran malos. Anhelaba ardientemente otro confesor que me guiara con mayor claridad.

El 25 de marzo, Domingo de Ramos, Cauchon vino a visitarme con el fiscal y cuatro ayudantes; me dieron permiso para asistir a misa si usaba ropa de mujer como en Domremy. Renové mi solicitud de hacerlo vestida de hombre; si él no se movía, yo no lo haría; y se fue sin haberme permitido nada.

El 26 de marzo, el fiscal presentó a los jueces, en presencia de 16 asesores, 60 artículos sobre los cuales me interrogarían; habían sido formulados después de los interrogatorios. Estuvieron de común acuerdo en que, si me negaba a contestarles, serían admitidos como confesados e investigados. El día 27 fui interrogada y al día siguiente completé las respuestas. No los diré aquí porque son exactamente los mismos que se hicieron en las secciones anteriores.

El Jueves Santo, 29 de marzo, dos religiosos, fray Isambert de la Pierre y fray Martin l'Advenu, entraron en mi celda con algún pretexto; me consolaron y me dieron buenas ideas, entre ellas que debía someterme al Papa y al Concilio, me advirtieron que si no lo hacía estaría en peligro. Estaba segura de la sinceridad de Nicolás l'Oyseleur para dudar de él, lo que me dejó muy indecisa.

El 30 de marzo me citó el obispo. Fray Isambert se sentaba a mi lado cada vez que asistía a las sesiones, daba respuestas y me ayudaba con su poder. Luego me pidieron que me sometiera a la Iglesia. Les pedí que me enviaran al Papa, que me sometería a él y no al juicio de mis enemigos. Fray Isambert lamentó que mis jueces insistieran en presentar su tribunal como investido de los poderes de la Iglesia universal, sin embargo, no se atrevió a protestar públicamente contra la falsedad de tal afirmación. Me aconsejó que me sometiera al Concilio de Bale. A pesar de mi confianza en esta buena persona religiosa, temía peligros ocultos en esta propuesta. Pregunté qué era el Concilio General; él respondió que era la congregación de toda la Iglesia universal y que en ella había igual número de franceses e ingleses.

— En ese caso, dije enérgicamente, me someto a nuestro Santo Padre, al Papa y al Concilio de Bale. El obispo, abrumado por el odio, dijo a fray Isambert: — ¡Cállate, maldito seas! Al mismo tiempo, ordenó que no se escribiera nada sobre mi sumisión al Concilio de Bale.

— ¡Pobre de mí! Exclamé, escribes lo que está en tu contra, pero te niegas a escribir lo que está a mi favor.

Los ingleses y sus protegidos hicieron todo tipo de amenazas a fray Isambert para silenciarlo. El obispo preguntó quién, desde el día anterior, podría haberme convencido de someterme al consejo. Los ingleses que me miraban dijeron que Jean de Fontaine, Fray Isambert y Fray Martin l'Advenu fueron los únicos que me hablaron. El primero y el último no estuvieron presentes. Cauchon se enojó con el inquisidor adjunto y amenazó a los culpables con el peso de su indignación. Jean le Maistre los defendió valientemente. Cauchon, que sabía lo necesaria que era su presencia para la validez del proceso, cedió a sus pedidos, permitiendo que los dos religiosos y Fontaine siguieran visitándome. Tan pronto como terminó la sesión, escribió al consejo de los británicos para rogar que cesaran estas entrevistas.

Fra. Isambert, Fra. Guillaume Duval, que era su colega, y Jean de Fontaine, viniendo a mi prisión, se encontraron con el Conde de Warwick, quien los cubrió de injurias.

— ¿Por qué apoyas y guías a esta maligna?, dijo dirigiéndose a fray Isambert, ¡Canalla! ¡Sin vergüenza! si vuelves a empezar, ¡te arrojaré al Sena!

Los dos amigos del buen padre tuvieron tanto miedo que huyeron; Fontaine, que pensó que debería temer más que nadie, dejó Rouen y nunca regresó.

En una nueva sesión con el obispo, redujeron el número de artículos a doce. Fue, según el obispo y sus cómplices, un análisis rápido y fiel de mis confesiones. Nicolás Midy las escribió, y lo hizo con tal arte que sus afirmaciones me culpaban de todos los temas, conservando una apariencia de gran verosimilitud; fueron comunicados a algunas personas de confianza del obispo, sin embargo, uno de ellos vio claramente que allí había importantes inexactitudes y propuso correcciones que presentó en consejo secreto y que fueron todas aceptadas. Esta decisión frustró toda la trama del obispo que tomó una actitud audaz, ignoró las correcciones y envió la cédula de los doce artículos a los asesores consultores del Santo Oficio, sin hacer la menor alteración; cada uno de ellos debía, dentro de un plazo determinado, dar su opinión por escrito y sellarla con su sello personal.

Artículo I

— Una mujer dice y afirma que a los trece años, aproximadamente, vio con sus ojos corporales a San Miguel que venía a consolarla y, a veces, también a San Gabriel; que los dos aparecían bajo una figura corporal y que a menudo una multitud de ángeles los acompañaba y que, desde entonces, Santa Catalina y Santa Margarita se le aparecen corporalmente; que las veía todos los días y escuchaba sus voces; que a veces las abrazó y besó, tocando sus cuerpos; que también vio los rostros de los ángeles y la de los dos santos; pero ella no quiso decir nada sobre las otras partes o su ropa. Según declaró, los dos santos hablaban a veces en una fuente, ubicada cerca de un gran árbol llamado el árbol de las hadas, porque, según dicen, frecuentaban ese lugar y la gente iba allí para recuperar la salud; a pesar de ser un lugar profano, según su confesión, adoró a los santos allí varias veces y les hizo reverencias.

También dice que, desde ese momento, las dos santas se le aparecen y se le muestran con coronas muy hermosas y preciosas; que por orden de Dios le ordenaron ir a cierto príncipe y prometerle que con su ayuda y sus labores recuperaría un gran dominio temporal y un gran honor mundano; que lograría la victoria sobre sus enemigos, si la tomaba a su servicio y le daba armas con un cuerpo de ejército para cumplir sus promesas. Además, agrega que estos dos santos le ordenaron, en el nombre de Dios, que tomara y usara ropa de hombre, lo cual hizo, como todavía lo hace, para obedecer esta orden, y que preferiría morir antes que dejarlos, a menos que fuese por orden de Dios. Ella prefirió no asistir a misa y estar sin el sacramento de la Eucaristía en los días prescritos para los fieles, en lugar de tomar la ropa de las mujeres y dejar la ropa de los hombres.

Agrega también que estos dos santos la autorizaron cuando, sin que ella lo supiera y contra la voluntad de su padre y su madre, a la edad de aproximadamente diecisiete años, dejó su hogar paterno y, uniéndose a una multitud de soldados, pasó sus días y sus noches con ellos, nunca, o muy raramente, tenía a otras mujeres con ella.

En su opinión, estos santos le dijeron y le ordenaron muchas otras cosas, por eso se considera enviada por Dios del cielo y por la Iglesia victoriosa de los santos que ya gozan de la bienaventuranza.

Artículo II

— Esta misma mujer también dice que el signo a través del cual el príncipe, a quien fue enviada, decidió creer sus revelaciones, recibéndola para hacer la guerra, consiste en lo siguiente: San Miguel, acompañado de una multitud de ángeles, algunos con alas, algunas con coronas, y entre ellas Santa Catalina y Santa Margarita, vinieron a hablar con el príncipe; este ángel y estos santos caminaron en tierra firme a lo largo del camino, en escalones y en su

habitación con otros ángeles; uno de ellos presentó al príncipe una preciosa corona de oro puro y se inclinó profundamente. Esta mujer piensa que el príncipe estaba solo cuando recibió esta señal, aunque había gente cerca; y, en otra ocasión, un arzobispo recibió una señal, que era una corona, y se la dio al príncipe, en la presencia y vista de varios señores temporales.

Artículo III

— Esta mujer sabe quién la visita y está segura de que es San Miguel, gracias a los buenos consejos y ayudas que le da, así como por la doctrina que le enseña; ella cree en él, porque se nombró a sí mismo. Ella distingue perfectamente a una santa de otra cuando dicen sus nombres cuando llegan y la saludan. Por eso cree que el santo es San Miguel y está tan segura de que los discursos y acciones de dicho santo son verdaderos y buenos, como cree que Nuestro Señor Jesucristo sufrió y murió por nuestra redención.

Artículo IV

También dice que está segura de que muchos hechos, previstos para el futuro, se harán realidad y se enorgullece de haber tenido conocimiento, a través de las revelaciones hechas por los santos, de hechos secretos como, por ejemplo, que ella sería liberada de prisión y que los franceses harían en su compañía la mayor hazaña militar que jamás haya existido en la cristiandad y, sin embargo, ella reconoció, a través de la revelación, a personas que nunca había visto, y a quienes reveló y provocó que encontraran cierta espada enterrada en la tierra.

Artículo V

— Esta misma mujer dice y afirma que Dios le ordenó que usara continuamente ropa de hombre, que podía usar un vestido corto, un 'gripçon' con mangas y pantalones cortos atados con varias cintas, para mantener siempre el cabello cortado en redondo, por encima de las orejas y que no tuviera nada sobre sí misma que indicara o diera a conocer el sexo femenino, solo lo que la naturaleza ponía en él por la diferencia de su sexo. Afirma haber recibido la Eucaristía vestida de esta manera varias veces; y no quiso, a pesar de haber sido aconsejada y amistosamente advertida en varias ocasiones, volver a usar su ropa femenina, diciendo que prefería morir antes que tener que dejar esa ropa.

Dijo que si ella estaba vestida de manera masculina junto a aquellos por quienes estaba luchando, y podía hacerlo así antes de su arresto y detención, este sería uno de los mayores bienes para todo el reino de Francia; agregando que, por nada en este mundo, prestaría juramento de renunciar a sus vestimentas masculinas ni a sus armas; en todo esto ella dice que actuó cierta y correctamente en obediencia a Dios y a sus órdenes.

Artículo VI

— Ella confesó y confirmó que tenía varias cartas escritas donde puso: Jesús, María, con una cruz; que a veces ponía otra cruz y que significaba que no era para cumplir lo que había pedido en la carta. En otros, escribió que haría matar a los que no obedecieran sus cartas o sus órdenes, y que se haría reconocer de inmediato, porque ella tenía la mayor autoridad venida del Dios del cielo; y siempre dice que no hizo nada contrario a las revelaciones o las órdenes de Dios.

Artículo VII

— Ella además dice y confiesa que, a los diecisiete años, tenía libre albedrío, y gracias a una revelación, encontró un capitán que nunca había visto antes, dejando su hogar paterno en contra de los deseos de sus padres, que casi pierden la razón cuando se enteraron de su

partida; le pidió a este capitán que la llevara o la ayudara a encontrar al príncipe mencionado anteriormente; que este capitán luego le dio, a petición suya, un manto de hombre y una espada, y también le dio un escudero y cuatro valets para escoltarla; y que habiendo llegado al príncipe ella le dijo que deseaba dirigir la guerra contra sus adversarios y le prometió conseguirle un vasto territorio y derrotar a sus enemigos porque fue enviada por Dios desde el cielo .

Artículo VIII

— Dice y confiesa que, sola y sin estar compelida ni obligada, se arrojó desde una torre muy alta, prefiriendo morir antes que ser puesta en manos adversarias o sobrevivir a la destrucción de la ciudad de Compiègne. También dice que no pudo evitar este salto a pesar de la prohibición de los santos y a pesar de saber que era un gran pecado ofenderlos; pero, según ella, ese pecado le fue perdonado en una confesión y esta revelación le fue dada más tarde.

Artículo IX

— Las dos santas le revelaron que sería salva en la gloria de los bienaventurados; que obtendría la salvación de su alma, si conservaba la virginidad que ella les había dedicado desde la primera vez que las vio y oyó; en esa ocasión confirmó que tenía asegurada su salvación como si estuviera, real y concretamente, en el reino de los cielos.

Esta misma mujer dice que las dos santas le prometieron llevarla al paraíso, si conservaba la pureza de cuerpo y alma que les había dedicado; También dijo que tiene la certeza de que ya está en la gloria de los santos y no cree que haya cometido un pecado mortal porque, si estuviera en ese estado, las dos santas, según ella, no vendrían a verla todos los días como lo hacen.

Artículo X

— Esta misma mujer dice y confirma que Dios ama a ciertas personas que ella designa y nombra y que todavía están en la tierra; que los ama aún más que a ella; que lo sabe por la revelación de Santa Catalina y Santa Margarita, que le dijeron, no en inglés, sino en francés, pues ellas no están a favor de los ingleses; que en cuanto supo que las voces estaban a favor del príncipe, de quien se habló anteriormente, ella ya no gustó de los — bourguignons—.

Artículo XI

— Dice y afirma que, como muestra de respeto por a las voces y a los espíritus que llama Miguel, Gabriel, Catalina y Margarita, los ha adorado varias veces, descubriendo su cabeza, arrodillándose y besando el suelo sobre el que pisan y ofreciéndoles su virginidad; que, cuando abrazó a los dos santos, los tocó corporal y sensiblemente; que los llamó varias veces para pedirles consejo y ayuda, a pesar de que siempre venían a visitarla incluso sin que los llamara; que ella aceptó y obedeció su consejo desde la primera aparición sin pedir la opinión de nadie, como su padre, madre, sacerdote o cualquier otro prelado o eclesiástico. Según sus palabras, cree que las voces de los santos y santas de esta naturaleza le vienen de Dios y por sus órdenes, también cree en la religión cristiana y que nuestro Señor Jesucristo sufrió la muerte para liberarnos; piensa que si se le apareciera un espíritu maligno que dijera ser San Miguel, sería capaz de discernir su intención. Esta misma mujer también dice que, por su propia voluntad, sin que la hayan llevado o inducido a hacerlo, juró a estos dos santos no revelar, de ninguna manera, la señal de la corona que debía entregarse al príncipe a quien ellos le enviarían, y que no podría revelarlo sin su permiso.

Artículo XII

—Esta misma mujer dice y confiesa que si la Iglesia quisiera que ella hiciera algo contrario a lo que dice ser ordenado por Dios, no lo haría por nada, diciendo que sabía bien lo que contenía su proceso venido por orden de Dios, y que le sería imposible hacer otra cosa. Agrega que, en este sentido, no se rinde, en modo alguno, a la decisión de la Iglesia militante ni a la decisión de ningún hombre en el mundo, sino únicamente a Dios, Nuestro Señor, especialmente en lo que respecta a las revelaciones y a las materias que de ella son tema; igualmente a todo lo que hizo a causa de estas mismas revelaciones; agrega que no respondió nada, obtenido de ideas de su cabeza, sino según el orden de las voces y en virtud de las revelaciones que se le hicieron; a pesar de que los jueces y otras personas presentes le han citado varias veces el artículo de fe: Creo en la Iglesia, única, santa y católica, diciéndole que todo creyente vivo está obligado a obedecer y someter sus discursos y sus acciones a la Iglesia militante, especialmente en materia de fe con respecto a la doctrina sagrada y las órdenes eclesiásticas.

Ella renegó y recusó someterse (ella, sus acciones y sus discursos) a la Iglesia militante, a pesar de haber sido advertida y citada, diciendo que era imposible hacer lo contrario de lo que, en su proceso, asegura haber hecho por orden de Dios; y que en esto, ella no está inclinada a la decisión o juicio de ningún hombre vivo, sino solo al juicio de Dios.

Mis respuestas a los interrogatorios destruyeron bastantes de estas acusaciones.

Casi todas las opiniones de los asesores fueron en mi contra, ya que nadie se molestó en comparar estos artículos con mis respuestas, que, además, habían sido, en su mayor parte, falsificadas. Además de los consultores del Santo Oficio, una gran cantidad de personas dieron su opinión, pero el obispo solo reveló a quienes podrían serle útiles.

Mil inquietudes lo agitaban; los ingleses lo amenazaban continuamente y se irritaban por la lentitud del proceso. Sin embargo, no podía acelerarlo más de lo que ya hacía; el temor de que cualquier incidente revelara sus infames maniobras al público no le proporcionó un momento de paz.

Entonces resolvió, poner fin a su cruel inquietud, acabar con mi vida, en secreto. Para ello me envió una carpa envenenada, que comí sin sospecha alguna, y esa misma noche me consumió una fiebre ardiente.

El cardenal de Winchester y el conde de Warwick, informaron que estaba gravemente enferma, enviaron médicos y recomendaron que hicieran todo lo posible para curarme. Querían que me muriera a toda costa; pero era necesario, por sus intereses, que esto fuera pública y violentamente. Los médicos, después de examinarme, fueron a informar al conde de Warwick que tenía fiebre y que sería necesario sangrar. El Conde les prohibió hacerlo, diciendo que yo era astuta y que podía aprovecharme para intentar suicidarme. Los médicos, y sobre todo el interés, actuaron tan intensamente en su mente que finalmente consintió.

Uno de los cocineros del obispo, el mismo que preparaba la carpa, reveló al Conde la perversidad del prelado, pidiendo una suma de dinero como recompensa. Warwick llamó inmediatamente a Cauchon, le reprochó su actitud y amenazó con arrojarlo al río Sena si no me devolvía la vida. Muy feliz de salvarse de ese clavo, se lo prometió formalmente; Me administró en secreto un antídoto que me salvó, y el sangrado de los médicos acabó con la fiebre.

Huelga decir que el obispo y el conde guardaron un profundo silencio al respecto; el primero habría pagado caro su intento si el segundo hubiera podido encontrar una criatura devota para hacerlo.

Acababan de sangrarme cuando el Fiscal de Estivet y Jean Tiphaine, maestro de artes y medicina, vinieron a visitarme por parte de los jueces. El médico, tocándome la muñeca, me

preguntó qué tenía y dónde me dolía. Le dije que el obispo me había enviado una carpa, que me la había comido y que, según mi opinión, ese era el motivo de mi enfermedad. D'Estivet gritó que estaba calumniando y dijo insultos que prefiero no comentar.

— Comiste arenque, dijo, y otras cosas que no te hacen bien.

Sus atroces insultos me calentaron la cabeza, él, a su vez, estaba tan irritado que los guardias lo obligaron a alejarse. La impresión que sentí con la escena fue tal que la fiebre volvió y puso en peligro mi vida. El conde de Warwick reprendió enérgicamente a d'Estivet y le prohibió volver a maldecirme.

Mi enfermedad fue larga y cruel; todo el tiempo la gente creía que estaba a punto de morir. Todavía corría riesgo de vida cuando llegó la primera advertencia episcopal; Estaba demasiado enferma para responder y me contenté con pedir los últimos ritos y la certeza de descansar en tierra santa después de mi muerte. Me dijeron que estaban a punto de permitirme la confesión; por lo demás, sin embargo, no debería pensar en ello antes de someterme a la Iglesia.

Oraciones, amenazas, nada pudo alterarme; solo pedí ser enterrada en tierra santa, diciendo que había sido bautizada y que moriría como una buena cristiana.

Mientras tanto el obispo, para poner a prueba mi confianza en las oraciones de la Iglesia, me preguntó si quería que se hiciera una procesión para obtener de Dios mi recobro; Le respondí que me consideraría feliz si los católicos y la Iglesia quisieran orar por mí.

Mis buenos amigos de Beaurevoir siempre pensaron en mí.

El conde de Ligny vino a visitarme, a petición suya, para tratar de consolarme. Vino a verme a mi prisión con el conde Scanffort, el conde de Warwick y algunos otros nobles. El conde de Ligny dijo que había venido a organizar mi rescate en caso de que yo prometiera no volver a usar las armas contra los ingleses y los Bourguignon.

— Estás bromeando, sé muy bien que no tienes ni la voluntad ni el poder.

Persistió en sus afirmaciones y yo repetí las mismas palabras agregando:

— Sé bien que los ingleses me matarán, pensando que mi muerte ganará el reino de Francia; pero incluso si fueran cien mil *goddams*—¹²⁶ más de lo que son hoy, no ganarían. Estas palabras irritaron al conde de Scanffort, quien desenvainó su daga y me habría herido si el conde de Warwick no lo hubiera detenido.

El cabildo de Rouen no podía resolverse ni en creer la verdad de los doce artículos ni en dar su opinión sobre ellos antes de que la Universidad de París y las dos Facultades de Teología y Derecho se hubieran pronunciado. Por otro lado, era poco probable que la Facultad de Derecho pudiera creer que yo apoyaba obstinadamente estas respuestas, asumiendo que yo disfrutaba del sentido común. Para decidir sobre el caso de Rouen, recurrieron a una nueva amonestación, que se hizo pública.

L'Oyseleur se encargó de prepararme para el papel que se suponía que debía desempeñar; No fue difícil para él persuadirme de que estaría perdida si me sometía a la Iglesia, porque entonces reconocería la jurisdicción de mis jueces que usurparían los poderes.

El 2 de mayo me llamaron a la sala del castillo de Rouen donde se había instalado la corte. Nada más curarme de la enfermedad, Cauchon me dijo que cumpliera con los pedidos que me haría Jean Castillon, que era el responsable de llevar a cabo las amonestaciones.

Éste me brindó un largo discurso sobre mis deberes y mis presuntos delitos, de los cuales el principal fue el uso de ropa de hombre. Se extendió sobre las mentiras que yo dijera durante los interrogatorios; entre otras, la alegoría sobre la señal dada a Carlos VII. Finalmente habló

¹²⁶Goddaml: así se llamaba comúnmente a los ingleses por su forma familiar de Maldecir "God Dam": "Dios me maldiga". (Nota de la edición francesa)

de la Iglesia militante y de la Iglesia universal de una manera muy diferente a la de Jean de Fontaine; su discurso estuvo lleno de contradicciones. Terminó su largo sermón preguntando si quería corregirme y enmendar como me ordenaban los sabios doctores consultados.

— Lee tu libro y te responderé; Me entrego a Dios, mi Creador y a quien amo con todo mi corazón

— ¿No quieres seguir respondiendo a esta advertencia general?

— Confío en mi juez, que es Rey del cielo y de la tierra.

— Anteriormente solicitaste que tus acciones y palabras fueran vistas y examinadas comúnmente como se hizo en esta cédula.

Me pidieron que creyera y me sometiera a la Iglesia militante.

—Creo, respondí, en la Iglesia de abajo; pero en cuanto a mis acciones y mis palabras, sólo confío en Dios, como dije. Creo que la Iglesia militante no puede extraviarse ni caer en el error; sin embargo, en cuanto a mis palabras y mis acciones, me someto a Dios, mi Creador, que me hizo hacer todo lo que hice y solo quiero dirigirme a él.

— ¿Quiere decir con eso que no hay jueces en la Tierra, ni siquiera Monseñor el Papa?

— No diré nada más; Nuestro Señor es bueno y yo me entrego en todo a Él y a nadie más.

Agotada por el cansancio y debilitada por la enfermedad, olvidé mencionar al Papa; si todo hubiera sido explicado de buena fe, en cuanto a mi sumisión a la Iglesia, la ambigüedad se habría aclarado; pero esa no era la intención de mis jueces; recurrieron a las amenazas, sabiendo que no había mejor manera de mantenerme firme en mi resolución. Me amenazaron con que si persistía en negarme, me declararían hereje y me quemarían como tal.

— Aunque viera el fuego, respondí, no diría más.

— Estaba persuadida de que querían reconocerme como una criminal por haber ayudado a Carlos VII; ese era el verdadero objetivo de mis jueces, las preguntas que me dirigían eran tan oscuras y confusas que decidí negarme a dar más explicaciones. Si el Consejo General estuviera aquí, ¿le gustaría someterse y confiar en él?

— No responderé.—

— ¿Quiere someterse a nuestro Santo Padre, el Papa?

— Llévame con él y te responderé.

Mi ropa también sirvió de motivo para una enorme cantidad de preguntas; Las contesté todas de la misma manera que antes, y cuando Castillon me convocó para que retomara la ropa de mujer, me negué.

Todas las amonestaciones se habían hecho en un intento de obligarme a recusas formales y eso era todo lo que querían de mí. Solo hablaré de las preguntas y respuestas importantes. Me preguntaron si me gustaría hablar sobre la señal entregada al Rey, al Arzobispo de Reims, a Carlos de Borbón, a la Trémoille, y a otros caballeros que, según había declarado, estaban presentes en mi recepción en Chinon; Entonces respondí:

— Dame un mensajero y escribiré lo que se necesita para mi proceso.

— Si enviamos dos o tres curas de tu partido, que vinieran con salvoconducto, ¿Te gustaría hablar con ellos sobre tus apariciones y el contenido del proceso?

Haz que vengan y te responderé.

— ¿Quieres someterte y confiarte a la Iglesia de Poitiers?

— ¿Crees que caería en esa trampa y me entregaría a ti?

Solo el Concilio podría salvarme y reconociendo la jurisdicción de la Iglesia de Poitiers también habría reconocido a Rouen. Me dijeron que era necesario someterme a la Iglesia bajo pena de ser rechazada por ella, y en ese caso, correría el riesgo del fuego eterno para mi alma y el de la Inquisición para mi cuerpo, a través de la sentencia de otros jueces.

— Nunca harás lo que dices en mi contra, porque el mal tomaría cuenta de sus cuerpos y almas.

Cariñosamente me exhortaron a someterme a la Iglesia militante, al Papa y al Concilio General. Las definiciones de la Iglesia Militante divergían considerablemente de las de Castillon, lo que me avergonzó hasta tal punto que pospuse las explicaciones en esta sesión. Reconocí a la Iglesia militante, sus poderes y atribuciones, pero me negué a someterme a ella, esta contradicción se debía a la forma en que se explicaban los jueces. Realmente me negué a someterme a la Iglesia, pero sólo a aquello de lo que hablaban mis jueces, es decir, a su tribunal investido, según ellos, de sus poderes. El capítulo de Rouen y los asistentes fueron víctimas de esta escena arreglada; el primero dio su opinión y dijo que debía ser juzgada por hereje.

El día de la tercera amonestación, se me apareció Santa Margarita:

— Hija de Dios, ten confianza, "El Señor mide el viento en la oveja esquilada".¹²⁷

Desapareció sin dejarme tiempo para hablar con ella, sin embargo, esas palabras y su dulce sonrisa incitaron mi coraje y estaba más tranquila, esperando esta nueva prueba que tanto temía.

Las personas que se suponía que iban a asistir, no tardaron en llegar. Antes del interrogatorio me dijeron que los verdugos estaban allí con todos los instrumentos necesarios para torturarme; de hecho, enviaron a algunas personas para hacerme sufrir. Estas amenazas no me hicieron hablar más de lo habitual; prometí solemnemente que si la violencia de los tormentos me arrancaba votos falsos, yo sostendría que solamente a la fuerza los arrancaron de mí y desmentiría todo.

Los jueces no juzgaron conveniente someterme a la tortura, viendo que la horrible visión de los instrumentos no me causó ninguna impresión y ellos hallaron que la tortura solo aumentaría mi perseverancia y atraería espíritus indecisos a mi favor.

Jean Castillon, hasta ese momento tan devoto del obispo, se puso abiertamente de mi lado; siguió un argumento final en el que Castillon declaró, ante el obispo de Beauvais, que el proceso era completamente nulo. A Jean Massieu se le ordenó que no incluyera a Castillon a partir de entonces en sus convocatorias, y ya no participó en mi proceso.

Los jueces, siguiendo la opinión de los doce asesores consultados, decidieron que no sufriría torturas; mi larga enfermedad me había debilitado tanto que temían que expirara durante las mismas, lo que perturbaría las opiniones y proyectos de los ingleses.

La duquesa de Bedford trataba incesantemente de aliviarme. Como una de las pocas personas que se interesaban por mí, ignoraba mi verdadera situación. Ella imaginaba que la ropa de hombre era la principal causa de los rigores a los que me estaban sometiendo. Creía que si volvía a usar ropa de mujer, esta prueba de sumisión haría que los jueces se volvieran a mi favor; hizo que una modista hiciera los vestidos y personalmente vino a traerlos; no decidiéndome a usarlos, colocó suavemente su mano sobre mi pecho para quitarme la ropa que estaba usando. Me molesté con este gesto y llena de indignación, le di tal bofetada que se desorientó:

— ¡Ah! ¡Señora Jeanne! ¡La Señora no va mal! ¡Por la Pascua de Dios! Nunca he recibido una bofetada como esa.

Fue a contarle la escena a la duquesa, que no pudo evitar reírse de mi desventura.

¹²⁷"L'Eternel mesure le vent à La brebis tondue", en el original francés; este dicho popular debe corresponder a nuestro "Dios da el frío según el cobertor". (N. de E.)

CAPÍTULO IX

Después de conocer los doce artículos, la Universidad de París quiso, según parece, ver mis respuestas para dar su opinión con mayor claridad. Parecía poco probable que se pudiera imponer algo a este cuerpo iluminado, hasta hacerles admitir respuestas falsas y distorsionadas como verdaderas; el incidente más pequeño podría revelar toda la trama.

La Universidad mostró una gran confianza en el obispo de Beauvais; esto le facilitó la realización del proyecto concebido. Él les escribió dando cuenta de la instrucción que estaba sometiendo para su apreciación y envió a París a dos consejeros que le eran completamente fieles: Jean Morice y Nicolás Midy; que tenían el título de plenipotenciarios del Rey de Inglaterra.

Le dieron a la Universidad y a las dos Facultades, Teología y Derecho, todo lo que querían saber y toda la seguridad que pedían; finalmente, eliminaron hasta la más mínima duda sobre la veracidad de los doce artículos. Las Facultades y la Universidad deliberaron de forma aislada. Citaré las calificaciones de las condenas aplicadas a cada uno de los doce artículos. Esta deliberación es de la Facultad de Teología, la de la Facultad de Derecho fue concebida con el mismo espíritu, y la Universidad adoptó ambas por completo. Así es como la Facultad de Teología resumió sus decisiones.

Sobre el artículo I

— Estas apariciones y revelaciones son disfrazadas, mentirosas, destinadas a seducir, y son perniciosas, o proceden supersticiosamente de espíritus malignos y diabólicos: Belial, Satanás, Belcebú.

Acerca del artículo II:

— El segundo artículo parece no ser cierto, sino más bien una mentira presuntuosa, seductora, perniciosa, inventada y despectiva a la dignidad angelical.

Acerca del artículo III

— Las señales anunciadas no son suficientes; esta mujer cree en ellos sin pensar y lo afirma con valentía. Además, de la comparación que hizo, queda claro que no cree correctamente y que se equivoca en la fe.

Acerca del artículo IV

— Superstición, conjeturas, historia presuntiva, llena de vana arrogancia.

Acerca del artículo V

— Esta mujer es blasfema y contempladora de Dios en sus sacramentos; violadora de la ley divina, la santa doctrina y las órdenes eclesiásticas; con malos pensamientos y vacilantes en la fe, llena de vana arrogancia, se la puede tener como sospecha de idolatría y de haber entregado su persona y su ropa al diablo, imitando costumbres paganas.

Acerca del artículo VI

— Es una mujer perniciosa, engañadora, cruel, ávida de sangre humana, sediciosa, que evoca la tiranía y blasfema de Dios en las órdenes que da y en las revelaciones que ella se atribuye.

Acerca del artículo VII

— Esta mujer es impía para con su padre y su madre, violando el precepto de honrarlos; escandalosa, blasfema contra Dios; ella yerra en la fe; hizo una promesa imprudente y presuntuosa.

Acerca del artículo VIII

— Lo que contiene este artículo es una pusilanimidad que llega a la desesperación; hay que interpretarla como una asesina en sí mismo.

La afirmación de que esta falta le ha sido perdonada es temeraria; indica además que esta mujer piensa mal sobre el libre albedrío del hombre.

Acerca del artículo IX

— Es una afirmación imprudente y presuntuosa, una mentira perniciosa, una contradicción al artículo anterior, esta mujer piensa mal en la fe.

Acerca del artículo X

— Es una afirmación presuntuosa, una conjetura imprudente, una superstición, una blasfemia contra Santa Margarita y Santa Catalina; es una transformación del principio del amor al prójimo.

Acerca del artículo XI

Suponiendo que esta mujer haya tenido las relaciones y apariencias de las que se jacta, y uniendo el presente artículo con lo decidido al respecto en el primero, es idólatra, invocadora de demonios; ella yerra en la fe, lo afirma con valentía y hace un juramento ilícito.

Acerca del artículo XII

— Esta mujer es cismática; piensa erróneamente sobre la unidad y autoridad de la Iglesia; es apóstata y yerra en la fe.

Estas calificaciones estaban supeditadas a dos circunstancias que prescribía la Facultad, la verificación: si realmente lo había dicho y si persistía en decirlo, en pleno uso de mi razón. En conclusión, la Facultad decidió que si me negaba a volver a la unidad de la Iglesia y hacer la reparación que estimara conveniente, luego de ser exhortada y amonestada públicamente, el juez competente debía pronunciarme y entregarme a los jueces seculares, para que reciba una pena proporcional a mis delitos. Como puede verse, la Facultad no admitió positivamente la competencia de mis jueces.

El 19 de mayo, los jueces y un gran número de consejeros acudieron al Arzobispado de Rouen para escuchar las deliberaciones de la Universidad. Luego recibimos las opiniones de los asesores presentes; tres prevalecieron:

El primero, de Nicolás de Vendéres, que consistió en condenarme de inmediato y entregarme a la justicia secular.

El segundo, el del abad de Fécamp, estaba en consonancia con el anterior, pero dando prioridad a la condena de una amonestación preliminar, cuyo resultado decidiría mi destino.

El tercero, el de Guillaume Boucher, tendía a ordenar una amonestación preliminar, en la que me comunicaban los doce artículos o afirmaciones que se me habían asignado, y a ordenar mi suerte sólo después de una deliberación ulterior, posterior a esa amonestación.

La opinión del abad de Fécamp tuvo el mayor número de votos; los asesores estaban convencidos de que los doce artículos eran ciertos. El obispo, sin embargo, a menudo veía desenmascarados sus trucos gracias a mi memoria. No se equivocó sobre las dificultades por las que atravesaría, haciéndome reconocer cosas que nunca había dicho.

Temblando, vio el momento de la prueba que más temía llegar.

Pierre Marice leyó en seguida el contenido de los doce artículos que me fueron dirigidos como desaprobación, luego colocó, después de cada artículo, la correspondiente calificación de condena. Luego pronunció un largo discurso para exhortarme a someterme a la Iglesia, cuidando de hacerme entender que así, estaba interpretando el tribunal de mis jueces.

Dije en pocas palabras que en lo que a mis declaraciones y acciones se refiere, solo me refería a lo que había dicho durante el proceso y que lo apoyaba. Apenas entendió lo que contenían los doce artículos, dada la velocidad de lectura. Pensé que al declarar que me estaba refiriendo a lo que había dicho en el proceso, naturalmente los llevaría a repasar las respuestas. Me advirtieron del peligro de mi obstinación y les respondí:

— Mismo estando en juicio, mismo viendo el juego preparado, la hoguera encendida y el verdugo listo para dispararme, no diría nada más de lo que dije en el proceso.

Mientras que yo solo guardaba la verdad, los asesores presentes, engañados por los doce artículos que creían que eran ciertos, se convencieron de que yo era terca con las mentiras contra las que habría protestado con todas mis fuerzas si las hubiera conocido. No di más respuestas a las preguntas de mis jueces y fui convocada para el día siguiente para escuchar mi juicio final.

La sentencia de condena se preparó el mismo día, pero los asesores no lo sabían.

Solo citaré un pasaje que les hará juzgar suficientemente el resto; en él se decía, hablando de mí, que yo había inventado las revelaciones y apariciones y que las creía superficialmente; terminaron declarando que yo era terca, perseverante en mis errores y herética; que como tal estaba aislada de la Iglesia, de la que era miembro infectado, y que sería confiada a la justicia secular a quien imploraron que me tratara con dulzura.

El objetivo del obispo no se había logrado por completo; quería hacerme revocar las afirmaciones que nunca había hecho y obligarme a retractarme públicamente de mi misión celestial.

Envió a varias personas a prepararme para la escena que tendría lugar en el cementerio de Saint—Ouen. Nicolás l'Oyseleur vino a pedirme que hiciera lo que quisieran los jueces; esta conducta era tan contraria a sus modales habituales que no pude ocultar mi sorpresa; parecía indignado por los peligros reales que corría; sus palabras parecían tan sinceras que me engañé.

— Jeanne, créeme; porque si quieres serás salvo; acepta la ropa de mujer, haz lo que te digo y te salvarás, estarás bien, no sufrirás nada y serás aceptada en el seno de la Iglesia.

Deseaba ardientemente estar lejos de las manos inglesas, esta promesa tuvo un gran efecto en mí.

El 24 de mayo vino Jean Beaupere a anunciar que me llevarían al patíbulo para ser advertida; dijo que si yo era una buena cristiana, sometería mis acciones y mis palabras al juicio de la Iglesia y los jueces eclesiásticos. Le respondí que actuaría en consecuencia.

Cuando se fue, escuché las voces de los dos santos; me animaron y me dijeron todo lo que yo haría.

En el momento de la reunión, Jean Massieu y Mauger le Parmentier vinieron a recogerme y me llevaron al cementerio de la abadía de Saint—Ouen. Se habían colocado dos andamios, en uno de ellos el obispo de Beauvais, el vice inquisidor y el cardenal de Winchester, los obispos de Noyon y Boulogne—sur—Mer, treinta y tres asesores y algunos extraños al proceso.

Subí al otro con Jean Massieu, Mauger le Parmentier, Guillaume Manchon, Boys—Guillaume; Fra. Martin l'Advenu y Nicolás l'Oyseleur se enfrentaron a Guillaume Érard, que estaba a cargo del papel de predicador. Una gran multitud se apretujó alrededor de los andamios, el

fuego se encendió en la plaza del Mercado Viejo y el verdugo estaba cerca del andamio donde yo estaba parada.

También había una cuadriga, una especie de carro tirado por cuatro caballos, para llevarme al fuego, si era necesario.

Guillaume Énard me dio un largo sermón sobre los deberes de un buen cristiano, sobre la Iglesia, sobre mi vida y mi doctrina; enumeró mis presuntos delitos, errores y mentiras; cuando terminó, leyó mi sentencia de condena y me llamó a someterme a la Iglesia. Las palabras del predicador estaban llenas de descaro, no contento con insultarme, llamó hereje y cismático a Carlos VII. Yo había sufrido pacientemente los insultos que me habían dirigido, pero no pude hacer lo mismo cuando se trataba del rey, y dije con fuerza:

Habla de mí lo que quieras, pero no hables del rey; él es un buen cristiano.

Eso no le impidió continuar. Indignada, grité:

— Maestro Guillaume, reverencia guardada, me atrevería a decir, y hasta juro, bajo pena de mi propia vida, que mi rey es el más noble de todos los cristianos, que ama la fe y la Iglesia, y no es así como lo presentaste.

El predicador y Cauchon ordenaron a Jean Massieu que me impusiera silencio, pero no me callé hasta que Guillaume Énard cambió de tema. Cuando terminó, le indicó a Jean Massieu que leyera la cédula de abjuración.

Estos son los términos en que fue concebido.

— Yo, Juana, declaro prometer y jurar ante Dios y los santos que ya no usaré ropas de hombres, ni me cortaré el pelo, ni tomaré las armas ni cabalgaré con los militares; Finalmente, yo, Juana, declaro formalmente y sin restricción alguna que abjuro de aquellas palabras y acciones mías que nuestro Santo Padre, el Papa, y nuestra Madre, la Santa Iglesia, juzgaron contrarias a la fe. Prometo hacer el bien y evitar el mal como todo buen católico debería hacerlo.

El predicador dijo:

— Jeanne, abjurarás y firmarás esa papeleta.

Respondí:

— No sé qué es abjurar, y pediré consejo al respecto.

Se ordenó a Jean Massieu que me explicara; dijo que sería aconsejable entregarme a la Iglesia universal para averiguar si debía o no abjurar de los artículos.

— Me dirijo a la Iglesia universal para saber si debo abjurar o no.

— Abjurarás o te quemarán, dijo el predicador; abjura y responde si te sometes a la Iglesia.

— Ya he respondido sobre mi sumisión a la Iglesia, en lo que se refiere a mis palabras y acciones; Doy mi consentimiento para que mis respuestas sean enviadas a Roma para ser examinadas allí, y me someto a la decisión de la Iglesia; Sin embargo, digo al mismo tiempo que no hice nada que no fuera por orden de Dios. Además, si en mis discursos hay algo malo, declaro que todo viene de mí y que mi rey no me ha obligado a hacer nada.

Me preguntó si me gustaría revocar mis palabras y acciones que fueron condenadas por los eclesiásticos.

— Me entrego a Dios ya nuestro Santo Padre, el Papa.

Respondió que eso no era suficiente, que el Papa vivía demasiado lejos para poder acudir a él.

— Los obispos, añadió, son jueces en sus diócesis; por eso, es necesario que vayas a nuestra madre, la Santa Iglesia y que aceptes todo lo que el clero y las personas capaces han decidido sobre tus palabras y acciones.

Yo estaba muy poco instruida sobre estas cuestiones teológicas para poder contrarrestar esta afirmación; así que tomé la decisión de guardar silencio.

El obispo leyó la sentencia de condena. Aunque, momentos antes, había reiterado mi llamamiento al Papa, todavía decía:

— Además, usted se negó, con un espíritu obstinado y perseverante, a someterse a nuestro Santo Padre, al Papa y al Consejo General.

Se multiplicaron las instancias y las exhortaciones para que abjurara; incluso los espectadores me presionaron. Las oraciones, las amenazas de muerte, todo se hizo para obligarme a hacer este acto tan ardientemente deseado por los jueces. Bajo la presión de las preguntas del predicador sobre mis prendas masculinas, dije que las usaba porque fui llamada a vivir en el ejército, y que era más prudente y decente para mí vestirme como ellas en lugar de usar ropa de mujer. Los ingleses y su gente rugían incesantemente a mi alrededor, con la intención de aterrorizarme. Algunas personas me arrojaron piedras. Las amenazas de la gente y especialmente las de Érard me causaron una irritación indescriptible. En un momento de impaciencia le dije enérgicamente:

— Todo lo que he hecho y hago, lo he hecho bien y estoy en lo correcto al hacerlo.

Al ver el resultado de sus amenazas, cambió de idioma y dijo con voz melosa:

Jeanne, tenemos tanta lástima de ti. Debes revocar lo que dijiste o tendremos que abandonarte a la justicia secular.

—No hice nada malo, respondí, creo en los doce Artículos de Fe y en los preceptos del Decálogo, me dirijo a la corte de Roma y quiero creer en todo lo que cree la Santa Iglesia.

Érard recurrió a una promesa que me estremeció, la de salir de la cárcel si hacía lo que me pedían.

El obispo, que había continuado su lectura durante este tiempo, interrumpió el final de la sentencia de condena para incorporar sus instancias a las del predicador. La población malinterpretó esta intervención; se escucharon insultos dirigidos a Cauchon; un capellán del cardenal de Winchester se unió a la discusión e intercambió blasfemias con el obispo. No pude evitar reírme al verlos actuar de esa manera. El obispo estaba rojo de odio, golpeando con el pie con rabia y aplastando en sus manos la sentencia de condena que no podía cambiar nada. El cardenal de Winchester apenas logró silenciar a los dos oponentes, quienes, obligados a callar, intercambiaron miradas furiosas. Me divertí mucho, a pesar de mis aflicciones.

Lo que me impidió firmar la papeleta fue el miedo a caer en una trampa. Revisé mentalmente su contenido; No pude encontrar la más mínima expresión que me molestara; sin embargo, desconfiaba de mis ideas y temía colocar, cuando firmaba, armas peligrosas en manos enemigas que tan bien sabían utilizar las cosas más inofensivas.

Jean Massieu se había ganado plenamente mi confianza, por sus buenas palabras y por la amabilidad y piedad con la que me trataba; Le debo esta justicia, todo lo que pudo hacer para aliviarme, lo hizo con valentía, aunque sabía que se estaba poniendo en peligro.

Gracias al debate que surgió entre el obispo y el capellán, me acerqué a él y lo interrogué en voz baja, mientras la atención de los asistentes estaba centrada en la pelea. Honestamente me dijo que creía que podía firmar la cédula sin ningún temor. Sabía que era incapaz de engañarme, sin embargo, temía que lo engañaran, así que les dije a los doctores:

— Que esta cédula sea vista por los clérigos y la Iglesia en manos de la cual debo ser entregada; si me aconsejan que lo firme y haga lo que me digan, con mucho gusto lo haré. Si hubieran aceptado esta súplica, podría haberme salvado. Guillaume Erard se dio cuenta instantáneamente de que allí había una posibilidad de salvación para mí, y se apresuró a decir:

— Firma ahora, o terminarás tus días en el fuego.

Respondí sin dudarle que preferiría firmar antes que morir quemado. El obispo de Beauvais, tan pronto como hube dicho estas palabras, preguntó al cardenal de Winchester qué había que hacer, viendo que estaba en sumisión, respondió que el obispo debería admitirme en penitencia.

Laurent Callot, secretario del rey de Inglaterra, sacó de la manga el voto de abjuración; el que había leído Jean Massieu había desaparecido. Como Callot estaba en el cadalso conmigo, al igual que varias de las personas a las que nombré, creo que se lo guardó con bastante naturalidad, pero era una nueva la que querían que firmara.

Para engañarme mejor escribieron la otra en un papel blanco, esta, que era más grande, habría levantado sospechas si no hubiera estado escrita en el mismo papel. De hecho, como tomaron la precaución de copiarlo en un cuaderno del mismo tamaño y colocar en la página que debía firmar, el mismo número de líneas, no noté nada ni dudé de nada. Se leyó la primera de las dos papeletas arriba, traduciré el segundo bajo los términos establecidos por el uso, para alterar lo menos posible las expresiones originales de esta importante pieza:

— Toda persona que se equivocó y despreció la fe cristiana, y luego, por la gracia de Dios, regresa a la luz de la verdad, y a la unión de nuestra madre, la Santa Iglesia, debe estar muy bien custodiada para que el enemigo del infierno no lo envuelva y lo haga volver a caer en errores y tentaciones. Por eso yo, Juana, comúnmente llamada la Doncella, miserable pecadora, después de lo que hice mal según mi condición y que, por la gracia de Dios, volví a nuestra madre, la Santa Iglesia, para que vean que no fingidamente, más si de buen corazón, y de buena voluntad retorné a ella confieso que he pecado gravemente, pretendiendo hipócritamente haber tenido revelaciones y apariciones de Dios, los Ángeles, Santa Catalina y Santa Margarita, seduciendo almas, creando locamente y alucinando. Haciendo conjeturas supersticiosas, blasfemando contra Dios, sus santos y sus santas; anulando la ley divina, la Sagrada Escritura, los derechos canónicos, el uso de vestidos disolutos, licenciosos y deshonestos, contra la decencia de la naturaleza, el uso de cabellos cortados redondos contra los hombres, contra toda honestidad del sexo de la mujer; usando armas, con gran presunción y deseando cruelmente la efusión de sangre humana; diciendo que hice todas estas cosas por orden de Dios, los ángeles y santos mencionados anteriormente, y que actué bien, sin haber hecho mal; despreciar a Dios y sus sacramentos, haciendo revueltas, idolatrando para adorar a los espíritus malignos e invocarlos; también confieso que fui cismática y que en diversas maneras erré en la fe.

Estos crímenes y errores, con buen corazón y sin ficción, yo, Juana, por la gracia de Dios nuestro Señor, de nuevo en el camino de la verdad por la Santa Doctrina y por los buenos consejos de los doctores y maestros que me enviaron, abjuro, detesto, niego de todo esto, y sobre todo lo declarado, me someto a la corrección, autoridad, enmienda y determinación total de nuestra madre, la Santa Iglesia y de su buena justicia. Así, juro, declaro y prometo a Monseñor Saint—Pierre, Príncipe Apóstol, a nuestro Santo Padre, el Papa de Roma, su Vicario y sus consejeros, y a los Reverendos Padres de Dios, Monseñor el Obispo de Beauvais, y maestro religioso. Jean Le Maistre, Vicario de Monseñor el Inquisidor de la Fe, en cuanto a mis jueces, que nunca por cualquier exhortación o manera, nunca cometeré los errores que he proclamado, de los cuales el Señor quiso eliminarme y librarme; pero seguiré siempre en la unión de nuestra Madre, la Santa Iglesia, y en la obediencia de nuestro Santo Padre, el Papa de Roma. Dicho esto, lo juro y lo juro por Dios todopoderoso y los santos del Evangelio. Y como señal firmé esta boleta con mi firma. Jeanne.

Una especie de presentimiento me impidió firmar esta papeleta, cuyo contenido, sin embargo, como yo lo conocía, no debería haberme molestado. Me advirtieron que el fuego estaba

preparado y el verdugo listo para arrojarme si me negaba a firmar. Todo muy bien pensado, hallé que sería mejor ceder a las amonestaciones y peticiones de los asistentes; repetí sonriendo la fórmula de la abjuración y tracé un cero debajo para divertirme de mis jueces. A Laurent Callot no le gustó mi cero cuando tomó mi mano y me hizo arrastrar una cruz debajo de él con una pluma. Entonces los franceses y los — bourgeois—, conmovidos de piedad por mí, gritaron de alegría.

Los ingleses no estaban contentos con mi sumisión y apedrearon a todos los que estaban en los andamios, especialmente a mí. Me reí mucho al ver esta decepción y escuchar a los furiosos los — goddans— resonar en varios puntos de la multitud. L'Oyseleur, mi mejor amigo, me dijo en tono hipócrita:

— Jeanne, hiciste un bello día y salvaste tu alma, ¡si Dios quiere!

— ¿Sabes adónde seré enviada? No me pondrán en manos de la Iglesia, ya que ella es la que me condena, ¿no?

Él respondió que no estaba informado. Esta pregunta fue dirigida a los asistentes; sin embargo, nadie respondió.

— Ahora, miembros de la Iglesia, dije, llévenme a sus cárceles; Tengo prisa por salirme de las manos de los ingleses.

Varias personas pidieron a Pierre Cauchon que accediera a mi solicitud; pero no prestó atención a las peticiones y amonestaciones de los interesados en mi destino; simplemente le dijo a Jean Massieu y Mauger le Parmentier:

— ¡Llévenla al lugar del que la trajeron!

Regresé a mi celda, con la dulce esperanza de no sufrir por mucho tiempo en ese lugar. Nicolás l'Oyseleur, temiendo que mis peticiones causaran una gran impresión en los asistentes, vino a decirme que se habían hecho cambios en las cárceles eclesiásticas y que por ello me vería obligada a permanecer unos días en la prisión de Castle Rouen. »El conde de Warwick desaprobó seriamente al obispo de Beauvais por dejarme escapar del destino que me aguardaba. Cauchon respondió estrechándole la mano:

— No te preocupes, lo encontraremos de nuevo.

Jean le Maistre vino con algunas personas a visitarme; el obispo no los acompañó. Me habló de la misericordia de Dios y de la indulgencia de los eclesiásticos que me colocaron en estado de gracia con la Iglesia. Me advirtió sobre su promesa de quitarme la ropa de mujer y dejarme crecer el cabello. Dijo que estaba a punto de ejecutarla; de hecho, cuando Morice y Nicolás l'Oyseleur trajeron la ropa por la tarde, me la puse sin dudar.

La ropa usada fue colocada en una bolsa que dejaron en mi prisión. Mi destino no mejoró, las mismas cadenas me ataron, los mismos guardias me vigilaron y mi ropa hizo que mi situación fuera aún más crítica.

Poton de Xaintrailles, los mariscales de Boussac, de Saint Severe y otros capitanes decidieron intentar una expedición a Normandía; contaban con tomar la capital y luego apoderarse del rey recién nacido, de su consejo, mis jueces y yo. Sin que los ingleses lo supieran ni tuvieran tiempo de enviarme a Inglaterra. Desde que fui hecha prisionera, un barco equipado estaba listo para llevarme a ese país en cualquier momento. Pero esta acción fracasó por completo y Xaintrailles fue arrestado y llevado a Rotten.

CAPÍTULO X

Al día siguiente de la abjuración, ya lamenté haber vuelto a la ropa de mujer: no era por un espíritu de insubordinación o terquedad, sino por los instintos más sagrados de una mujer. Pierre Morice vino a visitarme para animarme a seguir por el buen camino. Lo había enviado el obispo de Beauvais, que quería dar a sus acciones una apariencia de justicia. Con el cardenal de Winchester planeó los medios para hacerme volver a vestir ropa de hombre. Con su aprobación, envió a Nicolás Midy y Jean Beaupere a mi celda para instarme a practicar las buenas resoluciones tomadas. Los ingleses subalternos, que no conocían el secreto, les hicieron tantas amenazas que pensaron que era prudente no entrar.

En la noche del 26 al 27 mientras dormía, los guardias tomaron mis túnicas de mujer que estaban en la colcha y reemplazaron la de hombre, que estaban en la bolsa. Cuando me desperté, apresurada por las necesidades naturales, quería levantarme. Cuando vi que la ropa se había ido y que solo la ropa prohibida estaba en la cama, pensé que los guardias estaban tratando de burlarse de mí; y les supliqué muy conmovedoramente que me devolvieran la ropa, recordando las prohibiciones que se habían hecho. No prestaron atención a mis súplicas y se rieron de mis lágrimas. Les dije que serían responsables de mi muerte. Me dijeron que era justo lo que querían. Tuve que levantarme.

Apenas me vestía cuando entró el obispo de Beauvais, y tan pronto como me vio en ese estado regresó a la casa y llamó al conde de Warwick, a sus consejeros, notarios y otros. Les dijo que había vuelto a caer en la herejía al tomar la ropa de hombre y les recomendó que verificaran la verdad con sus propios ojos. De hecho vinieron a mi prisión, pero los británicos usaron la fuerza para evitar la entrada, todavía pensando que querían salvarme.

Sin embargo, algunos asesores lograron ingresar; es cierto que con bastante dificultad. André Marguerie dijo en voz alta que necesitaba saber de mí porque había vuelto a usar ropa de hombre. Inmediatamente un inglés gritó — ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Cállate en nombre del diablo! — No contento con esto, levantó su hacha; ni Marguerie ni los demás esperaban que los golpeará. Todos se fueron. Boys—Guillaume logró, con cierta dificultad, verme, pero no me habló.

Al día siguiente, el obispo de Beauvais y Jean le Maistre vinieron con ocho consejeros para interrogarme. Respondí la verdad.

—Yo vestía esta ropa —dije presionada por las preguntas, pero en contra de mi voluntad. De hecho, las promesas que me hicieron no se cumplieron; la de permitirme asistir a misa y comulgar; y también quitarme las cadenas. Prefiero morir, agregué, que seguir con esos grilletes, pero si me dejan ir a misa, y me quitan las cadenas, si me dan una prisión más suave, seré buena y haré lo que quiere la Iglesia. El obispo me hizo muchas preguntas sobre esto, luego, cambiando de tema, dijo que había sabido que yo todavía creía en las ilusiones a las que antes había renunciado. Luego preguntó si el jueves 24 de mayo, día en que se firmó la cédula, había escuchado a Santa Catalina y Santa Margarita.

— Eso es cierto—, dije con franqueza.

— ¿Qué te dijeron? Me dijeron que había cometido un gran error cuando acepté firmar la cédula para salvar mi vida.

Antes del jueves pasado, predijeron que actuaría así y que haría lo que hice cuando estaba en el andamio. Me dijeron que respondiera con valentía al que predicaba y le dije que era un predicador falso porque me acusaba de acciones que nunca había hecho; en fin, todo lo que dije e hice desde el jueves pasado, contrario a mi conciencia y lo que dije durante el proceso, fue por miedo al fuego.

Me hizo mil preguntas sobre varios puntos que fueron objeto de mis interrogatorios; Renové las respuestas o di otras con el mismo significado. Era todo lo que querían el obispo y sus cómplices; antes de irse, Cauchon me dijo:

— Has abjurado y admitido que es falso ante el pueblo y los eclesiásticos todo lo que ahora pretendes que es verdad, veo con gran pesar que eres negligente; declaraste formalmente que te jactabas de haber escuchado las voces de Santa Catalina, Santa Margarita, el Arcángel Miguel y el Ángel Gabriel.

— Esto es lo que creo que nunca dije ni hice. No me escuché revocar estas apariciones, ni decir que no fueron las voces de estas dos santas las que me hablaron, y todo lo que hice me fue arrancado por miedo al fuego, y fue contra la verdad, que revoqué todo lo eso. Prefiero hacer mi penitencia de una vez, que sufrir por más tiempo todo lo que sufro en esta prisión. Además, nunca dije, ni hice nada contra Dios o contra la fe de las cosas que me ordenaron revocar. No entendía lo que estaba en la boleta de abjuración, no revoqué nada que no fuera con la suposición de agradar a Dios. De todos modos, si los jueces quieren, volveré a usar ropa de mujer, pero no haré nada más.

Al salir de la cárcel, el obispo encontró al conde de Warwick rodeado de ingleses; corrió hacia ellos gritando: — Farowelle, Farowelle—¹²⁸, ¡Alégrense, la tenemos!

Al día siguiente, los dos jueces se reunieron con el arzobispo y los asesores que pudieron encontrar, ya que algunos huyeron y otros se escondieron tan bien que no fueron descubiertos. Para remediar este inconveniente, convocó a otros que apenas sabían de qué se trataba.

Los jueces me dieron detalles de su visita, como si hubiera sido una sesión de interrogatorio según la regla. Se presentaron tres opiniones; el primero quería que me declararan hereje y me entregaran a la justicia secular, a quien pedirían que me tratara con indulgencia.

La segunda decía lo mismo agregando sin embargo que sería necesario hacerme leer la cédula de abjuración y exponerme a la palabra de Dios; la tercera era similar a la segunda propuesta, pero quienes la formularon no hablaron de justicia secular sino de entregarme a mis jueces.

Estos agradecieron a los asesores y los liberaron sin la menor comunicación sobre las resoluciones tomadas.

El miércoles 30 de mayo, el hermano Martin l'Advenu, acompañado del hermano Jean Toutmouille y Jean Massieu, vinieron a anunciarme que había sido condenada a ser quemada ese mismo día. Esta inesperada noticia me produjo una terrible conmoción; Permanecí unos minutos inmóvil como una estatua; mi cabeza estaba en llamas, todas mis facultades mentales estaban anuladas, mi pecho estaba violentamente oprimido y solo sentía que estaba viviendo gracias a los dolorosos latidos de mi corazón; un torrente de lágrimas me alivió un poco. Cuando recobré la conciencia, me encontré sola en presencia del cardenal de Winchester, quien me dijo:

— Jeanne, lo que dijiste sobre la señal que le diste a tu rey es una ficción; sé por los franceses que le has revelado un secreto, que sólo él conoce, y de suma importancia según lo que dicen; revélame este secreto y en una hora serás libre y feliz; de lo contrario, serás quemada viva hoy. Levanté la cabeza y dije:

— ¡Reverendo padre, soy francesa!

Estas pocas palabras parecen haber tenido un efecto mágico en él; muy sensible tomó mi mano y dijo:

— ¡Eres un noble criatura!

¹²⁸¡Regocígnense! (nota de la edición francesa).

—Farowelle...Farowelle!: expresión idiomática de la época (siglo XV) y correspondiente a —despedidal, interjección que significa: "¡Adiós, adiós!" (N. de E.)

Luego cruzó las manos a la espalda y comenzó a pasear por mi prisión; parecía estar en medio de una agitación violenta, pero cuando se detuvo frente a mí, sus sentimientos ingleses se habían apoderado de él nuevamente.

— ¿No crees en mis palabras? Preguntó mirándome intensamente.

— ¡Estás equivocado!

— ¿Eres ignorante del destino que le espera?

— No; ¡Pero soy francesa!

¿Es este secreto entonces de gran importancia? No dije nada, pero agaché la cabeza para evitar su mirada que parecía leer hasta el fondo de mi alma.

— Tu rey es un ingrato, él continuó.

— ¡No hables así de él! Grité enérgicamente, ¡si no me salvó fue porque no pudo!

Al escuchar estas palabras, se echó a reír.

— Eres muy ingenua si crees eso—, dijo encogiéndose de hombros.

— No me importa, quiero creerlo.

— Nada es más fácil que salvarte, si consientes en revelar este secreto; ¡reflexiona! Serías libre, rica y feliz, con un marido que te quisiera.

— ¡Dediqué mi virginidad a Dios!

Hizo un gesto de desdén y continuó:

— Volverías a ver el lugar dónde naciste, tu madre, tus familiares, tus amigos; revivirías los días felices de tu infancia; estarías ahí, feliz, rodeada de amor y veneración, él continuó así, viendo mi emoción.

— ¡No no! ¡No puedo! Dije con voz apagada.

— Atribuirán tu liberación a la protección del cielo. Agregó sin parecer notar mi interrupción. Escoge entre ese destino feliz, esa vida llena de felicidad que correría tranquila y pacífica, y el fuego que te espera hoy.

Sentí que me debilitaba...

— Dios mío, dije desde el fondo de mi corazón, no me dejes dominar.

— Recuerda a tu madre que te quiere tanto, piensa en tu padre anciano, piensa en su felicidad cuando te entreguen; ¡Vélos abrazándote y cubriéndote de lágrimas de felicidad!

— ¡No, no, no quiero! ¡Soy francesa y sabré morir por mi rey y por mi país!

Mi exaltación al pronunciar estas palabras le quitaron toda esperanza de convencerme; se fue y el hermano Martin l'Advenu, el hermano Jean Toutmouille y Jean Massieu, que estaban en una habitación contigua para dejarnos a solas, entraron después de sus órdenes. Conmovida por toda mi debilidad, lloré amargamente y lamenté con angustia el cruel destino que me esperaba.

¿Lo que hice? Me pregunté, ¿por qué me tratan tan terrible y cruelmente? ¿Por qué es necesario que mi cuerpo, que nunca se ha ensuciado ni corrompido, ahora se consume y se reduzca a cenizas? ¡Ah! ¡Preferiría ser decapitada siete veces antes que ser quemada así! ¡Pobre de mí! si hubiera estado en cárceles eclesiásticas, como debería haber estado, si hubiera sido custodiada por personas de la Iglesia en lugar de estar en manos enemigas y adversarias, ¡no estaría donde estoy!

El hermano Martin l'Advenu dejó pasar el primer momento de mi dolor, luego, al ver que me estaba calmando un poco, me ofreció las inefables comodidades de la religión. Me hicieron volver en mí y me preparé para morir con toda la resignación y piedad de la que era capaz.

Le renové al hermano Martín la condición sincera de todos los errores de mi vida y le pedí de todo corazón que me diera la comunión.

Inmediatamente envió a Jean Massieu a hablar con el obispo de Beauvais y ver si él podría y debería darme el sacramento de la Eucaristía. Cauchon consultó con algunos de sus asesores y

les permitió que me dieran no solo la Eucaristía, sino también todo lo que les pedía. El hermano Martín entendió que lo autorizaba a dar la absolución al que estaba condenada a perecer por hereje, reincidente y excomulgada; él mandó buscar el santo viático.¹²⁹

Como lo trajeron sin estola ni velas, por temor a ofender a los ingleses, despidió a la persona que lo había traído y les ordenó buscar también el cuerpo de Cristo con las ceremonias habituales; de hecho, lo trajeron a la luz de las antorchas y el canto de letanías¹³⁰; las personas que acompañaban al sacerdote decían de vez en cuando:

— ¡Recen por ella!

Acababa de recibir los últimos ritos cuando entró el obispo de Beauvais con un pequeño grupo.

— ¡Ah! Monseñor, muero por su causa, lloré.

— Jeanne, respondió, ten paciencia; Si mueres es porque no has cumplido lo que prometiste y porque has vuelto a caer en tus innumerables herejías.

— ¡Pobre de mí! Si me hubieras metido en cárceles eclesiásticas, esto no habría sucedido; pero los perdono de todo corazón, así como a todos los que me han agraviado o han querido hacerme mal, y le pido a Dios que tenga misericordia de ustedes; pero creo que a muchos ni siquiera les conmueve mi muerte.

El quedó bastante estupefacto. Cuando ya no lo vi, le dije a Pierre Morice que estaba cerca de mí:

— ¡Ah! Maestro Pierre, ¿dónde estaré hoy?

— ¿No tienes esperanza en el Señor?

— Sí y espero ir al paraíso.

Me dejaron un momento a solas para darme tiempo de recogerme. Pronto vi a mis dulces protectoras. Nunca me parecieron tan hermosas. Aumentaron mi valor y, cuando me dejaron, me aseguraron que pronto los encontraría y nunca más nos separaríamos.

Me dieron ropa de mujer y a las nueve de la mañana me subí a una cuadriga con el hermano Martin l'Advenu, el hermano Isambert de la Pierre y Jean Massieu.

El carro estaba en camino, escoltado por ochocientos hombres, cuando subió Nicolás l'Oyseler. Me confesó todas sus traiciones y me suplicó que lo perdonara. Sus lamentos fueron tan dolorosos que me conmovió hasta lo más profundo de mi alma; cuando el carro salió del patio del castillo, mi rostro todavía estaba bañado en lágrimas por la lástima que me había hecho sentir. Las personas que me vieron así pensaron que estaba llorando por mí y se emocionaron tanto que la mayoría de ellos no tuvo el valor de seguirme hasta la plaga del Mercado Viejo. Los ingleses que estaban allí querían masacrar a l'Oyseleur, y el conde de Warwick tuvo grandes dificultades para salvarle la vida; le rogó que se fuera de la ciudad lo antes posible.

— Desde el castillo de Rouen hasta la plaga del Mercado Viejo, no hice más que rezar en silencio; sin embargo, de vez en cuando, no podía dejar de gritar: ¡Ah! Rouen, me temo que tendrás que sufrir a causa de mi muerte.

¹²⁹Viático: sacramento de la Eucaristía administrado a los enfermos que no pueden salir de sus hogares. (N. de E.)

¹³⁰Litania: forma erudita de la palabra letanía. (N. de E.)

El fuego estaba bastante alto y había dos andamios al lado, en el primero estaban mis jueces y asesores, en el otro los prelados y personas que no habían participado en el juicio. Me subí a él para escuchar mi sentencia.

Nicolás Midy me dio un largo sermón que escuché sin decir nada, pero cuando se atrevió a tratar a Carlos VII como un hereje, le grité:

— ¡Habla con cuidado! mi rey es un buen cristiano; él cumple con sus deberes religiosos quizás mejor que tú.

A pesar de esto, quería presentar nuevos cargos contra el rey, pero yo defendí a mi rey con tanta energía que continuó su sermón sin hablar más sobre él; cuando terminó me dijo:

— Jeanne va en paz; la Iglesia ya no puede defenderte y te entrega a la mano secular.

Inmediatamente me arrodillé y oré a Dios con fervor. Cuando vi que Cauchon se estaba preparando para leer la oración, me levanté y pedí a los sacerdotes y a las personas presentes que me ayudaran con las oraciones. No daré la frase aquí, ya que, salvo algunas contradicciones, no contenía nada digno de mención y había sido redactada el día anterior.

Cuando el obispo guardó silencio, inmediatamente pedí un crucifijo. Conmovido de piedad, un inglés rompió un palo donde formaba una especie de cruz y me lo dio; Lo puse sobre mi corazón y le pedí al hermano Isambert que amablemente tomara una cruz de la iglesia cercana y la sostuviera en alto frente a mí para que la pudiera ver, hasta mis últimos momentos de vida, el signo sagrado de nuestra salvación. El obispo y algunos ayudantes gritaron al verdugo:

— Haz tu trabajo.—

Antes de la ejecución de cualquier criminal, era costumbre que los seglares leyeran su sentencia de muerte; Para mí no fue así, besé la cruz que trajo el hermano Isambert de la iglesia y bajé del cadalso con el hermano Martín l'Advenu. Apenas en los últimos pasos, los arqueros ingleses me sujetaron con fuerza y me llevaron violentamente al fuego. Cuando llegué, me colocaron en la cabeza la mitra¹³¹ de la Inquisición, donde estaba escrito: — hereje, reincidente, apóstata, idólatra. Un gran número de asistentes y prelados, presos de horror y piedad, se retiraron bañados en lágrimas.

Un cartel frente al fuego decía: — Juana, que se hace llamar la Doncella, mentirosa, pernicioso, engañosa, blasfema de Dios, no creyente en la fe de Jesucristo, pretenciosa, idólatra, cruel, lasciva, invocadora de demonios, cismáticos y herejes.

Me subí al fuego con el hermano Martin L'Advenu y me ataron a un gran poste en el medio. El verdugo luego prendió fuego debajo del fuego. La llama tardó casi una hora en llegar a la cima.

El hermano Martín, muy preocupado por mí, no se dio cuenta de que pronto sería imposible bajar; el lado donde estaban las escaleras pronto sería invadido, le dije mientras había tiempo:

—Hermano Martín, gracias, sal y reza por mí.

El obispo se acercó a verme; Le reproché mi muerte y le urgí a que se arrepintiera; me preguntó si todavía creía en mis voces y le respondí:

—Sí.

— Sin embargo, la engañaron cuando le aseguraron que la liberarían.

¹³¹Mitra: una especie de gorra, usada por los obispos en ciertas ceremonias (N. da E.)

Esta observación ya me había sido hecha y había reconocido su justicia; pero allí, sobre el fuego, entendí claramente su significado; abrumada por sus preguntas, dije:

— Ya sean buenos o malos espíritus, ellos aparecen ante mí.

Dejó de hablarme; pero cuando lo escuché decirle a algunas personas cercanas a él que Carlos VII era un hereje, grité:

— ¡Reverendo padre, no hables así!— mi rey es un buen cristiano, lo juro por mi alma.

El verdugo hizo todo lo posible por acortar mi cruel espera; sin embargo, a pesar de lo que pudiera hacer, el fuego tardó casi una hora en llegarme; tan pronto como sentí las primeras quemaduras, dije el nombre de Jesús, miré al cielo y vi a mis dulces protectores y ángeles celestiales sosteniendo una palma y una corona.

Durante unos 15 minutos sufrí horribles torturas; pero los santos me animaron, y cuando finalmente tomé mi último aliento, se llevaron mi alma al cielo....

Los ingleses, conmocionados de terror, creyeron ver mi alma arder en llamas en forma de paloma blanca que se perdía en los cielos. Se retiraron consternados por mi muerte, como si fuera una calamidad pública, diciendo:

— Estamos perdidos porque quemamos a una mujer santa.

Cuando expiré, se ordenó al verdugo que aislara un poco las llamas para que todos pudieran verme casi consumida y para que no dijeran que había logrado escapar. Luego prendió fuego a mis restos, pero no pudo reducir mi corazón o mis vísceras a cenizas. El cardenal de Winchester, temiendo que la gente pensara que era un milagro, hizo arrojar mis restos al río Sena. Tenía entonces 19 años y dos meses.

El obispo de Beauvais, Nicolás l'Oyseleur, Nicolás Midy, en fin, todos los que fueron culpables de mi muerte o contribuyeron a ella, perecieron miserablemente, atormentados por la vergüenza y el remordimiento.

A partir del año 1449, Carlos VII comenzó a recopilar información sobre mí para rehabilitarme. La súplica de mi familia fue recibida en 1455 y el resultado del proceso de revisión pudo demostrar mi inocencia a todos.

Fin

Apéndice

Primera Carta

Sobre la evocación de los espíritus

Mi querido amigo,

En la entrevista que Ud. a fines de diciembre de 1853, me habló de la evocación de los espíritus; ¿Recuerda haber dicho que estaba convencido de que mi hija podría probar con éxito un experimento? Un mes después cumplí mi promesa al traerla. Ud. puso un lápiz entre sus dedos y un participante colocó su mano sobre la de ella evocando un espíritu. Alegre y despreocupada, como se es a su edad, no se tomó en serio esta experiencia, así como esas dos palabras: — Ermance, riendo— fue todo lo que tuvimos durante esta noche.

A los pocos días de nuestro regreso a Fontainebleau recibimos la visita de Monsieur Marqués de M. La conversación giró hacia las mesas giratorias, le conté los resultados obtenidos por usted. Le pidió a mi hija que hiciera un experimento en su presencia. Después de algunas preguntas, satisfecho o no, convocó a San Luis, rey de Francia, a quien su familia, descendiente de un noble cruzado de ese período, tiene como protector celestial. Vino y nos escribió, acerca de nuestra oración, los siguientes cuatro consejos:

Sea como un río benefactor, que expande la fertilidad y la felicidad por donde pasa.

Perdona a tus enemigos e imita a tu divino salvador que, muriendo en la Cruz, oró por sus verdugos, dándonos así el ejemplo de la más perfecta abnegación, ejemplo muy poco seguido por esos viles insectos que se llaman hombres, que usan su existencias miserables para buscar grandezas que no pueden satisfacer su ambición.

Ama a tus inferiores y no imites a estos hombres que se convierten en tiranos de sus hermanos, perdiendo, con su ejemplo, almas que tendrían que guiar y proteger en este valle de pruebas. De este modo se convierten en presa del ángel rebelde que los conduce a los abismos eternos.

No se detenga por las espinas que bordean el camino; porque el camino de la virtud es doloroso; pero un camino de flores te llevaría al precipicio.

Dada la profunda sabiduría y la conmovedora sencillez de sus consejos, ¿quién no reconocería el carácter de este gran rey?

Fue, objetó uno de los presentes, uno u otro de los dos médiums, quienes escribieron estas máximas; sin embargo, una de ellas, mi hija, solo tenía 14 años, y la otra, que había sido elegida por su ignorancia, era la criada que no sabía leer ni escribir. Ya no lucharé contra esta objeción, ya que esta sola reflexión la hace caer naturalmente.

Después de varios comentarios sobre la belleza de la vida de este santo, le pregunté si no podía dictarnos. Después de su respuesta afirmativa, le pedimos que comenzara, lo que hizo de inmediato. Luego escribió ese admirable prefacio que los señores y otros encontrarán digno de ser meditado por los reyes y príncipes que son llamados a ascender al trono. Cada sesión terminaba con un "hasta mañana". Así se escribieron las vidas de Luis IX, Juana de Arco y Luis XI que serán publicadas.

Un día, era la fiesta de — la Chadeleur—¹³², y estábamos ocupados con este atractivo trabajo; La mano de Ermance, moviéndose rápidamente, se detuvo de repente, luego reanudó su movimiento habitual y nos escribió estas palabras:

— Prepárate, están sonando las vísperas—. Miramos el reloj que, en efecto, marcaba dos horas y cincuenta minutos, el tiempo necesario para preparar y hacer el viaje a la iglesia.

Permítanme narrar otro hecho no menos curioso: el señor Marques F. de S., presente en el dictado de un fragmento de la historia, evoca el alma de uno de sus familiares. Para convencerse de la presencia real de esta persona, le pidió que anotara los nombres de sus hermanos. Una larga pausa siguió a esta pregunta una y otra vez, finalmente se escribió una respuesta totalmente extraña en el papel. Sin prestarle atención, repetimos la fórmula de lo que queríamos saber; se dio la misma respuesta varias veces. Sorprendidos por esta obstinación y por el tipo de misterio que se esconde en estas pocas palabras, que no voy a repetir, intentamos una explicación, que era la predicción más espantosa que se pueda imaginar; sin embargo, cuál fue nuestra sorpresa, al ver, esa misma noche, el lápiz trazar estas palabras tan poco halagadoras hasta nosotros: — ¡Eh! mis tontos, los asusté mucho, justo ahora, ¡así como al marqués! — ¿Quién dijo eso? Respuesta: — ¡Luzel!— ¿Por qué nos hiciste esta predicción? — Por diversión, lamentablemente Dios me ordenó que te dijera que con otro espíritu nos burlábamos de ti, fingiendo ser Napoleón el Grande.

Preste atención a esta construcción de frases que contrasta con la elegante y noble sencillez del estilo de San Luis. Este suceso apoyó aún más la juiciosa observación que hiciste, de que la evocación de los espíritus ofrece mil peligros y que sin la gran seducción de los motivos, y sobre todo sin todas las precauciones que requiere la prudencia cristiana, no se debe confiar en estas entrevistas del mundo de los vivos, con el de los difuntos. Habiendo preguntado a San Luis cómo evitar que esta escena divertida, por no decir peligrosa, se renovara en el futuro, nos aconsejó que nos ocupemos únicamente de la historia, y propuso dictar, o hacer que ellos dictaran, las historias de los reyes de Francia, del origen de la monarquía hasta nuestros días, y de hombres famosos de todos los tiempos. De hecho, nunca más nadie se atrevió a venir y atormentarnos cuando estábamos ocupados con esta seria tarea.

Tu muy cariñoso amigo.

Segunda Carta

Mi querido amigo,

Ya te conté, en mi carta anterior, cómo mi hija logró obtener la historia de esas vidas que ya han causado tanta confusión en nuestro pequeño pueblo, ahora solo me queda contestar algunas objeciones que me has presentado. ¿Por qué la vida de San Luis, por ejemplo, no fue dictada en el lenguaje del siglo XIII?

Esta pregunta se le hizo al Santo quien respondió que sus obras estaban destinadas tanto a las primeras como a las últimas clases de la sociedad y que, teniendo que contribuir a un objetivo establecido por Dios, pueden y solo deben estar escritas en el idioma más conocido, para estar al alcance de todos. Allí, ¿las personas que atribuyen estas obras a una niña de catorce años estarían más convencidas si estuviera en un idioma extranjero, si no al país al menos en el presente siglo?

¹³²Chandeleur: del latín “candela”, en francés “ciergel”: vela, cirio; Fiesta de Chandeleur: Fiesta de la presentación de Nuestro Señor al Templo y purificación de la Virgen, celebrada el 2 de febrero (N. de E.)

Entre las personas que vieron estos dictados, algunos declararon francamente sus convicciones, otros se negaron a evidenciar algo que, dondequiera que se apoye, sobrepasa la inteligencia, ya sea porque admite que la fuente sobrenatural es algo más extraordinario, porque reconocen a Ermance como el autora de estas obras; pero porque este razonamiento, muy simple, no se le ofreció al espíritu de los incrédulos: si mi hija tuviera tal talento, ¿no sería el primero en felicitarme y publicarlo, en lugar de darle todo el mérito a los seres sobrenaturales, dejándole sólo el hecho de que es un instrumento ciego?

Pero, me dirás, ¿cuál es el objetivo? La única respuesta es: no lo sé. Sin embargo, permítaseme algunas conjeturas; ¿No sería derrocar el ateísmo, privándolo de su única base, el materialismo, que la inmortalidad del alma imposibilita? ¿No sería para dar convicción a tantas almas que dudan y dudar a tantas otras que están endurecidas? Aunque fuera solo esa última razón, ¿qué victoria explosiva no le daría a la iglesia, trayendo tantas almas extraviadas?

Una persona respetable del pueblo me presentó, así como a mi hija, a un célebre predicador que estaba en una misión aquí en ese momento; tenía conmigo los consejos citados en la primera carta, y se los mostré diciéndole la fuente: — ¡Es increíble!— se le escapó sin querer, revelándome el efecto producido. Interrogado sobre su opinión, me dijo que estaba convencido de que no era San Luis, sino un demonio que escondía sus trampas con buenos consejos para imponerse a todos nosotros; con el apoyo de esta afirmación, me citó la historia de una niña cuyos milagros se realizaban frente a personas dignas de fe, era considerada una santa, y que en realidad estaba poseída por el diablo, como luego se reconoció.

Pero, ¿qué apariencia buscará Satanás para perdernos, sosteniendo el lenguaje de los Pablo y los agustinos? Admitiendo, sin embargo, dado que durante más de dos años hemos realizado estas entrevistas desde más allá de la tumba, ¿no se habría traicionado el espíritu maligno con un pensamiento o incluso una palabra? Es cierto que siempre estamos excluidos del círculo de esta ciencia que la Iglesia ha bloqueado con una especie de reproche; nunca hicimos una pregunta que pudiera dar lugar a esos diálogos ateos que, si no se defendían, al menos no desaprobaban la evocación de los espíritus; por otro lado, los elegidos y los espíritus celestiales nos velaron con una vigilancia que no fue negada ni una vez y que alejó todo peligro, circunstancias que aún sustentan la opinión que emití anteriormente.

Los incrédulos se quedaron con un último recurso; mi hija, decían, se aprendía de memoria la vida en cuestión, luego la anotaba, sin cuestionar si era ella, agregaron otros. Si no hubiera tenido sentido común, ni siquiera me habría molestado en responder a esa última objeción; en cuanto al primero, he aquí mi pensamiento: si, como dicen, estas vidas fueran meras copias, ¿de dónde vendrían estos conmovedores prefacios? el pasaje de la llegada de San Luis al paraíso y las aclaraciones dadas a la historia misma.

Admitamos que Ermance los tomó de su imaginación: pero dígame, con toda sinceridad del alma, si es posible que la persona más dotada de memoria pueda, hablando, riendo, escuchando y respondiendo varias preguntas, escribir, sin error de memoria, un fragmento de historia previamente conocido? ¿Qué dirían entonces si agregaran que estos dichos se interpretaron principalmente frente a extraños y casi siempre se improvisaron?

Un hecho más extraordinario, del que fueron testigos varias personas, contribuirá poderosamente a la destrucción de esta conjetura: después de dictar su vida, cada espíritu pidió repetirlo, agregar circunstancias omitidas; sin colocar el manuscrito ante los médiums, dieron instrucciones dictando la página y la línea donde debían insertarse. El pasaje se volvía

a leer en voz alta; sin tomar ni agregar nada, no tenía cortes ni palabras perdidas, a pesar de que frecuentemente caía exactamente en medio de una oración.

Permítanme citar una nueva curiosidad: una dama de París, bien situada en el círculo literario, después de leer el prefacio de San Luis, quedó tan impresionada por la sabiduría de los pensamientos que hizo, solo para ver a mi hija, el viaje desde Fontainebleau ¹³³[**]., con un amigo, el Sr. M. de E, ex diputado. Estas dos personas, que temían un trastorno en mis facultades mentales, no tardaron en convencerse del todo. La dama que sufrió grandes desgracias, después de recibir varios consuelos de San Luis, pidió hacerle un pedido particular; esto es lo que fue dictado:

San Luis, tú, a quien Dios ha hecho pasar por esta tierra de pruebas, consiente en interceder por mí ante Dios, nuestro Señor soberano; recuerda que fuiste nuestro rey y que siempre protegiste a los desafortunados. Es con un corazón desgarrado por las espinas que bordean mi camino que vengo a suplicarte; concédeme tu intercesión ante Dios y obtén por mí, después de haber atravesado valientemente este valle de lágrimas y miserias, que finalmente pueda alcanzar la felicidad eterna. Que así sea.

¡Esta oración está de acuerdo con los dogmas de la Iglesia y sería necesario un gran esfuerzo para verla como obra de Satanás! Le confieso mi querido amigo que no puedo hacerlo y veo en esta idea una blasfemia. ¿No sería eso atribuir al diablo un poder que se negaría a Dios? ¿No reconocería a la criatura rebelde como siendo más fuerte que su Creador? Tu muy querido amigo.

Tercera Carta

Mi querido amigo,

Usted me dijo que, a pesar de todas las consideraciones expresadas en mis cartas anteriores, el clero no retrocederá en su total desaprobación de la evocación de los espíritus.

Por favor, escúcheme: la Iglesia, con su habitual prudencia, ha suspendido su juicio hasta el día en que pueda hacerlo con la sabiduría que caracteriza a todas sus acciones. Será favorable a la evocación de los espíritus, estoy seguro, ya que ella solo tiene buenos resultados.

Permítanme detallar algunos: no solo los hombres que pueden leer las obras de los materialistas, sino también al pueblo, niegan la inmortalidad del alma. Cuántas veces he escuchado estas palabras de incredulidad, que son una especie de proverbio: —Cuando estamos muertos, estamos bien muertos. ¿Qué prueba más convincente puede ofrecerles la evocación de los espíritus? ¿Qué arma invencible no pone en manos de la Iglesia este admirable descubrimiento? Al mostrarnos el alma separada de sus ataduras, superior a la retenida en su envoltura mortal, proporciona una nueva prueba de la indiscutible superioridad del cristianismo sobre todas las religiones, ofreciendo a sus elegidos, no una felicidad sensual como el Islam, sino una felicidad digna de su grandeza, es decir, la posesión de Dios.

¿En qué consiste, preguntarán, la superioridad del alma liberada? Primero, en la caridad ardiente e iluminada de los santos, que los lleva a dejar, sin interés, sus alegres hogares para venir a darnos consejos y consuelo que no están imbuidos de orgullo o afectación, como suele ocurrir en esta tierra. En segundo lugar, la humilde confesión de sus errores y su arrepentimiento que incluso los reyes nos han hecho, pidiéndonos una simple oración.

¹³³ [**] Fontainebleau: ciudad ubicada en el departamento de Seine-et-Marne, al suroeste de París. (N. de E.)

Atribuir solo al diablo la evocación de los espíritus no es negar los fundamentos esenciales del cristianismo que reconocemos cada día por recitando el símbolo de los apóstoles — *la comunión de los santos*. Con estas palabras admitimos, con la Iglesia, la existencia de una relación, no solo entre los vivos y los santos, sino también con las almas que sufren en el purgatorio.

Por favor dime, ¿qué es lo que tiene de especial la evocación de los espíritus? En este caso, las relaciones más íntimas y directas no son nuevas. Por este medio llegamos a ayudar a las almas fallecidas; a través de él se obtiene la historia escrita con imparcialidad, y las numerosas aclaraciones que la hacen clara y precisa. Los reyes y los acontecimientos se juzgan con toda la justa serenidad que este título, *Vidas dictadas desde el más allá*, puede hacernos esperar. Estos detalles ya son demasiado largos, agregando cualquier cosa, hago una digresión inútil y fatigosa.

No discutiré estas ventajas, tal vez me diría usted, pero me parece que es para evitar el peligro que no la mencionan. Existe, pero ¿qué en la tierra no lo tiene? Los elementos más útiles para el hombre, ¿no se convierten en sus azotes más crueles? Agua y fuego por ejemplo, tan necesarios y preciosos, ¿cuánto daño pueden causar? ¿Sería necesario entonces, por este motivo, prohibir su uso? Dime ahora si el ejemplo de estos dos elementos no habla a favor de la evocación de los espíritus. ¿Qué peligros puede causar en vista de la devastación que causa?

Sin embargo, ¿los usamos menos por este motivo? ¿Por qué sería así para este hermoso descubrimiento? ¿Cuáles son estos peligros en realidad, comparados con el bien que los compensa? Los demonios que, a través de las mesas, pronunciaban discursos ateos, no se vieron obligados a confesar sus mentiras y malas intenciones, a revelar sus trampas y a reconocer el poder del poder de Dios y las verdades que querían negar; de hecho, ¿quién les dio la oportunidad de expresarse de esa manera? Temas superfluos o la frivolidad de las personas que los interrogaron.

A los ojos de la gente del mundo de la ciencia, bastante incompletas, las mesas parlantes son un pasatiempo muy peligroso, lo confieso, pero sin embargo distan mucho del tipo de evocaciones que practicamos. La primera es buena para entretener a las personas que se pierden riendo, la segunda, sin embargo, ofrece a los hombres sensatos todo lo que cabe esperar de un tema tan serio. ¿Qué mal efecto ha producido la evocación de los espíritus? Ninguno, todas las personas que abusaron fueron castigadas sin haber logrado sus objetivos. Este médico que mencionaste, por haber evocado a los espíritus malignos, recibió un castigo terrible: día y noche, espantosos fantasmas lo acosan y amenazan, y está feliz cuando solo queda en eso.

Su vida es un suplicio y la muerte que debería acabar con él le parece aún más terrible. La codicia quiso explicar esta ciencia, ¿qué resultado obtuvo?

Innumerables mistificaciones ... Permítanme citar un nuevo ejemplo: un tesoro fue descubierto por los inteligentes, para personas cuyos ojos eran más grandes que sus estómagos; no contentos con señalar el lugar, indicaron las capas de tierra y los cursos de agua que encontrarían los trabajadores; todo sucedió, pero el tesoro no aparece.

Una nueva indicación dada por los espíritus, reconoció que las excavaciones eran esfuerzos inútiles. Los expertos declaran finalmente: sólo quieren mistificar. Dime francamente, ¿no fueron estas personas castigadas por lo que habían pecado? Estos, sin embargo, son los únicos peligros, los únicos inconvenientes que un examen serio me ha revelado en las evocaciones de los espíritus; cuánta mejora no se encontró, por otro lado. El alma, el espíritu, el corazón, todos encuentran allí un consuelo infinito. A los dos primeros, la simple reflexión los

mostrará, en cuanto al último, ¿Qué dulzura no se siente cuando se puede aliviar el sufrimiento de seres queridos o adquirir la convicción de su felicidad?

Le pedimos a este clérigo, tan digno de nuestra veneración y respeto, debemos romper este instrumento que produjo obras que respiran la moral más pura y religiosa, que ofrecen, en la vida de San Luis, lecciones más útiles a reyes, príncipes y pueblos; que dan, en la vida de Luis XI, una confesión pública de los crímenes más atroces, acompañada del mayor arrepentimiento, verdadero y extenso; quien, finalmente, muestra todo el poder y la misericordia de la bondad de Dios, en la vida milagrosa de una joven, que apenas había salido de la modesta casa de campo de su padre, se convierte en rival de los más grandes capitanes de su tiempo, superándolos por la sabiduría de su consejos y acciones? Espero que la lectura de estas tres cartas y las historias que estamos a punto de publicar demuestre a nuestro clero que, lejos de abolir la evocación de los espíritus como la practicamos, deben alentarla con todas sus fuerzas, como prueba evidente de la inmortalidad del alma y la bondad de la religión cristiana.

Tu muy cariñoso amigo.

ILUSTRACIONES y FOTOS



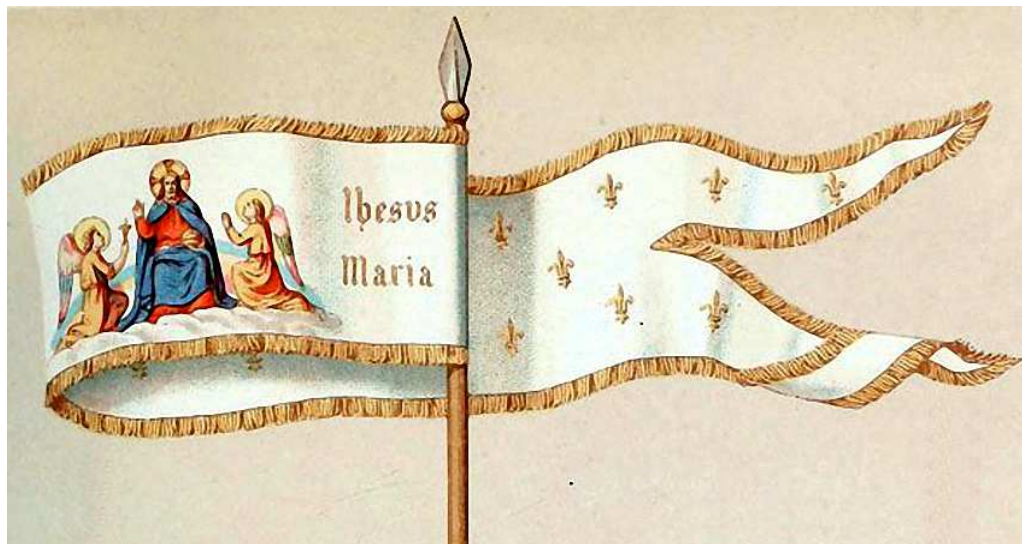
Casa de Juana de Arco en Domremy



Domrémy-la-Pucelle - Estatua de Juana de Arco



Estatua ecuestre de Juana de Arco en el jardín de las Tullerías en París



Reproducción del estandarte de Juana



Asedio de Orleans 1429. Juana de Arco se dirige en botes desde Checy a Orleans. Autor Graham Turner



Batalla de Patay 1429. Carga de Juana de Arco. Autor Frank Craig



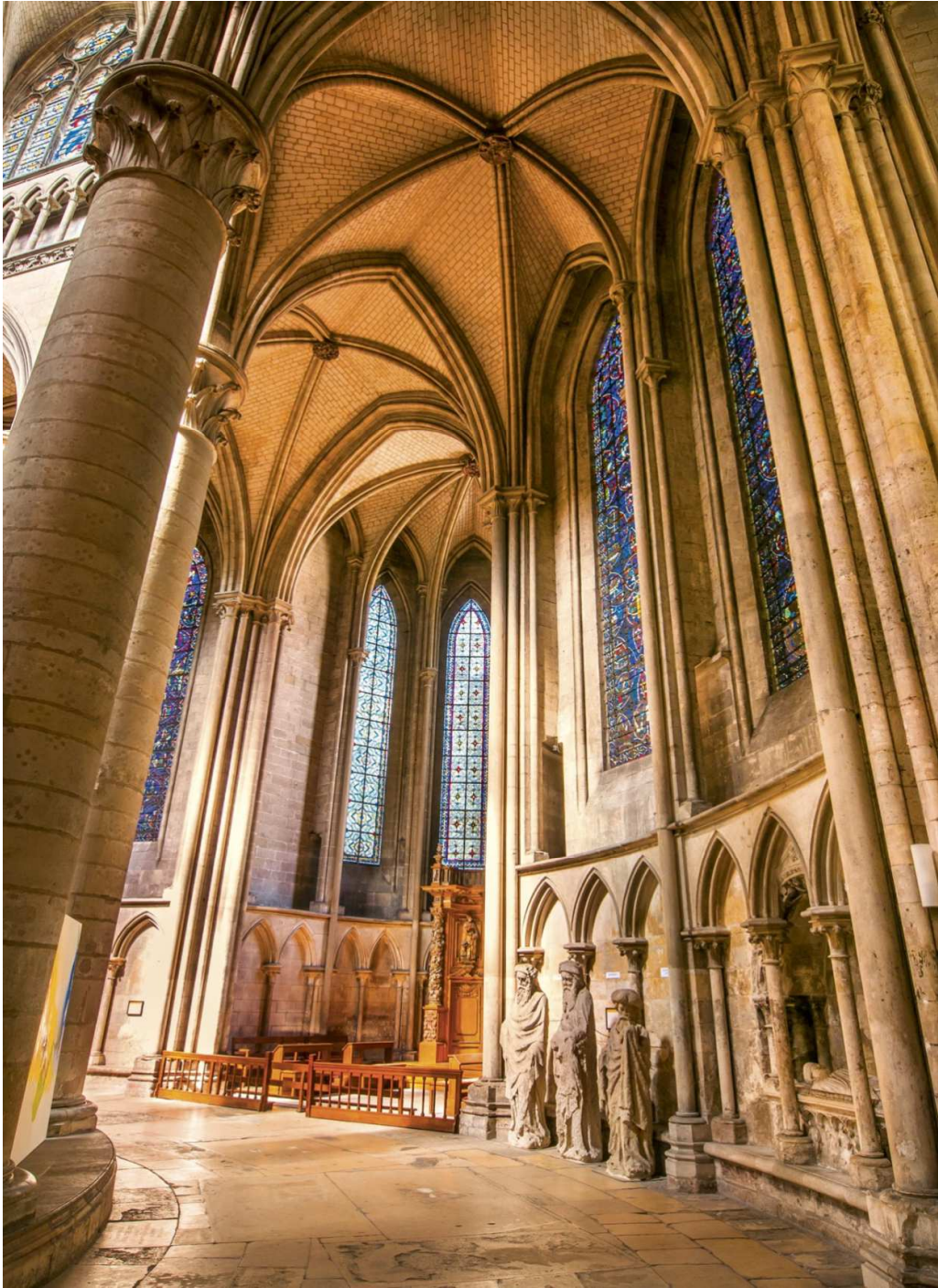
Rey Carlos VII de Francia, en un cuadro de Jean Fouquet. Museo del Louvre



Iglesia Santa Juana de Arco en Ruan, cerca del lugar de su muerte



Tras la campaña de La Charité, en 1430, Juana de Arco pasó unos meses en el castillo de Sully (en la imagen). Después partió a su campaña final, en Compiègne, donde fue hecha prisionera.



Catedral Gótica de Ruan



En esta masiva torre, último vestigio del castillo construido en Ruán por Felipe Augusto en el siglo XIII, fue encerrada y juzgada Juana de Arco en 1431.



Place du Vieux-Marché en Ruan donde murió Juana D´Arco



Placa recordatoria del pueblo Francés